

# La mujer y el comunismo — Antología de los grandes textos del marxismo

---

Autores varios

*Este trabajo ha sido convertido a libro digital por militantes de EHK, para uso interno y forma parte del material de trabajo para el estudio, investigación y formación del pensamiento marxista*

**Euskal Herriko Komunistak**

<http://www.ehk.eus>

ANTOLOGÍA  
de los grandes textos  
del MARXISMO

Precedido de una presentación  
de Jeannette Vermeersch  
y de un estudio de Jean Fréville

1951  
PARIS

ÉDITIONS SOCIALES

64, BOULEVARD AUGUSTE-BLANQUI, PARIS

## ÍNDICE

### PRÓLOGO

#### LA MUJER Y EL COMUNISMO

I— La Oprimida

II— Marx y Engels

III— Lenin y Stalin

#### Primera parte — LA EVOLUCIÓN DE LA FAMILIA

1— El materialismo histórico y la familia

2— La evolución del matrimonio

3— La familia sindiásmica

4— El tránsito del matriarcado al patriarcado

5— Poligamia y Poliandria

6— La decadencia de la *gens* y el nacimiento del Estado

7— Origen de la familia monogámica

8— Características de la monogamia

9— El amor sexual y el matrimonio; de la Antigüedad hasta nuestros días

10— Las mujeres y la revolución francesa

11— La historia de la mujer es la historia de su opresión

12— El futuro de la monogamia

#### Segunda parte — EL MARXISMO Y LA LIBERACIÓN DE LA MUJER

1— La mujer y el comunismo burdo

2— La emancipación de la mujer y la crítica crítica

3— La descomposición de la familia burguesa

4— El régimen comunista y la familia

5— Los comunistas y la familia

6— Fourier y la emancipación de la mujer

7— La familia según el Sr. Dürhing

8— El matrimonio burgués

9— La situación jurídica de la mujer y las condiciones de su liberación

10— La mujer debe poder vivir trabajando

11— La salvación de la mujer está en la sociedad comunista

12— La cuestión de la mujer

13— La cuestión de la mujer debe ser un aspecto de la cuestión social

14— Feminismo burgués y lucha de clases

15— La clase obrera y el neo-maltusianismo

16— Las mujeres en la lucha revolucionaria

17— La lucha por el derecho a voto!

18— ¡No hay democracia sin mujeres

19— ¡La educación política de la mujer!

20— El Día Internacional de las mujeres

#### Tercera parte — LA MUJER, EL NIÑO Y LA FAMILIA EN EL RÉGIMEN CAPITALISTA

1— Las encajadoras

2— Las modistas y las costureras

3— Las madres arrebatadas a sus hijos

4— La disolución de la familia

5— La obrera bajo el yugo del patrón

6— El capitalismo hace imposible la vida en familia al trabajador

- 7— Los niños y las mujeres en las minas
- 8— La mortalidad infantil
- 9— El sistema de cuadrillas
- 10— Los campesinos obligados a vender a sus hijos
- 11— El desenfreno
- 12— ...Y la muerte
- 13— Dos hogares de parados
- 14— El bautizo en la infamia
- 15— La desgracia de ser joven
- 16— La explotación de las mujeres casadas
- 17— El capitalismo y la familia
- 18— Bajo el talón de hierro
- 19— Las mujeres contra la guerra
- 20— Cómo lucha la burguesía contra la prostitución
- 21— El derecho al divorcio
- 22— La guerra imperialista y las mujeres
- 23— La hipocresía de las clases dirigentes
- 24— La mujer en el pueblo
- 25— Las condiciones de explotación de la mujer en la sociedad capitalista

#### **Cuarta parte — LA MUJER EN EL PAÍS DE LOS SOVIETS**

- 1— La mujer y la vida pública
- 2— ¡Igualdad completa para las mujeres!
- 3— El éxito de una revolución depende del grado de participación de las mujeres
- 4— La mujer y la revolución
- 5— Las tareas de las mujeres en la República de los Soviets
- 6— El poder soviético y la situación de la mujer
- 7— La conquistas de la Revolución rusa
- 8— Lenin y la cuestión sexual
- 9— Las mujeres en el koljós
- 10— Individualista ayer, koljosiana hoy
- 11— Importancia de la actividad de las mujeres en la edificación del socialismo
- 12— Heroínas del trabajo socialista
- 13— Las mujeres en el movimiento stajanovista
- 14— La mujer y la constitución de la URSS
- 15— Las mujeres soviéticas en la guerra de liberación contra el invasor hitleriano

#### **ANEXO**

Lo que Lenin pensaba del amor libre

\* \* \*

## PRÓLOGO DE JEANNETTE VERMEERSCH

Los sabios, los genios, los mejores de entre los mejores amigos de la humanidad, escribieron sobre las mujeres, sobre su vida, su labor, sus sufrimientos, sus combates. Estos hombres se llaman Marx, Engels, Lenin y Stalin.

Anteriormente a ellos, hombres generosos, como Fourier, se indignaban con la condición de la mujer en los diferentes estadios de la humanidad. Pero ellos no pudieron indicar el remedio.

Marx, Engels, Lenin y Stalin no solo han aportado a las trabajadoras, obreras y campesinas, a las madres, su solidaridad, además han buscado las razones de su explotación, de sus sufrimientos, de su esclavitud. Han explicado estas razones. Han buscado y encontrado el remedio.

Desde antes de la guerra, en 1938, Jean Freville había escogido, traducido y presentado, en la colección «Los grandes textos del Marxismo», publicados por las Ediciones Sociales Internacionales, numerosos textos referidos a la vida, a las luchas de las mujeres, a las condiciones de su liberación social, de su independencia.

Desgraciadamente, los hitlerianos y sus cómplices del vichysmo prohibieron, destruyeron o quemaron todo lo que podía golpear al capitalismo, al imperialismo, ya que ellos eran sus representantes más abnegados.

Ahora bien, nunca hemos tenido tanta necesidad de estos textos, que constituyen un arma sólida en las manos de los combatientes por la democracia y la paz.

Tras una segunda guerra mundial espantosa, y en el momento en el que los culpables de la guerra imperialista preparan una guerra que será más espantosa todavía, millones de mujeres se han despertado con esta conciencia de la necesidad de un combate sin tregua contra los responsables de las guerras injustas, que las convierten en esposas sin marido, en madres sin hijos, en novias de cadáveres.

Las mujeres han aprendido por experiencia que las guerras, y también los períodos que preceden a las guerras, significan para ellas, para sus hogares, en los países dirigidos por los imperialistas, el encarecimiento de la vida, el hambre, la miseria, el sufrimiento, la represión. Han aprendido que, por el contrario, allí donde el pueblo está en el poder, el pan está asegurado, la libertad existe para la gran mayoría, las energías se ponen al servicio de la Paz.

Las mujeres no pueden dejar de ver que el mundo está dividido en dos campos, que esta división no es geográfica, que no opone dos bloques de Estados: es mucho más profunda.

Por un lado, las mujeres ven el mundo imperialista, con, a su cabeza, los círculos financieros y militaristas de los Estados Unidos. Los Estados imperialistas, Francia incluida, imponen un yugo cruel no solo a la clase obrera, a los pueblos de sus países, sino también que mantienen en la esclavitud a cientos de millones de hombres y mujeres de los países coloniales y semicoloniales, cuyos territorios conquistaron a punta de bayoneta.

En este campo imperialista, que se compone de un puñado de hombres opuestos a sus pueblos, las trabajadoras, las madres constatan que reina la explotación sinvergüenza del hombre por el hombre, explotación que golpea asimismo a niños de 6 años en los países coloniales.

En este campo están la miseria, el chabolismo, las epidemias, las hambrunas permanentes. Una represión sangrienta se abate sobre los pueblos que se rebelan contra las injusticias y que luchan por sus libertades, por su independencia. La sangre de millones de víctimas enrojece las manos de los imperialistas.

En este campo, está la preparación y desencadenamiento de atroces guerras (1914 y 1939), está hoy la preparación de una guerra todavía más atroz. Está la carrera armamentística, están los pactos de guerra, están los presupuestos de guerra aplastantes que cuestan a los pueblos sudor, lágrimas, una miseria creciente.

Todo ello en vista de una guerra que, si los pueblos no toman precauciones, sería desencadenada contra la vanguardia de las fuerzas del socialismo del mundo, la Unión Soviética, y, por contragolpe, contra todos los pueblos que aspiran a la felicidad en democracia real y en paz.

En el otro campo, se encuentran los cientos de millones de hombres y mujeres que quieren sacudirse el yugo imperialista de la miseria, de la represión y de la guerra. A su cabeza, el país que ha roto el sistema universal del capitalismo, dando nacimiento a la sociedad socialista, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Este campo de lucha por la supresión de la explotación del hombre por el hombre, ya realizada en la Unión Soviética, por la supresión de la explotación de los niños, de la esclavitud de las mujeres. En este campo, la tierra es de aquél que la trabaja. ¡El camino está abierto a la inteligencia, al saber, en todos los dominios y por el único bien de la humanidad progresista!

Este campo de lucha es por la democracia, por una paz justa y durable.

En el gran combate que opone a dos mil millones de hombres y mujeres del campo democrático al puñado de criminales del campo imperialista, fascista, las mujeres toman un papel hasta ahora desconocido.

¿Cuántas mujeres, heroínas, han muerto por la causa de su pueblo, por la independencia de su país, en el combate contra los culpables de la guerra?

Desde Juana de Arco, heroína de la independencia nacional, a Daniela Casanova, muerta por la causa del pueblo de Francia y por el comunismo, pasando por la maestra Louise Michel, heroica combatiente de la Comuna de París, y Juana Labourbe, ejemplo de internacionalismo proletario, ¿cuántas son las «*Maries de Francia, gratos nombres para los hijos, hermanos, maridos*» que han luchado hasta el sacrificio, por el pueblo, por el país, por la democracia y por la paz?

Y aquellas que más han sufrido, las que más han dado, las mujeres de la Unión Soviética, consideran no ya como un derecho sino como un deber sagrado encontrarse hoy a la cabeza de cientos de millones de mujeres que desarrollan el combate por la Paz.

Las mujeres, en efecto, han comprendido esta verdad subrayada por Jaurés de que la lucha por la Paz es el más duro de los combates.

Para engañar al pueblo, para engañar a las mujeres, para aspirar a este infame objetivo: la guerra que preparan ideológicamente y materialmente, los imperialistas despliegan los mayores esfuerzos.

Quieren sembrar la duda en el seno de las fuerzas de paz. Intentan justificarse por todos los medios.

Dicen y hacen decir: «*Siempre ha habido ricos y pobres, y siempre los habrá*».

«*El bote de tierra no puede luchar contra el bote de hierro*», queriendo hacer creer, naturalmente, que el imperialismo es el bote de hierro.

«*Siempre ha habido guerras y siempre las habrá*».

Estos proverbios inventados por ellos son repetidos hasta el infinito.

A eso vienen a unirse las mentiras, las calumnias contra el pueblo en el poder. A entender de los imperialistas, no habría nada peor para el pueblo que gobernarse a sí mismo.

Sus lacayos, los socialistas de derecha y las gentes del Vaticano, van más allá puesto que, para ellos, el imperialismo, el colonialismo siempre vendrán mejor que un gobierno del pueblo. Toman hasta las riendas del gobierno contra el pueblo, cuando se vuelve demasiado difícil para los hombres de derecha dirigir por sí mismos directamente su política reaccionaria.

También, para combatir eficazmente a los culpables de la miseria y las guerras injustas, las mujeres necesitan esclarecer su camino a la luz del marxismo.

Jean Freville ha hecho para nosotras, mujeres trabajadoras, madres de familia, militantes comunistas y de todo el movimiento democrático femenino (¡y también para militantes de otros espacios!) una nueva selección de textos marxistas. Estos textos son poco conocidos, algunos inéditos en francés, otros difíciles si no imposibles de conseguir.

Las militantes encontrarán no solamente la refutación de los argumentos reaccionarios sobre la mujer y la familia en general, sino también los medios de combatir a la reacción imperialista con inteligencia y éxito. Ellas encontrarán igualmente la prueba de que el comunismo es el portador de un humanismo superior, que los comunistas son los defensores reales de la familia, que quieren llevar, lo llevan ya, en la Unión Soviética, en una sexta parte del globo, a una forma superior.

Gracias a Jean Freville y a las Ediciones Sociales por darnos, con ocasión del Día Internacional de la Mujer del 8 de Marzo, nuevas armas para nuestro combate, y una razón más para amar de todo corazón a aquellos que han consagrado sus días y sus noches, su inteligencia, todo lo mejor que tenían, a la felicidad de los pueblos: ¡Marx, Engels, Lenin, Stalin!

JEANNETTE VERMEERSCH

París, 9 de febrero de 1950

## LA MUJER Y EL COMUNISMO

Por **JEAN FREVILLE**

¡La mujer envilecida, prostituida, puesta en común! ¡Los hijos arrancados a sus padres! ¡La familia profanada, pervertida, disociada, destruida! Eso es lo que hacen los bolcheviques, clamaban los ideólogos, los políticos, los plumistas de la clase poseedora, mientras que el incendio de Octubre abrazaba el horizonte y sacaba de su noche a los pueblos...

¡Verdugos de la mujer, demolidores de la familia! ¡Qué argumento soberano para inspirar el horror del comunismo, qué receta infalible para preparar, en nombre de la moral ultrajada, la cruzada imperialista contra la joven República de los obreros y campesinos! La intervención fracasa, gracias al heroísmo de la Rusia revolucionaria, al genio de los bolcheviques, a la acción del proletariado internacional. Pero la calumnia persiste. No es nueva. Marx la denunciaba ya en el *Manifiesto* de 1848. Se arrastró en 1871, en el fango de Versalles. Una burguesía plena de imaginación y respiro se le aferra.

Los dignatarios de la Iglesia y de la francmasonería, los realistas y los republicanos burgueses, los puritanos y los fascistas, los defensores de la «persona humana» y los paladines de la «civilización atlántica», de acuerdo en exprimir la mano de obra femenina para esclavizar a la mujer invocando sus pretendidas deficiencias naturales, los mismos que la confinan a su función de reproductora, la encadenan a su limpieza de la casa y le niegan todos los derechos, se compadecen hipócritamente de la mujer soviética y maldicen la revolución proletaria, ¡que la ha situado, por primera vez, en pie de igualdad absoluta con el hombre!

En 1931, cuando la crisis, el paro y la miseria hacían evidentes las contradicciones internas del capitalismo, y que el éxito del primer plan quinquenal demostraba la superioridad del sistema socialista, Paul Van Zeeland, «conservador esclarecido», líder del partido social-cristiano belga, trazaba el siguiente cuadro del «infierno soviético»:

*«No hay vida en familia: la familia está literalmente destruida en las ciudades y lo va a estar en los campos, en la que sean colectivizados. No hay ambición personal: todo hombre que se levanta es hecho sospechoso, todo hombre que logra el éxito en la dirección de una empresa es desplazado. No hay confort, refinamiento de la vida, no hay vida religiosa, ni esperanza en el más allá»*<sup>[1]</sup>.

¡No hay vida en familia! ¡Como si no sería el capitalismo el que pone a la mujer en la imposibilidad de tener una vida de familia estable y satisfacer su instinto maternal! ¡Como si no sería el capitalismo el que le arranca su marido y sus hijos para la guerra! ¡Como si no sería el capitalismo el que perpetúa la vieja iniquidad bárbara del macho soberano y de la esclava duramente explotada! Pero ¿qué importa? La fábula grosera de las «mujeres soviéticas puestas en común» pertenece también al arsenal ideológico de la nueva Santa Alianza.

---

<sup>1</sup> Van Zeeland: «Reflexiones sobre el plan quinquenal», pág. 95, Editions de la Revue générale. Bruselas, 1931.

Cuando, tras la caída del hitlerismo, los trusts de los Estados Unidos se pusieron a la cabeza de la cruzada antisoviética y que la propaganda de Wall Street sucediera a Goebbles, el Comité de actividades no americanas de la Cámara de representantes publica un catecismo anticomunista. Se puede leer que:

Artículo 2.— *¿Cual era la concepción de Marx sobre el mundo comunista? Era que el mundo tal que nosotros lo conocemos debía de ser destruido —religión, familia, leyes, derecho: todo. Y que toda persona que se opusiera debía de ser destruida también.*

Mientras que «*los que creen en América y en Dios*», para retomar la frase del Cardenal Spellman, reducen el marxismo a esta caricatura, anarquistas, trotskistas, existencialistas acusan a los dirigentes soviéticos de haber restablecido las obligaciones patriarcales, la dominación del hombre sobre la mujer.

Así, ¡los bolcheviques están condenados a los demonios por haber suprimido la familia y por haberla mantenido a la vez! Los matachines del comunismo, que hacen leña de todo árbol, no se molestan con estas contradicciones. ¿No se trata de tocar diversos medios? ¿No hay que aterrorizar a las clases medias y, al mismo tiempo, convencer a las masas, impacientes por romper su yugo, de que la realidad soviética no difiere de la realidad capitalista?

Estos irrisorios anatemas, estas chocheces sobre la «*quiebra del comunismo*»<sup>[2]</sup> no impiden a los pueblos todavía esclavizados luchar por una sociedad en la que, como en la URSS, la mujer sea liberada y promovida a la dignidad del trabajo creador.

Puesto que la verdad, que intentan disimular o travestir en vano los profesionales del antisovietismo, bajo los eslóganes más caducos o bajo atavías remendados, se resume en estas palabras: Ha sido necesaria la Revolución proletaria para poner fin a la esclavitud de la mujer.

En todas las sociedades que se basan en la explotación, la mujer está humillada, ridiculizada, pisoteada. El macho le ordena: «*¡Procura placer! ¡Trae niños al mundo! ¡Prepara la sopa!*»

*Man was made for God  
And Woman was made for man...<sup>[3]</sup>*

«*El hombre se hizo para Dios y la mujer se hizo para el hombre*», escribe Milton. Bossuet recuerda a las mujeres «*que provienen de un hueso sobrenumerario en el que no había más belleza que la que Dios quiso poner*». Vigny habla de una lucha eterna «*entre la bondad del Hombre y la astucia de la Mujer*». Proudhon decreta: «*la Mujer es la desolación del justo*». Amiel aconseja «*honorarla y gobernarla*». Schopenhauer la

---

<sup>2</sup> El «*hormiguero comunista*», la teoría del amor «*que no es más que un vaso de agua para engullir cuando se tiene sed*» han fracasado junto a muchos otros accesorios de la ética comunista. Pero sólo cuando los fundamentos de esta ética sean formalmente desaprobados podrá renacer verdaderamente la familia» (Helene Isvolsky, *Esprit*, 1 de junio de 1936). La autora de estas líneas no hace más que manifestar su ignorancia completa de los «*fundamentos de la ética comunista*». Marx, Engels, Lenin, Stalin siempre han combatido lo que Lenin llamaba la «*teoría del vaso de agua*».

<sup>3</sup> Milton: «*El paraíso perdido*».



define: «*un animal con cabellos largos e ideas cortas*». Nietzsche ve en ella «*el descanso del guerrero*»...

Tal ha sido la filosofía del viejo mundo.

Pero el proletariado revolucionario se inscribe sobre estas banderas:

***«Igualdad social de la mujer y del hombre ante la ley y en la vida práctica.  
Transformación radical del derecho conyugal y del código de la familia.  
Reconocimiento de la maternidad como función social. Adopción por la sociedad de los cuidados y de la educación a dar a los niños y adolescentes. Lucha sistemática contra las ideologías y las tradiciones que hacen de la mujer una esclava».***

Tales son los principios de los nuevos tiempos. Se realizan en la vida y en los hábitos allá donde los pueblos se han puesto en marcha hacia el comunismo

## I. LA OPRIMIDA

La familia no constituye una formación social inmutable. Se ha modificado en el curso de los tiempos. Esta evolución está determinada, en última instancia, por el factor económico.

La esclavitud de la mujer coincide con ese período de la prehistoria en el que la familia se opone a la tribu, en el que se desarrolla la propiedad privada, en la que la sociedad se divide en clases y, en el que de la necesidad de controlar los antagonismos de clase, va a nacer el Estado.

En los períodos remotos de la prehistoria, el hombre se dedica a la caza y la pesca, la mujer se preocupa de alimentar su progenitura, de protegerla de las fieras, del frío, la intemperie; recolecta y prepara las hierbas, cura enfermedades y heridas, aprovisiona a las bestias, vela por las reservas, se preocupa por el futuro... Actividades indispensables y múltiples, que dan a la mujer, llamada a mantener la especie, una ventaja respecto al hombre. Es ella la que cría a los hijos, toma las iniciativas, fija los tabúes, descifra y posee los secretos de la naturaleza: es venerada y temida. El hombre aprecia sus cualidades, se somete a sus sugerencias: social e intelectualmente, ella es, al menos, su igual.

La mujer entra también en la mitología y la leyenda con cualidades y atributos que le eran propios en las edades primitivas. Las divinidades tutelarias que representan la generación y la fecundidad, como Cibele y Ceres, o la inteligencia, como Minerva, las sibilas que leen el futuro, las hadas y las brujas, dotadas de un poder sobrenatural, las Madres misteriosas del segundo *Fausto* de Goethe, son mujeres.

Encantadora, echadora de maldiciones, iniciada, mensajera de lo impenetrable, dispensadora de lo maravilloso, la mujer encarna los poderes del más allá, lo desconocido, las fuerzas mágicas y ocultas.

En la época del matriarcado, las mujeres ejercían una autoridad preponderante: la filiación era contada en línea femenina y los hijos pertenecían a la tribu de la mujer. Los escritores de la Antigua Grecia relatan la existencia, en el caso de ciertas tribus escitas, de «comunidades dirigidas por las mujeres»: ahí estaban los vestigios del matriarcado.

El descubrimiento del cobre, del bronce y del hierro, la fabricación de armas y útiles de metal, convertida la guerra en fuente principal de subsistencia y beneficio, supondrán el triunfo del macho, conmocionarán la antigua división del trabajo, relegarán a segundo plano los trabajos domésticos de la mujer. Con la extensión de la propiedad privada, la acumulación de riquezas en el seno de la familia, el deseo creciente de un enriquecimiento continuo, se plantea el problema de la transmisión de los bienes. Poseedor de armas y útiles, de tropas y esclavos, el padre quiere que sus hijos lo hereden. Ahora bien, bajo el régimen del matriarcado, los bienes del padre no iban a parar a sus descendientes, que continuaban formando parte de la tribu materna, sino a sus hermanos y hermanas. El hombre se esfuerza en quitar a la mujer su hegemonía: durante siglos, combate por asegurarse la primacía. Los relatos de luchas sostenidas por las Amazonas parecen referirse a la resistencia armada que las mujeres, en estos tiempos remotos, opusieron en algunos casos a las pretensiones de los hombres. Pero estos, que deseaban que su posición social respondiera todavía a su rol económico, acabaron por imponerse.

La filiación femenina y el derecho hereditario materno fueron abolidos. El casamiento múltiple o temporal fue reemplazado por el casamiento monogámico, que solo el hombre podía romper. Al matriarcado le sustituye la familia patriarcal, fundada sobre la dominación del hombre, que quiere hijos de una paternidad indiscutible, para así poder legarle sus bienes. Esta fue la «*gran derrota histórica del sexo femenino*»<sup>[4]</sup>.

*«La monogamia entra en escena como la esclavización de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en toda la prehistoria... El primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia, y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el sexo masculino. La monogamia fue un gran progreso histórico, pero, al mismo tiempo, junto a la esclavitud y la propiedad privada, inaugura la época que dura hasta nuestros días, en la que cada paso adelante es al mismo tiempo un paso atrás relativo, en la cual el bienestar y el progreso de los unos se alcanzan a expensas del dolor y la frustración de los otros»*<sup>[5]</sup>.

A partir de ahí, queda establecida la supremacía del hombre. Considera a la mujer como un instrumento de trabajo y procreación. Del patrimonio de su padre, pasa al patrimonio de su marido, es cambiada por bestias o armas, su infidelidad es castigada con la muerte, puesto que con ella se deja planear una duda sobre la legitimidad de su descendencia.

Después, la mujer no ha dejado de sufrir, a través de los regímenes esclavista, feudal, capitalista, una doble opresión: opresión en el seno de la sociedad, opresión en el seno de la familia.

Las religiones y legislaciones primitivas sancionaron esta subordinación de la mujer, condenada a la perpetuación de la especie. Tanto la ley de Manu, como el libro de Moisés, ordenan dejar a la esposa sin descendencia. Los textos sagrados de la India privan a la mujer de bienes y libertad. Los pueblos de Oriente la desprecian. «*He encontrado la mujer más amarga que la muerte*», dice el Eclesiasta. Los griegos, cuya civilización brilla tanto, no la trataban mejor. El padre y el tutor pueden imponerle un esposo de su selección. El esposo tiene la capacidad de intercambiarla o regalarla. Si ella se vuelve estéril, no repudiarla es un crimen contra los dioses. Mientras que el hombre se consagra a sus deberes cívicos, ella vive en un retiro absoluto, sin contacto con el mundo exterior.

Buscaríamos en vano, en el caso de los pensadores griegos, muestras de revuelta contra esta opresión de la mujer. Apenas algunos de ellos la tratan como compañera cuya opinión convendría conocer. Diógenes Laerce quería que no hubiera «*otra condición a la unión de los sexos que el consentimiento recíproco*». Pero la mayor parte de los filósofos y escritores griegos son misóginos. Pitágoras distingue «*un príncipe bueno que ha creado el orden, la luz, y al hombre, y un príncipe malo que ha creado el caos, las tinieblas y a la mujer*». Hipócrates declara: «*La mujer está al servicio del vientre*». Hesiodo, Arquíloco e Hiponauses la denigran; Aristófanes y Menandro la colman de sarcasmos; Pericles la confina en el gineceo; Demóstenes dice que toma una esposa para

---

<sup>4</sup> F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

<sup>5</sup> F. Engels, *ibidem*

tener hijos legítimos, concubinas para estar bien cuidado y cortesanas para los placeres del amor.

La antigüedad, que desprecia a la mujer, no conoció demasiado el sentimiento del amor.

Ni Platón ni Aristóteles, para quien «*la hembra es hembra en virtud de cierta falta de cualidades*», no piensan en sacar a la mujer de su condición subalterna, en volverla igual al hombre. La comunidad de mujeres y niños, expuesta por Platón en su República, es la consecuencia y la condición de un comunismo impuesto a los guerreros en solitario. Estos, los más fuertes y más bravos, no deben poseer nada propio. A la selección de guerreros corresponde la selección de mujeres que les son destinadas. Los «*casamientos más ventajosos para el Estado serán los más santos*»<sup>[6]</sup>; los magistrados pondrán en relación «los sujetos de élite de uno y otro sexo», con el fin de que los hijos que vayan a nacer sean vigorosos. En la ciudad ideal de Platón se afirma la primacía de la especie sobre el individuo, que no es libre de amar ni de escoger a su agrado<sup>[7]</sup>.

En medida que la condición del sexo femenino decae, aumenta la prostitución, herencia de las antiguas relaciones sexuales y complemento de la boda monogámica. La hetaira griega, escapando a la boda, se sustrae a la reclusión. Su vida intelectual y sentimental no es disimulada. La hetaira sirve de modelo para pintores y escultores, inspira a los poetas, ella misma cultiva las artes, conoce a los hombres célebres. Prínea posa para Praxíteles, Aspasia es la amiga de Pericles, Dánae la de Epicuro, Archeanasa de Platón...

El derecho romano primitivo no reconoce voluntad propia a la mujer: la somete a la tutela de su padre. De la ley de las XII Tablas hasta Marco Aurelio, el derecho civil evolucionó en un sentido favorable a la mujer. La boda con manu daba al esposo un poder discrecional sobre su persona y bienes: la boda sine manu limita este poder a su persona, y este poder es el mismo neutralizado por la autoridad que el paterfamilias mantiene sobre su hija. Poco a poco, el legislador restringe los derechos del marido y del padre, abole la tutela, permite a la mujer heredar y testar. Pero si la romana llega a disponer de su fortuna, es para disfrutarla. En ningún momento ha luchado para adquirir derechos políticos. Hubo, en la historia de Roma, guerras de esclavos, pero no hubo movimiento feminista, y no podía haberlo. Las sociedades antiguas no se plantearon un problema que hubieran sido incapaces de resolver.

El cristianismo naciente aporta a las mujeres y a los esclavos una inmensa esperanza de liberación, pronto decepcionada. Para la nueva fe, las mujeres afrontan en masa el martirio. Pero desde que el cristianismo, de religión de los pobres y oprimidos, deviene religión de Estado, degrada a la mujer. ¿No había dicho San Pablo que «*el hombre no ha sido creado para la mujer, sino la mujer para el hombre*»?

Los doctores y Padres de la Iglesia la tratan como enemiga, ven en ella la eterna tentación, la invitación al fornicio, la trampa del mal,... «*Mujer, escribe Tertuliano, tu eres la puerta del diablo... ¡Tu deberías ir vestida siempre de luto y harapos!*». San Juan

---

<sup>6</sup> Platón, *La República*.

<sup>7</sup> Campanella, en *La Ciudad del Sol* (1623), invoca el mismo principio. “*La reproducción de la especie, interesa a la república y no a los particulares*”. También preconiza “*las uniones de genitores y genitoras más distinguidos*”.

Crisóstomo la fustiga: «*Entre todas las bestias salvajes, no hay ninguna tan perjudicial como la mujer*». La subordinación de la mujer al hombre es el principio una constante del canon correcto. «*La mujer, escribe Santo Tomás de Aquino, está destinada a vivir bajo la influencia del hombre y no tiene por sí misma ninguna autoridad*». El celibato impuesto a los sacerdotes refuerza el descrédito lanzado sobre las relaciones naturales entre los sexos, y subraya, pese al culto ofrecido a la Virgen, el carácter peligroso y sospechoso de la mujer. La repulsa a la mujer, el odio al pecado de la carne, incitaron más tarde al Papa Pío IX a proclamar, en 1854, el dogma de la Inmaculada Concepción. El matrimonio es incompatible con la perfección cristiana. ¿Qué representa? «*La unión de las almas*». La Iglesia destierra la atracción física. El amor no tiene sitio en lo más importante, lo más solemne, en lo más íntimo de todos los pactos sellados entre dos seres humanos. Pero la prostitución es aceptada como un mal necesario. «*Las prostitutas, leemos en La Suma de Santo Tomás, están en una ciudad que es la cloaca de un palacio: suprimid la cloaca, y el palacio será un sitio sucio e infecto*».

En la Edad Media, la mujer es considerada la propiedad del hombre. Incorporada al feudo, depende del señor: éste, escogiéndole un esposo, dispone de la mujer y del dominio. El caballero puede maltratar a su esposa, pegarla, «*castigarla razonablemente*», regalarla, legarla por testamento, repudiarla y, hasta el siglo XIII, venderla. Casada, está obligada a una fidelidad unilateral: el marido, cuando está ausente, la encierra bajo llave en un cinturón de castidad. Viuda, ella debe aceptar un nuevo amo. Desde la edad de siete años, el hijo de sexo masculino, escapa a la autoridad materna; si su padre muere, puede declararse mayor de edad y ser tutor de su propia madre.

Así vive la mujer en el seno de la clase dominante. En cuanto a la mujer del siervo, sometida al jus primae noctis, es una bestia de carga, miserable, ignorante, reventada por la sociedad feudal.

En la barbarie de la época florecen los focos del amor cortés. Nobles damas, apasionadas de la literatura y de la belleza, atraen en torno a ellas a poetas, oponiendo a la brutalidad conyugal las dulzuras del buen decir y las inclinaciones del corazón, rinden cuentas sobre las cuestiones de galantería de los arrestos motivados, en los tribunales llamados cortes de amor.

«*El amor, en el sentido moderno de la palabra, sólo se presentaba en la Antigüedad fuera de la sociedad oficial... La Edad Media arranca del punto en que se detuvo la Antigüedad, con su amor sexual en embrión, es decir, arranca del adulterio*»<sup>[8]</sup>.

El Renacimiento no modifica la condición jurídica de la mujer, pero aporta cambios considerables en las costumbres.

Las nuevas aspiraciones, el espíritu de investigación y de libre examen, los inventos y descubrimientos, el empuje individualista, el humanismo golpean las costumbres feudales y la escolástica. La mujer adquiere cierta independencia, toma parte en la vida intelectual, encuentra defensores. Erasmo denuncia la tiranía de los hombres «*que tratan a las mujeres como juguetes, hacen de ellas sus lavanderas y cocineras*».

---

<sup>8</sup> F. Engels; *Ibidem*

Soberanas y *condottiers*, poetisas y músicas, sabias, letradas, cortesanas se liberan de la moral corriente; pero, aún así, siguen siendo casos aislados.

Mientras que la burguesía ascendente en los siglos XVII y XVIII, preconiza la austeridad, las virtudes familiares, la discreción de la mujer, en la Corte y en los salones, el sexo bello triunfa. Sin ambicionar nada más que la gloria de aparentar, y los éxitos mundanos, brillante, superficial, frívola, reducida a la habilidad, a la intriga, a las aventuras amorosas, la mujer de la clase dominante se corrompe en la ociosidad, el goce, el desprecio de la maternidad, la miseria moral.

En la Edad Media, la mujer del pueblo, que es aplastada por la sociedad, debe contentarse con un salario extremadamente bajo. Las corporaciones se oponen al trabajo femenino, se esfuerzan por suprimir una competencia peligrosa, que juzgan desleal. Algunas de entre ellas obligan a las mujeres a afiliarse, prohibiéndoles aún así el acceso a la maestría. Otras les cierran las puertas, alegando el carácter tan penoso de sus tareas. Resulta que las mujeres, excluidas de las corporaciones, son sometidas a las duras condiciones y salarios bajos del trabajo a domicilio. La revolución industrial del siglo XVIII hace entrar en la producción un número creciente de mujeres; pero, al mismo tiempo, las nuevas máquinas suprimen los trabajos manuales, que les eran reservados, tales como la hilatura y la industria textil, que hacen la competencia más dura y el paro más frecuente, bajan el precio de la mano de obra femenina.

La Revolución francesa abolió en 1790 el derecho de primogenitura. Autoriza el divorcio en 1792 pero se niega a seguir a Condorcet, que había reivindicado en 1789 los derechos cívicos para la mujer.

Sin embargo, las mujeres del pueblo habían jugado un papel decisivo en el curso de los grandes días en los que se decidió la suerte de la revolución. Estas fueron las obreras de los arrabales, los mercados de Los Halles, quienes, el 5 y el 6 de octubre de 1789, forzaron las puertas del Hotel de Ville reclamando pan, tras lo cual marcharon sobre Versalles en número de 8000, con Theroigne de Mericourt, la Amazona de la Libertad en cabeza: conducen a Tuileries al «*boulangier, la boulangère et le petit mitron*»<sup>9</sup>. También se puede decir, de acuerdo con Michelet, que si los hombres tomaron la Bastilla, fueron las mujeres quienes se encargaron de la realeza.

Cuando aparece la Declaración de los Derechos del Hombre, Olimpia de Gouges, una de las fundadoras del movimiento feminista, publica una Declaración de los Derechos de la Mujer:

*«La mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos... El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación, que no es más que la unión de la mujer y el hombre...Todas las ciudadanas y todos los ciudadanos, iguales ante la ley, deben ser igualmente admisibles en todas las dignidades, lugares y empleos públicos, según sus capacidades y sin más distinciones que las de sus virtudes y talentos... Si la mujer tiene derecho a subir al cadalso, debe tener igualmente el de subir a la tribuna... ¡Mujeres, despertaos!»*

---

<sup>9</sup> \* « *El panadero, la panadera y el pequeño aprendiz* ». Expresión en francés de la época para referirse al rey, la reina y el heredero al trono

Pero las dirigentes de las primeras organizaciones de mujeres – Olimpia de Gouges, Rosa Lacombe – perecieron bajo el filo de la guillotina, y la Convención decidió disolver y prohibir todas las asociaciones femeninas.

Mientras que la supresión de los enclaves feudales permite al capitalismo explotar la mano de obra «libre» y bajar los salarios recurriendo al trabajo de las mujeres y los niños, el Estado burgués fija el estatus de la familia, pilar del régimen.

El Código civil de Napoleón pone a la mujer casada bajo tutela. Se inspira en el derecho romano y en el antiguo derecho francés (Pothier afirma que la preponderancia del marido y la sujeción de la mujer son de «*derecho natural*»). Napoleón estima que la mujer es propiedad del hombre a quien ella le da hijos, como un peral da a su propietario peras. Ante el Consejo de Estado, declara que «*La naturaleza ha hecho de nuestras mujeres nuestras esclavas. El marido tiene derecho de decir a su mujer: ¡Señora, usted no saldrá! ¡Señora, usted no irá a la Comedia! ¡Señora, usted no verá a tal o cual persona!, es decir; ¡Señora, usted me pertenece en cuerpo y alma!*»

El poder marital se ejerce sobre la persona de la esposa y sobre sus bienes. «*El marido debe protección a su mujer, la mujer obediencia a su marido*» (art. 213 del Código civil). La incapacidad de la mujer casada se expresa con la prohibición de testar, heredar, invertir dinero, comprar, vender, viajar, adoptar un oficio o un negocio sin la autorización del marido. El adulterio de la mujer puede acarrear una pena de reclusión. Las mujeres son excluidas de los derechos políticos. Gran número de funciones y carreras le son negadas. La búsqueda de la paternidad llega a estar prohibida. La madre soltera y su hijo natural son marginados de la sociedad.

El capitalismo del siglo XIX se desarrolla sobre las bases de la familia, tal y como la consagró el Código de 1804. El padre cobra y autoriza; la mujer asegura el linaje; el hijo hereda y sucede; la hija se alía; la virginidad forma parte de su capital y garantiza su fidelidad posterior. La maternidad fuera del matrimonio es una carga, casi un delito.

Célula exclusiva y antisocial, destinada esencialmente a la custodia y transmisión del patrimonio, la familia burguesa está caracterizada por el egoísmo, la mentira, la hipocresía, la guerra contra el resto de familias del exterior, la limitación de nacimientos en su mismo seno.

Balzac, con la perspicacia de un genio, no sólo describió sus vicios, sino que también previó las consecuencias sociales:

*«Hoy, las familias ricas están entre el peligro de arruinar a sus hijos si tienen demasiados o el de extinguirse si se limitan a tener uno o dos; un singular efecto del Código Civil, en el que no pensó Napoleón»*<sup>[10]</sup>.

Para la burguesía, la mujer es el sonajero, el bien del hombre.

*«El destino de la mujer y su única gloria son hacer latir los corazones de los hombres... La mujer es una propiedad que se adquiere por contrato; es un mobiliario, puesto que la posesión necesita de un título; en resumen, la mujer no es, propiamente hablando, más que un anexo del hombre»*<sup>[11]</sup>.

---

<sup>10</sup> Balzac: «*La falsa amante*».

<sup>11</sup> Balzac: «*La psicología del matrimonio*».

Molière, en nombre del buen sentido, se burló de las Preciosas ridículas y las Mujeres sabias, desprovistas de virtudes sólidas y conocimientos prácticos, propios de la clase ascendente. Se burló del burgués enriquecido y vanidoso, encaprichado con las condecoraciones y plumas del caballero. Consideraba como méritos las desgracias de George Dandin: ¡un burgués debe permanecer fiel a los suyos!

Balzac, bajo la Monarquía de Julio, asiste a la llegada al trono de la sociedad burguesa, al triunfo de los banqueros y del dinero que todo lo domina y todo lo procura —placeres, poder, partículas. El matrimonio, este acto por el cual la mujer y el hombre disponen de sí mismos, se convierte en un mercado; y como una unión en la que el amor está ausente peligra con conducir a la mujer al adulterio, el marido la limitará a los trabajos del hogar, la vigilará, la embridarán, se opondrá al desarrollo de su personalidad.

*«El matrimonio no podría tener como base la pasión, ni tampoco el amor...El viático del matrimonio está en estas palabras: resignación y abnegación»*<sup>[12]</sup>.

¿Qué ha hecho la burguesía con sus antiguas virtudes? No reconoce más que un mérito: ¡ser rico! El matrimonio es *«un medio de fortuna»*. La nobleza arruinada del arrabal de Saint Germain se lanza «a la caza de herederos», con tal de volver a dorar sus coronas de conde o marqués; el burgués acomodado, deslumbrado por los blasones de la clase que acaba de abatir, compra a su hija un marido con título. Los héroes de Balzac, arribistas desenfundados, —Marsay, Rastignac, Rubempré, Máximo de Trailles— se hacen mantener por las mujeres. En la mediocridad de las pequeñas ciudades de provincia, los jóvenes sin posición se desesperan: *«¡ay! si alguna mujer rica quisiera de mí...»*.

¿De qué valen la inteligencia, la belleza, las cualidades morales? ¡Caídas en saco roto! A través de la explotación desvergonzada, el robo legal, la tiranía de los ricos, la corrupción de la moralidad, el desencadenamiento de ambiciones sin escrúpulos, la venalidad general, se perpetúan las viejas injusticias y, entre ellas, la más vieja de todas: la esclavitud de la mujer.

\* \* \*

Una profunda decepción siguió al nacimiento de la nueva sociedad que los filósofos del siglo de las luces esperaban basar en la razón. Este desencantamiento se expresa en la literatura por medio del romanticismo y, en el pensamiento social, por lo que más tarde se conoció como el socialismo utópico.

Saint-Simón y Fourier en Francia, Owen en Inglaterra, retoman y profundizan las críticas de los materialistas del siglo precedente. Condenan esta caótica sociedad, ciega y feroz, en la que la dominación de una clase ha sido sustituida por la de otra, en la que el capitalismo progresa por medio de los antagonismos sociales y la anarquía de la producción, en la que crece la miseria del pueblo, en la que cada uno lucha contra todos, en la que persiste la vieja esclavitud de la mujer.

Diderot se compadeció de las mujeres: *«La crueldad de las leyes civiles se une contra las mujeres a la crueldad de la naturaleza»*. Helvetius, d'Alembert, que atribuían su inferioridad a la educación y las leyes, las habían considerado como iguales al hombre.

---

<sup>12</sup> Balzac: *«Memorias de dos jóvenes casadas»*.



El socialismo utópico recoge esta herencia de los Enciclopedistas. Se levanta contra la suerte reservada a la mujer por la sociedad burguesa, y propone sus soluciones.

Para Saint-Simón, la igualdad del hombre y la mujer era un principio simplemente político. Tras su muerte (1825), su discípulo Olinde Rodrigues lo desarrolló, le dio un nuevo contenido, invocando la palabra que el maestro pronunció en una de sus entrevistas supremas: *«El hombre y la mujer; he aquí el individuo social»*. Otro discípulo de Saint-Simon, Prosper Enfantin, realiza el nudo central de la teoría; lo titula el *«San Juan de la Mujer»*, y motiva en ese sentido su dignidad de segundo revelador. La mujer se convierte en la obsesión colectiva de los saint-simonistas, que querrán fundar *«el reino de la paz y el amor»* sobre la rehabilitación del instinto sexual.

El cristianismo, declara Enfantin, condena el instinto sexual e introduce en la mujer la encarnación del pecado. La castidad, el celibato, la moral asceta, la indisolubilidad del matrimonio, todos estos principios religiosos que contribuyen a esclavizar a la mujer, no responden a la naturaleza humana. Habiendo sido creada la materia por Dios, como el espíritu, sus manifestaciones son, para Enfantin, igualmente santas. Es necesario legitimar los placeres sensuales, poner fin al viejo anatema, relevar los *«ángeles rebeldes»* que la Iglesia fulmina desde hace dieciocho siglos. Esa será la obra de la nueva Iglesia, alimentada con los principios del saint-simonismo.

Enfantin divide los individuos de cada sexo en móviles e inmóviles, unos sienten afectos vivos y pasajeros, una necesidad de cambio, de variedad, de multiplicidad, y los otros consagrados a las uniones profundas y duraderas. Los matrimonios temporales y sucesivos, derivados de entusiasmos efímeros, son sin embargo tan normales como los matrimonios definitivos, fundados sobre un amor al abrigo de los perjuicios del tiempo. Aunque sus relaciones se funden sobre la inestabilidad o sobre la constancia, los dos sexos seguirán teniendo los mismos derechos.

El saint-simonismo no se basaba en un análisis de las clases: consideraba a la mujer, no en su función social, sino en su función sexual, y como el símbolo mismo de la obra del instinto sexual que exalta. Quería renovar la sociedad por medio de una doctrina mística y sensual, la revelación de una nueva moral, encarnada y predicada por el *«sacerdote de la pareja»*, encargado de armonizar las relaciones sociales.

El Padre Enfantin instala su falansterio en abril de 1832 en Menilmontant. Llamado meses después a declarar a la sala de lo penal, fue condenado a un año de prisión por ultrajes a la moral pública. Mientras cumplía su condena en Sainte-Pelagie, algunos de sus discípulos se embarcaban hacia Oriente, a la búsqueda de la Mujer-Mesías, guía y sabia de la humanidad. Los *«Compañeros de la Mujer»* se toparon con la incompreensión del sultán de Turquía, continuaron su cruzada en Egipto, en donde se les unió, tras su liberación, el Padre Enfantin, con una pequeña corte de fieles. En la tierra de los Faraones, donde Enfantin pensaba en la apertura del istmo de Suez y en la presa del Nilo, la extravagante odisea de la Familia saintsimonista acaba con numerosas decepciones, con la desertión de unos, la ruina de otros y la muerte de algunos otros.

Fourier, con mordaz fogosidad y una viva imaginación, un sentido elevado de la justicia, reclama la emancipación de la mujer, la igualdad jurídica de los dos sexos, la libertad de las pasiones. Los filósofos desconocieron *«los derechos del sexo débil, cuya opresión destruía la justicia desde la base»*. Las mejores naciones son aquellas que acuerdan la mayor libertad a las mujeres: ése es el verdadero criterio del progreso social.

*«Los progresos sociales y los cambios de período tienen lugar en razón del progreso de las mujeres hacia la libertad, y las decadencias de orden social tienen lugar en razón del decrecimiento de la libertad de las mujeres...La extensión de los privilegios de las mujeres es el principio general de todo progreso social»*<sup>[13]</sup>.

Las mujeres se muestran tan aptas como los hombres para todos los trabajos. Cuando ellas pueden desplegar sus capacidades naturales, igualan y sobrepasan a los hombres.

*«La Armonía no cometerá como nosotros la idiotez de excluir a las mujeres de la medicina y de la enseñanza, para reducir las a la costura y al bote. Ella sabrá que la naturaleza distribuye a los dos sexos, en igual proporción, la aptitud para las ciencias y artes... Así, los filósofos que quieren de forma tiránica excluir a un sexo de algún empleo son comparables a estos colonos malos de las Antillas que, tras haber embrutecido por medio de suplicios a sus negros ya embrutecidos por la bárbara educación, pretenden que estos negros no estén al nivel de la especie humana. La opinión de los filósofos sobre las mujeres es tan justa como la de los colonos sobre los negros»*<sup>[14]</sup>.

En su crítica de la «civilización» –quinto período de la evolución humana— Fourier se levanta contra el comercio y el matrimonio, que hacen reinar la mentira y la deslealtad, el primero en las relaciones económicas, el segundo en las relaciones sexuales. El matrimonio, fundado en «especulaciones codiciosas», desarrolla «el egoísmo, esencia del bien conyugal». Ante su celebración, degrada a la mujer: la joven chica debe envilecerse ofreciéndose como una mercancía. Tiene que encontrar a todo precio alguien que la tome. Se trafica con ella bajo el manto de la ley.

*«¿No es la joven una mercancía expuesta en venta para quien quiere negociar la adquisición y la propiedad exclusiva? ¿El consentimiento que ella da al lazo matrimonial no es irrisorio y forzado por la tiranía de los prejuicios que la tienen obsesionada desde su infancia?»*<sup>[15]</sup>.

El hombre también persigue con el matrimonio su interés, de forma que el marido y la mujer se venden: «en el negocio conyugal, dos prostituciones valen una virtud».

La atracción pasional, piensa Fourier, es un aspecto de la gran ley de la atracción que rige el universo. Ahora bien, «la odiosa unidad familiar» reduce a la mujer a la servidumbre, esteriliza sus facultades, contradice la libertad de las pasiones. A la vida de familia, que aísla a la pareja, la condena al aburrimiento y a la mentira y le ata a una misma cadena, Fourier opone la comunidad del falansterio. Las mujeres, liberadas de los cuidados domésticos y de la vigilancia de los hijos, se dedicarán a todos los trabajos igual que los hombres. Disfrutarán como ellos de todos los derechos. Por sus actividades cotidianas, podrán satisfacer la «mariposa», esta necesidad imperiosa de variedad sentida por cada uno de los seres humanos.

Los grupos de amor se organizarán en el falansterio como los grupos de trabajo, según su temperamento o sus gustos. Esta revolución en los hábitos sexuales liberará el amor,

---

<sup>13</sup> Fourier: «Teoría de los cuatro movimientos».

<sup>14</sup> Fourier: «El Nuevo Mundo industrial y societario»

<sup>15</sup> Fourier: «Teoría de los cuatro movimientos».

a partir de la tercera generación de Armonía, de todas las restricciones impuestas por la «civilización».

Los utopistas se conmovieron con el destino impuesto a la mujer. Pero confundieron su liberación con la licencia sexual. ¿Hay que acusarlos por ello? Ulcerados por las desigualdades sociales, impacientes de un futuro mejor del que no distinguen ni promesas ni elementos de la realidad, agitaron por el mundo su campana de los milagros. No ven la emancipación de la mujer como algo inherente a la evolución histórica, la descubren en la libertad de las pasiones.

Su ideología refleja este estadio del capitalismo en el que la imaginación trata de suplir por medio de sus hallazgos la falta de madurez de las condiciones objetivas. El proletariado en formación se busca, se tantea, pasa de movimientos espontáneos a las revueltas esporádicas, no sabe todavía lo que es ni hacia donde va, no lucha de forma organizada contra la burguesía,... Los utopistas no distinguen lo nuevo en lo viejo, no se apoyan en las fuerzas ascendentes: su generosidad impotente sólo ha podido alumbrar paraísos quiméricos...

Una mujer quiere emancipar a las mujeres: se volverá hacia el proletariado. En la Unión Obrera (1843), Flora Tristán pide a los obreros que hagan triunfar el principio de igualdad del hombre y la mujer.

*«Reclamando justicia para vosotros, demostrad que sois justos, igualitarios; proclamad, vosotros, los hombres fuertes, los hombres de los brazos desnudos, que reconocéis a la mujer como vuestra igual...»*

A la Declaración de los Derechos del Hombre corresponde la Declaración de los Derechos de la Mujer. Entonces, «la unidad humana será constituida».

Pero esta idea de incorporar la causa de la mujer a la causa de los obreros no es, en el espíritu de la «paria» nada más que una afirmación abstracta, difuminada en aspiraciones fourieristas y sueños románticos. Flora Tristán cree en la redención del pueblo por la mujer y en la regeneración de la sociedad por medio del amor.

*«En realidad, os lo digo una vez más, vosotros no seréis libres hasta que no sepáis amar, y ¿cómo lo sabréis si nada queréis aprender de la mujer?»*

La fe en el poder de la pasión le inspira llamamientos fervientes y desesperados.

*«¡Mujeres, hermanas mías, no permanezcáis ociosas en el combate que se prepara, puesto que será lo más cariñoso lo que gane!... Hermanas mías, no seáis más esclavas cuya carne se vende y su corazón se apaga. Haced mejor como yo, protestad y morid...»*<sup>[16]</sup>

Con Marx y Engels, la cuestión femenina deja el mundo de las quimeras y las efusiones generosas. No imaginan conventos del amor o ciudades ideales, no creen en la virtud de exhortaciones patéticas. La armonía de la familia, el libre desarrollo de la mujer, la felicidad del niño son imposibles en el marco de la sociedad burguesa.

Los creadores del socialismo científico saben que los hombres, las mujeres, tendrán que librar duras batallas y ganarlas, antes de realizar una humanidad liberada, reconciliada consigo misma, que extraiga su fuerza de la totalidad al fin conquistada. El problema de

---

<sup>16</sup> Padre Constant: «La emancipación de la mujer o el testamento de la paria».

## I. La oprimida

la mujer no puede estar separado del conjunto de los problemas sociales. Marx y Engels lo resolvieron uniéndolo a la lucha de clases y a la transformación revolucionaria del mundo.

## MARX Y ENGELS

Cuando Marx, con 24 años, expone por primera vez en la «*Gaceta Renana*», en 1842, sus ideas sobre la mujer y el matrimonio, no terminó la evolución que le había de llevar dos años después, al comunismo. Partiendo de Hegel, empieza a alejarse de los jóvenes hegelianos. Estos acaban de formar en Berlín el grupo de los «*Liberados*», con Max Stirner y algunos libertinos, cuyo extremismo verbal se satisface con una vida bohemia. Marx, lanzado en la batalla contra la reacción prusa y emparejado con Jeny Von Westphalen, con la que se casará en junio de 1843, condena la fraseología y la moralidad de los «*Liberados*».

En dos artículos de la «*Gaceta Renana*» en los que trata sobre el tema de la familia, Marx se pronuncia, en uno, por la monogamia, y en el otro, por la libertad de divorcio.

El primer artículo de Marx, datado del 9 de agosto de 1842, está consagrado a un *Manifiesto* publicado por la escuela histórica del Derecho. Marx hace un escarnio con esta escuela «*que explica la infamia de hoy con la infamia del ayer*», y cuyo fundador, Hugo, «*nos ordena someternos a todo lo que existe, por la única razón de que existe*». Hugo, sin embargo, critica el matrimonio, institución que, según él, no tiene «nada de razonable»: resuelve la cuestión de la poligamia o de la monogamia por medio de una simple referencia a la naturaleza animal del hombre. Marx se burla de la «*imprudencia frívola*» del honorable profesor.

*«La satisfacción del deseo sexual por su carácter excepcional, su encadenamiento por normas legales, su belleza moral que transforma el instinto de la naturaleza en una unión espiritual, la esencia espiritual del matrimonio, todo ello inspira al Sr. Hugo grandes inquietudes»*<sup>[17]</sup>.

El segundo artículo del 15 de noviembre de 1842 critica el proyecto de ley pruso sobre el divorcio. Marx rechaza el punto de vista de Hegel, que proclamaba la indisolubilidad del matrimonio en sí, en tanto que concepto. Ahora bien, el matrimonio no es un concepto, es un hecho social. Un matrimonio sin amor, un matrimonio que no represente más que una fachada tras la que no subsiste nada, no podría ser mantenido. El divorcio será la constatación jurídica de su disolución real.

Asentado en París en noviembre de 1843, algunos meses más tarde de la prohibición de la «*Gaceta Renana*», Marx prepara dos estudios para los «*Anales Franco-Alemanes*», cuyo único número apareció en marzo de 1844. Después redacta sus «*Manuscritos económicos y filosóficos*»: hallamos una página remarcable sobre el comunismo y las relaciones del hombre y la mujer.

Marx trata dialécticamente de la doble relación entre la propiedad privada y el comunismo, por un lado, y, entre el hombre y la mujer, por otro. La influencia persistente de las ideas saint-simonistas y fourieristas, las aportaciones de ciertos medios babeufistas (Babeuf no había preconizado nunca la comunidad de mujeres) llevan a Marx a delimitar el comunismo científico al que separa de «*este comunismo todavía absolutamente grosero y desprovisto de pensamiento*», que quiere sustituir el matrimonio burgués por la comunidad de mujeres y niega la personalidad humana.

---

<sup>17</sup> Marx, «*Marx-Engels Gesamtausgabe*», t. I, Edición del Instituto Marx-Engels.

*«Este comunismo —que niega en todo momento la personalidad humana— no es más que una expresión consecuente de la propiedad privada, que es en sí misma la negación»*<sup>[18]</sup>.

Las relaciones del hombre y la mujer, dice Marx, señalan el grado de desarrollo social. La comunidad de mujeres es la expresión de un comunismo inculto<sup>[19]</sup>, impulsado por el único deseo de nivelar, y que se vuelve contra la propiedad privada para saciar su apetito de posesión.

*«La propiedad privada nos ha hecho tan estúpidos y tan limitados que un objeto, no es nuestro hasta que lo poseamos, es decir, hasta que exista para nosotros como capital, hasta que lo tengamos en posesión inmediata, lo comamos, lo bebamos, lo llevemos sobre nuestro cuerpo, vivamos en él, etc., desde que, en una palabra, lo consumamos...»*

*Es por lo que el lugar de todos los sentimientos físicos y morales fue ocupado por la simple alienación de todos estos sentimientos, por el sentimiento de la posesión. La esencia humana debía caer en esta pobreza absoluta para poder hacer nacer de sí misma su riqueza interior»*<sup>[20]</sup>.

Los que reclaman la comunidad de mujeres confunden el instinto sexual con otras necesidades naturales. El hambre se satisface con alimentos. Pero el alimento del instinto sexual es un ser humano, que actúa, que piensa, que sufre. ¿Se puede admitir que un ser humano se convierta en un objeto de explotación o de humillación con el único fin de satisfacer las necesidades o los caprichos del prójimo?

En *«La Santa Familia»* (1845), Marx ejecuta por última vez la filosofía idealista de los jóvenes hegelianos, cuyas grandes palabras no sirven más que para ocultar la sumisión al orden existente. Uno de entre ellos, Szeliga, había puesto por las nubes los «Misterios de París». Marx compara las «ideas» que profesa Rodolfo, el héroe de Eugenio Sue, a las «fantasías» de Fourier. El novelista, inflado de pretensiones socializantes y de filantropía vulgar, está lejos de «considerar la condición general de la mujer en la sociedad moderna como inhumana». Sus prédicas y sus hipócritas habladurías solo disimulan el egoísmo, la injusticia, la dureza de la clase dominante: Marx le opone las críticas dirigidas por el utopista Fourier a la familia burguesa y la «característica magistral» que este último da al matrimonio<sup>[21]</sup>.

Mientras Marx, por la vía de la filosofía, llegaba al comunismo, Engels provenía de la observación social y la economía política. Cuando se encontraron en París, en agosto de 1844, constataron la admirable concordancia de sus ideas.

Desde 1842, Engels trabajaba en Manchester en los telares cuyo padre era copropietario. Habiendo observado de cerca la vida de las masas trabajadoras y los avances del sistema capitalista, había llegado a conclusiones precisas. El paro crea un ejército de reserva industrial, que permite a la patronal mantener salarios bajos. Crisis

---

<sup>18</sup> Ibidem, t. III).

<sup>19</sup> El comunismo utópico de Tomas Moro se pronunció en favor de la comunidad de bienes pero no de mujeres *«Utopía»*, 1518

<sup>20</sup> Marx, *«Marx-Engels Gesaumtausgabe»*, t. III.

<sup>21</sup> Marx, ibidem, t. III.

periódicas, debidas al atragantamiento del mercado, devastan la economía inglesa, siembran desgracias y ruinas. Frente a los capitalistas, se levanta un proletariado cada vez más numeroso, que no tiene otra salida a su miseria que el socialismo.

La «Situación de la clase obrera en Inglaterra» describe las condiciones económicas y sociales nacidas del desarrollo de la industria: miseria de los obreros, alcoholismo, excesos, degradación física y moral.

*«Cuando se pone a las personas en una situación que solo puede convenir a la bestia, no le queda más que rebelarse o sucumbir a la bestialidad... La burguesía tiene verdaderamente menos derecho que nadie de reprochar a la clase obrera su brutalidad sexual»<sup>[22]</sup>.*

Si, tras cien años de luchas y conquistas obreras, el proletariado de los países capitalistas no conoce la explotación despiadada de la que habla Engels, no se deduce por eso que la sociedad capitalista haya dejado de desarrollarse gracias a esta explotación. ¿Acaso no siguen sufriendo un trato análogo ciertas capas del proletariado y los pueblos coloniales? El libro de Engels no es solamente uno de los primeros documentos del materialismo histórico, mantiene su actualidad y su fuerza. Remonta a las causas profundas de la miseria, del vicio, de la prostitución. La mujer envilecida y esclavizada, el niño sacrificado y martirizado, el obrero famélico y andrajoso, se convierten en acusadores de la clase que los masacra, y cuyo final inevitable anuncia Engels.

En Francia, Engels podría haber denunciado la misma explotación, los mismos abusos. Los testimonios de los cronistas de la época, del Doctor Guepin, de Villermé<sup>[23]</sup>, concuerdan en toda su trágica evocación de la miseria obrera.

Las mujeres y los niños son las víctimas señaladas del capitalismo. Los patrones de los telares e hilares prefieren las mujeres a los hombres, puesto que, dicen, *«ellas hacen mejor trabajo y menos pagado»*.

En Lyon, en 1831, las obreras de la seda trabajaban en verano desde las tres de la mañana hasta la noche, en invierno desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, es decir, diecisiete horas por día en los talleres húmedos y oscuros.

*«La mitad de estas jóvenes están tísicas antes del fin del aprendizaje. Cuando se quejan se les acusa de fingir»<sup>[24]</sup>.*

Los niños que trabajan desde los seis años, durante dieciséis o diecisiete horas al día sin cambiar de sitio, aguantan un verdadero martirio.

(En Lyon), *«los niños muy jóvenes son situados en la rueca destinada a hacer canillas; allí, constantemente agachados, sin movimiento, sin poder respirar aire puro y libre, contraen irritaciones que se convierten acto seguido en enfermedades escrofularias; sus débiles miembros se contraen y su espina dorsal se desvía; se debilitan y, desde sus primeros años, son lo que deberán de ser habitualmente siempre: débiles y siervos. Otros niños se ocupan de cambiar las ruedas que ponen en funcionamiento cabestros mecánicos para devanar; la nutrición de los brazos crece a expensas de la de las piernas,*

---

<sup>22</sup> Engels, *«El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado»*.

<sup>23</sup> Villermé: *«Tabla del estado físico y moral de los obreros empleados en las manufacturas de seda, algodón y lana»*. París, 1840.

<sup>24</sup> Norbert Truquin: *«Memorias y aventuras de un proletario»*. París, 1888.

y estos pequeños desgraciados tienen habitualmente los miembros inferiores deformados»<sup>[25]</sup>.

Lafargue cita las declaraciones de un industrial del Norte que, en 1857, se jactaba de haber enseñado a los niños a cantar durante el trabajo: «eso les distrae y les hace aceptar con valentía estas doce horas de trabajo que son necesarias para procurarles medios de existencia»<sup>[26]</sup>.

Víctor Hugo, en «Los Castigos», evoca las cuevas de Lille, la desesperación y el dolor que encierran:

*«Allí, se estremecen, más bajo que las alcantarillas de las calles,  
Familias de la vida y del día desaparecidas,  
Grupos tiritantes;  
Allí, cuando yo entraba, arisco, a las medusas parecido,  
Una chica pequeña con cara de vieja  
Me dice: ¡tengo dieciocho años!*

*Allí, sin tener cama, la madre desgraciada  
Pone a sus pequeños hijos en un agujero que ella cava,  
Temblosos como el pájaro;  
¡Desgraciadamente! ¡Estos inocentes con mirada de paloma  
encuentran al llegar a la tierra una tumba,  
en lugar de una cuna!»*

Éste es el régimen que combaten Marx y Engels. De todos los explotados que defienden, los más explotados son la mujer y el niño.

Expulsado de París en enero de 1845, Marx se vuelve a Bruselas. Nada más llegar redacta sus tesis sobre Feuerbach. Liquidando y sobrepasando el idealismo de Hegel y el humanismo de Feuerbach, declara que «el nuevo materialismo» considera, no solo el individuo, sino la sociedad. «Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de distintas formas; ahora se trata de transformarlo».

Marx y Engels exponen su concepción del materialismo histórico en una obra que no aparece entonces, y que el Instituto Marx-Engels-Lenin publica íntegramente bajo el título de «*La Ideología Alemana*». Pasando por la criba de su crítica la herencia legada por el hegelismo, Marx denuncia el socialismo sentimental de los «*filósofos, semi-filósofos y a las almas bellas alemanas*». Max Stirner, uno de los «Liberados», el autor de «El único y su propiedad», se había rebelado contra las instituciones establecidas, la familia y el matrimonio: su revuelta estéril expresa solamente la exasperación del pequeño burgués que quiere demoler, no el régimen social, sino las barreras que entorpecen su egoísmo.

«*El Manifiesto del Partido Comunista*», redactado bajo petición de la Liga de los Comunistas, aparece en febrero de 1848, la víspera de la Revolución. Su influencia,

---

<sup>25</sup> J.B. Monfalcon: «*Historia de las insurrecciones de Lyon*». París, 1884.

<sup>26</sup> Paul Lafargue: «*El Derecho a la Pereza*». Lafargue añade: «*¡Los materialistas lamentarán siempre que no haya un infierno para clavar a estos cristianos, estos filántropos, verdugos de la infancia!*».



bastante débil para los acontecimientos inmediatos, no dejará de crecer. Gracias al *Manifiesto*, el proletariado cristalizará sus confusas aspiraciones, se armará ideológicamente, tomará conciencia de su fuerza y de su papel histórico. Estas fulgurantes páginas, maestras en profundidad y concisión, explican el pasado, aclaran el presente, desvelan el futuro.

Engels había escrito previamente un proyecto de catecismo comunista, con forma de 25 preguntas seguidas de 25 respuestas. La pregunta 21 era sobre la familia. «La organización comunista, explica Engels, lejos de introducir la comunidad de mujeres, por el contrario, la suprimirá».

Es en el *Manifiesto* que la crítica marxista del matrimonio burgués encuentra su expresión más aguda<sup>[27]</sup>. Sólo una sociedad comunista liberará a la mujer, suprimirá toda prostitución oficial y no oficial.

Cuando la reacción se expande por el continente, Marx, que tomó junto a Engels parte activa en la revolución de 1848 de Alemania, se establece en Londres. Durante el período de calma social que previó, continuará con sus trabajos científicos.

En «*El Capital*», su obra maestra, Marx desmonta el mecanismo de la economía capitalista. Censura los crímenes de la clase poseedora que recoge sus más suculentos beneficios de la sangre de mujeres y niños. Subraya al mismo tiempo el aspecto progresista de esta entrada en masa de las mujeres en las fábricas. Disgregando la vieja familia, liberando a la mujer y al niño de la autoridad del padre y del marido, la gran industria trabaja por la aparición de una nueva familia, en la que la mujer dejará de ser una esclava. Puesto que Marx aporta a las mujeres el anuncio de su liberación ineluctable, acarreada por la del proletariado.

Marx parte del mundo real y del movimiento dialéctico de la historia. La contradicción del trabajo colectivo en las fábricas y de la apropiación individual entraña la rebelión de las fuerzas productivas contra la propiedad capitalista. El régimen de la libre empresa y del beneficio engendra al proletariado, hoy enemigo suyo, mañana su enterrador —el proletariado, compuesto por hombres y mujeres que no pueden emanciparse sin emancipar al mismo tiempo a todas las capas de la sociedad...

Participación en la producción, liberación de la explotación capitalista, tales son las dos fases de la emancipación femenina. Con la abolición de la dictadura del capital, la suerte de la mujer se encontrará reglada. La victoria de la obrera emancipará a todas las mujeres de sus obstáculos, pondrá fin a la inferioridad jurídica, política, económica: puesto que las tutelas, las sujeciones, las servidumbres domésticas impuestas al sexo femenino por la sociedad burguesa no desaparecerán más que con ella.

Marx abordaba también el problema demográfico. Malthus había visto la causa de todos los males en la excesiva gran proliferación de la especie humana. En virtud de una ley natural, declaraba el economista inglés, la población seguía una progresión geométrica, mientras que la producción seguía creciendo bajo una progresión aritmética. No es casualidad que estas ideas hayan surgido en Inglaterra, cuna del maquinismo: las manufacturas del Lancashire y los grandes patrones de Londres debieron acoger con entusiasmo una teoría que absolvía al capitalismo. Los explotados, convencidos del

---

<sup>27</sup> Marx-Engels: «*El Manifiesto Comunista*».

pecado de la desmedida procreación, ¿no serían ellos los únicos creadores de su miseria?

A pesar de que las cifras, en la primera mitad del siglo XIX, parecen confirmar la hipótesis de Malthus, Marx demuestra que el crecimiento de la población dependía de factores políticos, sociales y económicos: no existe ninguna fatalidad en esta área, sino solamente ciclos demográficos que varían de una época a otra, según el tipo de organización social.

La historia ha dado la razón a Marx. Se asiste, en el siglo XX, en los países más industrializados, al fenómeno inverso de la desnatalidad. Que este fenómeno sea consecuencia de un orden social inhumano o resultado de los cortes oscuros efectuados por las guerras imperialistas, el capitalismo destructor es el responsable. Como cantaba Jean Misère de Eugene Pottier:

*¡Desgracia! Nos dan el sermón,  
Predican el orden y la familia;  
Su guerra ha matado a mi chaval,  
Su lujo ha despedido a mi hija!*

\* \* \*

No hay que pensar que las ideas de Marx sobre el papel y el futuro de la mujer se impondrían tan pronto. En el seno de la clase obrera y de la I Internacional, constituida en 1864, tuvo que combatir la nefasta influencia de los proudhonistas que pretendían descartar a la mujer de la producción. Su maestro Proudhon escribió:

*«El hombre y la mujer no quieren compañía. La diferencia de sexo levanta entre ellos una separación de la misma naturaleza que la de la diferencia que impone las razas entre los animales. También, lejos de aplaudir a esto que se llama hoy día emancipación de la mujer, yo me inclinaría más bien, si es que habría que llegar a estos extremos, por poner en reclusión a la mujer»*<sup>[28]</sup>.

«La mujer, por naturaleza y destino, no es ni asociada, ni ciudadana, ni funcionaria pública»<sup>[29]</sup>.

La inferioridad física, intelectual, moral de la mujer tiene por lo tanto como consecuencia su subordinación al hombre... ¡No hay sitio para ella en el taller, ni en los asuntos públicos! ¡Que solo se ocupe de sus tareas y sus chiquillerías! Este ideal de pequeño propietario, tirano doméstico y partidario de la parcela familiar, reúne muy exactamente las concepciones de los ideólogos reaccionarios como de Bonald, que escribía: «*Las mujeres pertenecen a la familia y no a la sociedad política, y la naturaleza las ha hecho ara los cuidados domésticos y no para las funciones públicas*».

Contra los proudhonistas, que pretenden relegar a la mujer al hogar, Marx hace triunfar su punto de vista en el I Congreso de la Internacional en Génova (septiembre de 1866).

\* \* \*

Los acontecimientos de 1871 han mostrado lo que eran capaces de hacer estas mujeres que sabían morir igual que los hombres, pero a las que reaccionarios y proudhonistas

---

<sup>28</sup> Proudhon: «*Primera memoria sobre la propiedad*».

<sup>29</sup> Proudhon: «*Tercera memoria sobre la propiedad*».

negaban los derechos de los hombres. Al día siguiente de la Comuna, Arthur Rimbaud cantó «*Las manos de la joven Jeanne Marie*»:

*«Han palidecido, maravillosas,  
Al gran sol de amor cargado  
Bajo el bronce de las ametralladoras  
¡A través del París insurgente!»*

Las mujeres del pueblo, valientes, entusiastas, mostraron una lucidez que solía desafiar a los dirigentes de la Comuna. Contribuyeron a construir las barricadas, reclamaron armas al Comité de Salvación Pública, constituyeron batallones.

Marx opuso al París capitalista, refugiado en Versalles y Saint-Germain, el París de los obreros y obreras, pioneros del futuro:

*«¡Nada más maravilloso que el cambio en la fisonomía de París bajo la Comuna!... Las mujeres elegantes habían seguido la pista de sus protectores, los guardianes de la familia, de la religión, y por encima de todo, de la propiedad. Habían desaparecido. Por contra, la verdadera Parisina reapareció; se mostraba heroica, noble sacrificada, como una Romana de la Antigüedad»*<sup>[30]</sup>.

La Unión de Mujeres para la defensa de París y los cuidados de los heridos, fundada por Elisabeth Dimitriev, una joven rusa que servía de intermediaria entre el Consejo General de la Internacional en Londres y sus correspondientes de París, y por una militante obrera, Nathalie Lemel, mantiene una propaganda activa, se esfuerza en propagar las ideas revolucionarias, empuja a la acción : «*El único medio (para las mujeres) de salvar a los que le son queridos, es tomar parte activa en la lucha... ¡Desgracia para las madres, si una vez más el pueblo sucumbiera!*»

Más de diez mil mujeres, obreras mayoritariamente, hacen frente a los versalleses. «*Las mujeres quieren marchar adelante*», relata Lissagaray en su *Historia de la Comuna de 1871*. Cosen sacos de tierra, abastecen a los federados, les llevan ropa y sopa «*como en la obra*», disparan. Plaza Pigalle, cincuenta mujeres, con Nathalie Lemel, levantaron y defendieron una barricada. Adela Chignon, que luchó durante los días de junio de 1848, encuentra la muerte cerca del Panteón, Louise Michel, apasionada y romántica, invulnerable tanto a la desmoralización como al miedo, predica la lucha a ultranza, se une a la barricada de la Calzada Clignancourt, resiste hasta el final, mientras sus compañeros caen a su alrededor... es una conductora de ambulancia de las últimas barricadas, la de la calle Trois-Bornes, a la que Jean-Baptiste Clément, luchador intrépido de la Semana Sangrienta, dedicó *El Tiempo de las Cerezas...*

En el presidio de Nueva Caledonia al que fueron deportadas, estas combatientes del pueblo se mostraron, al igual que Louise Michel, tan irreductibles como bajo el crepitar de las balas.

\* \* \*

La publicación del libro de Lewis H. Morgan, «*Ancient Society*» (Londres, 1877), llama de nuevo la atención de Marx en torno a la familia. Quiso dedicarle un libro. La muerte no le dejó tiempo. Fue Engels el que lo escribió.

---

<sup>30</sup> Marx: «*La guerra civil en Francia*».

Las nuevas investigaciones sobre la prehistoria, los progresos de las ciencias vinculadas a ella, invalidaron las tesis de Morgan. Este había establecido varios estadios en la evolución de la familia: matrimonios por grupos o de grupos enteros de hombres y mujeres poseyéndose recíprocamente, grupos conyugales separados siguiendo a las generaciones, exclusión progresiva, primero de padres cercanos, luego de padres más o menos alejados,...este sistema evolucionista, que iba en el sentido de un estrechamiento continuado, contaba con una seductora lógica; no satisfacía totalmente a los especialistas, que criticaban el matrimonio por grupos. Si ciertas conclusiones de Morgan se encuentran hoy día superadas, sus grandes líneas no han dejado de ser exactas: «*El Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*», que se basa en los trabajos de Morgan, no ha perdido nada de su valor.

Engels demuestra que la servidumbre de la mujer está unida a la aparición de la propiedad privada. El patriarcado, que sucedió al matriarcado por razones económicas, encadena la mujer al hombre. El derecho burgués no ha hecho más que confirmar la supremacía masculina. Pero el capitalismo, que necesita mano de obra abundante y a buen precio, emplea a mujeres en la fábrica. La integración de las mujeres en la producción les permitirá emanciparse.

*«Se verá entonces que la liberación de la mujer tiene como primera condición la entrada de todo el sexo femenino en la industria pública, y que a su vez esta condición exija la supresión de la familia individual como unidad económica de la sociedad»*<sup>[31]</sup>.

La monogamia, cuyo «*origen tiene poco que ver con el amor*», es para Engels la expresión más alta de las relaciones sexuales. Provocada por «*la concentración de grandes riquezas en las mismas manos*», ligada al desarrollo de la propiedad privada, ¿no desaparecerá con la revolución socialista que volverá a poner en manos de la colectividad la propiedad de los medios de producción? Apoyarla, sería sustituir el marxismo por una interpretación mecánica de las relaciones entre la economía y las superestructuras ideológicas.

*«Se podría responder, no sin razón: desaparecerá a poco que sea plenamente realizada. Puesto que con la transformación de los medios de producción en propiedad social desaparecerán también el salario, el proletariado, y, en consecuencia, la necesidad que obliga a cierto número – calculable para la estadística— de mujeres a prostituirse a cambio de dinero. Desaparecida la prostitución, la monogamia, en vez de decaer, se convierte finalmente en una realidad —también para los hombres»*<sup>[32]</sup>.

Lo que desaparecerá en la monogamia, serán todas las características que le imponen las relaciones de producción basadas en la explotación del hombre por el hombre. En una sociedad en la que el interés, el egoísmo, la sed de lucro, habrán dejado de jugar su papel primordial, el verdadero amor, la inclinación recíproca, conferirán a la familia y al matrimonio un nuevo carácter y una verdadera dignidad. Entonces se apagarán las prostituciones masculinas y femeninas: veremos establecerse en las relaciones entre hombres y mujeres, de las que la mentira y la hipocresía habrán sido excluidas, una

---

<sup>31</sup> F. Engels: «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*».

<sup>32</sup> Ibidem.

forma superior de monogamia, una monogamia real, depurada, término y coronación del amor.

\* \* \*

Si pasamos revista a las páginas que los fundadores del socialismo científico consagraron a la mujer, a la familia, al matrimonio y al amor, desde los Manuscritos económicos y filosóficos de Marx (1844) hasta *«El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado»* (1884), nos damos cuenta de que, durante estos cuarenta años, su pensamiento se fortaleció, se enriqueció, se precisó, pero que, desde las obras de la juventud, poseen un vigor y una cohesión remarcables. Podemos resumirlas así: a lo largo de su historia, el hombre se libera de la animalidad. En los tiempos prehistóricos, fue juguete y esclavo de los elementos. Poco a poco, un hombre social, cada vez más consciente, cada vez más dominante de la naturaleza que él mismo humaniza, reemplaza al hombre natural. Marx, desde 1844, busca en la actitud del hombre hacia la mujer *«hasta qué punto el comportamiento natural del hombre se ha convertido en humano»*.

El humanismo marxista es un combate mantenido por el hombre para desarrollarse y abastecerse, combate contra las condiciones naturales y sociales de existencia que le son impuestas y, para él, se trata de modificarlas.

El amor, plenitud de la persona humana, está doblemente amenazado, social e individualmente: por las servidumbres exteriores, derivadas de las relaciones de producción y los ciegos impulsos del instinto. En todas las sociedades de clases que se han sucedido, la mujer ha sido explotada y oprimida, el amor aplastado, perseguido, proscrito. La relación contra la hipócrita moral burguesa se expresa a veces por medio de la exaltación de los apetitos y caprichos sexuales. El libertinaje no hace más que reflejar la corrupción de la sociedad burguesa. Incapaz de liberarse de las servidumbres sociales, el individuo se entrega al instinto.

Marx y Engels denunciaron la coacción económica que el capitalismo hace pesar sobre las relaciones entre el hombre y la mujer, y también la revuelta anarquizante contra el matrimonio burgués. Esta revuelta toma la forma de condena de la monogamia, de un *«comunismo grosero»* que preconiza la comunidad de mujeres, de una licencia generalizada que, en nombre del amor libre, desemboca en la *«prostitución universal»*.

La verdadera libertad del amor, la libertad del matrimonio, el bienestar de la familia están condicionados por el final del régimen capitalista. Ya que la sociedad burguesa, que se opone al amor, es también enemiga de los hogares (explotación de la mujer, tugurios y falta de vivienda, ausencia de ayudas, pobre tasa de alquileres, miseria, paro, guerras, etc.).

*«La plena libertad de contraer matrimonio no podrá por tanto ser realizada de forma general más que a partir de que la supresión de la producción capitalista y las condiciones de propiedad creadas por ella hayan descartado todas las consideraciones económicas accesorias que, todavía hoy, ejercen una muy potente influencia sobre la elección de los esposos. Entonces no quedará más motivo que la inclinación recíproca»*<sup>[33]</sup>.

---

<sup>33</sup> F. Engels: *«El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado»*.

La revolución proletaria, que suprimirá la explotación y las desigualdades sociales, abole el antagonismo de sexos y la servidumbre de la mujer. Una cadena milenaria se rompe: rompiéndose, libera y devuelve a la dignidad la mitad del género humano. En su maternidad honorada y protegida, en sus hijos asegurados de su futuro, en el trabajo al que en lo sucesivo tendrá acceso en pie de igualdad absoluta con el hombre, la mujer poseerá un sentimiento de confianza y orgullo, afirmará su independencia, desarrollará su personalidad.

Cuando cada individuo pueda dar rienda suelta a sus aspiraciones más nobles, el amor sexual se liberará de la bestialidad. La pareja humana se reconciliará y se combinará con la plenitud del amor recíproco y con la comprensión mutua.

\* \* \*

Frente a las ideologías abiertamente retrógradas o falsamente progresistas, el marxismo indica a la mujer la vía revolucionaria que la conduce a su liberación.

Aquí, como en cualquier parte, afronta los prejuicios y las rutinas, las mismas de las que el marxismo la quiere liberar. Muchísimas mujeres, formadas por una tradición de servidumbre, aceptan su inferioridad social. «*Me gusta ser golpeada*», decía la mujer de Sganarelle, que se vengaba, por otra parte, en seguida de su marido...

El marxismo, enemigo implacable de toda mistificación, denuncia a los pretendidos caballeros de la mujer, las sirenas de un romanticismo anacrónico<sup>[34]</sup>, los bardos retrasados de la mujer-niño, de la mujer— Piedad, los augurios que la ascienden sobre un podio con el fin de sustraerla de las luchas liberadoras del mundo real. Porque la filosofía idealista exalta «*lo eterno femenino*» y lo alza sobre un trono de nubes, para eternizar mejor la esclavitud de la mujer sobre la tierra.

¡Cuántos enemigos que combatir! Primero a la reacción bajo todas sus formas, en todas sus encarnaciones...

La reacción siempre ha querido, siempre ha agravado la esclavitud de la mujer. De Bonald, Le Play, Le Tour du Pin, precursores del paternalismo de Vichy, la inclinan en sus composturas, sus limpiezas, sus fregados, la convierten en una reclusa. El positivismo de Augusto Comte la encierra en la familia. Proudhon no la imagina si no es como «*limpiadora o cortesana*» —bestia de carga o bestia de lujo. El fascismo la envilece, la sitúa ante sus pucheros, le exige que abastezca al estado totalitario con soldados, la reduce a la función de órgano reproductor. El III Reich ha retomado la fórmula de Guillermo II, que definía a la mujer con las tres *K-s*: *Kirche, Küche, Kinder* (Iglesia, Cocina, Niños). El racismo ha creado, con tal de preservar «la pureza de la raza», acaballaderos para sementales arios y reproductoras arias con cabellos de lino. Ya vemos a qué desprecio y a qué degradación de la persona humana conducen, también por la élite privilegiada, la doctrina del odio y del oscurantismo predicada por Hitler.

---

<sup>34</sup> Michelet es el prototipo de estos aduladores de mujeres que la glorifican pero que luego la declaran sumisa ante las fatalidades de la naturaleza y no apta para el trabajo. Para no empañar su pureza, la destierran de la vida social y la condenan a la servidumbre del hogar ya que ella es «el ángel del hogar». Michelet, en *El Amor*, escribe: «¿Qué se puede hacer con la mujer en sociedad? Nada ¿Y a solas? Todo».

El marxismo denuncia las múltiples ideologías que se proponen, más o menos, emancipar a la mujer, pero que se revelan perfectamente incapaces.

El feminismo burgués, en el siglo XIX, se decía de George Sand. Sus novelas de tesis — Indiana, Valentine, Lelia, Jacques— predicán el derecho de la mujer a múltiples amores. George Sand se levanta contra la autoridad marital, combate por la libertad pasional. Protesta contra la servidumbre de la mujer en el matrimonio, pero ignora la servidumbre social de la mujer del pueblo. Sólo pleitea por ella misma, por la mujer superior que se niega a reconocer un amo en aquél que ella supera intelectualmente.

Egoísta también, en «*La Casa de Muñeca*» de Ibsen, la revuelta de Nora, que se da cuenta un día de que su marido no la ha conocido, que es un extraño para ella; entonces, negándose a jugar este papel indigno de mujer-muñeca, abandona su hogar y a sus hijos para cumplir «*sus deberes para con ella misma*»...

El derecho al amor libre, la voluntad de sustraerse a ciertas obligaciones sociales, el deseo de «vivir su vida», y no el de hacer mejor y más digna la vida de la inmensa mayoría de las mujeres, a eso se reduce el feminismo burgués, condenado a título justo por Louise Michel, porque, encerrado en estos objetivos, atrayendo a las mujeres explotadas crea el peligro de apartarlas de la lucha de clases.

Léon Blum sale a la búsqueda de la felicidad conyugal, especificando en todo momento que desea salvaguardar «*la organización actual de la familia y de la sociedad*»... La vida humana, según él, se divide en dos períodos: el primero, caracterizado por las curiosidades y la impaciencia sexual de la juventud, apasionada por el cambio; el segundo, el período matrimonial, en el que se afirma el gusto por la fijeza, la unidad y el reposo sentimental. Léon Blum preconiza, antes de este período matrimonial, «*las uniones poligámicas*»: las relaciones entre el hombre y la mujer seguirán «*la curva espontánea y caprichosa del instinto*». Moral plenamente adaptada al cinismo complaciente de una burguesía que se descompone...<sup>[35]</sup>

El freudismo vincula todo el desarrollo de la vida sólo a la sexualidad. Cuando la reacción tradicional aprisiona a la mujer en sus labores del hogar, el freudismo la aprisiona en su sexo, la expulsa de la realidad económica y social, la excluye de la historia. El psicoanálisis prohíbe así a la mujer toda esperanza de liberación.

El existencialismo, bajo la pluma de Simone de Beauvoir, sitúa a la mujer frente al hombre. «*Ella se determina y se diferencia en relación al hombre y no éste en relación a ella; ella es lo inesencial enfrente de lo esencial. Él es el Sujeto; él es el Absoluto: ella es la Otra*». ¿Qué propone el existencialismo a la mujer para poner fin a esta situación? Le pide «*superar su alteridad*», quererse, no ser creada para el hombre, sino creada para ella misma. Le bastará con descubrirse, gracias a la «*infraestructura existencial, que permite por sí misma comprender en su unidad esta forma singular que es una vida*»...<sup>[36]</sup>

---

<sup>35</sup> Léon Blum: *Sobre el matrimonio* (París, 1970). En cuanto al problema de los niños salidos de estas relaciones poligámicas, León Blum lo resuelve de forma muy simple: «*No se tendrán niños*». Añade que «*el acto más importante de la vida de Rousseau puede ser que hubiera sido el de haber metido en la Torre a los hijos nacidos de Teresa*».

<sup>36</sup> Simone de Beauvoir: «*El Segundo sexo*».

El marxismo se opone a estas imposturas, estas impotencias, estas tomaduras de pelo, mientras que llama a hombres y mujeres a unirse en un mismo combate. No hay liberación posible de la mujer sin el triunfo del socialismo; pero tampoco habrá socialismo sin la participación efectiva de la mujer.



### III. LENIN Y STALIN

Lenin y Stalin tienen, en torno a todos los problemas que conciernen a la mujer y la familia, las mismas ideas de Marx y Engels. Les fue otorgada la tarea de convertir estas ideas en una realidad viva.

La revolución socialista estalla en 1917 en un país atrasado, en el que la suerte de la mujer era particularmente dura. Oprimida, explotada, maltratada, mantenida en la ignorancia, privada de todos sus derechos por la legislación reaccionaria de un Estado semi-feudal, la obrera pasa en la fábrica doce y trece horas por día a cambio de un salario irrisorio, la campesina cumple un trabajo degradante y vejeta en la miseria.

La ley «protegía» a la familia: el hombre, amo absoluto, podía llamar a la policía para obligar a su mujer a regresar al domicilio conyugal. Los que habían contraído matrimonio sin el consentimiento de sus padres eran encarcelados y privados de sus derechos sucesorios. El matrimonio con los «heréticos», paganos y judíos, estaba prohibido. Sólo el matrimonio religioso era considerado legal, y sólo la Iglesia podía pronunciar el divorcio, costoso y accesible únicamente a los ricos.

La mujer se hallaba en el último círculo del infierno zarista. Los poetas y novelistas contaban sus sufrimientos. Nekrassov se dirige de esta forma a las mujeres rusas:

*«El destino os ha reservado tres partes amargas:  
La primera, es esposar a un esclavo;  
La segunda, ser madre de un hijo de esclavo;  
La tercera, obedecer durante toda vuestra vida a un esclavo»*

En la sombra del imperio del *knout* y la horca, el movimiento revolucionario une a hombres y mujeres. Las esposas de los diciembristas quieren ser iguales a sus maridos en la desgracia: cuando estos fueron condenados tras su conspiración abortada (1825), ellas les siguieron en las minas de Siberia.

*«Y estas mujeres sin miedo, estas reinas destronadas,  
Desdeñaban quejarse y se fueron al desierto  
Sin volver la vista, sin tampoco estar extrañadas  
Pasando por la puerta en la que toda esperanza se pierde.  
Al ver su frente tan tranquila, se podría pensar que saben  
Que sus años, día por día, se graban por adelantado  
En un libro eterno ante el franco zar»<sup>[37]</sup>.*

Los populistas revolucionarios, que «van al pueblo» (1870-1880) y responden con atentados al terror gubernamental, cuentan con muchas mujeres en sus filas: la más famosa, Vera Zassoulitch, que disparó contra el jefe de policía Trepov, siguió a Pléjanov en su evolución hacia el marxismo.

En el curso de la primera revolución rusa (1905), las mujeres participaron en las huelgas. En «*La Madre*», Gorki muestra este despertar de la mujer del pueblo para con la lucha política. Lucharon en las barricadas con sus maridos y hermanos; al igual que ellos, ellas también son encarceladas o llevadas al presidio.

---

<sup>37</sup> A. de Vigny: «*Wanda*».

Con ocasión del Día Internacional de las Mujeres, el 23 de febrero (8 de marzo) de 1917, las obreras desfilaron por las calles de Petrogrado exigiendo paz y pan. Es la primera de estas manifestaciones que, en pocos días, va a arrastrar a las masas y barrer el zarismo. El Día Internacional de las Mujeres marca el inicio y el desencadenamiento de la revolución rusa; adquiere, por este hecho, una gloria inmortal<sup>[38]</sup>.

De nuevo, en octubre de 1917, desde que la joven República de los Soviets, enfrentada con las peores dificultades económicas, el desaprovisionamiento más trágico y el hambre, debiendo hacer frente a la contrarrevolución interior y a los invasores extranjeros, las mujeres reemplazan en la fábrica a los obreros alistados en el Ejército Rojo, se alistan como enfermeras y soldados. Youdenitch llega en octubre de 1919 a las puertas de Petrogrado: toda la población trabajadora se levanta. Doce mil obreras cavan trincheras y cerca de tres mil combaten en primera línea.

Las mujeres se unen a los grupos de partisanos o se consagran a la lucha clandestina, sufren tortura y muerte. El sacrificio de la francesa Juana Labourbe y de la rusa Ida Krasnochtchekova, las dos ejecutadas en Odesa, la primera en 1919 y la segunda en 1920, levanta nuevas cosechas. Otras llegarán, que construirán el socialismo, contribuirán posteriormente a dar caza al invasor hitleriano...

Desde que el proletariado toma el poder, proclama la igualdad completa entre los dos sexos. La mujer podrá ocupar todos los puestos, ejercer todas las actividades. Recibirá, por el mismo trabajo, el mismo salario que el de un hombre. Los Soviets se proponen sacar a la vida pública a todas las mujeres, también a las más atrasadas. Transformación prodigiosa, ilustrada por la consigna de Lenin: «Cada cocinera debe aprender a dirigir el Estado».

Una transformación tan radical no podía avanzar sin rechazos y pertinaces resistencias a veces de parte de las mismas que se trataba de liberar y no lo comprendían. Cholokov, en Campos Roturados, describe una revuelta de campesinas, influenciadas por los kulaks, jauría en furia dispuesta a despedazar a un comunista. Pero siempre acaba por amanecer...

En su poema «*El amor*», Maiakovski, tras una crítica mordaz de las supervivencias del pasado, da con la palabra clave que abre las puertas al futuro:

---

<sup>38</sup> Es el Partido socialista americano el que decide, en su Congreso de 1908, consagrar el último domingo de febrero a una manifestación por el derecho a voto de las mujeres y las reivindicaciones femeninas. El movimiento fue lanzado el 27 de febrero de 1909: se diferencia del feminismo de las sufragistas inglesas por su carácter proletario. Esta iniciativa tuvo pronta continuación. En 1910, la II Internacional celebra en Copenhague un Congreso en el que participó Lenin. Una Conferencia internacional de mujeres socialistas se reunió al mismo tiempo que el Congreso: a propuesta de Clara Zetkin, se decidió fijar el 8 de marzo como el Día Internacional de la Mujer. Este fue celebrado por vez primera en 1911 en varios países, principalmente en los Estados Unidos y en Alemania. Nacido en América, popularizado por el movimiento obrero, el Día Internacional de la Mujer tomó, con la Revolución de Octubre, una mayor amplitud. A través del mundo entero moviliza masas femeninas cada vez más numerosas y ardientes que, bajo el eslogan «¡pan, libertad, paz!» marchan hacia la conquista universal de la felicidad.

*Hay que  
ligar  
la vida de los hombres y las mujeres  
Con la palabra  
que nos une:  
«Camaradas»*

\* \* \*

La igualdad política y económica entre el hombre y la mujer no podía menos que traer repercusiones inmediatas sobre el régimen matrimonial.

Un decreto de diciembre de 1917 reglamenta el matrimonio. ¿Cuáles son las características? Primero, la igualdad de los contratantes, lo que implica la abolición del poder marital y de la incapacidad de la mujer casada: luego, la supresión de la indisolubilidad del matrimonio. Los únicos requerimientos legales son los relacionados con la edad (18 años para los hombres, 16 para las mujeres), con un matrimonio anterior subsistente, con algún lazo de parentesco.

La familia se basa en la filiación efectiva: no se establece ninguna diferencia entre el parentesco natural y el parentesco legítimo. El matrimonio tiene como principal consecuencia poner a cargo del padre el mantenimiento del hijo, que el Estado no puede asegurar todavía. El esposo debe una pensión alimenticia a su pareja necesitada. El aborto, considerado ya como un «mal social», es autorizado por medio de una ley de 1919, en el curso de los tres primeros meses de gestación, *«mientras que las supervivencias morales del pasado y las penosas condiciones económicas del presente obliguen a ciertas mujeres a sufrir esta operación»*.

La familia feudal y capitalista, basada en la esclavitud de la mujer, el interés, el abandono de los hijos naturales, había sido arrastrada por el huracán de la Revolución. La legislación de los primeros años de la República de los Soviets traduce, por la simplificación de las formalidades del divorcio, la voluntad de extirpar todo lo que recordara al antiguo régimen.

La amplitud de la Revolución, el caos general, las fluctuaciones de la lucha, la incertidumbre, las penurias, la inestabilidad de la situación incitaban, como en todas las épocas de conmociones y alteraciones, a «disfrutar del momento», a acoger el placer pasajero. Este fenómeno se manifiesta sobre todo en las ciudades, más particularmente entre la bohemia intelectual y los desclasados, que veían en la licencia sexual el signo y la continuación de la emancipación social. Libertinaje y desreglamentación fueron características de una pequeña minoría anarquizante, no del pueblo.

Sin embargo, algunos «teóricos» concluían que con la desaparición de la sociedad burguesa se avanzaba a la desaparición de la familia monogámica, institución burguesa. *«La familia deja de ser una necesidad para los miembros que la componen así como para el Estado»*<sup>39</sup>. En el prefacio al Código Bolchevique del matrimonio de 1919, el jurista Hoichbarg considera que la familia subsiste *«porque estamos en un socialismo con el Estado en proceso de nacimiento»*; estima que *«la institución del matrimonio lleva en sí*

---

<sup>39</sup> A. Kollontai: *«La Familia y el Estado comunista»*.

misma el germen de su ruina». ¿Es necesario subrayar cuantas concepciones como estas están alejadas de las ideas expresadas por Marx y Engels?

La realidad soviética planteaba de forma concreta el problema que había planteado Engels: ¿dejando de ser una unidad económica de producción y de consumo en el marco de la sociedad capitalista, estaba destinada a desaparecer la familia monogámica? No, había respondido Engels: el socialismo abolirá la prostitución y consolidará la monogamia.

Lenin, al igual que Marx, condena la licencia sexual y el «amor libre»: una primera vez, a comienzos de 1915, en plena guerra imperialista, en dos cartas a Inés Armand; una segunda vez en 1920 durante una entrevista con Clara Zetkin.

A pesar de que estuviera ocupado con la lucha contra el socialchovinismo, con la resurrección de una nueva Internacional depurada de oportunistas y traidores, Lenin no olvidaba ninguna cuestión que tendría que ver con la vida proletaria. Una camarada del Partido Bolchevique, Inés Armand, le mandó un folleto que dirigía a las obreras en el que defendía el «amor libre» y Lenin analiza esta fórmula desde un punto de vista de clase. El amor libre, declara, es una reivindicación burguesa, que no tiene sitio en un folleto escrito para obreras; el amor libre es predicado por las mujeres burguesas que quieren escapar a las consecuencias serias del amor, vivir «a lo chico», no molestarse con niños, engañar a su pareja. No hay que oponer, como lo hace Inés Armand, el amor libre al matrimonio sin amor, el amor-pasión, sino que hay que oponerle, al matrimonio sin amor practicado en la burguesía el «matrimonio proletario con amor»<sup>[40]</sup>.

Lenin expresó ideas análogas en su conversación con Clara Zetkin. Censuró a los libertinos que asimilaban el amor con la satisfacción de una necesidad natural, los que exclamaban, con Musset:

*«¡Qué importa el frasco, si es que hay borrachera!»*

Ciertos jóvenes, observa Lenin, muestran en cuanto a la vida sexual teorías que califican como «revolucionarias» y «comunistas», pero que la burguesía ya ha profesado mucho antes que ellos. Su aplicación convertiría la sociedad en un burdel.

Lenin se levanta enérgicamente contra la «teoría del vaso de agua»:

*«Cierto es, la sed debe ser saciada. Pero un hombre normal, en condiciones normales igualmente, ¿se pondría boca abajo en la calle para beber en un charco de agua sucia? ¿O de un vaso cuyos bordes hayan sido manchados por decenas de labios distintos?»<sup>[41]</sup>*

Es irrisorio invocar, en cuanto a esto, el materialismo histórico y decretar, contra Engels, que el fin del capitalismo significa el fin de la monogamia.

*«Gracias por este marxismo por medio del que todos los fenómenos y todas las modificaciones que intervienen en la superestructura ideológica de la sociedad se deducen inmediatamente, en línea recta y sin reserva alguna, únicamente desde la base económica. La cosa no es tan simple como parece... La tendencia de llevar directamente a la base económica de la sociedad la modificación de estas*

---

<sup>40</sup> Cartas de Lenin a Inés Ramand, 1915

<sup>41</sup> Clara Zetkin, «Notas de mi cuaderno».

*relaciones fuera de su relación con toda ideología no sería del marxismo, sino del racionalismo»*<sup>[42]</sup>.

Y Lenin resume así su pensamiento sobre el comportamiento sexual: «*¡Ni monje ni Don Juan!*».

La emancipación de la mujer está condicionada por su independencia material. La mujer debe participar en la producción. Será para el hombre una colaboradora inestimable en el dominio social, puesto que ella desplegará sus cualidades particulares, aportará su experiencia de organizadora y ama de casa.

*«La obra emprendida por el Poder de los Soviets no podrá progresar a menos que en toda Rusia, no cientos, sino millones y millones de mujeres le aporten su colaboración»*<sup>[43]</sup>.

Para que la mujer pudiera trabajar fuera había que liberarla de las servidumbres cotidianas, crear restaurantes, lavanderías, jardines de infancia, guarderías, escuelas.

*«La mujer permanece como la esclava doméstica a pesar de todas las leyes liberadoras, puesto que la pequeña economía doméstica la oprime, la ahoga, la embrutece, la humilla, atándola a la cocina, a la habitación de los niños, obligándola a dispensar sus fuerzas en tareas terriblemente improductivas, mezquinas, irritantes, deprimentes. La verdadera liberación de la mujer, el verdadero comunismo sólo comenzará en el momento en el que dé comienzo la lucha de masas (dirigida por el proletariado que detenta el poder) contra esta pequeña economía doméstica, más exactamente, durante su transformación masiva en gran economía socialista»*<sup>[44]</sup>.

El gobierno soviético se ha comprometido resueltamente en la vía indicada por Lenin. Una basta red de instituciones diversas ha cubierto, poco a poco, el inmenso país, liberando a la mujer de sus miserias tradicionales. La obra proyectada parecía sobrehumana. Todo ha ayudado a conseguir este objetivo: progreso del maquinismo doméstico, realizaciones del urbanismo moderno, maternidades y hogares de descanso, cantinas y dispensarios, cooperativas de consumo o ayuda mutua, servicios colectivos, etc., cada victoria del socialismo era una victoria de la mujer.

La legislación de la familia y del matrimonio reflejó esta marcha adelante hacia el socialismo. Los decretos de los primeros años nunca han «suprimido la familia», como lo pretendían los ideólogos de la burguesía, sino que han destruido radicalmente, en efecto, la vieja familia de la sociedad capitalista. Han protegido a la madre, casada o no, otorgando a la mujer embarazada reposo y cuidados gratuitos. Se han esforzado en abolir la hipoteca que hacía pesar sobre la mujer las preocupaciones domésticas.

Sin embargo, el joven Estado proletario, que acababa de superar victoriosamente la terrible prueba de la guerra civil y de la intervención, no podía llegar a todo, modificar de la noche a la mañana las condiciones de existencia de una población ocupada en levantar las ruinas. Las mujeres abandonadas como consecuencia de la ley del divorcio buscaban en vano hacer valer sus derechos; los tribunales se encontraban sumergidos

---

<sup>42</sup> *Ibidem.*

<sup>43</sup> Lenin: *Obras*, t. XXIV

<sup>44</sup> *Ibidem*

en asignaciones por impagos de pensiones alimenticias. Los niños abandonados (bezprizornié) formaban bandas que vivían de rapiñas: el Estado les aseguró la reeducación. Habiéndose convertido las uniones de hecho en algo tan frecuente como las uniones registradas, el Código de 1927 extiende a estas uniones de hecho los efectos del matrimonio civil.

Los éxitos de los planes quinquenales consolidaron la familia soviética.

A partir del segundo plan quinquenal, la continua elevación del nivel de vida, el bienestar creciente de los trabajadores, la multiplicación de las maternidades, de los jardines de infancia, de las guarderías, de las escuelas, volvieron caduca y absurda la práctica del aborto. Los progresos en la industria, el futuro mismo de la Unión Soviética exigían un crecimiento mayor de la población. ¿No es el hombre el factor esencial de la edificación del socialismo? «No podemos separar la técnica de los hombres que ponen en práctica esta técnica», decía Stalin, y proclamaba que «el hombre es el capital máspreciado».

La defensa y el desarrollo de la familia se convierten entonces en una de las preocupaciones primordiales del gobierno soviético.

*«Necesitamos hombres. El aborto que destruye la vida es inadmisibile en nuestro país. La mujer soviética tiene los mismos derechos que el hombre, pero eso no la libera del gran y honorable deber que le corresponde por naturaleza: es madre, ella da la vida. Y esto no es para nada una asunto privado, sino un asunto de alta importancia social»*<sup>[45]</sup>.

En 1936, severas condenas sancionan el impago de las pensiones alimenticias. El divorcio se reglamenta, el aborto se prohíbe (decreto del 27 de junio de 1936). El artículo 122 de la Constitución presentada por Stalin en diciembre de 1936, recuerda que la mujer tiene sus derechos, iguales que los del hombre en cuanto al trabajo, al salario, al descanso, a los seguros sociales, y a la instrucción, y que también tiene derecho, al igual que el niño, a la protección del Estado.

La guerra contra el invasor hitleriano no podía sino potenciar el reforzamiento de la familia. El decreto del 8 de julio de 1944 establece que «*solo el matrimonio legal supone derechos y deberes para el marido y la mujer*». Las personas que vivan matrimonialmente deberán legalizar su unión. El divorcio no será pronunciado salvo en los casos importantes y tras decisión de un tribunal.

Al mismo tiempo, el Estado intensifica su ayuda a las familias numerosas, amplía los servicios colectivos, destinados a relevar a la mujer de sus tareas caseras.

Así, la legislación soviética sobre la familia, inspirada en las ideas del marxismo-leninismo, obedece, en la evolución que sigue desde hace treinta años, a la preocupación constante de liberar y defender a la mujer. Esta preocupación ha conducido al legislador soviético del divorcio libre al divorcio reglamentado, del aborto legal a la prohibición del aborto. Ha multiplicado las instituciones de ayuda a la familia, protegido a la madre y al niño, elevado la maternidad al honor recompensando a las madres<sup>[46]</sup>, aumentando las prestaciones y subsidios. El Estado soviético vela por la

---

<sup>45</sup> *Troud*, 27 de abril de 1936.

<sup>46</sup> El primero de junio de 1949, se podían contar más de dos millones de madres de 5 y 6 hijos titulares de la medalla de la maternidad; 700.000 madres de 7, 8 y 9 hijos

solidez y la estabilidad de la familia. Ya que la familia abre al individuo una vida plena y total; es ella la que educa a los hijos en el espíritu del socialismo; es ella la que asegura la capacidad de producción del país.

\* \* \*

¿Cómo se traduce, en los hechos, la igualdad conferida a la mujer soviética por la Revolución de Octubre?

Tras las elecciones de 1946, 277 mujeres ocupaban un escaño en el Soviet supremo de la URSS 1.738 en los Soviets superiores de la Repúblicas Socialistas. Más de 480.000 han sido elegidas en los Soviets locales.

En 1950, las mujeres representaban el 40% de los trabajadores en la industria, el 63% en los servicios de limpieza, el 68% en los empleos pedagógicos.

Mientras, bajo el régimen zarista y según el censo de 1897, el 55% de las trabajadoras constituían el personal doméstico, las asistentes sociales que ocupaban tareas ayudando a personas de avanzada edad no representaban más que un 2% de las mujeres que trabajaban.

Decenas de miles de mujeres dirigen las fábricas, los *koljós*, las empresas, los laboratorios. A la víspera de la guerra, había 141.000 mujeres ingenieras y técnicos. El 43% de los especialistas cualificados en las ciencias, la técnica y las artes son mujeres: más de 200 de entre ellas han sido laureadas con el Premio Stalin. Todo esto ha sido realizado en treinta años, en un país en el que antes de la Revolución, la inmensa mayoría de los analfabetos pertenecía al sexo femenino.

El Poder Soviético ha sacado literalmente de la esclavitud a las mujeres de las Repúblicas soviéticas de Asia Central. Liberadas del viejo código familiar musulmán, millones de mujeres uzbekas, tadjicas, turkmenas, kirghizes se han convertido en las mejores obreras del comunismo. Las tradiciones de antaño las mantenían sumidas en la pasividad y la ignorancia, las condenaba a una labor extenuante. «*La mujer, decía un proverbio caucásico de la vieja época, debe de trabajar más que un asno, porque un asno come paja y la mujer come pan*». Es con razón que una mujer de Azerbaiyán, que conoció el enclaustramiento y se convirtió en una de los mejores ingenieras de los pozos de petróleo de Bakú, ha podido decir que «*antes, la gente creía en los milagros, pero los verdaderos milagros, son los que el Poder de los Soviets ha cumplido*».

Desde febrero de 1933, campesinas, brigadas y jefas de equipo son delegadas en el congreso de obreros de choque de los *koljós*. Las mujeres han brillado en las primeras filas del movimiento stajanovista, cientos de ellas han sido proclamadas heroínas del trabajo socialista. Se las ve bajando a las obras del metro, inclinarse a la boca de los hornos, montadas en cosechadoras y tractores; se las encuentra en cualquier parte donde se construya, se produzca, se siembre... es Vinogradova, pionera del movimiento stajanovista en el textil la que conduce simultáneamente 216 hilanderas automáticas; es la mecánica de locomotoras Troitskaia; es la koljosiana María Demtchenko, que ha sido la primera en recolectar con su equipo más de 500 quintales de remolachas por

---

titulares de la medalla a la «Gloria de la maternidad; 30.000 madres de 10 hijos y más, titulares de la medalla a la «Madre heroína».

hectárea; es la conductora de tractores Angelina; es la aviadora Grizodubova que realiza, en 1938, el trayecto Moscú-Océano Pacífico de un solo vuelo...

Ante el siniestro resplandor de la guerra, la mujer soviética aparece en todo su esplendor, compartiendo los peligros y combates del hombre. Lo reemplaza en todos los trabajos del campo, abastece el frente con comida, armas y municiones. Pero las mujeres patriotas hacen más: luchan. «*La igualdad de las mujeres, dijo Kalinina, existe entre nosotros desde los primeros días de la Revolución de Octubre, pero vosotras habéis conquistado la igualdad de la mujer en un nuevo dominio, el de la defensa de la patria, con las armas en la mano*».

Y aquí están, tras las heroínas del trabajo, las heroínas de la guerra. Son una legión: Natacha Kovchovaia, Maroussia Polivanova, Marseieva, Ana Paulova, María Baida... Un mismo amor las exalta. «*La muerte no me asusta, grita a los koljosianos reunidos en el lugar de su propio suplicio Zoia Kosmodemianskaia, es una suerte morir por su pueblo. ¡Adiós camaradas! ¡Luchad! ¡No tengáis miedo! ¡Stalin está con nosotros! ¡Stalin vendrá!*» ¿De qué prodigios no es capaz el país en el que mueren y nacen las Zoias?

Y es también una mujer, Tcherkassova, quien, en Stalingrado, en medio de las humeantes ruinas, forma la primera brigada de voluntarios para reconstruir la ciudad, gloriosa entre todas...

\* \* \*

En la sociedad burguesa, la aspiración al amor es un crimen que lleva en sí mismo su castigo. Emma Bovary fue conducida al suicidio, al igual que Ana Karenina, o que Catherina en La tempestad de Ostrovski. La literatura de los países capitalistas ha descrito los numerosos dramas provocados por los matrimonios «de razón»; la degradación del hombre y de la mujer dirigidos el uno contra el otro, estos nidos de víboras, estos hogares de odio que son las familias divididas por cuestiones de herencias e interés.

Generador de contradicciones y antagonismos, el capitalismo disocia la pareja humana y la familia<sup>[47]</sup>, dirige a la mujer contra el marido, al hijo contra el padre, al hermano contra el hermano. «*La mujer, dice un personaje de Strindberg, ha sido tu enemigo, y el amor entre los sexos no es más que un combate*». Otro personaje del dramaturgo sueco define de esta forma la mentalidad que reina en el seno de la familia burguesa: «*Comer o ser comido. Esa es la cuestión*».

---

<sup>47</sup> Estados Unidos, fortaleza del capitalismo, ofrecen el cuadro de una sociedad atormentada por la obsesión y las neurosis sexuales, desatada por la guerra entre los sexos, apresada por las angustias colectivas y la furia del interés privado. No hay más que leer las novelas americanas o las obras de los mejores observadores de la vida americana: «*Los Estados Desunidos*», de Vladimir Pozner; «*Claves para América*», de Claude Roy. Denis de Rougemont, que no es para nada sospechoso de hostilidad hacia Estados Unidos, evoca la «*tragedia secreta de una civilización que produce más divorcios, homosexuales, obsesos, estén encerrados o no, y más alcohólicos que ninguna otra*» (*Vivir en América*). Reconoce que la «*moral burguesa, producto de los puritanos, ha sido una de las más perversas que la Humanidad haya secretado nunca*».



La liberación de la mujer permite basar el matrimonio en el amor, pasar, según la expresión de Engels, «*del reino de la necesidad al reino de la libertad*». A partir de ahora, la noción de propiedad personal está desterrada del dominio de los sentimientos. No son los cálculos, las presiones exteriores, los prejuicios religiosos los que fijan la una a otro dos existencias, sino la libre elección y el libre consentimiento.

A la hora del primer encuentro, el amor no es más que una emoción de la carne, un esbozo difuso, un presentimiento de felicidad. En las pruebas afrontadas y superadas en común, la unión se sella y se afirma, cada uno se engrandece con todo lo que da.

Un poeta soviético, Stepan Chtchipatov, escribe lo siguiente:

*«Hay que saber querer el amor.  
Los años pasan –doblemente hay que quererlo.  
El amor no es un suspiro sobre un banco,  
Unos pasos en la luna.  
Habrá lodo, nieves que caen.  
Es toda una vida la que hay que vivir juntos.  
El amor, se parece a una buena canción,  
Y hacer una buena canción no es del todo fácil»*

El comunismo, que quiere que todos tengan «pan pero también rosas», ofrece al amor su mejor oportunidad.

\* \* \*

Estos hombres y estas mujeres, a los que un mismo impulso lleva hacia un futuro luminoso, no son el juguete de una fatalidad ciega y absurda, sino los dueños de su destino. El sueño del gran demócrata-revolucionario Tchernycheski se hace realidad:

*«¡Cómo de justo, poderoso y penetrante es el espíritu del que la mujer está dotada por naturaleza! Y este espíritu queda inutilizado por la sociedad que la rechaza, que la rompe, que la ahoga,... La historia de la humanidad iría diez veces más rápido si la inteligencia de la mujer no sería rechazada y aniquilada, si podría actuar»<sup>[48]</sup>.*

La mujer ha sido situada por la Revolución de Octubre en condiciones en las que puede actuar: y la historia ha marchado diez veces más rápido...

La victoria de los ejércitos soviéticos en la Segunda Guerra Mundial, el aplastamiento de los invasores hitlerianos y japoneses han hecho surgir en Europa democracias populares y asegurado, en Asia, el triunfo de la China

progresista, dirigida por el Partido comunista y su líder Mao Tse Tung. Estas nuevas repúblicas han dado a la mujer los mismos derechos que al hombre. La mujer china, mártir secular a la que se le mutilaban los pies para retenerla en el hogar, es hoy libre e independiente. Ayer partisana en la guerra de liberación, participa hoy en la vida política, en la edificación de una democracia del pueblo y para el pueblo.

En la antigua China, la mujer vivía desde hace milenios bajo una legislación bárbara: las niñas recién nacidas eran ahogadas habitualmente en su nacimiento, el marido tenía derecho a infringir a la esposa infiel todo tipo de castigos, incluyendo la muerte. El

---

<sup>48</sup> Tchernychevski: «¿Qué hacer?»

hombre compraba o vendía a la mujer como esposa, concubina, prostituta o esclava. Tomaba a su gusto diversas esposas, mientras que la mujer debía estar «*sin manchas, como una piedra de jade*», tanto antes como después del matrimonio. También en los matrimonios «normales», la novia era habitualmente objeto de un sórdido mercadeo entre las dos familias. La viuda no tenía más remedio que permanecer fiel a la memoria del difunto. Una mujer no podía poseer nada.

Los conquistadores extranjeros, que llevaban en la boca la palabra «progreso», se beneficiaron magníficamente de esta esclavitud medieval. Para esquilmar mejor los países ocupados, reforzaron el antiguo feudalismo y el compradurismo (capitalismo feudal).

Pero las mujeres de Asia, parias entre las parias, comprendieron que su condición de esclavas estaba ligada al feudalismo y lucharon contra él. Comprendieron que los señores feudales sólo se pueden mantener con la ayuda del imperialismo extranjero y lucharon contra él. Así se han convertido en una de las principales fuerzas de la Revolución.

Triunfando sobre sus opresores, el pueblo ha liberado a la mujer.

Desde su creación, la República Popular de China le otorga los mismos derechos que al hombre en los campos político, económico, social y cultural. La libertad de matrimonio está garantizada para los dos sexos. La nueva ley matrimonial prohíbe la poligamia, el concubinaje, la remuneración de intermediarios matrimoniales, el matrimonio y la prostitución de niños. Autoriza el matrimonio a las viudas, pone a los niños nacidos fuera del matrimonio en pie de igualdad con el resto, obliga a los dos cónyuges a criar y alimentar a su progenitura.

Respetada por su marido, protegida por el Estado que le permite acceder a partir de ahora a la propiedad terrenal, la mujer china acaba de nacer en vida con la Revolución.

El ejemplo de sus hermanas soviéticas y chinas entusiasma a las mujeres que están todavía bajo el yugo del imperialismo. Desde Corea del Sur hasta Irán, de Indochina y Vietnam hasta África, con una valentía encomiable, sin dejarse intimidar ni por la persecución ni la muerte, luchan por la independencia nacional, contra los colonialistas extranjeros y sus cómplices. Saben que la emancipación de la mujer, la felicidad de los niños, sólo son posibles allí donde el pueblo se ha convertido en dueño de su destino, allí donde el imperialismo ha sido vencido.

En algunos años, la humanidad ha hecho más camino que en el transcurso de muchos siglos. Y eso es, en parte, gracias a las mujeres, combatientes del pueblo y liberadas por su victoria.

Las oprimidas y explotadas del mundo entero oyen girar la locomotora de la historia, se estremecen al viento de la joven libertad y se disponen a lanzar su inmensa fuerza en la lucha final.

**JEAN FREVILLE**

## PRIMERA PARTE: LA EVOLUCIÓN DE LA FAMILIA

### ***I. EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y LA EVOLUCIÓN DE LA FAMILIA***

POR

**FRIEDRICH ENGELS**

Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en última instancia, la producción y la reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos tipos. Por una parte, la producción de medios de existencia, de alimentos, de ropa, de vivienda, y de los instrumentos necesarios para producir todo eso; por otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados está condicionado por esos dos tipos de producción: por el grado de desarrollo del trabajo y de la familia. Cuanto menos desarrollado está el trabajo y más restringida es la cantidad de sus productos, —y por consiguiente, la riqueza de la sociedad—, con tanta mayor fuerza se manifiesta la influencia dominante de los lazos de parentesco sobre el régimen social. Sin embargo, en el marco de esta sociedad basada en los lazos de parentesco, la productividad del trabajo aumenta sin cesar, y con ella se desarrollan la propiedad privada y el intercambio, las diferencias de fortuna, la posibilidad de emplear fuerza de trabajo ajena y, por consiguiente, la base de los antagonismos de clase: los nuevos elementos sociales, que en el transcurso de generaciones tratan de adaptar el viejo régimen social a las nuevas condiciones hasta que, por fin, la incompatibilidad entre uno y otras conduce a una completa revolución. La sociedad antigua, basada en las uniones gentilicias, salta por los aires a consecuencia del choque de las clases sociales recién formadas. Su lugar lo ocupa una sociedad organizada en Estado y cuyas unidades inferiores ya no son gentilicias, sino territoriales. Se trata de una sociedad en la que el régimen familiar está completamente sometido a las relaciones de propiedad y en la que se desarrollan libremente las contradicciones de clase y la lucha de clases, que constituyen el contenido de toda la historia escrita hasta nuestros días.

F. Engels, *«El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado»*  
Prefacio a la primera edición, 1884

\* \* \*

### ***LA EVOLUCIÓN DEL MATRIMONIO***

POR

**FRIEDRICH ENGELS**

Como hemos visto, hay tres formas principales de matrimonio, que corresponden aproximadamente a los tres estadios fundamentales de la evolución humana. Al salvajismo le corresponde el matrimonio por grupos; a la barbarie, el matrimonio

sindiásmico; a la civilización, la monogamia con sus complementos, el adulterio y la prostitución. Entre el matrimonio sindiásmico y la monogamia se intercala, en el estado superior de la barbarie, un período en que los hombres tienen a su disposición a las esclavas y se practica la poligamia.

Según ha demostrado todo lo antes expuesto, la peculiaridad del progreso manifestado en esta sucesión de formas de matrimonio consiste en que a las mujeres, pero no a los hombres, se les ha ido quitando más y más la libertad sexual del matrimonio por grupos. En efecto, el matrimonio por grupos sigue existiendo hoy para los hombres. Lo que en la mujer es un crimen de graves consecuencias legales y sociales se considera muy honroso en el hombre, o a lo sumo, como una ligera mancha moral que llevar con gusto. Pero cuanto más es modificado en nuestra época el antiguo heterismo por la producción mercantil capitalista, a la cual se adapta, más se transforma en prostitución descarada y más desmoralizadora se hace su influencia. Y a decir verdad, desmoraliza mucho más a los hombres que a las mujeres. Entre ellas, la prostitución sólo degrada a las infelices que caen en sus garras, e incluso a éstas en grado mucho menor de lo que suele creerse. En cambio, envilece el carácter de todo el sexo masculino. Y así, de advertir que el noventa por ciento de las veces el noviazgo prolongado es una verdadera escuela preparatoria para la infidelidad conyugal.

F. Engels, «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*»

\* \* \*

## **LA FAMILIA SINDIÁSMICA**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

En el régimen de matrimonio por grupos, o quizás antes, ya se formaban parejas conyugales por un tiempo más o menos largo. El hombre tenía una mujer principal (no puede decirse todavía que una favorita) entre sus muchas esposas y él era para ella el esposo principal entre todos los demás. Esta circunstancia contribuyó no poco a la confusión producida en la mente de los misioneros, quienes en el matrimonio por grupos ven ora una comunidad promiscua de las mujeres, ora un adulterio arbitrario. Pero conforme se desarrollaba la *gens* e iban haciéndose más numerosas las clases de «hermanos» y «hermanas» entre quienes ahora era imposible el matrimonio, esta unión conyugal por parejas, basada en la costumbre, debió de ir consolidándose. El impulso dado por la *gens* a la prohibición del matrimonio entre parientes consanguíneos incluso llevó las cosas más lejos. Así, entre los iroqueses y la mayoría de los demás indios del estadio inferior de la barbarie está prohibido el matrimonio entre *todos* los parientes de su sistema, que cuenta con algunos centenares de parentescos diferentes. Con esta creciente complicación de las prohibiciones del matrimonio, las uniones por grupos se hicieron cada vez más imposibles y fueron sustituidas por la *familia sindiásmica*. En esta etapa, un hombre vive con una mujer, pero de tal suerte que la poligamia y la infidelidad ocasional siguen siendo un derecho para los hombres, aunque por causas económicas

la poligamia raramente ocurre. Al mismo tiempo, se exige la más estricta fidelidad a las mujeres mientras dure la vida común y su adulterio se castiga cruelmente. Sin embargo, el vínculo conyugal se disuelve con facilidad por cualquiera de las partes. Tras la separación, los hijos siguen perteneciendo sólo a la madre.

La selección natural continúa actuando sobre esta exclusión, cada vez más extendida, de los parientes consanguíneos del lazo conyugal. Según Morgan, el matrimonio entre *gens* no consanguíneas «engendra una raza más fuerte, tanto en el aspecto físico como en el mental (...) Al fundirse dos tribus avanzadas en una sola (...) los nuevos cráneos y cerebros crecían hasta abarcar las capacidades de ambas». Así pues, las tribus que habían adoptado el régimen gentilicio estaban llamadas a predominar sobre las atrasadas, o a arrastrarlas con su ejemplo.

Por tanto, la evolución de la familia en los tiempos prehistóricos consiste en una constante reducción del círculo en cuyo seno prevalece la comunidad conyugal, círculo que en su origen abarcaba la tribu entera. La exclusión progresiva, primero, de los parientes cercanos, después, de los lejanos, y, finalmente, incluso de los parientes políticos, hace imposible en la práctica todo matrimonio por grupos. En última instancia no queda sino la simple pareja unida por vínculos todavía frágiles, la molécula con cuya disociación concluye el matrimonio como tal. Esto prueba que el origen de la monogamia tiene poco que ver con el amor sexual individual, según la actual concepción del término.

(...)

La familia sindiásmica aparece en la frontera entre el salvajismo y la barbarie, la mayoría de las veces en el estadio superior del primero y sólo en algunas partes en el estadio inferior de la segunda. Es la forma de familia característica de la barbarie, como el matrimonio por grupos lo es del salvajismo y la monogamia lo es de la civilización. Para que la familia sindiásmica evolucionase hasta llegar a una monogamia estable fueron menester causas distintas a las que hemos visto hasta aquí. En la familia sindiásmica, el grupo había quedado ya reducido a su última unidad, a su molécula biatómica: un hombre y una mujer. La selección natural había realizado su obra reduciendo cada vez más la comunidad de los matrimonios, nada le quedaba ya que hacer en este sentido. Por tanto, de no haber entrado en juego nuevas fuerzas *sociales*, no hubiese habido ninguna razón para que de la familia sindiásmica surgiera otra nueva forma de familia. Pero esas nuevas fuerzas entraron en juego.

F. Engels, «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*»

\* \* \*

## **EL TRÁNSITO DEL MATRIARCADO AL PATRIARCADO**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

El esclavo no tenía ningún valor para los bárbaros del estadio inferior. Por eso los indios americanos obraban con sus enemigos vencidos de una manera muy diferente a como

se hizo en el estadio superior. La tribu vencedora mataba a los hombres o los adoptaba como hermanos; las mujeres eran tomadas por esposas o adoptadas con sus hijos supervivientes. En este estadio, la fuerza de trabajo humana no produce todavía un excedente apreciable sobre sus gastos de mantenimiento. Pero las cosas tomaron otro cariz con la introducción de la cría de ganado, la elaboración de los metales, el arte del tejido y, por último, la agricultura. Sobre todo desde que los rebaños pasaron definitivamente a ser propiedad de la familia, con la fuerza de trabajo pasó lo mismo que había pasado con las mujeres, antes tan fáciles de adquirir y que ahora tenían ya su valor de cambio y se compraban. La familia no se multiplicaba con tanta rapidez como el ganado, que ahora requería más personas para su custodia. Podía utilizarse para ello al prisionero de guerra, que además, al igual que las reses, podía multiplicarse.

Convertidas en propiedad particular de las familias y aumentadas después rápidamente, todas estas riquezas asestaron un duro golpe a la sociedad fundada en el matrimonio sindiásmico y en la *gens* matriarcal. El matrimonio sindiásmico había introducido en la familia un elemento nuevo. Junto a la verdadera madre había puesto al verdadero padre, probablemente mucho más auténtico que muchos «padres» de nuestros días. Con arreglo a la división del trabajo en la familia de entonces, correspondía al hombre procurar la alimentación y los instrumentos de trabajo necesarios para ello. Consiguientemente, era, por derecho, el propietario de dichos instrumentos, y en caso de separación se los llevaba consigo, de igual manera que la mujer conservaba sus enseres domésticos. Por tanto, según las costumbres de aquella sociedad, el hombre era el propietario de la nueva fuente de alimento, el ganado y, más adelante, del nuevo instrumento de trabajo, el esclavo. Pero según la usanza de aquella misma sociedad, sus hijos no podían heredar de él, porque, en cuanto a este punto, las cosas eran como sigue:

Con arreglo al derecho materno, es decir, mientras que la descendencia sólo se contaba por línea femenina, y según la primitiva ley de herencia imperante en la *gens*, al principio los miembros de ésta heredaban de su pariente gentilicio fallecido. Sus bienes debían quedar, pues, en la *gens*. Por efecto de su poca importancia, en la práctica estos bienes pasaban, desde tiempo inmemorial, a los parientes más próximos, es decir, a los consanguíneos por línea materna. Pero los hijos del difunto no pertenecían a su *gens*, sino a la de la madre. Al principio heredaban de la madre, con los demás consanguíneos de ésta; luego probablemente fueran sus primeros herederos. Pero no podían serlo de su padre porque no pertenecían a su *gens*, en la cual debían permanecer sus bienes. Así, a la muerte de su propietario, los rebaños pasaban primero a sus hermanos y hermanas y a los hijos de éstas, o a los descendientes de las hermanas de su madre. Respecto a sus propios hijos, se veían desheredados.

Así pues, a medida que iban en aumento, las riquezas daban al hombre una posición en la familia más importante que a la mujer y hacían que naciera en él la idea de valerse de esta ventaja para modificar en provecho de sus hijos el orden de herencia establecido. Pero esto no podía hacerse mientras permaneciese vigente la filiación según el derecho materno. Éste tenía que ser abolido, y lo fue, lo que no resultó tan difícil como hoy nos pueda parecer. Aquella revolución —una de las más profundas que la humanidad ha conocido— tuvo necesidad de tocar ni a un solo miembro vivo de la *gens*. Todos los miembros de ésta pudieron seguir siendo lo que hasta entonces habían sido. Bastó decidir sencillamente que, en el futuro, los hijos pertenecerían a la *gens* de su padre. Así

quedaron abolidos la filiación femenina y el derecho hereditario materno, sustituyéndolos la filiación masculina y el derecho hereditario paterno. Nada sabemos respecto a cómo y cuándo se produjo esta revolución en los pueblos cultos, pues se remonta a los tiempos prehistóricos. (...)

La abolición del derecho materno fue «*la gran derrota histórica del sexo femenino*» en todo el mundo. El hombre empuñó las riendas también en la casa y la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción. Esa baja condición de la mujer, que se manifiesta sobre todo en los griegos de los tiempos heroicos y todavía más entre los de los tiempos clásicos, ha sido gradualmente retocada, disimulada y, en ciertos lugares, hasta revestida de formas más suaves, pero ni mucho menos ha sido abolida.

F. Engels, «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*»

\* \* \*

## ***POLIGAMIA Y POLIANDRIA***

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Antes de pasar a la monogamia, a la cual da rápido desarrollo el derrumbamiento del matriarcado, digamos algunas palabras sobre la poligamia y la poliandria. Estas dos formas de matrimonio sólo pueden ser excepciones, artículos de lujo de la historia, digámoslo así, a no ser que estén presentes simultáneamente en un mismo país, lo cual, como sabemos, no se produce. Pues bien, como los hombres excluidos de la poligamia no podían consolarse con las mujeres dejadas en libertad por la poliandria, y como el número de hombres y mujeres independientemente de las instituciones sociales ha seguido siendo hasta ahora casi igual, ninguna de estas dos formas de matrimonio pudo alcanzar un carácter general. De hecho, la poligamia de un hombre era, evidentemente, un producto de la esclavitud y se limitaba a las gentes de posición elevada. En la familia patriarcal semítica, es polígamo el patriarca y, a lo sumo, algunos de sus hijos; los demás se tienen que contentar con una sola mujer. Así sucede aún hoy en todo Oriente: la poligamia es un privilegio de los ricos y los poderosos, y las mujeres son reclutadas principalmente a través de la compra de esclavas. La masa del pueblo es monógama. Una excepción parecida es la poliandria en la India y en el Tíbet, nacida del matrimonio por grupos y cuyo interesante origen queda por estudiar más a fondo. En la práctica, parece mucho más tolerante que el régimen del harén musulmán. Entre los naires de la India, por lo menos tres, cuatro o más hombres tienen una mujer común, pero cada uno de ellos puede tener, en unión con otros hombres, una segunda, una tercera, una cuarta mujer y así sucesivamente.

F. Engels, «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*»

\* \* \*

## **LA DECADENCIA DE LA GENS Y EL NACIMIENTO DEL ESTADO**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Así pues, en la constitución griega de la época heroica todavía vemos llena de vigor la antigua organización gentilicia, pero también observamos el comienzo de su decadencia: el derecho paterno con herencia de la fortuna por los hijos, lo cual facilita la acumulación de las riquezas en la familia y hace de ésta un poder contrario a la *gens*; la repercusión de las diferencias de fortuna sobre la constitución social, mediante la formación de los gérmenes de una nobleza hereditaria y de la monarquía; la esclavitud, que al principio sólo comprendió a los prisioneros de guerra, pero que desbrozó el camino a la esclavitud de los propios miembros de la tribu y hasta de la *gens*; la degeneración de las antiguas guerras de unas tribus contra otras en correrías sistemáticas por tierra y por mar para apoderarse de ganados, esclavos y tesoros, lo que llegó a ser un negocio más. En resumen, la fortuna es apreciada y considerada como el sumo bien, y se abusa del antiguo orden gentilicio para justificar el robo de las riquezas por medio de la violencia. No faltaba más que una cosa: la institución que no sólo asegurase las nuevas riquezas de los individuos contra las tradiciones comunistas de las *gens*, que no sólo consagrara la propiedad privada, antes tan poco estimada, e hiciese de esta satisfacción el fin más elevado de la sociedad humana, sino que además imprimiera el sello del reconocimiento social a las nuevas formas de adquirir la propiedad, que se desarrollaban una tras otra, y, por tanto, a la acumulación cada vez más acelerada de la riqueza. En una palabra, faltaba una institución que no sólo perpetuase la naciente división de la sociedad en clases, sino también el derecho de la clase poseedora de explotar a la no poseedora y el dominio de la primera sobre la segunda.

Y esa institución nació. Se inventó el Estado.

F. Engels, «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*»

\* \* \*

## **EL ORIGEN DE LA FAMILIA MONOGÁMICA**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Según hemos indicado, nace de la familia sindiásmica en el período de la transición entre los estadios medio y superior de la barbarie. Su triunfo definitivo es uno de los síntomas de la naciente civilización. Se fundamenta en el predominio del hombre y su fin expreso es el de procrear hijos cuya paternidad sea indiscutible. Esta paternidad indiscutible se exige porque los hijos, en calidad de herederos directos, han de hacerse un día con los bienes de su padre. La familia monogámica se diferencia del matrimonio sindiásmico por una solidez mucho mayor de los lazos conyugales, que ya no pueden ser disueltos por deseo de una de las partes. Ahora, como regla, sólo el hombre puede romper esos lazos y repudiar a su mujer. También se le otorga el derecho de infidelidad conyugal –



legitimado al menos por la costumbre (el Código de Napoleón se lo concede expresamente, mientras no lleve a la concubina al domicilio conyugal)—, derecho que se ejerce cada vez más ampliamente a medida que progresa la evolución social. Si la mujer se acuerda de las antiguas prácticas sexuales y quiere reavivarlas, es castigada con más rigor que en ninguna otra época anterior.

Entre los griegos encontramos en toda su severidad la nueva forma de familia. Mientras que, como señala Marx, la situación de las diosas en la mitología nos habla de un período anterior en que la posición de las mujeres era más libre y más estimada, en los tiempos heroicos vemos ya a la mujer humillada por el predominio del hombre y la competencia de las esclavas. Léase en la Odisea cómo Telémaco interrumpe a su madre y le impone silencio. En Homero, los vencedores satisfacen sus apetitos sexuales con las jóvenes capturadas. Los jefes, conforme a su rango, elegían para sí las más hermosas; toda la *Ilíada* gira en torno a la disputa entre Aquiles y Agamenón a causa de una esclava. Junto a cada héroe, más o menos importante, Homero habla de la joven cautiva con la cual comparte su tienda y su lecho. Esas mujeres eran también conducidas al país nativo de los héroes, a la casa conyugal, como hizo Agamenón con Casandra, en Esquilo. Los hijos de estas esclavas reciben una pequeña parte de la herencia paterna y son considerados como hombres libres. Así, Teucro es hijo natural de Télamon y tiene derecho a llevar el nombre de su padre. En cuanto a la mujer legítima, se le exige que tolere todo esto y, a la vez, guarde una castidad y una fidelidad conyugal rigurosas. Ciertamente es que la mujer griega de la época heroica es más respetada que la del período civilizado, pero para el hombre no es, a fin de cuentas, más que la madre de sus hijos legítimos, sus herederos, la que gobierna la casa y vigila a las esclavas, de quienes él tiene derecho a hacer, y hace, concubinas siempre que se le antoje. La existencia de la esclavitud junto a la monogamia, la presencia de jóvenes bellas cautivas que pertenecen en cuerpo y alma al hombre, es lo que imprime desde su origen un carácter específico a la monogamia, que *sólo es monogamia para la mujer*, pero no para el hombre. Actualmente todavía conserva este carácter.

En cuanto a los griegos de una época más reciente, debemos distinguir entre los dorios y los jonios. Entre los primeros, de los cuales Esparta es el ejemplo clásico, las relaciones conyugales son, en muchos sentidos, más primitivas que las recogidas por Homero. En Esparta existe un matrimonio sindiásmico modificado por el Estado conforme a las concepciones allí dominantes y que conserva muchos vestigios del matrimonio por grupos. Las uniones estériles se rompen: el rey Anaxáridas (hacia el año 650 antes de nuestra era) tomó una segunda mujer, sin dejar a la primera, que era estéril, y mantenía dos domicilios conyugales. Hacia la misma época, teniendo el rey Arsitón dos mujeres sin hijos, echó a una de ellas y tomó a otra. Además, varios hermanos podían tener una mujer común. El hombre que prefería a la esposa de un amigo podía compartirla con éste. Y se estimaba decoroso poner la mujer propia a disposición de un «buen semental» (como diría Bismarck), aunque no fuese un conciudadano. De un pasaje de Plutarco, en que una espartana envía a su marido un pretendiente que la persigue con sus proposiciones, puede incluso deducirse, según Schoemann, una libertad de costumbres aún mayor. Por esta razón, el adulterio efectivo, la infidelidad de la mujer a espaldas de su marido, era inaudito. Por otra parte, la esclavitud doméstica era desconocida en Esparta, por lo menos en su mejor época. Los ilotas vivían aparte, en las tierras de sus señores, y, por consiguiente, entre los espartanos era menor la tentación de solazarse

con sus mujeres. Por todas estas razones, las mujeres tenían en Esparta una posición mucho más respetada que entre los otros griegos. Las casadas espartanas y la flor y nata de las hetairas atenienses son las únicas mujeres de quienes hablan con respeto los antiguos y de las cuales se tomaron el trabajo de recoger sus palabras.

Otra cosa muy diferente era lo que pasaba entre los jonios, para los cuales es característico el régimen de Tanas. Las doncellas sólo aprendían a hilar, tejer y coser, a lo sumo también a leer y escribir. Prácticamente eran cautivas y sólo tenían trato con otras mujeres. Su habitación era un aposento separado, sito en el piso alto o detrás de la casa, adonde las mujeres se retiraban en cuanto llegaba algún visitante; los hombres, sobre todo los extraños, no entraban fácilmente allí. Las mujeres no salían sin que las acompañase una esclava y dentro de la casa estaban sometidas a vigilancia. Aristófanes habla de perros molosos para espantar a los adúlteros, y en las ciudades asiáticas las mujeres eran vigiladas por eunucos, que ya en los tiempos de Herodoto se fabricaban en Quíos para comerciar con ellos y que, si hemos de creer a Wachsmuth, no sólo los compraban los bárbaros. En Eurípides se califica a la mujer de *oikurema*, algo destinado a cuidar del hogar doméstico (la palabra es neutra), y fuera de la procreación, para el ateniense sólo era la criada principal. El hombre tenía sus ejercicios gimnásticos y sus discusiones públicas, cosas de las que estaba excluida la mujer. Además solía tener esclavas a su disposición y, en la época floreciente de Atenas, una prostitución muy extensa que el Estado, en todo caso, protegía. Precisamente sobre la base de esa prostitución se desarrollaron las mujeres griegas, que sobresalen entre las mujeres del mundo antiguo por su ingenio y su gusto artístico, al igual que las espartanas sobresalen por su carácter. Pero el hecho de que para convertirse en mujer fuese preciso ser antes hetaira es la condena más severa de la familia ateniense.

Con el transcurso del tiempo, esa familia ateniense llegó a ser la horma que modeló las relaciones domésticas del resto de los jonios y también de todos los griegos de la metrópoli y las colonias. Sin embargo, a pesar del secuestro y la vigilancia, las griegas hallaban muy a menudo ocasiones para engañar a sus maridos. Estos, que se hubieran ruborizado de mostrar el más pequeño amor a sus mujeres se recreaban con las hetairas en toda clase de galanterías. Pero el envilecimiento de las mujeres se vengó en los hombres y los envileció a su vez, llevándolos hasta la repugnante práctica de la pederastia y a deshonar a sus dioses y a sí mismos con el mito de Ganímedes.

Tal fue el origen de la monogamia, según hemos podido seguirla en el pueblo más culto y desarrollado de la Antigüedad. De ninguna manera fue fruto del amor sexual individual, con el que no tuvo nada que ver, sino que, como antes, la conveniencia era el móvil de los matrimonios. Fue la primera forma de familia que no se basó en condiciones naturales, sino económicas, concretamente en el triunfo de la propiedad privada sobre la propiedad común primitiva originada espontáneamente. Preponderancia del hombre en la familia y procreación de hijos que sólo pudieran ser de él destinados a heredarle: tales fueron, abiertamente proclamados por los griegos, los únicos objetivos de la monogamia. Por lo demás, el matrimonio era para ellos una carga, un deber para con los dioses, el Estado y sus propios antepasados, deber que se veían obligados a cumplir. En Atenas, la ley no sólo imponía el matrimonio, sino que además obligaba al marido a cumplir un mínimo determinado de los llamados deberes conyugales.

F. Engels, «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*»

\* \* \*

## **CARACTERÍSTICAS DE LA MONOGAMIA**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Por tanto, de ninguna manera la monogamia aparece en la historia como una reconciliación entre el hombre y la mujer, y menos aún como la forma más elevada de matrimonio. Al contrario, entra en escena bajo la forma de la esclavización de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria. En un viejo manuscrito inédito, redactado en 1846 por Marx y por mí<sup>[49]</sup>, encuentro esta frase: «La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de hijos». Y hoy puedo añadir: el primer antagonismo de clases, con la opresión del sexo femenino por el masculino. La monogamia fue un gran proceso histórico, pero al mismo tiempo, junto con la esclavitud y las riquezas privadas, inaugura esta época que dura hasta nuestros días y en la cual cada progreso es al mismo tiempo un retroceso relativo, en la cual el bienestar y el desarrollo de unos se alcanzan a expensas del dolor y la frustración de otros. La monogamia es la forma celular de la sociedad civilizada, y en ella ya podemos estudiar la naturaleza de las contradicciones y antagonismos que alcanzan su pleno desarrollo en esta sociedad.

La antigua libertad relativa en las relaciones sexuales no desapareció del todo con el triunfo del matrimonio sindiásmico, ni incluso con el de la monogamia. «El antiguo sistema conyugal, reducido a más estrechos límites por la gradual desaparición de los grupos de punalúas, seguía siendo el medio en que se desenvolvía la familia, cuyo desarrollo llegó hasta los albores de la civilización (...); desapareció, por fin, en la nueva forma del heterismo, que persigue al género humano en la civilización como una negra sombra que se cierne sobre la familia». Morgan entiende por heterismo las relaciones extraconyugales, *coexistentes junto a la monogamia*, de hombres con mujeres no casadas, intercambio carnal que, como es sabido, florece junto a las formas más diversas durante todo el período de la civilización y se transforma cada vez más en descarada prostitución. Este heterismo deriva en línea recta del matrimonio por grupos, de la entrega propiciatoria con la que las mujeres adquirieron el derecho a la castidad.

La entrega por dinero fue al principio un acto religioso. Se practicaba en el templo de la diosa del amor y, primitivamente, el dinero ingresaba en las arcas del templo. Las hieródulas de Anaitis en Armenia, las de Afrodita en Corinto, al igual que las bailarinas religiosas de los templos de Ainidia (conocidas por el nombre de bayaderas, derivado del portugués *bailadeira*), fueron las primeras prostitutas. El sacrificio de entregarse, en un principio obligación de todas las mujeres, fue más tarde ejercido solamente por estas sacerdotisas, en sustitución de todas las demás. En otros pueblos, el heterismo proviene de la libertad sexual concedida a las jóvenes antes del matrimonio. Así pues, es también un resto del matrimonio por grupos, pero que ha llegado hasta nosotros por otro

---

<sup>49</sup> «La Ideología alemana».

camino. Con la diferencia en la propiedad, es decir, ya en el estadio superior de la barbarie, junto al trabajo esclavo aparece esporádicamente el trabajo asalariado, y al mismo tiempo, como un correlativo necesario de éste, junto a la entrega forzada de las esclavas aparece la prostitución profesional de las mujeres libres. Así pues, la herencia que el matrimonio por grupos legó a la civilización es doble, como también es doble, ambiguo, equívoco, contradictorio, todo lo que la civilización produce: por un lado, la monogamia, y por el otro, el heterismo, incluyendo su forma extrema, la prostitución. El heterismo es una institución social como cualquier otra y mantiene la antigua libertad sexual... en provecho de los hombres. No sólo tolerado de hecho sino practicado libremente sobre todo por las clases dominantes, se reprueba de palabra. Pero, en realidad, esta reprobación nunca va dirigida contra los hombres que lo practican, sino solamente contra las mujeres, que son despreciadas y rechazadas, proclamando con ello, una vez más, la supremacía absoluta del hombre sobre el sexo femenino como ley fundamental de la sociedad.

Pero en la monogamia se da una segunda contradicción. Junto al marido, que ameniza su existencia con el heterismo, se encuentra la mujer abandonada. Y en una contradicción no puede existir un término sin que exista el otro, como no se puede tener en la mano una manzana entera después de haberse comido la mitad. Sin embargo, ésta parece haber sido la opinión de los hombres hasta que las mujeres les pusieron otra cosa en la cabeza. Con la monogamia aparecieron dos figuras sociales, constantes y características, desconocidas hasta entonces: el inevitable amante de la mujer y el marido cornudo. Los hombres habían logrado la victoria sobre las mujeres, pero las vencidas se encargaron generosamente de coronar a los vencedores. El adulterio, prohibido y castigado rigurosamente pero indestructible, llegó a ser una institución social inevitable, junto a la monogamia y el heterismo. En el mejor de los casos, la certeza de la paternidad de los hijos se basaba ahora, como antes, en el convencimiento moral, y para resolver la irresoluble contradicción, el Código de Napoleón dispuso en su artículo 312: «*L'enfant conçu pendant le mariage a pour père le mari*»<sup>50</sup>. Este es el resultado final de tres mil años de monogamia.

Así pues, en los casos en que la familia monogámica refleja fielmente su origen histórico y manifiesta con claridad el conflicto entre el hombre y la mujer, originado por el dominio exclusivo del primero, tenemos un cuadro en miniatura de las contradicciones y los antagonismos en medio de los cuales se mueve la sociedad, dividida en clases desde la civilización, sin poder resolverlos ni vencerlos. Naturalmente, sólo hablo aquí de los casos de monogamia en que la vida conyugal transcurre con arreglo a las prescripciones del carácter original de esta institución, pero en la que la mujer se rebela contra el dominio masculino. Que no en todos los matrimonios ocurre así, lo sabe mejor que nadie el filisteo alemán, que no sabe mandar ni en su casa ni en el Estado y cuya mujer lleva con pleno derecho los pantalones de los que él no es digno. Pero no por esto deja de creerse muy superior a su compañero de infortunios francés, a quien con mayor frecuencia que a él mismo le suceden cosas mucho más desagradables.

Por supuesto, la familia monogámica no ha revestido en todo tiempo y lugar la forma clásica y dura que tuvo entre los griegos. La mujer era más libre y estaba más

---

<sup>50</sup> «*El hijo concebido durante el matrimonio tiene como padre al marido*». En francés en el original.

considerada entre los romanos, quienes en su calidad de futuros conquistadores del mundo tenían un concepto más amplio de las cosas, aunque menos refinado que los griegos. El romano creía suficientemente garantizada la fidelidad de su esposa por el derecho de vida y muerte que tenía sobre ella. Además, tanto el hombre como la mujer podían romper el vínculo matrimonial a su arbitrio. Pero indudablemente el mayor progreso en el desarrollo de la monogamia se realizó con la entrada de los germanos en la historia, y fue así porque, dada su pobreza, parece que por aquel entonces la monogamia aún no se había desarrollado plenamente entre ellos a partir del matrimonio sindiásmico. Sacamos esta conclusión basándonos en tres circunstancias mencionadas por Tácito: en primer lugar, junto con la santidad del matrimonio («se contentan con una sola mujer y las mujeres viven cercadas por su pudor»), la poligamia estaba en vigor para los nobles y los jefes de tribu, una situación análoga a la de los americanos, entre quienes existía el matrimonio sindiásmico. En segundo lugar, la transición del derecho materno al paterno se había de realizar poco antes, puesto que el hermano de la madre —el pariente gentilicio más próximo, según el matriarcado— casi era tenido como un pariente más próximo que el propio padre, lo que también corresponde al punto de vista de los indios americanos, entre los cuales Marx había encontrado la clave para comprender nuestro propio pasado, como solía decir. Y en tercer lugar, entre los germanos las mujeres gozaban de suma consideración y ejercían una gran influencia hasta en los asuntos públicos, lo cual es diametralmente opuesto a la supremacía masculina de la monogamia. Todos estos son puntos en que los germanos están casi por completo de acuerdo con los espartanos, entre quienes tampoco había desaparecido del todo el matriarcado sindiásmico, según hemos visto. Así pues, también desde este punto de vista llegó con los germanos un elemento enteramente nuevo que se impuso en todo el mundo. La nueva monogamia que, entre las ruinas del mundo romano, salió de la mezcla de los pueblos, revistió la supremacía masculina de formas más suaves y dio a las mujeres una posición mucho más considerada y más libre, por lo menos aparentemente, de lo que nunca había conocido la edad clásica. Gracias a ello fue posible, partiendo de la monogamia —en su seno, junto a ella o contra ella, según las circunstancias—, el progreso moral más grande que le debemos: el amor sexual individual moderno, desconocido anteriormente en el mundo.

F. Engels, «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*»

\* \* \*

## **EL AMOR SEXUAL Y EL MATRIMONIO, DE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DÍAS**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Antes de la Edad Media no puede hablarse de la existencia del amor sexual individual. Es obvio que la belleza personal, la intimidad, las inclinaciones comunes, etc. han debido despertar en los individuos de sexo diferente el deseo de relaciones sexuales, que tanto a hombres como a mujeres no les era indiferente con quién entablar relaciones íntimas. Pero de eso a nuestro amor sexual individual aún media muchísima distancia. En toda la

Antigüedad, son los padres quienes conciertan las bodas, en vez de los interesados, que se conforman tranquilamente. El poco amor conyugal que la Antigüedad conoce no es una inclinación subjetiva, sino más bien un deber objetivo; no es la base, sino el complemento del matrimonio. El amor, en el sentido moderno de la palabra, sólo se presentaba fuera de la sociedad oficial. Los pastores cuyas alegrías y penas de amor nos cantan Teócrito y Moscos, o Longo en su Dafnis y Cloe, son simples esclavos que no tienen participación en el Estado, esfera en la que se mueve el ciudadano libre. Pero fuera de los esclavos sólo encontramos relaciones amorosas como un producto de la descomposición del mundo antiguo mantenidas con mujeres que también viven fuera de la sociedad oficial, con hetairas, es decir, con extranjeras o libertas: en Atenas, en vísperas de su caída; en Roma, bajo los emperadores. Si había relaciones amorosas entre ciudadanos y ciudadanas libres, eran relaciones adúlteras. Y el amor sexual, tal como nosotros lo entendemos, era algo tan indiferente para el viejo Anacreonte, el cantor clásico del amor en la Antigüedad, que ni siquiera le importaba el sexo de la persona amada.

Nuestro amor sexual difiere esencialmente del simple deseo sexual, del eros de los antiguos. En primer lugar, supone la reciprocidad en el ser amado. Desde este punto de vista, la mujer es en él igual que el hombre, mientras que en el eros de la Antigüedad se está lejos de consultarla siempre. En segundo lugar, el amor sexual alcanza una intensidad y una duración que hace que ambas partes consideren la falta de relaciones íntimas y la separación como una gran desventura, si no la mayor de todas; para poder ser el uno del otro, no se retrocede ante nada y se llega hasta jugarse la vida, lo cual sólo sucedía en la Antigüedad en caso de adulterio. Y, por último, nace un nuevo criterio moral para juzgar las relaciones sexuales. Ya no se pregunta solamente: ¿son legítimas o ilegítimas?, sino también: ¿son hijas del amor y de un afecto recíproco? Por supuesto, en la práctica feudal o burguesa este criterio no es respetado más que cualquier otro criterio moral, pero tampoco menos; al igual que los restantes, está reconocido sobre el papel. Y por el momento, no puede pedirse más.

La Edad Media arranca del punto en que se detuvo la Antigüedad, con su amor sexual en embrión, es decir, arranca del adulterio. Ya hemos pintado el amor caballeresco que engendró los «*Tageledier*»<sup>51</sup>. De este amor, que tiende a destruir el matrimonio, hasta el amor que debe servirle de base, hay un largo trecho que la caballería jamás recorrió totalmente. Incluso cuando pasamos de los frívolos pueblos latinos a los virtuosos alemanes, vemos en el *Cantar de los Nibelungos* que Krimilda, aunque secretamente tan enamorada de Sigfrido como él de ella, responde a Gunther cuando éste le anuncia que la ha prometido a un caballero, de quien calla el nombre: «No tenéis necesidad de suplicarme, señor, a unirme con aquel que me deis por marido». A Krimilda ni se le pasa por la imaginación que su amor pueda ser tenido en cuenta para nada. Gunther pide en matrimonio a Brunilda y Atila pide a Krimilda, sin haberlas visto nunca. De igual manera, Sigebant de Irlanda busca en *Gudrun* a la noruega Ute, Hetel de Hegelingen busca a Hilda de Irlanda, y, en fin, Sigfrido de Morlandia, Heartmut de Normandía y Herwig de Celandia piden los tres la mano de Gudrun; y aquí ésta se pronuncia libremente por primera vez a favor del último. Por lo común, la novia del joven príncipe es elegida por los padres de éste si aún viven o, en caso contrario, por él mismo, aconsejado por los

---

<sup>51</sup> «*Cantos de la mañana*», alboradas.

grandes señores feudales, cuya opinión en estos casos tiene gran peso. Y no puede ser de otro modo, por supuesto. Para el caballero o el barón, como para el mismo príncipe, el matrimonio es un acto político, una oportunidad de aumentar el poder mediante nuevas alianzas. Lo decisivo son los intereses de «la casa» y no las inclinaciones individuales. ¿Cómo podía entonces tener el amor la última palabra en la concertación de un matrimonio?

Lo mismo sucede con los burgueses de los gremios en las ciudades medievales. Precisamente sus privilegios protectores, las cláusulas de los reglamentos gremiales, las complicadas líneas fronterizas que separaban legalmente al burgués, acá de las otras corporaciones gremiales, allá de sus propios colegas de gremio o de sus fieles aprendices, hacían harto estrecho el círculo dentro del cual podía buscarse una esposa adecuada para él. Y en este complicado sistema, evidentemente no era su gusto personal, sino el interés de la familia, lo que decidía cuál era la mujer que más le convenía.

Así, en la mayoría de los casos y hasta el final de la Edad Media, el matrimonio siguió siendo lo que había sido desde su origen: un trato que no cerraban las partes interesadas. Al principio, se venía ya casado al mundo, casado con todo un grupo de seres del otro sexo. En la forma posterior del matrimonio por grupos, verosíblemente existían análogas condiciones, pero con un estrechamiento progresivo del círculo. En el matrimonio sindiásmico la regla es que las madres concierten entre sí el matrimonio de sus hijos. También aquí el factor decisivo es el deseo de que los nuevos lazos de parentesco robustezcan la posición de la joven pareja en la *gens* y la tribu. Y cuando la propiedad individual se impuso a la propiedad colectiva, cuando, los intereses de la transmisión hereditaria le dieron la primacía al derecho paterno y a la monogamia, el matrimonio comenzó a depender por entero de consideraciones económicas. La *forma* del matrimonio por compra desapareció, pero en esencia continúa practicándose cada vez más y más, y de modo que no sólo la mujer tiene su precio, sino también el hombre, aunque no dependiendo de sus cualidades personales, sino con arreglo a la cuantía de sus bienes. En la práctica y desde el principio, si algo había inconcebible para las clases dominantes era que la inclinación recíproca de los interesados pudiese ser la razón por excelencia del matrimonio. Esto sólo pasaba en las novelas o en las clases oprimidas, que no contaban para nada.

Tal era la situación con que se encontró la producción capitalista cuando, a partir de la era de los descubrimientos geográficos, se puso a conquistar el mundo mediante el comercio universal y la industria manufacturera. Es de suponer que este tipo de matrimonio le convenía excepcionalmente, y así era en verdad. Y sin embargo —la ironía de la Historia es insondable— era precisamente el capitalismo quien había de abrir la brecha decisiva en él. Al transformar todo en mercancías, la producción capitalista destruyó todas las relaciones tradicionales del pasado y reemplazó las costumbres heredadas y los derechos históricos por la compraventa, por el «libre» contrato. El jurista inglés H. Summer Maine creyó haber hecho un descubrimiento extraordinario al decir que nuestro progreso respecto a las épocas anteriores consiste en que hemos pasado «*from status to contract*»<sup>[52]</sup>, de un orden de cosas heredado a uno libremente consentido, lo cual, en lo que tiene de correcto, ya se dice en «*El Manifiesto Comunista*».

---

<sup>52</sup> «*Del status al contrato*», en inglés en el original.

Pero para contratar se necesitan gentes que puedan disponer libremente de su persona, sus acciones y sus bienes, y que gocen de los mismos derechos. Crear esas personas «libres» e «iguales» fue precisamente una de las principales tareas de la producción capitalista. Aunque al principio esto se hizo de una manera medio inconsciente y, por añadidura, bajo el disfraz de la religión, desde la reforma luterana y calvinista quedó firmemente asentado el principio de que el hombre sólo es completamente responsable de sus acciones cuando las comete por libre albedrío y que es un deber ético oponerse a todo lo que le obliga a un acto inmoral. Pero ¿cómo poner de acuerdo a este principio con la práctica, usual hasta entonces, de concertar el matrimonio? Según el concepto burgués, el matrimonio era un contrato, una cuestión de derecho, y, por cierto, la más importante de todas, pues disponía del cuerpo y el alma de dos seres humanos para toda la vida. Verdad es que en aquella época el matrimonio era formalmente voluntario; sin el «sí» de los interesados no se podía hacer nada. Pero bien se sabía cómo se obtenía el «sí» de los interesados y cuáles eran los verdaderos autores del matrimonio. Sin embargo, puesto que para todos los demás contratos se exigía la libertad real de decidir, ¿por qué no se exigía en éste? Los jóvenes que debían casarse, ¿no tenían también el derecho de disponer libremente de sí mismos, de su cuerpo y de sus órganos? ¿No se había puesto de moda, gracias a la caballería andante, el amor sexual? ¿Acaso, en contra del amor adúltero de los caballeros andantes, no era el amor conyugal su verdadera forma burguesa? Si el deber de los esposos era amarse recíprocamente, ¿no era tan deber de los amantes el casarse sólo entre ellos y con nadie más? Y este derecho de los amantes, ¿no era superior al derecho del padre y la madre, los parientes y demás casamenteros y alcahuetes tradicionales? Si el derecho al libre examen personal había penetrado en la Iglesia y la religión, ¿podía acaso detenerse ante la intolerable pretensión de la vieja generación de disponer del cuerpo, el alma, los bienes, la ventura y la desventura de la generación joven?

Por fuerza debían ser planteadas estas cuestiones en una época que relajaba todos los antiguos vínculos sociales y sacudía los cimientos de todas las concepciones heredadas. De pronto, la Tierra se había hecho diez veces más grande. En lugar de la cuarta parte de un hemisferio, el globo entero se extendía ante los ojos de los europeos occidentales, que se apresuraron a tomar posesión de las otras siete octavas partes. Y, al mismo tiempo que las antiguas y estrechas barreras del país natal, caían las milenarias barreras puestas al pensamiento en la Edad Media. Un horizonte infinitamente más extenso se abría ante los ojos y el espíritu del hombre. ¿Qué importancia podían tener la reputación de honorabilidad y los respetables privilegios corporativos, transmitidos de generación en generación, para el joven a quien atraían las riquezas de las Indias, las minas de oro y plata de México y del Potosí? Aquella fue la época de la caballería andante de la burguesía, porque también ésta tuvo su romanticismo y su delirio amoroso, pero sobre un pie burgués y con miras burguesas al fin y al cabo.

Así sucedió que la burguesía, sobre todo la de los países protestantes, donde se perturbó más profundamente el orden de cosas existentes, fue reconociendo cada vez más la libertad del contrato matrimonial y puso en práctica su teoría del modo que hemos descrito. El matrimonio continuó siendo matrimonio de clase, pero en el seno de la clase se concedió a los interesados cierta libertad de elección. Y sobre el papel, tanto en teoría moral como en las narraciones poéticas, nada quedó tan inquebrantablemente asentado como la inmoralidad de todo matrimonio no fundado en un amor sexual



recíproco y en un contrato de los esposos realmente libre. En resumen: el matrimonio con amor quedaba proclamado como un derecho del ser humano; y no sólo como «*droit de l'homme*»<sup>[53]</sup>, sino también, excepcionalmente, como «*droit de la femme*»<sup>[54]</sup>.

Pero este derecho difería en un punto de todos los demás derechos humanos, que, confirmando una vez más la ironía de la Historia, estaban en la práctica reservados para la clase dominante, la burguesía, mientras que para la clase oprimida, el proletariado, eran directa o indirectamente letra muerta: la clase dominante siguió sometida a las conocidas influencias económicas y sólo excepcionalmente se dan casos de matrimonios verdaderamente concertados con total libertad, que sin embargo, como ya hemos visto, son la regla entre las clases oprimidas.

Por tanto, el matrimonio sólo se concertará con toda libertad cuando la supresión de la producción capitalista y de las condiciones de propiedad por ella creadas haya eliminado las consideraciones económicas accesorias que todavía ejercen tan poderosa influencia sobre la elección de los esposos. Entonces el matrimonio ya no tendrá más motivo que la atracción recíproca.

F. Engels, «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*»

\* \* \*

## **LAS MUJERES Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA**

**POR**

**AUGUST BEBEL**

El gran movimiento intelectual, que se encarna en el transcurso del siglo XVIII en hombres como Montesquieu, Voltaire, d'Alembert, Holbach, Helvetius, La Mettrie, Rousseau y otros, no deja indiferentes a las mujeres. Si bien muchas de ellas se unían al movimiento para estar a la moda, o para satisfacer su deseo de intrigas, o por otros motivos poco serios, otras muchas tomaron parte activa en el movimiento que iguala las bases de la sociedad y arruina el sistema feudal.

Durante los veinte años que preceden a la explosión de la gran Revolución de 1789, que pasó por Francia como una tormenta purificadora, dislocó todo el viejo organismo social y liberó los espíritus, ellas acudían en masa a los círculos políticos y científicos. Ayudaron a preparar la Revolución que hizo pasar la teoría a la práctica.

Cuando en julio de 1789 la gran Revolución comenzó por fin con la toma de la Bastilla, fueron tanto las mujeres de las clases altas como las del pueblo las que tomaron parte activa en el movimiento, ejercieron una notable influencia en pro o contra este movimiento. Excesivas tanto para bien como para mal, cooperaron allí donde se presentaba la ocasión. La mayor parte de los historiadores solo han tomado acta de los excesos cometidos, excesos inevitables porque provenían de la indescriptible corrupción, de la explotación, de la opresión, del desprecio y de la traición de las clases reinantes hacia el pueblo. Han minimizado o silenciado las acciones heroicas. Bajo la

---

<sup>53</sup> Derecho del hombre, en francés en el original.

<sup>54</sup> Derecho de la mujer, en francés en el original.

influencia de este juicio superficial, Schiller canta que «*Las mujeres se transformaron en hienas y se burlaron del miedo*». Y sin embargo, ellas han dado tantos ejemplos de heroísmo, de grandeza de alma, de admirable abnegación durante estos años terribles que la redacción imparcial de un libro sobre «Las mujeres durante la gran Revolución» equivaldría a la erección de un monumento en su honor<sup>55</sup>. Michelet dice que las mujeres fueron la vanguardia de la Revolución.

Como siempre, la miseria general que pesaba sobre el pueblo francés durante el régimen de los Borbones, golpea sobre todo a las mujeres. Excluidas por ley de toda profesión honesta, caían por decenas de miles en la prostitución. Súmese a eso la hambruna de 1789, que lleva su miseria y la de sus próximos a su punto culminante. Llegaron al asalto del ayuntamiento en octubre, y se dirigieron en masa hacia Versalles, donde residía la Corte. Otras pidieron a la Asamblea Nacional «*que se restablezca la igualdad entre el hombre y la mujer, que se les acuerde la libertad de trabajo y que se las admita en las funciones a las que las predisponían sus aptitudes*». Como ellas sabían que debían ser fuertes para poder obtener estos derechos, y que la fuerza no se obtiene más que por medio de la organización y la unión, organizaron por toda Francia círculos de mujeres en los que algunos contaron con un gran número de miembros. Entrarán igualmente en los clubes masculinos. Mientras que la Sra. Roland trataba, gracias a su inteligencia, de jugar un papel político preponderante entre los Girondinos, estos «hombres de Estado» de la Revolución, la ardiente y elocuente Olimpia de Gouges tomó la dirección de las mujeres del pueblo y las defendió con el exuberante entusiasmo que la caracterizaba.

Cuando, en 1793, la Convención proclamó los Derechos del Hombre, las mujeres perspicaces se dieron cuenta bien rápido que no se trataba más que de los derechos de los hombres. Olimpia de Gouges, Rosa Lacombe y otras más le opusieron los «derechos de la mujer» en diecisiete artículos, basados en esta declaración hecha el 28 brumario (20 noviembre de 1793) ante la Comuna de París: «Si la mujer tiene el derecho de subir al cadalso, también debe tener el de subir a la tribuna». Estas pretensiones fueron rechazadas. Pero se confirma de forma sangrante lo que ellas habían dicho sobre el derecho de subir al cadalso. La defensa de los derechos de la mujer por un lado, la lucha contra la violencia de la Convención por otro, la señalaron para la guillotina. Olimpia de Gouges fue decapitada durante el mes de noviembre del mismo año; la Sra. Roland muere cinco días después. Las dos murieron como heroínas. Poco tiempo antes de su muerte, el 17 de octubre de 1793, la Convención había demostrado su antipatía por las mujeres cerrando todos los clubes femeninos. Más tarde, como las mujeres no dejaban de protestar contra la injusticia de la que eran víctimas, se les cierró incluso al acceso a la Convención y las reuniones públicas, y se las trató de rebeldes.

Y cuando la Convención declaró «la patria en peligro» frente a toda la Europa reaccionaria marchando contra ella e invitó a todos los hombres en estado de portar armas a acudir inmediatamente para salvar la Patria y la República, entusiastas parisinas se ofrecieron a hacer lo que veinte años antes hicieron las mujeres prusas contra el despotismo de Napoleón: defender la patria con el fusil en la mano.

---

<sup>55</sup> Ver Enma Adler: «*Die berühmten Frauen der französischen Revolution*» (Las mujeres famosas de la Revolución francesa). Viena, 1906.

Auguste Bebel, «*La Mujer y el Socialismo*»

\* \* \*

## **LA HISTORIA DE LA MUJER ES LA HISTORIA DE SU OPRESIÓN**

**POR**

**AUGUST BEBEL**

La mujer y el trabajador tienen esto en común: los dos están oprimidos. Esta opresión ha sufrido modificaciones en cuanto a la forma, según el tiempo y el país, pero la opresión se ha mantenido. A través de la historia, los oprimidos tuvieron habitualmente conciencia de su opresión, y esta conciencia condujo a modificaciones y alivios en su situación. Pero ellos no pudieron determinar la verdadera naturaleza de esta opresión. Tanto en la mujer como en el trabajador, este conocimiento data de nuestros días.

Era necesario antes de nada conocer la verdadera naturaleza de la sociedad y de las leyes, que sirvieron de base a su desarrollo, antes de desencadenar, con alguna posibilidad de éxito, un movimiento para poner fin a situaciones reconocidas como injustas. La importancia y la extensión de un movimiento semejante dependen de la conciencia de las capas golpeadas y de la libertad de movimiento que ellas tengan.

Bajo esta doble relación la mujer es inferior al trabajador, tanto por los usos y la educación como por la libertad que le es dada. Por otra parte, las condiciones mantenidas durante una larga serie de generaciones acaban por convertirse en costumbres: la herencia y la educación las hacen aparecer como «naturales» a las dos partes interesadas. Es así como la mujer acepta todavía hoy su situación de inferioridad como una cosa evidente por sí misma. Nos cuesta mucho demostrarle que su situación es indigna de ella, y que ella debe buscar por convertirse en un miembro de la sociedad que posea los mismos derechos que el hombre, y sea su igual bajo toda relación.

Si hay muchos puntos parecidos entre la situación de la mujer y la del obrero, también hay una diferencia esencial: la mujer es el primer ser humano que tuvo que sufrir la servidumbre. Ella ha sido esclava, antes de que lo fuera el esclavo.

Toda dependencia social encuentra su origen en la dependencia económica del oprimido frente a la del opresor. Desde tiempos inmemoriales, la mujer se encuentra en esta situación; la historia del desarrollo de la sociedad humana nos lo enseña.

Auguste Bebel, «*La Mujer y el Socialismo*»

\* \* \*

## **EL FUTURO DE LA MONOGAMIA**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Caminamos en estos momentos hacia una revolución social en que las actuales bases económicas de la monogamia desaparecerán tan seguramente como las de su

complemento, la prostitución. La monogamia nació de la concentración de grandes riquezas en las mismas manos – las de un hombre— y del deseo de que solamente sus hijos heredasen dichas riquezas. Por eso era necesaria la monogamia de la esposa, pero no la del marido. Tanto es así, que la monogamia de ella no ha sido óbice para la poligamia descarada u oculta de él. Pero la revolución social inminente, al por lo menos transformar la inmensa mayoría de las riquezas duraderas hereditarias (los medios de producción) en propiedad social, reducirá al mínimo todas esas preocupaciones de transmisión hereditaria. Y ahora cabe hacer esta pregunta: dado que la monogamia nació de causas económicas, ¿desaparecerá cuando desaparezcan estas causas?

Podría responderse, no sin fundamento, que lejos de desaparecer, más bien se realizará plenamente a partir de ese momento. Porque con la transformación de los medios de producción en propiedad social desaparecerán también el trabajo asalariado, el proletariado y, por consiguiente, la necesidad de que cierto número de mujeres, estadísticamente calculable, se prostituya. Desaparece la prostitución, pero la monogamia, en vez de decaer, llega por fin a ser una realidad, también para los hombres.

En todo caso, cambiará mucho la posición de los hombres. Pero también sufrirá profundas modificaciones la de las mujeres, la de todas ellas. Cuando los medios de producción pasen a ser propiedad común, la familia individual dejará de ser la unidad económica de la sociedad. La economía doméstica y el cuidado y educación de los hijos se convertirán en un asunto social. La sociedad cuidará con el mismo esmero a todos los hijos, sean legítimos o naturales. Así desaparecerá el temor a «las consecuencias», que es hoy el más importante motivo social –tanto desde el punto de vista moral como desde el punto de vista económico— que impide a una joven soltera entregarse libremente al hombre a quien ama. ¿No bastará eso para que se desarrollen progresivamente unas relaciones sexuales más libres y también para hacer a la opinión pública menos rigurosa acerca de la honra de las vírgenes y la deshonor de las mujeres? Y por último, ¿no hemos visto que en el mundo moderno la prostitución y la monogamia, aunque antagónicas, son inseparables, como polos de un mismo orden social? ¿Puede desaparecer la prostitución sin arrastrar consigo al abismo a la monogamia?

Ahora interviene un elemento nuevo, un elemento que en la época en que nació la monogamia existía a lo sumo en germen: el amor sexual individual.(...)

Pero dado que, por su propia naturaleza, el amor sexual es exclusivista — aun cuando en nuestros días ese exclusivismo sólo se realiza plenamente en la mujer —, el matrimonio fundado en el amor sexual es por su propia naturaleza, monógamo. Hemos visto cuánta razón tenía Bachofen cuando consideraba que el progreso del matrimonio por grupos al matrimonio por parejas se debió sobre todo a la mujer. Solamente se puede atribuir al hombre el paso del matrimonio sindiásmico a la monogamia, que históricamente ha consistido sobre todo en rebajar la situación de las mujeres y facilitar la infidelidad de los hombres; Por eso, cuando lleguen a desaparecer las consideraciones económicas en virtud de las cuales las mujeres han tenido que aceptar esta infidelidad habitual de los hombres (la preocupación por su propia existencia y todavía más por el porvenir de los hijos), la igualdad alcanzada por la mujer, a juzgar por toda nuestra experiencia anterior, influirá mucho más en el sentido de hacer monógamos a los hombres que en el de hacer poliandras a las mujeres.

Pero lo que sin duda alguna desaparecerá de la monogamia son todas las características que le imprimieron las relaciones de propiedad que la originaron. Estas características son la preponderancia del hombre y la indisolubilidad del matrimonio. La preponderancia del varón en el matrimonio es sencillamente consecuencia de su preponderancia económica, y desaparecerá por sí sola cuando ésta desaparezca. La indisolubilidad del matrimonio es consecuencia de las condiciones económicas que engendraron la monogamia y de la tradición de la época en que, mal comprendida aún, la vinculación de esas condiciones económicas con la monogamia fue exagerada por la religión. Actualmente está deteriorada ya por mil lados. Si el matrimonio fundado en el amor es el único moral, sólo puede ser moral el matrimonio donde el amor persiste. Pero la duración del arrebatado del amor sexual varía mucho según los individuos, particularmente entre los hombres. En virtud de ello, cuando el afecto desaparezca o sea reemplazado por un nuevo amor apasionado, el divorcio será un beneficio tanto para ambas partes como para la sociedad. Sólo que deberá ahorrarse a la gente el tener que pasar por el barrizal inútil de un pleito de divorcio.

Así pues, lo que podemos conjeturar hoy acerca de la regularización de las relaciones sexuales después de la inminente supresión de la producción capitalista es, más que nada, de un orden negativo y queda limitado principalmente a lo que debe desaparecer. Pero ¿qué sobrevendrá? Eso se verá cuando haya crecido una nueva generación: una generación de hombres que no sepan lo que es comprar a una mujer con dinero ni con ayuda de ninguna otra fuerza social; una generación de mujeres que no sepan lo que es entregarse a un hombre por miedo a las consecuencias económicas que pudiera acarrear una negativa en virtud de otra consideración que no sea un amor real. Y cuando esas generaciones aparezcan, enviarán al cuerno todo lo que nosotros pensamos que deberían hacer. Se dictarán a sí mismas su propia conducta, y en consonancia, crearán una opinión pública para juzgar la conducta de cada uno. ¡Y todo quedará hecho!

F. Engels, *«El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado»*

\* \* \*

## SEGUNDA PARTE: EL MARXISMO Y LA LIBERACIÓN DE LA MUJER

### **LA MUJER Y EL COMUNISMO BURDO**

POR

**KARL MARX**

Este movimiento que tiende a oponer a la propiedad privada la propiedad privada hecha común, se expresa de forma animal cuando opone al matrimonio (que evidentemente es una «*forma de propiedad privada exclusiva*») la «*comunidad de mujeres*», en la que la mujer se convierte en propiedad *colectiva y vulgar*. Se puede decir que esta idea de la *comunidad de mujeres revela el secreto* de este comunismo todavía totalmente burdo y desprovisto de pensamiento. Al igual que la mujer deja el matrimonio por la prostitución general, al igual que el mundo entero de la riqueza, es decir, la esencia objetiva del hombre, pasa del estado de matrimonio exclusivo con propiedad privada a la prostitución general con la colectividad. Este comunismo —que niega en todo momento la *personalidad humana*— no es más que una expresión consecuente de la propiedad privada que es en sí misma la negación. La *envidia general*, convertida en fuerza, no es más que una forma camuflada por medio de la que la avidez se afirma y se satisface de otra forma. La idea de toda propiedad privada en tanto que tal, se vuelve *al menos* contra la propiedad privada *más rica*, bajo forma de envidia y tendencia a nivelar, de forma que estas últimas constituyen la esencia de la competencia. El comunismo burdo no es más que el remate de esta envidia y este deseo de nivelar de cara a un mínimo imaginado. Hay una escala de medidas *definida y limitada*. Que esta abolición de la propiedad privada no sea absolutamente una verdadera apropiación, eso ya está probado por la negación abstracta de todo el universo de la cultura y de la civilización, el retorno a la simpleza *no natural* del hombre pobre y en la necesidad, que no solamente no ha depasado la propiedad privada, sino que ni siquiera la ha alcanzado.

La *mujer*, considerada una presa y objeto que sirve para satisfacer la concupiscencia colectiva, expresa la degradación infinita del hombre que no existe más que para sí, puesto que el misterio de las relaciones del hombre con su parecido encuentra su expresión *no equívoca*, decisiva, *pública*, abierta, en la relación del hombre y la mujer y en la forma de concebir la relación genérica *inmediata y natural*. La relación inmediata, natural, necesaria, de los seres humanos es la *relación del hombre y la mujer*. En esta relación genérica *natural*, la relación del hombre con la naturaleza representa directamente la relación del hombre con su parecido, al igual que la relación del hombre con su parecido representa directamente su relación con la naturaleza, su propio destino *natural*. En consecuencia, esta relación *hace aparecer de manera sensible*, reduce a un *hecho* visible, hasta qué punto la naturaleza se ha convertido en la esencia humana del hombre. Es por lo que, basándose en esta relación, se puede juzgar el grado general de desarrollo del hombre. La característica de esta relación muestra en qué medida el *hombre*, en tanto que *ser genérico*, se ha convertido en *hombre* y se concibe como tal; la relación del hombre y la mujer es la relación *más natural* de los seres

humanos. Por tanto, vemos hasta qué punto el comportamiento *natural* del hombre se ha convertido en humano, y hasta qué punto su esencia humana se ha convertido para él en esencia natural, hasta qué punto su *naturaleza humana* se ha convertido en *naturaleza* para él. En esta relación, vemos también hasta qué punto la *necesidad* del hombre se ha convertido una necesidad *humana*, es decir, hasta qué punto *otro* ser humano se ha convertido para él en una necesidad, en tanto que ser humano, hasta qué punto es, en su existencia individual, un ser social al mismo tiempo.

Así, la primera forma positiva de la abolición de la propiedad privada, el comunismo *burdo*, no es más que una *forma en la que se manifiesta* la mezquindad de la propiedad privada que quiere afirmarse como *forma de ser social positiva*.

Karl Marx: *Propiedad privada y Comunismo*  
*Manuscritos económicos y filosóficos*, 1844

\* \* \*

## **LA EMANCIPACIÓN DE LAS MUJERES Y LA CRÍTICA CRÍTICA**

**POR**

**KARL MARX**

Con ocasión de la detención de Louis Morel, Rodolfo se entrega a reflexiones que pueden resumirse como sigue: «El amo pervierte habitualmente a la sirvienta, por medio del terror, la sorpresa o aprovechando las ocasiones creadas por la naturaleza misma de la *domesticidad*. La hunde en la desgracia, la vergüenza, el crimen. Pero la *ley* quiere *ignorar* todo eso... El criminal que, de hecho, ha empujado a la joven al infanticidio no es *castigado*».

En sus reflexiones, Rodolfo no va hasta someter la *domesticidad* a su enorme crítica. *Pequeño príncipe*, él es un *gran* protector de la domesticidad. Rodolfo está todavía lejos de considerar la condición general de la mujer en la sociedad moderna como inhumana. Absolutamente fiel a su antigua teoría, rechaza simplemente la ausencia de una *ley* que *castigue* al seductor y acompañe el arrepentimiento y expiación de terribles castigos.

Rodolfo no tendría más que estudiar la legislación actual de otros países. La legislación *inglesa* colma todos sus deseos. En su delicadeza, de la que *Blackstone* hace el mayor elogio, ella va hasta declarar culpable de *felonía* a cualquiera que seduzca a una chica de vida alegre.

El Señor Szeliga hace retumbar a sus comparsas:

«¡Esto! —¡Pensadlo entonces!— ¡Rodolfo!— Comparad estas ideas con vuestras *elucubraciones fantasistas* sobre la *emancipación de la mujer*. Esta emancipación, casi la podemos tocar con el dedo en el caso de Rodolfo, mientras que vosotros sois, por vuestra naturaleza, demasiado prácticos y conocéis en consecuencia tantos fracasos en vuestras tentativas».

Debemos, en todo caso, al Señor Szeliga la revelación de este misterio: un hecho puede ser casi tocado con el dedo en las ideas. En cuanto a su bromista comparación de

Rodolfo a los hombres que han preconizado la emancipación de la mujer, no hay más que comparar las *ideas* de Rodolfo a las siguientes fantasías de Fourier:

«El adulterio, la seducción hacen honor a los seductores y están de buen tono... Pero ¡pobre chica! el infanticidio ¡qué crimen! Si ella mantiene el honor, es necesario que ella haga desaparecer las pruebas del deshonor; y si ella sacrifica su hijo a los prejuicios del mundo, se deshonra mucho más y cae bajo los prejuicios de la ley... Tal es el círculo vicioso que describe todo mecanismo civilizado...

«La joven ¿no es una mercancía expuesta en venta cuya adquisición y propiedad exclusiva hay que negociar?... *De même qu'en grammaire deux négations valent une affirmation, l'on peut dire qu'en négoce conjugal deux prostitutions valent une vertu...*<sup>[56]</sup>

«La evolución de una época histórica está determinada por la relación entre el progreso de la mujer y la libertad, ya que de las relaciones entre el hombre y la mujer, entre lo débil y lo fuerte, se desprende claramente el triunfo de la naturaleza humana sobre la bestialidad. El grado de emancipación femenina determina naturalmente la emancipación general...

«La humillación del sexo es un rasgo esencial y característico tanto de la civilización como de la barbarie, con la diferencia de que el vicio se practica en la barbarie sin ser adornado, mientras que en la civilización se ha elevado al grado de una existencia compleja, equívoca, inconveniente e hipócrita... Nadie está tan humillado como el hombre por el crimen de tratar a la mujer como esclava».

Es superfluo, ante las ideas de Rodolfo, remitirse a la característica magistral que Fourier nos ha dado del *matrimonio*, así como a los escritos de la fracción materialista del comunismo francés.

El desecho más triste de la literatura socialista tal y como la encontramos en el novelista revela siempre la crítica crítica de los «misterios desconocidos».

Karl Marx, «*La Santa familia o Crítica de la crítica crítica*»

\* \* \*

## **LA DESCOMPOSICIÓN DE LA FAMILIA BURGUESA**

**POR**

**KARL MARX**

El bravo chico<sup>[57]</sup> ve una vez más la dominación del santo allí donde dominan solamente las relaciones empíricas. El burgués considera las instituciones de su régimen como el judío considera la ley; las transgrede todo lo que le sea posible, en cada caso particular, pero quiere que todos los demás se sometan. Si todos los burgueses transgredieran en

---

<sup>56</sup> Al igual que en gramática dos afirmaciones valen por una afirmación, se puede decir que en el negocio conyugal dos prostituciones valen por una virtud. En francés en el original.

<sup>57</sup> Max Stirner, autor de «*El Único y su propiedad*».



masa y de un sólo golpe las instituciones de la burguesía, dejarían de ser burgueses, — conducta que no les viene naturalmente al espíritu y no depende de ninguna manera de su voluntad. El burgués libertino transgrede el matrimonio y comete un adulterio de forma clandestina; el mercader transgrede la institución de la propiedad privando a los demás de su propiedad por medio de la especulación, la bancarrota, etc.; el joven burgués se vuelve independiente de su propia familia, cuando puede; disuelve prácticamente por su cuenta la familia; pero el matrimonio, la propiedad privada, la familia, permanecen históricamente intactos, puesto que, en la práctica, tienen el fundamento sobre el que la burguesía ha erigido su dominación, puesto que, en su forma burguesa, tienen las condiciones que hacen de un burgués un burgués, al igual que la ley siempre transgredida hace de un judío religioso un judío religioso. Esta relación del burgués con sus condiciones de existencia encuentra su expresión general en la moral burguesa. No hablemos por otra parte de «la» familia. La burguesía da históricamente a la familia el carácter de familia burguesa, cuyos lazos son el aburrimiento y el dinero, y que comprende también la descomposición burguesa de la familia, durante la cual la familia misma continúa existiendo. A su embarrada existencia corresponde también una concepción sagrada, en la fraseología oficial y en la hipocresía general. Allí donde la familia se ha descompuesto realmente, como en el proletariado, pasa justo lo contrario de lo que piensa Stirner. La idea de la familia no existe para nada, mientras que constatamos, aquí y allá, es cierto, una inclinación por la vida familiar que se apoya en relaciones completamente reales. En el siglo XVIII, la idea de familia fue disuelta por los golpes de los filósofos, porque la familia real, en el grado superior de la civilización, empezaba a disolverse ya. Lo que se disolvía, era el interior de la familia ; la obediencia, el amor, la fidelidad conyugal, etc.; pero el cuerpo real de la familia, las condiciones de fortuna, la actitud exclusiva de cara a las otras familias, la cohabitación forzada, las condiciones creadas por la existencia de los niños, la construcción de ciudades modernas, la formación de capital, etc., permanecerán, a pesar de que sean perturbadas, puesto que la existencia de la familia se ha vuelto necesaria por su conexión con el modo de producción independiente de la voluntad de la sociedad burguesa. Esta necesidad se manifiesta de la forma más chocante en la Revolución francesa donde la familia, por un instante, fue por así decirlo abolida por la ley. La familia continúa existiendo sin embargo en el siglo XIX, pero esta diferencia de su descomposición se ha vuelto más general, no a causa de la ideología, sino a consecuencia del desarrollo de la industria y de la competencia; continúa existiendo, a pesar de que su descomposición haya sido proclamada desde hace tiempo por los socialistas franceses e ingleses y que las novelas francesas hayan acabado también por poner este hecho en conocimiento de los doctores de la Iglesia alemana.

Karl Marx, «*La Ideología alemana*»

\* \* \*

## **EL RÉGIMEN COMUNISTA Y LA FAMILIA**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Pregunta nº 21 — ¿Qué repercusiones tendrá el régimen comunista en la familia?

Respuesta — Transformará las relaciones entre los sexos en relaciones puramente privadas, que no concernirán más que a las personas que de ella participan, y en las que la sociedad no podrá intervenir. Esta transformación será posible desde el momento en que la propiedad privada sea suprimida, en el que críe a los hijos en común y destruya de esta forma las dos bases principales del matrimonio actual, es decir, la dependencia de la mujer hacia el hombre y la dependencia de los hijos hacia los padres. Ahí está la respuesta a todos los griteríos de los moralistas burgueses sobre la comunidad de mujeres que quieren, al parecer, introducir los comunistas. La comunidad de mujeres es un fenómeno que pertenece únicamente a la sociedad burguesa y que se cumple hoy día con la prostitución. Pero la prostitución descansa en la propiedad privada y desaparece con ella. En consecuencia, el régimen comunista, lejos de introducir la comunidad de mujeres, por el contrario, la suprimirá.

Friedrich Engels, «*Principios del Comunismo*»

\* \* \*

## **LOS COMUNISTAS Y LA FAMILIA**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS Y KARL MARX**

¡Supresión de la familia! Incluso los más radicales pierden los estribos en torno a este vergonzoso propósito de los comunistas.

¿En qué descansa la familia actual, la burguesa? En el capital, en la ganancia privada. En su desarrollo acabado, existe sólo para la burguesía; pero halla su complemento en la forzada carencia de familia de los proletarios y en la prostitución pública.

La familia del burgués desaparece, naturalmente, con la desaparición de ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis que queramos suprimir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este delito. Pero, decís vosotros, eliminamos las relaciones más íntimas sustituyendo la educación familiar por la social.

¿Y no está determinada también vuestra educación por la sociedad? ¿No lo está a través de las relaciones sociales en cuyo seno educáis, a través de la intervención directa o indirecta de la sociedad, de la escuela, etc.? Los comunistas no inventan el influjo de la sociedad en la educación; simplemente cambian su carácter arrancan de ella el influjo de la clase dominante.

Las expresiones burguesas sobre familia y educación, sobre la íntima relación de padres e hijos, se vuelven tanto más nauseabundas cuanto más se desgarran los lazos familiares de los proletarios a consecuencia de la gran industria, mientras sus hijos se transforman en simples artículos de comercio e instrumentos de trabajo.

Pero vosotros, comunistas, queréis introducir la comunidad de mujeres, nos grita a coro la burguesía entera.

El burgués ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye que los instrumentos de producción han de ser explotados en común y, naturalmente, no puede imaginarse sino que el destino de la socialización afectará también a las mujeres.

No sospecha que de lo que se trata precisamente es de acabar con la posición de la mujer como mero instrumento de producción.

Por lo demás, nada hay más ridículo que el moralísimo horror de nuestros burgueses sobre la supuesta comunidad oficial de mujeres de los comunistas. Éstos no necesitan introducir la comunidad de mujeres. Casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no contentos con tener a su disposición a las mujeres e hijas de sus proletarios, por no hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en la seducción recíproca de sus esposas. El matrimonio burgués es, de hecho, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría reprochar a los comunistas el querer introducir la comunidad de mujeres, hipócritamente oculta, sustituyéndola por una comunidad de mujeres oficial, franca. Por lo demás, cae por su propio peso que con la supresión de las actuales relaciones de producción desaparece también la comunidad de mujeres derivada de ellas, esto es, la prostitución oficial y la no oficial.

K. Marx y F. Engels, «El *Manifiesto Comunista*»

\* \* \*

## **FOURIER Y LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Fourier toma la palabra a la burguesía, sus profetas entusiastas antes de la Revolución, y sus panegiristas interesados de después. Desvela sin piedad la miseria material y moral del mundo burgués y la confronta con las promesas halagüeñas de los filósofos de las luces sobre la sociedad en la que debía reinar sólo la razón, sobre la civilización que aportaría la felicidad universal, sobre la perfección ilimitada del hombre; al igual que con las expresiones color de rosa de los ideólogos, sus contemporáneos; demuestra cómo, en todas partes, la realidad más lamentable corresponde a la fraseología más grandilocuente, y lanza su mordaz ironía contra este fiasco irremediable de la frase. Fourier no es solamente un crítico; su naturaleza eternamente jovial hace de él un satírico, y uno de los más grandes satíricos de todos los tiempos. Pinta con semejante maestría y encanto la enorme especulación que florece con la decadencia de la Revolución, así como el espíritu mercader universalmente expandido en el comercio de esta época. Más magistral todavía es la crítica que hace de la vuelta dada por la burguesía a las relaciones sexuales y de la situación de la mujer en la sociedad burguesa. Es el primero en enunciar que, en una sociedad dada, el grado de emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación general.

F. Engels, «*Anti-Dühring*»

\* \* \*

## **LA FAMILIA SEGÚN EL Sr. DÜHRING**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Al igual que, anteriormente, el Sr. Dühring tenía la idea de que se podía remplazar el modo de producción capitalista por el modo social sin por ello refundir la producción misma, al igual que se imagina aquí que se puede arrancar a la familia burguesa moderna de toda su base económica sin cambiar por ello toda su forma. Esta forma es para él tan inmutable que hace también del «viejo derecho romano», aunque sea de forma «perfeccionada», la ley eterna de la familia, y no puede representar una familia más que como «heredera», es decir, como unidad poseedora. En torno a este punto, los utopistas rebasan de lejos al Sr. Dühring. Para ellos, la libre socialización de los hombres y la transformación del trabajo doméstico privado en una industria pública conllevan inmediatamente la socialización de la educación de la juventud y, en consecuencia, una relación recíproca realmente libre de los miembros de la familia. Y, por otra parte, Marx ha demostrado ya que gracias al papel decisivo que la familia asigna a las mujeres y a los niños, fuera del círculo doméstico en el proceso de producción socialmente organizados, la gran industria no crea nada menos que la nueva base económica sobre la que se levantará una forma superior de la familia y de relaciones entre los sexos.

F. Engels, «*Anti-Dühring*»

\* \* \*

## **EL MATRIMONIO BURGUÉS**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

En nuestros días hay dos maneras de concertar el matrimonio burgués. En los países católicos, como antes, los padres proporcionan al joven burgués la mujer que le conviene, de lo cual resulta naturalmente el más amplio desarrollo de la contradicción que la monogamia encierra: exuberante heterismo masculino y exuberante adulterio femenino. Y si la Iglesia católica abolió el divorcio, es probable que fuese por haber reconocido que frente al adulterio, como frente a la muerte, no hay remedio que valga. Por el contrario, en los países protestantes la regla general es conceder al hijo del burgués más o menos libertad para buscar mujer dentro de su clase. Por ello el amor puede ser, hasta cierto punto, la base del matrimonio, y para guardar las apariencias se supone siempre que es así, lo que está muy en consonancia con la hipocresía protestante. Aquí, el marido no practica el heterismo tan enérgicamente y la infidelidad de la esposa es menos frecuente, pero como, sea cual sea el tipo de matrimonio, los seres humanos siguen siendo lo que eran antes y como los burgueses de los países protestantes son en su mayoría filisteos, esa monogamia protestante deviene, incluso

tomando el término medio de los mejores casos, en un aburrimiento mortal sufrido en común que recibe el nombre de felicidad doméstica. El mejor espejo de estos dos tipos de matrimonio es la novela: la francesa, para el católico; la alemana, para el protestante. En ambos casos, el hombre «consigue lo suyo»: en la novela alemana, el mozo logra a la joven; en la francesa, el marido obtiene su cornamenta. ¿Cuál de los dos sale peor parado? No siempre es posible decirlo. Por eso el aburrimiento de la novela alemana inspira a los burgueses franceses que la leen el mismo horror que la «inmoralidad» de la novela francesa inspira al filisteo alemán. Sin embargo, en estos últimos tiempos, desde que «Berlín se está haciendo una gran capital», la novela alemana comienza a tratar algo menos tímidamente el heterismo y el adulterio, bien conocidos allí desde hace largo tiempo.

Pero en ambos casos, el matrimonio se funda en la posición social de los contrayentes, y por tanto, siempre es un matrimonio de conveniencia. También en ambos casos este matrimonio de conveniencia se convierte a menudo en la más vil de las prostituciones, a veces por ambas partes, pero mucho más habitualmente en la mujer, que sólo se diferencia de la cortesana ordinaria en que no alquila su cuerpo a ratos, como una asalariada, sino que lo vende de una vez para siempre, como una esclava. A todos los matrimonios de conveniencia se les puede aplicar la frase de Fourier: «Así como en gramática dos negaciones equivalen a una afirmación, de igual manera en la moral conyugal dos prostituciones equivalen a una virtud».

En las relaciones con la mujer, el amor sexual no es ni puede ser una regla excepto entre las clases oprimidas (en nuestros días, el proletariado), estén o no esas relaciones autorizadas oficialmente. Pero en este caso también desaparece el fundamento de la monogamia clásica, dado que faltan por completo los bienes de fortuna, para cuya conservación y transmisión por herencia se instituyeron precisamente la monogamia y el dominio del hombre. Por ello faltan también motivos para establecer la supremacía masculina. Es más, faltan hasta los medios de conseguirla: el derecho burgués, que protege dicha supremacía, sólo existe para las clases poseedoras y para regular las relaciones de estas clases con los proletarios. Eso cuesta dinero y, a causa de la pobreza del obrero, no desempeña ningún papel en la actitud de éste hacia su mujer. En este caso, el papel decisivo lo desempeñan otras relaciones personales y sociales. Además, sobre todo desde que la gran industria ha arrancado del hogar a la mujer para arrojarla al mercado de trabajo y a la fábrica, convirtiéndola bastante a menudo en el sostén de la casa, han quedado desprovistos de toda base los últimos restos de la supremacía masculina en el hogar del proletario, excepto, quizás, cierta brutalidad para con sus esposas, muy arraigada desde el establecimiento de la monogamia. Así pues, la familia del proletario ya no es monogámica en el sentido estricto de la palabra, ni siquiera con el amor más apasionado y la más absoluta fidelidad de los cónyuges y a pesar de todas las bendiciones espirituales y temporales posibles. Por eso, el heterismo y el adulterio, eternos compañeros de la monogamia, desempeñan aquí un papel casi nulo. La mujer ha reconquistado en la práctica el derecho de divorcio; cuando ya no pueden entenderse, los esposos prefieren separarse. En resumen, el matrimonio proletario es monógamo en el sentido etimológico de la palabra pero en absoluto lo es en su sentido histórico.

F. Engels, «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*»

## **LA SITUACIÓN JURÍDICA DE LA MUJER Y LAS CONDICIONES DE SU LIBERACIÓN**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Por cierto, nuestros juristas estiman que el progreso de la legislación va quitando a las mujeres cada vez más todo motivo de queja. Los sistemas legislativos de los países civilizados modernos van reconociendo más y más, en primer lugar que el matrimonio, para tener validez, debe ser un contrato libremente consentido por ambas partes y, en segundo lugar, que durante el período de convivencia matrimonial ambas partes deben tener los mismos derechos y deberes. Si estas dos condiciones se aplicaran con un espíritu consecuente, las mujeres gozarían de todo lo que les apeteciese.

Esta argumentación típicamente jurídica es exactamente la misma de que se valen los republicanos radicales burgueses para disipar los recelos de los proletarios; El contrato de trabajo se supone contrato consentido por ambas partes. Pero se considera libremente consentido desde el momento en que la ley establece *sobre el papel* la igualdad de ambas partes. La fuerza que la diferente situación de clase de una de las partes, la presión que esa fuerza ejerce sobre la otra, la situación económica real de ambas... todo esto no le importa a la ley. Y mientras dura el contrato de trabajo, se sigue suponiendo que ambas partes disfrutan de iguales derechos, en tanto que una u otra no renuncien a ellos expresamente. Y si su situación económica concreta obliga al obrero a renunciar hasta a la última apariencia de igualdad de derechos, de nuevo la ley no tiene nada que ver con ello.

Respecto al matrimonio, hasta la ley más avanzada se da enteramente por satisfecha desde el punto y hora en que los interesados han inscrito formalmente en el acta su libre consentimiento. En cuanto a lo que pasa fuera de las bambalinas jurídicas, en la vida real, y en cuanto a cómo se expresa ese consentimiento, no es algo que inquiete a la ley ni al jurista. Y sin embargo, la más sencilla comparación del derecho de los distintos países debería mostrar al jurisconsulto lo que representa el libre consentimiento. En los países donde la ley asegura a los hijos la herencia de una parte de la fortuna paterna y donde, por consiguiente, no pueden ser desheredados (Alemania, los países que siguen el derecho francés, etc.), los hijos necesitan el consentimiento de los padres para contraer matrimonio. En los países donde se practica el derecho inglés, donde el consentimiento paterno no es condición legal del matrimonio, los padres gozan también de absoluta libertad de testar y pueden desheredar a su antojo a los hijos. Claro es que, a pesar de ello, e incluso por ello mismo, la libertad para contraer matrimonio no es, de hecho, ni un ápice mayor en Inglaterra o Norteamérica que en Francia o Alemania entre las clases que tienen algo que heredar.

La situación no es mejor en lo concerniente a la igualdad jurídica entre el hombre y la mujer en el matrimonio. Su desigualdad legal, que hemos heredado de condiciones sociales anteriores, no es causa, sino efecto, de la opresión económica de la mujer. En el antiguo hogar comunista, que comprendía numerosas parejas conyugales con sus hijos, la dirección del hogar, confiada a las mujeres, era una industria pública y tan

necesaria socialmente como la obtención de los víveres por los hombres. Las cosas cambiaron con la familia patriarcal y todavía más con la familia individual monogámica. El gobierno del hogar perdió su carácter social. La sociedad ya no tuvo nada que ver con ello. El gobierno del hogar se transformó en servicio privado y la mujer se convirtió en la criada principal, sin tomar ya parte en la producción social. Sólo la gran industria moderna le ha abierto de nuevo —aunque sólo a la mujer proletaria— el camino a la producción social. Pero esto se ha hecho de tal suerte que, si la mujer cumple con sus deberes en el servicio privado de la familia, queda excluida de la producción social y no puede ingresar nada. Y si quiere tomar parte en la industria social y tener sus propios ingresos, le es imposible cumplir con los deberes familiares. En cualquier tipo de actividad, incluidas la medicina y la abogacía, le ocurre a la mujer lo mismo que en la fábrica. La familia individual moderna se funda en la esclavitud doméstica, franca o más o menos disimulada, de la mujer; y la sociedad moderna es una masa cuyas moléculas son las familias individuales. Hoy, en la mayoría de los casos, el hombre tiene que ganar los medios de vida, tiene que alimentar a la familia, por lo menos entre las clases poseedoras, lo que le da una posición preponderante que no necesita ser privilegiada de un modo especial por la ley. En la familia, el hombre es el burgués y la mujer representa al proletario. Pero en el mundo industrial, el carácter específico de la opresión económica que pesa sobre el proletariado sólo se manifiesta con total nitidez una vez suprimidos todos los privilegios legales de la clase capitalista y establecida la plena igualdad jurídica de ambas clases. La república democrática no suprime el antagonismo entre las dos clases; al contrario, no hace más que suministrar el terreno en que llega a su máxima expresión la lucha por resolver dicho antagonismo. De igual modo, el carácter particular del predominio del hombre sobre la mujer en la familia moderna, así como la necesidad y la manera de establecer la igualdad social efectiva de ambos, sólo se manifestarán con toda nitidez cuando el hombre y la mujer tengan, según la ley, derechos absolutamente iguales. Entonces se verá que la liberación de la mujer exige, como primera condición, la reincorporación de todo el sexo femenino a la producción social, lo que a su vez requiere que se suprima la familia individual como unidad económica de la sociedad.

F. Engels, *«El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado»*

\* \* \*

## **LA MUJER TIENE QUE PODER VIVIR TRABAJANDO**

**POR**

**JULES GUESDE**

Entre las resoluciones adoptadas por unanimidad por el Congreso sindical de Rennes, hay una, la de la Comisión del trabajo de las mujeres en la industria, que es imposible dejar pasar sin protestar en nombre de la misma Francia obrera.

Sin pedir positivamente que la mujer sea excluida de las fábricas y talleres de todo tipo, que el campo del trabajo económico le sea prohibido —lo que, en las condiciones actuales, equivaldría a la muerte industrial— el Congreso entiende limitarlo a la mujer, *«hija o viuda, obligada en consecuencia a satisfacer sus necesidades»*, y añade:

«En todos los medios, debemos esforzarnos por propagar esta idea de que el hombre debe alimentar a la mujer».

No teníamos otro lenguaje en 1876, durante el primer Congreso obrero de la sala de Arras, en el que tras haber declarado que «*el hombre siendo el más fuerte y más robusto debe ganar con lo que poder subsanar los gastos del hogar*», los delegados eran unánimes en calificar de «lamentable» el trabajo de las mujeres y en repetir, según Monsieur Prud'homme, que «*el verdadero sitio de la mujer está en el hogar*».

Pero si entonces, al comienzo del movimiento, cuando estaban por descubrir por nuestro proletariado aburguesado las causas profundas de la miseria y los medios de hacerla desaparecer, un error semejante era explicable, tampoco digo excusable, mientras que hoy, tras veintidós años de socialismo hundiéndose sin obstáculos, ha tenido lugar una sorprendente recaída que, evidentemente, no puede ser más que accidental.

No, pese a alguna superioridad de fuerza que se le suponga al hombre, y algún remunerador que pueda convertirse en su trabajo, no es posible condenar a la mujer a hacerse alimentar por él. Menos que nadie, los obreros a quienes su emancipación civil y política ha permitido medir la mentira de toda emancipación no económica, pueden desear eternizar la subordinación económica de un sexo al otro. Esto sería querer hacer de la mujer el *proletario* del hombre, sin contar que toda dignidad se encontraría de un golpe arrancada de las relaciones sexuales sin libertad.

La razón del yugo que pesa sobre la clase trabajadora y que ella busca cada vez más sacudirse, se sitúa totalmente en el hecho de que los medios de producción —y en consecuencia los productos— se encuentran concentrados en las manos de una parte de la sociedad que dispone así de la vida de la otra parte. Como consecuencia de esta monopolización de los bienes económicos o riquezas, la mayoría no poseedora tiene que tragar con todos los caprichos de la minoría propietaria, sin la cual y contra la cual ninguna resistencia es posible.

Ahora bien, admitiendo que solo el hombre debe producir, dándose que sea él el que se haga cargo de las necesidades de la mujer, de su mantenimiento, ¿quién no ve que esta última se encontrará frente a él en la misma situación de inferioridad, en la misma dependencia que tiene el trabajador actual frente al capitalista?

Ella sólo existirá condicionalmente *en la medida que le parezca al hombre*, o lo que tampoco es mejor, *en la medida en la que ella le guste*.

«*¡Cortesana o limpiadora!*» nada menos conforme a la verdad que este famoso dilema del sofisma hecho hombre, P. J. Proudhon.

El trabajador no puede por lo tanto, sin convertirse en culpable ante la opinión de la mitad de la humanidad de negación de la justicia que él reprocha con razón a la burguesía, limitar en la medida que sea el derecho que pertenece a la mujer, como a todo ser humano, a vivir trabajando sin deber nada a nadie.

No, el lugar de la mujer no está ni en el hogar ni en otra parte. Como el del hombre, está en todos, allí donde su actividad puede y quiere emplearse. ¿Por qué, encerrarla a título de qué, encerrarla en su sexo, transformado en profesión — se quiera o no—, por no decir en oficio? El hombre también, tiene funciones que responden a su sexo; es marido y padre, lo que no le impide ser médico, artista, obrero manual o intelectual. ¿Por qué,



a título de qué — esposa o madre o lo que se quiera, por no hablar de todas las que no son ni una cosa ni la otra— la mujer no puede manifestarse también socialmente bajo la forma que más le convenga?

El mal no está en el trabajo, mismo industrial, de la mujer, sino en la retención, en el diezmo capitalista del que el trabajo femenino, como y más que el masculino, es objeto hoy. Tanto está en los obstáculos impuestos por las costumbres como en las leyes de acción social de la mujer.

Asegurar a la mujer, como al hombre, el desarrollo integral y la libre aplicación de sus facultades. Asegurar por otra parte a los trabajadores, sin distinción de sexo, el producto integral de su trabajo. Esa y ninguna otra es toda la solución.

Jules Guesde, «*La mujer y su derecho al trabajo*»  
«*El Socialista*», 9 de octubre de 1898

\* \* \*

## **LA SALVACIÓN DE LA MUJER ESTÁ EN LA SOCIEDAD COMUNISTA**

**POR**

**JULES GUESDE**

La mujer, en período capitalista, no puede vivir de sí misma, de su trabajo. Mismo fuera de los momentos en los que absorbida por la más alta de las funciones sociales inmortaliza nuestra especie reproduciéndola, no encuentra en la venta de fuerza muscular e intelectual más que un complemento, a lo sumo, de existencia. Ultrajosamente reducido, su salario le obliga a pedir el resto al hombre, en tanto que macho: marido, amante o transeúnte.

Está condenada, en otros términos, a comerciar con su sexo, convertido en su principal —o único— medio de vida. Y cuando, con esta entrega de sí misma llevada a cabo de una vez por todas, que se llama matrimonio, llega —al precio de la servidumbre que sea— a asegurar su mantenimiento o subsistencia, no se sabe como cabría la posibilidad de obligarla, mediante esta verdadera rescisión que es el divorcio, a hacerse... alimentar en otra parte.

Aparte de que su cuerpo, transformado necesariamente en mercancía, pueda convertirse, por el uso o la usura, en un emplazamiento más difícil o imposible, ella tiene derecho, entre las dos formas de prostitución a las que está reducida, a preferir la seguridad de la prostitución definitiva a un único, que a los abusos de una prostitución sucesiva y múltiple.

...Para que los individuos lleguen a la propiedad de sí mismos, a la libre disposición de lo más íntimo que haya en su persona, es necesario que el medio individualista y propietario haya dejado sitio al medio colectivista y comunista.

Es necesario que por medio del trabajo liberado, *desalarizado*, retribuido en base a su producto, la mujer pueda ser autosuficiente trabajando, pudiendo sólo su independencia económica dejarla tan libre en el amor como en la amistad.

Es necesario que durante la gestación y la lactancia, cuando por este trabajo orgánico ella fabrica mejor que los productos y que los productores, esté socialmente admitido su disfrute de los productos del trabajo económico.

Es necesario, por otra parte y sobre todo, que, como las tribus comunistas de otrora en las que bajo el nombre de tíos, la paternidad era ejercida por todos los hombres hechos, el niño, todos los niños que constituyan la humanidad del mañana, sean puestos al recaudo de la humanidad del día. «*Ampliad a Dios*» decía Diderot. Pero no es Dios. Es la familia la que conviene ampliar extendiéndola a toda la sociedad, por la igual conservación e igual desarrollo de todos los hijos del hombre, sin distinción.

Entonces, y solamente a partir de entonces, habrá, podrá haber, no el divorcio —este pretendido corrector del matrimonio no es más que un mal añadido a otro mal— sino esa libertad ilimitada de simpatías compartidas, fuera de las cuales no hay más que prostitución o violación.

Jules Guesde, «*Sobre el divorcio. La solución*»  
En «*Le Cri du Peuple*», 12 de junio de 1884

\* \* \*

## **LA CUESTIÓN DE LA MUJER**

**POR**

**PAUL LAFARGUE**

El burgués ha pensado y piensa todavía que la mujer debe quedarse en casa y consagrar su actividad a vigilar y dirigir las labores del hogar, a cuidar al marido, a fabricar y alimentar a los niños. Ya, Xenofon, mientras que la burguesía nacía y tomaba cuerpo en la sociedad antigua, trazó las grandes líneas de su ideal de la mujer. Pero si durante siglos, este ideal ha podido parecer razonable porque correspondía a condiciones económicas florecientes, no es más que una supervivencia ideológica desde que estas han dejado de existir.

La domesticación de la mujer presupone que ella cumple en las tareas del hogar funciones múltiples que absorben toda su energía; ahora bien, las más importantes y más esclavizantes de estas labores domésticas —hilado de la lana y del lino, costura, talla y confección de vestidos, lavandería, panificadoras, etc.— son hoy ejecutadas por la industria capitalista. Presupone igualmente que el hombre, por su aporte dotal y sus ganas, aprovisiona las necesidades materiales de la familia; ahora bien, en la burguesía ociosa, el matrimonio es tanto una asociación de capitales como una unión de personas y habitualmente la aportación dotal de la esposa es superior a la del esposo<sup>[58]</sup>, caídos

---

<sup>58</sup> La dote jugó un papel decisivo en la historia de la mujer: al principio su precio de venta, si por cualquier causa él la repudia y la vuelve a mandar a su familia, después este precio de compra le es remitido y constituye su dote, que desde el período patriarcal, el marido compra a su padre, que a su vez debe restituir a sus padres tomando la costumbre de doblarlo. Desde el momento en que la esposa entra en la casa del marido con una dote, deja de ser una esclava que él pueda echar, vender o

tan bajo que los niños, tanto los niños como las niñas, están obligados a ganarse sus medios de existencia en el comercio, las administraciones del ferrocarril, los bancos, la enseñanza, correos, etc. y ocurre frecuentemente que la joven casada continúe trabajando fuera, con tal de completar los recursos del hogar, ya que los sueldos del marido no llegan a cubrir todos los gastos.

Las chicas y mujeres de la pequeña burguesía, así como las de la clase obrera, entran por tanto en competencia con sus padres, hermanos y maridos. Este antagonismo económico que la burguesía había impedido que se produjera por el enclaustramiento de la mujer en la residencia familiar, se generaliza e intensifica en medida que la producción capitalista se desarrolla; invade el campo de las profesiones liberales — medicina, derecho, literatura, periodismo, ciencias, etc.— cuyo monopolio se había reservado el hombre, de manera que se lo imaginaba eterno. Los obreros, como siempre, han sido los primeros en extraer consecuencias lógicas de la participación de la mujer en la producción social, han remplazado el ideal del artesano —la mujer, exclusivamente limpiadora del hogar— por un nuevo ideal, —la mujer, compañera de sus luchas económicas y políticas por el aumento de salarios y la emancipación del trabajo.

La burguesía no está todavía dispuesta a entender que hace tiempo que su ideal se ha pasado de moda y que debe remodelarlo para hacerlo corresponder a las nuevas

---

matar. La dote, hipotecada en Roma y en Atenas sobre los bienes del marido, debía, en caso de repudio o divorcio, serle restituida preferentemente a todo crédito. «No disfrutamos de las riquezas que la mujer aporta al hogar, dice un fragmento de Eurípides, sólo sirven para convertir el divorcio más difícil». Los autores cómicos se burlan de los maridos que, tras el efecto de una acción dotal, caen en la dependencia de la esposa. Un personaje de Plauto dice a un marido que recrimina contra su mujer: «Tú has aceptado el dinero de la dote, tú has vendido tu autoridad — *imperium*». Las ricas matronas romanas llevaban la insolencia hasta no confiar la gestión de su dote al marido; la regalaban a intendentes, que a veces cumplían junto a ellas con otro empleo, dice Marcial, esta mala lengua. El adulterio de la mujer entrañaba el derecho de divorcio y la restitución de la dote, pero más que llegar a este doloroso extremo, los maridos preferían cerrar los ojos ante las locuras de sus esposas; la ley debía, en Roma y Atenas, golpearlas para recordarles la dignidad marital; en China se les aplicaba cierto número de golpes de bambú en la planta de los pies. Las penalidades no eran suficientes para animar a los romanos a repudiar a sus mujeres adúlteras; la ley, con tal de relevar la virtud masculina, permite a los que denunciaban la infidelidad de su mujer retener una parte de la dote. Hubo entonces hombres que sólo se casaban en previsión del adulterio de su esposa. Las damas romanas esquivaron la ley inscribiéndose en el censo de las listas de prostitutas, a las que no se les aplicaba la medida. El número de matronas inscritas se volvió tan considerable que el Senado, bajo Tiberio, emite un decreto prohibiendo «a las damas que tengan un caballero por abuelo, padre o marido, traficar con su cuerpo» (Tácito: *Anales*) El adulterio femenino en la sociedad patricia de la antigüedad así como en la sociedad aristocrática del siglo XVIII, se generalizó de tal manera que por así decirlo se convirtió en costumbre, y se consideraba de forma afable, como un correctivo o un complemento del matrimonio (Nota de Lafargue).

condiciones del medio social; sin embargo, desde la primera mitad del siglo XIX, las damas de la burguesía empezarán a protestar contra su interiorización familiar, más intolerable aún cuando el aporte dotal las situaba en pie de igualdad con el marido: se revelarán contra el esclavismo doméstico y la vida parsimoniosa a la que eran condenadas, así como contra la privación de satisfacciones intelectuales y materiales que les era impuesta; las más audaces irán hasta reclamar el amor libre y a filiarse a las sectas socialistas que predicaban la emancipación de la mujer<sup>59</sup>. Los filósofos y los moralistas tuvieron la inocencia de creer que pararían el movimiento feminista oponiéndole el interés sagrado de la familia, que declaraban no poder subsistir sin el sometimiento de la mujer a los trabajos del hogar, sin la colocación de los botones de la camisa, sin el zurcido de los calcetines, etc., ella debería dedicarse a estas oscuras e ingratas tareas, para que el hombre pudiera desplegar y pavonearse libremente a cuenta de sus brillantes facultades; estos mismos sabios, que sermoneaban a las burguesas sublevadas en torno a la familia, cantaban a las alabanzas de la industria capitalista, que, arrancando a la mujer del hogar doméstico y de la cuna del hijo para infligirle los trabajos forzados de la fábrica, destruye la familia obrera.

Las damas burguesas se burlarán de las prédicas tan imbéciles como morales de estos enormes tartufos, ellas continuarán su camino y llegarán al objetivo que se proponen; tanto como la patricia de la antigua Roma y la aristócrata del siglo XVIII, se han desembarazado de las preocupaciones del hogar y de amamantar al niño con mercenarias para consagrarse enteramente al aseo, para ser las muñecas más lujosamente engalanadas del mundo capitalista y con tal de que el negocio marche. Las señoritas y damas de la plutocracia americana han llegado al último grito en esta especie de emancipación, metamorfoseando a sus padres y maridos en acumuladores de millones que ellas gastan como locas. Arreglarse no es la única tarea de las mujeres del capitalismo, ya que se divierten cribando a navajazos el matrimonio, con tal de afirmar su independencia y perfeccionar la raza. «El *Manifiesto Comunista*» subraya que los innumerables procesos por adulterio y separación de bienes son incontestables testimonios del respeto que inspiran a los burgueses de los dos sexos los lazos sagrados del matrimonio que los licenciados socialistas decían que había que desatar.

Cuando las chicas y mujeres de la pequeña burguesía, obligadas a ganar su subsistencia y acrecentar los recursos de la familia, empezaron a invadir las tiendas, administraciones, puestos y profesiones liberales, los burgueses se empezaron a preocupar por sus ya tan reducidos medios de existencia; la competencia femenina iba a reducirlos más todavía. Los intelectuales, que se propusieron hacer la defensa del macho, consideraron prudente no recomenzar con los sermones de los moralistas, puesto que ya habían fracasado de forma penosa ante los burgueses ricos; hicieron un llamamiento a la ciencia, demostraron con razones irrefutables y superiormente científicas que la mujer no puede salir de las ocupaciones del hogar, sin violar las leyes de la naturaleza y la historia. Probaron para su completa satisfacción que la mujer es un ser inferior, incapaz de recibir una cultura intelectual superior y de ofrecer la suma de

---

<sup>59</sup> El manifiesto saint-simonista de 1830 anunciaba que la religión de Saint-Simón iba a «poner fin a este tráfico vergonzoso, a esta prostitución legal, que bajo el nombre de matrimonio consagra frecuentemente la unión monstruosa de la abnegación y el egoísmo, de la luz y la ignorancia, de la juventud y la decrepitud» (Nota de Lafargue).

cuidado, energía y agilidad que reclaman las profesiones en las que entra en competencia con el hombre. Su cerebro, menos voluminoso, menos pesado y menos complejo que el del hombre es un «cerebro de niño»; sus músculos menos desarrollados no tienen fuerza de ataque y resistencia, los huesos de su antebrazo, de su pelvis, el cuello del fémur, en resumen, todo su sistema óseo, muscular y nervioso sólo le permiten llevar la rutina del hogar. La naturaleza le designaba con todos sus órganos para ser la sierva del hombre, como el mal Dios de los judíos y cristianos había marcado con su maldición la raza de Cam para la esclavitud.

La historia aportaba su sorprendente confirmación a estas verdades ultracientíficas; los filósofos e historiadores afirmaban que ella enseña que siempre y en todo lugar la mujer subordinada al hombre había sido encerrada en la casa, en el gineceo: si ésa había sido su suerte en el pasado, tal debía ser su destino en el futuro, declaraba positivamente Augusto Comte, el profundísimo filósofo burgués. Lombroso, el ilustre bromista, le arrea con la coza del burro; asegura seriamente que la estadística social proclamaba la inferioridad de la mujer, puesto que el número de criminales femeninas es inferior al de los masculinos; mientras que estaba sumido en cifras, podría haber añadido que la estadística de la locura constata la misma inferioridad. Así, por lo tanto, moral, anatomía, fisiología, estadística social e historia atan a la mujer para siempre a la servidumbre doméstica.

La producción capitalista que se encarga de la mayor parte de los trabajos a los que se consagraba la mujer en el hogar familiar, ha incorporado a su ejército de asalariados de la fábrica, del comercio, de la oficina y de la enseñanza a las mujeres y chicas de la clase obrera y de la pequeña burguesía con tal de procurarse trabajo a buen precio. Su apremiante necesidad de capacidades intelectuales ha dejado de lado el venerable y venerado axioma de la moral masculina: leer, escribir y contar debe ser todo el saber de la mujer; ha exigido que se enseñara tanto a las chicas como a los chicos los rudimentos de las ciencias. El primer paso estaba hecho, no se le pudo prohibir la entrada en las universidades. Comprobaron que el cerebro femenino que los intelectuales habían denominado «cerebro de niño» era tan capaz como el cerebro masculino para recibir toda la enseñanza científica. Las ciencias abstractas (matemáticas, geometría, mecánica, etc.), las primeras cuyo estudio era accesible a las mujeres, fueron también las primeras en las que ellas pudieron dar la medida de sus capacidades intelectuales; ahora se atreven con las ciencias experimentales (fisiología, física, química, mecánica aplicada, etc.) y en América y Europa surge una legión de mujeres que caminan a la par que los hombres, a pesar de la inferioridad de las condiciones de desarrollo físico y moral en las que viven desde la primera infancia.

El capitalismo no ha arrancado a la mujer del hogar doméstico y no la ha lanzado a la producción social para emanciparla, sino para explotarla todavía más ferozmente que al hombre; y también se ha guardado bien de demoler las barreras económicas, jurídicas, políticas y morales que se habían erigido para enclaustrarla en la residencia matrimonial. La mujer, explotada por el Capital soporta las miserias del trabajador libre y carga además con las cadenas del pasado. Su miseria económica es agravada; en lugar de ser alimentada por el padre o el marido, cuya ley continua sufriendo, debe ganar sus medios de existencia, y bajo el pretexto de que tiene menos necesidades que el hombre, su trabajo está peor remunerado, y cuando su trabajo cotidiano en el taller, la oficina o la escuela está terminado, da comienzo su trabajo en el hogar. La maternidad, el trabajo

sagrado, la más alta de las funciones sociales, se convierte en la sociedad capitalista en causa de horribles miserias económicas y fisiológicas. La intolerable condición de la mujer es un peligro para la reproducción de la especie. Pero esta aplastante y dolorosa situación anuncia el fin de su servidumbre, que comienza con la constitución de la propiedad privada y que no puede llegar a su fin sin su abolición. La humanidad civilizada, bajo la presión del modo mecánico de producción, se orienta hacia una sociedad basada en la propiedad común, en la que la mujer liberada de las cadenas económicas, jurídicas y morales que la retienen pueda desarrollar libremente sus facultades físicas e intelectuales como en la época del comunismo de los salvajes.

Los salvajes, para prohibir la promiscuidad primitiva y restringir sucesivamente el círculo de relaciones sexuales, no encontraron otro medio que separar los sexos; existen razones para creer que fueron las mujeres las que tomaron la iniciativa de esta separación que la especialización de las funciones consolida y acentúa. Eso se manifiesta socialmente por medio de ceremonias religiosas y lenguas secretas particulares para cada sexo, y también por medio de luchas:<sup>[60]</sup> tras haber tomado un carácter de antagonismo violento se llega a la brutal opresión de la mujer, la cual subsiste todavía, a pesar de que vaya atenuándose en medida que se generaliza y se acentúa sobre el terreno económico el antagonismo de los dos sexos. Pero el antagonismo moderno no llegará a la victoria de un sexo sobre el otro, puesto que es uno de los fenómenos de la lucha del Trabajo contra el Capital que encontrará su solución con la emancipación de la clase obrera en la que tanto las mujeres como los hombres están incluidas.

La técnica de la producción que tiende a suprimir la especialización de las profesiones y funciones y a reemplazar el esfuerzo muscular por la atención y la habilidad intelectual y que, en medida que más se perfecciona más mezcla y confunde a la mujer y al hombre en el trabajo social, impedirá la vuelta de las condiciones que en el caso de las naciones salvajes y bárbaras habían mantenido la separación de sexos. La propiedad común hará desaparecer el antagonismo económico de la civilización. Pero si es posible entrever el final de la servidumbre femenina y del antagonismo de los sexos y concebir para la especie humana una era de incomparable progreso corporal e intelectual, hasta que sea reproducida por mujeres y hombres de alta cultura muscular y cerebral, es imposible prever relaciones sexuales de mujeres y hombres libres e iguales, que no serán reunidos o separados por sórdidos intereses materiales y por la grosera moral que han engendrado. Pero si se juzga según el presente y el pasado, los hombres cuya pasión genésica es más violenta y continua que en el caso de las mujeres, —el mismo fenómeno se observa en los machos y hembras de toda la serie animal— estarán obligados a pavonearse y a exhibir todas sus cualidades físicas e intelectuales para conquistar enamoras. La selección sexual, que, tal y como lo ha demostrado Darwin, cumple un papel importante en el desarrollo de las especies animales, pero que, salvo extrañas excepciones, ha dejado de cumplirlo en las razas indoeuropeas desde hace cerca de tres mil años, volverá a ser uno de los factores enérgicos del perfeccionamiento humano.

---

<sup>60</sup> A.W. Howit, que ha observado entre los australianos una especie de totemización sexual, dice que suele ocurrir que hombres y mujeres de un mismo clan peleen cuando muere un animal que sirve de tótem a un sexo a consecuencia de la acción de una persona del sexo contrario.

La maternidad y el amor permitirán a la mujer reconquistar la posición superior que ocupaba en las sociedades primitivas, cuyo recuerdo ha sido conservado por leyendas y mitos de las antiguas religiones.

Paul Lafargue, «*La Cuestión de la mujer*»  
París, 1904

\* \* \*

## **LA CUESTIÓN DE LA MUJER ES UN ASPECTO DE LA CUESTIÓN SOCIAL**

**POR**

**AUGUSTE BEBEL**

Somos los contemporáneos de una gran evolución social que toma día a día proporciones más vastas. Un movimiento, una agitación de espíritus se manifiestan en todas las clases de la sociedad con una intensidad cada vez mayor. Todos se dan cuenta de que la tierra se hunde bajo sus pies. Ha surgido una masa de cuestiones sobre la solución de las cuales se discute en los dos sentidos. Una de las más importantes que se plantea es la que llamamos la cuestión de la mujer.

¿Qué lugar debe tomar la mujer en nuestro organismo social, cómo puede desarrollar todas sus fuerzas y todas sus aptitudes a fin de convertirse en miembro completo de la sociedad humana, teniendo los derechos de todos, pudiendo dar la medida completa de su actividad? En nuestra opinión, esta cuestión se confunde con la de saber cual será la organización que deberá recibir la sociedad humana para sustituir a la opresión, a la explotación, a la necesidad y la miseria bajo sus mil formas, una humanidad libre, una sociedad en plena salud tanto desde el punto de vista físico como desde el punto de vista social. La cuestión de la mujer no es por lo tanto para nosotros más que uno de los aspectos de la cuestión social general, que ocupa en este momento a todas las inteligencias, que pone todos los espíritus en movimiento. No puede, en consecuencia, encontrar su solución definitiva más que en la supresión de las contradicciones sociales y en la desaparición de los males que de ellas resultan.

Auguste Bebel, «*La Mujer y el Socialismo*»

\* \* \*

## **FEMINISMO BURGUÉS Y LUCHA DE CLASES**

**POR**

**AUGUSTE BEBEL**

Resulta que todas las mujeres, sin distinción de rango social, están interesadas, en su situación de sexo dominado y vejado por los hombres, en modificar este estado de cosas por reformas en el estado social existente, por medio de la revisión de las leyes. La

inmensa mayoría de las mujeres tiene el mayor interés en modificar completamente esta situación. Es así que desaparecerán el esclavismo del salario, bajo el que sollozan la mayor parte de ellas, y el esclavismo sexual, que está íntimamente ligado a las condiciones de propiedad e industria.

Las mujeres que se ocupan del movimiento femenino burgués no comprenden la necesidad de un cambio radical semejante. Influenciadas por la situación privilegiada que ocupan en la sociedad, ven en el movimiento feminista proletario y sus diferentes aspiraciones y tendencias peligrosas y poco razonables que deben ser combatidas. Es así como la diferencia de clases, que origina un abismo entre los obreros y los capitalistas, hace igualmente sentir estos efectos en el movimiento feminista. Y estos efectos se vuelven más grandes en la medida que la situación se vuelve más tensa.

Auguste Bebel, «*La Mujer y el Socialismo*»

\* \* \*

## **LA CLASE OBRERA Y EL NEOMALTUSIANISMO**

**POR**

**LENIN**

En el Congreso de médicos de Pirogov, la cuestión del aborto, es decir, del aborto espontáneo artificialmente provocado, ha suscitado gran interés y ha planteado numerosos debates. El informador, Litchkous, aporta datos concernientes a la amplia extensión del aborto en los actuales Estados denominados civilizados.

En Nueva York, se han contado en un año 80.000 abortos, en Francia hay 36.000 cada mes. En San Petersburgo, el porcentaje de abortos ha sobrepasado el doble en espacio de cinco años. El Congreso de médicos de Pirogov ha expresado su deseo de que el aborto no deba acarrear para la madre persecución judicial y que el médico no deba ser perseguido más que en caso de que hubiera hecho la operación con finalidad «interesada».

La mayor parte de los médicos que se pronunciaban en favor de la impunidad del aborto, naturalmente, también ha planteado en el curso de los debates la cuestión del pretendido neo-maltusianismo (es decir, de los medios anticonceptivos) y, en esta ocasión, han abordado igualmente el aspecto social del asunto. Así, por ejemplo, según el informe ofrecido por «*Rousskoie Slovo*», M. Vigdortchik declara que «era necesario saludar los medios anticonceptivos», mientras que M. Astrakhan exclamaba en medio de una tempestad de aplausos:

«¡Se nos obliga a convencer a las madres de que traigan niños al mundo, para que sean lisiados en los establecimientos escolares, para que se les someta a sorteo, para que se les empuje al suicidio!»

Si es exacto que semejantes salidas de M. Astrakhan han levantado una tempestad de aplausos, no me sorprende nada. Los auditores eran burgueses medios y pequeños con psicología burguesa. ¿Se podía esperar de su parte otra cosa que no fuera un liberalismo de lo más soso?



Pero desde el punto de vista de la clase obrera, casi no es posible encontrar una expresión más sorprendente del carácter completamente reaccionario y de toda la ineptitud del «neomaltusianismo social» que la frase precipitada de M. Astrakhan. «Traer niños al mundo, para que sean lisiados»... ¿Solo para eso? ¿Por qué no a fin de que *luchen* mejor, con mayor unidad, con mayor conciencia y energía que los demás contra las condiciones actuales de la vida que mutilan y arruinan a nuestra generación?

Eso es precisamente en lo que consiste la diferencia fundamental entre la psicología de un campesino, de un artesano, de un intelectual, en general de un pequeño burgués, y la de un proletario.

El pequeño burgués ve y siente que perece, que la vida es cada vez más difícil, la lucha por la existencia más despiadada. Que su situación y la de su familia aparecen cada vez con menos salida. Eso es un hecho incontestable. Y es contra eso que protesta el pequeño burgués.

¿Pero *cómo* protesta?

Protesta como el representante de una clase que perece sin remedio, que desespera por su futuro, de una clase abatida y temerosa. Nada se puede hacer: que haya por lo tanto menos niños que padezcan nuestros sufrimientos y nuestro calvario, nuestra miseria y nuestras humillaciones, ese es el grito del pequeño burgués.

El obrero consciente está infinitamente alejado de este punto de vista. No se deja ennegrecer la conciencia con tales lamentaciones, por muy sinceras y emotivas que sean. Sí, nosotros también, los obreros, y la masa de los pequeños propietarios, mantenemos una vida encorvada bajo un yugo insoportable y lleno de sufrimientos. Nuestra generación soporta más desgracias que nuestros padres. *Nosotros hemos aprendido y aprendemos rápido a luchar*, y a luchar, no en el aislamiento como los mejores de nuestros padres, no en nombre de consignas lanzadas por fraseólogos burgueses que nos son en el fondo extraños, sino bajo nuestras consignas, las de nuestra clase. Luchamos mejor que nuestros padres. Nuestros hijos lucharán todavía mejor y vencerán.

La clase obrera no perece, ella crece, deviene más fuerte y más vigorosa, se reúne, se instruye y se temple en el combate. Nosotros somos pesimistas en cuanto al feudalismo, al capitalismo y a la pequeña producción, pero nosotros somos optimistas ardientes en lo que concierne al movimiento obrero y sus objetivos. Nosotros echamos las bases del nuevo edificio, y nuestros hijos lo acabarán.

He ahí —y solo ahí— por lo que somos los enemigos absolutos del neo-maltusianismo, de esta tendencia propia de la pareja pequeño-burguesa, encerrada en sí misma y egoísta, que balbucea, atemorizada: «Dios mío, haz que podamos mantenernos de una forma u otra; en cuanto a los hijos, mejor será no tener».

Cierto es que eso no nos impide exigir un cambio completo de todas las leyes que prohíben el aborto o la difusión de obras de medicina que traten sobre los medios anticonceptivos, etc. Estas leyes son una de las hipocresías de las clases dirigentes. Estas leyes no curan las enfermedades del capitalismo, sino que las vuelven particularmente funestas y graves para las masas oprimidas. La libertad de propaganda médica y la defensa de las leyes democráticas elementales para los ciudadanos y ciudadanas es una cosa. La teoría social del neo-maltusianismo es otra. Los obreros conscientes

mantendrán siempre la lucha más despiadada contra los intentos de insuflar esta teoría reaccionaria y cobarde a la clase más avanzada de la sociedad contemporánea, a la más fuerte, la mejor preparada para la gran transformación.

Lenin, «*La clase obrera y el neo-maltusianismo*»  
«*Pravda*», 16-29 de junio de 1913

\* \* \*

## **LAS MUJERES EN LA LUCHA REVOLUCIONARIA**

**POR**

**LENIN**

-I-

No, los trabajos forzosos no asustarán a los obreros cuyos jefes no tengan miedo a morir en la lucha de calle contra los esbirros del zar. El recuerdo de nuestros heroicos camaradas asesinados y torturados hasta la muerte en las prisiones multiplicará las fuerzas de los nuevos luchadores y hará surgir miles de nuevos combatientes que, como Marta Iakoleva, joven chica de 18 años, proclamarán abiertamente: «¡estamos con nuestros hermanos!». El Gobierno se ha decidido, aparte de la represión policial y militar, a juzgar a los manifestantes por rebelión. Nosotros responderemos uniendo a todas las fuerzas revolucionarias, atrayéndonos a todas las víctimas de la arbitrariedad zarista, preparando sistemáticamente la insurrección del pueblo entero.

Lenin, «*Reglas de presidio y veredicto de presidio*»  
«*Iskra*», noviembre de 1901

-II-

El proletariado moscovita nos ha dado en los días de diciembre<sup>[61]</sup> magníficas lecciones de «trabajo» ideológico en el ejército. Por ejemplo, el 8-21 de diciembre, en la plaza Strastnaia, cuando la muchedumbre rodea a los cosacos, rompe sus filas, fraterniza con ellos y les obliga a marcharse. O el 10-23 en el barrio de Presna, cuando dos jóvenes obreras, que llevaban una bandera roja entre una muchedumbre de diez mil personas, se echaron ante los cosacos gritando: «¡matadnos! ¡Nunca entregaremos, vivas, nuestra bandera!» y los cosacos se enturbiaban y se comedían, mientras que la muchedumbre gritaba: «¡viva los cosacos!». Estas imágenes de bravura y heroísmo deben grabarse para siempre en la conciencia del proletariado.

Lenin, «*Las lecciones de la insurrección de Moscú*»

\* \* \*

## **LA LUCHA POR EL DERECHO A VOTO**

---

<sup>61</sup> Se refiere a la revolución de 1905.

## POR

## LENIN

La resolución concerniente al derecho a voto de las mujeres ha sido adoptada por unanimidad. Sólo una inglesa perteneciente a la sociedad semi-burguesa de los «fabianos» declara que se podría luchar no por el derecho a voto universal, sino por el derecho a voto limitado para las mujeres poseedoras. Esta propuesta fue completamente rechazada por el congreso que preconizó la lucha de los obreros por el derecho a voto pero no al lado de los adeptos burgueses de la igualdad de derechos para las mujeres, sino al lado de los partidos de clase del proletariado. El congreso reconoció que, en la campaña por el sufragio femenino, era indispensable defender integralmente los principios del socialismo y la igualdad de los derechos entre hombres y mujeres, sin desfigurarlos por ninguna consideración de oportunidad.

Un desacuerdo muy interesante se manifestó en torno a esto en el seno de la comisión. Los austriacos (Víctor Adler, Adelheid Popp) aprobaban esta táctica en la lucha por el derecho a voto universal para los hombres: para conquistar este derecho estimaban oportuno, en la campaña de agitación, no poner en primer plano la reivindicación del derecho a voto femenino. Los socialdemócratas alemanes, en particular Zetkin, habían protestado ya contra este punto de vista en el momento en el que los austriacos mantenían su campaña en favor del sufragio universal. Zetkin había declarado en la prensa que en ningún caso no había que dejar en la sombra la reivindicación del derecho a voto para las mujeres, que los austriacos habían actuado como oportunistas sacrificando los principios por razones de conveniencia y que, lejos de debilitarlos, habrían amplificado el alcance de su agitación y la fuerza del movimiento popular si habrían puesto la misma energía en reivindicar el derecho a voto para las mujeres. En la comisión, Ziz, otra mujer eminente de la socialdemocracia alemana, se alía plenamente con el punto de vista de Zetkin. La enmienda de Adler, justificación indirecta de la táctica austriaca, fue rechazada por doce votos contra nueve — (esta enmienda pide solamente que no haya interrupción en la lucha por el derecho a voto acordado verdaderamente a todos los ciudadanos, y no que la lucha por el derecho a voto esté siempre ligada a la reivindicación de igualdad de derechos entre hombres y mujeres). Nada expresa mejor el punto de vista de la comisión y del congreso que las palabras siguientes, pronunciadas por la susodicha Ziz en la conferencia internacional de mujeres socialistas (que tuvo lugar en Stuttgart al mismo tiempo que el congreso):

«Por principio, debemos exigir todo lo que consideramos como justo, dijo Ziz, y solamente en el caso en el que nuestras fuerzas no sean suficientes para mantener la lucha aceptaremos lo que podamos obtener. Esa ha sido siempre la táctica de la socialdemocracia. Cuanto más modestas sean nuestras reivindicaciones, más modestas serán las concesiones del Gobierno».

A la luz de esta discusión entre las mujeres socialdemócratas austriacas y alemanas, el lector puede ver con qué severidad los mejores marxistas juzgan la mínima desviación aportada a la táctica revolucionaria consecuente y fiel a los principios.

Lenin, «*El Congreso socialista internacional de Stuttgart*», finales de 1907  
«*Calendario para todos*», 1908

## **¡NO HAY DEMOCRACIA SIN MUJERES!**

**POR**

**LENIN**

No podemos asegurar la verdadera libertad, no podemos construir democracia —por no hablar de socialismo— si no llamamos a las mujeres al servicio cívico, al servicio en la milicia, en la vida política, si no la liberamos de la atmósfera embrutecedora de las tareas del hogar y la cocina.

Lenin, «*Cartas de lejos*»  
Zurich, 11/24 de marzo de 1917

\* \* \*

## **LA EDUCACIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES**

**POR**

**STALIN**

Hace cinco años, el Comité Central de nuestro Partido convocó en Moscú el primer Congreso panruso de obreras y campesinas. Más de mil delegadas se dieron cita en este congreso: no representaban a menos de un millón de mujeres trabajadoras. Este congreso puso la primera piedra para el trabajo de nuestro partido entre las mujeres trabajadoras. El inestimable mérito de este congreso consiste en que ha planteado los fundamentos de la *organización* de la educación política de las obreras y campesinas de nuestra República.

Algunos pueden pensar que no es nada extraordinario, que el Partido siempre se ha ocupado de la educación política de las masas comprendiendo a las mujeres; que la educación política de las mujeres no puede tener un significado serio, si es que pronto tenemos cuadros sólidos de obreros y campesinos. Este razonamiento es completamente falso. La educación política de las mujeres trabajadoras tiene, ahora que el poder ha pasado a manos de obreros y campesinos, una importancia capital.

He aquí por qué.

Nuestro país cuenta con una población de cerca de 140 millones de habitantes, cuya mitad son mujeres, principalmente obreras y campesinas, temerosas, poco conscientes, ignorantes. Si nuestro país se ha puesto seriamente a edificar una nueva vida soviética, ¿no está claro que las mujeres de este país, que representan la mitad de la población, serán como una bola atada al pie de cada movimiento hacia adelante si continúan siendo temerosas, poco conscientes, ignorantes?

La mujer obrera está del lado del obrero. Cumple con él la obra común de la edificación de nuestra industria. Puede contribuir a la obra común si ella está educada políticamente. Puede arruinar la obra común si es temerosa e ignorante, no por su culpa sin duda, sino a causa de su falta de instrucción.

La mujer campesina está del lado del campesino. Trabaja con él en la obra común del desarrollo de nuestra economía rural, en sus éxitos, en su florecimiento. Puede ser de inmensa utilidad en esta obra si ella se libera de las tinieblas y de la ignorancia. Y, al contrario, puede frenar la obra entera si se mantiene cautiva de la ignorancia.

Las obreras y campesinas son ciudadanas libres, al igual que los obreros y los campesinos. Eligen nuestros soviets, nuestras cooperativas, pueden ser elegidas en los soviets, en las cooperativas. Las obreras y campesinas pueden mejorar nuestros soviets y nuestras cooperativas, consolidarlas y desarrollarlas, si están educadas políticamente. Las obreras y campesinas pueden debilitarlas y perderlas si son ignorantes e incultas.

En resumen, las obreras y campesinas son las madres, las educadoras de nuestra juventud –futuro de nuestro país. Pueden deformar el alma del niño o dar un espíritu sano a nuestra juventud, capaz de sacar adelante nuestro país, dependiendo de que la mujer-madre sea simpatizante del régimen soviético o de que se deje arrastrar por el remolque del pope, del kulak, de la burguesía.

He ahí por qué la educación política de las obreras y campesinas, ahora que los obreros y campesinos han comenzado a construir una nueva vida, es una tarea capital, la tarea más importante de la victoria real sobre la burguesía.

He ahí por qué el significado del primer Congreso de obreras y campesinas, que marcó el comienzo de la obra de educación política de las mujeres trabajadoras, es, en realidad, inestimable.

Hace cinco años, en el primer Congreso de obreras y campesinas, la tarea que se planteaba ante el Partido consistía en llamar al trabajo común de la edificación de la nueva vida soviética a cientos de miles de obreras. Entonces estaban en las primeras filas de *obreras* de los círculos obreros como el elemento más móvil y más consciente de las mujeres trabajadoras. Hay que reconocer que durante cinco años no pocas cosas han sido hechas en este sentido, a pesar de que todavía quede mucho por hacer.

Ahora, la tarea del Partido consiste en llamar al trabajo común de la organización de nuestra vida soviética a millones de campesinas. Cinco años de trabajo han permitido hacer sacar toda una serie de dirigentes de entre las filas campesinas. Esperemos que nuevas campesinas conscientes vengán a reforzar las filas de los dirigentes campesinas. Esperemos que el Partido resuelva este problema.

Stalin, «*Por el quinto aniversario del primer Congreso de obreras y campesinas*»  
Artículo publicado en la revista «*La Comunista*», n°11, noviembre de 1923

\* \* \*

## **EL DÍA INTERNACIONAL DE LAS MUJERES**

**POR  
STALIN**

Ningún gran movimiento de oprimidos, en la historia de la humanidad, se ha desarrollado sin la participación de las mujeres trabajadoras. Las mujeres trabajadoras, las más oprimidas de entre todos los oprimidos, nunca se han quedado ni han podido quedarse aparte del gran camino del movimiento liberador. El movimiento liberador de los esclavos empujó, como se sabe, hacia adelante a cientos y miles de grandes mártires y heroínas. En las filas de los luchadores por la liberación de siervos, había decenas de miles de mujeres trabajadoras. No es sorprendente que el movimiento revolucionario de la clase obrera, el más potente de todos los movimientos liberadores de las masas oprimidas, haya atraído hacia sí a millones de mujeres trabajadoras. El Día Internacional de las Mujeres es el testimonio de la invencibilidad y el presagio de un gran futuro del movimiento liberador de la clase obrera.

Las mujeres y trabajadoras, las obreras y campesinas, constituyen la gran reserva de la clase obrera. Esta reserva representa a una buena mitad de la población. ¿Estará la reserva femenina con la clase obrera o contra ella? De eso dependen el destino del movimiento proletario, la victoria o derrota de la revolución proletaria, la victoria o derrota del poder proletario. Por eso, la primera tarea del Partido y de su destacamento más avanzado, el Partido comunista, consiste en llevar a cabo una lucha decisiva para liberar a las mujeres, obreras y campesinas, de la influencia de la burguesía, para educar políticamente y organizar a las obreras y campesinas bajo la bandera del proletariado.

El Día Internacional de las Mujeres es un medio para llamar a la reserva, constituida por mujeres trabajadoras, que se posicione del lado del proletariado.

Pero las mujeres trabajadoras no sólo son una reserva. Pueden y deben convertirse — con una política justa de la clase obrera— en un verdadero ejército de la clase obrera que combata a la burguesía. Hacer de esta reserva de mujeres trabajadoras un ejército de obreras y campesinas, que combatan junto al gran ejército del proletariado, ésa es la segunda tarea, que es decisiva, de la clase obrera.

El Día Internacional de las Mujeres debe servir para hacer pasar a las obreras y campesinas de la reserva de la clase obrera al ejército activo del movimiento liberador del proletariado.

¡Viva el Día Internacional de las mujeres!

Stalin, «*Para el Día Internacional de las Mujeres*»  
«*Pravda*», 8 de marzo de 1925

## TERCERA PARTE. LA MUJER, EL NIÑO Y LA FAMILIA EN EL RÉGIMEN CAPITALISTA

### **LAS ENCAJADORAS**

POR

**FRIEDRICH ENGELS**

El trabajo más insano es el de los «*lacerunners*», niños, la mayoría de veces de siete, cinco e incluso cuatro años. El comisario Grainger ha llegado a encontrar un niño de *dos años* trabajando en esto. Seguir con los ojos un solo y mismo hilo del que se tira con la aguja de un tejido artificialmente entremezclado, es muy perjudicial para los ojos, ya que este trabajo, como es habitual, dura de catorce a dieciséis horas. En el mejor de los casos, se produce una miopía muy pronunciada; en el peor, de forma bastante frecuente, una ceguera incurable, debida a la gota serena. Pero, además, el arrodillarse de continuo causa entre los niños debilidad, constricción de la caja torácica y escrófulas, consecuencias de una mala digestión; los problemas de útero son casi generales entre las chiquillas, al igual que la desviación de la columna vertebral, tan pronunciada que «podemos reconocer a todos los *lacerunners* por sus andares». El trabajo de encaje tiene exactamente las mismas consecuencias tanto para los ojos como para todo el organismo. Los médicos son unánimes en declarar que la salud de todos los niños empleados en la industria costurera sufre considerablemente, que se vuelven pálidos, languidecidos, débiles, demasiado pequeños para su edad, y son, mucho más raramente que el resto, capaces de resistir una enfermedad. Las afecciones de las que sufren generalmente son: debilidad general, síncope frecuentes, dolores de cabeza, del costado, de espalda y pelvis, golpes de corazón, ganas de vomitar, náuseas, inapetencia, desviación de la columna vertebral, escrófulas y envejecimiento. Es sobre todo la salud del cuerpo femenino la que está continua y profundamente minada: se suelen notar (Grainger, Informe), leucorrea, partos difíciles y abortos. Además, el mismo empleado de la comisión del trabajo infantil declara que los niños están frecuentemente mal vestidos o en harapos y que no tienen comida suficiente, casi siempre sólo té y pan, habitualmente no tienen carne durante meses. En lo que a su condición moral se refiere, añade que:

«Todos los habitantes de Nottingham, policía, clero, fabricantes, obreros y los mismos padres de los hijos se han convencido unánimemente de que el sistema actual de trabajo es una de las fuentes más seguras de inmoralidad. Los *threaders*, chiquillos en mayor parte, y las «*winders*», chiquillas en mayor parte, son convocados al mismo tiempo en la fábrica —a veces en plena noche— y sus padres no pueden saber por cuánto tiempo necesitarán de ellos, teniendo así la mejor de las ocasiones para concluir uniones poco convenientes e irse a vagabundear juntos tras el trabajo. Eso no ha contribuido poco a la inmoralidad que, según la opinión pública, existe en Nottingham en enormes proporciones. Por otra parte, el descanso doméstico y el bienestar de las familias a las que pertenecen estos niños y jóvenes están completamente sacrificadas a este estado de cosas extremadamente antinatural».

Otra rama de la fabricación de encajes, el encaje a huso, se practica en las tierras agrícolas de Northampton, Oxford, Bedford y Buckingham, la mayor parte del tiempo por niños y jóvenes que se quejan generalmente de la mala alimentación y que raramente pueden comer carne. El trabajo en sí mismo es extremadamente insano. Los niños trabajan en piezas exiguas, mal ventiladas y húmedas, continuamente sentados y recostados sobre el cojín de encaje. Para sostener su cuerpo en esta posición fatigante, las chiquillas llevan un corsé de montar de madera, y para la temprana edad de la mayoría, en la que los huesos son todavía muy delicados, en posición curvada, desplaza completamente el esternón y las costillas y provoca una constricción general de la caja torácica. Por eso la mayoría mueren de tisis, tras haber sufrido, a consecuencia del trabajo sentado y el ambiente cargado, cierto tiempo los efectos más penosos (severest) de una mala digestión. Ellas no reciben casi ninguna educación — de educación moral todavía menos que de ninguna otra—, les gusta arreglarse y, consecuencia de esto y de lo otro, su estado moral es bastante lamentable, y la prostitución es entre ellas casi epidémica (Ch. Empl. Comm, BURNS, Informe).

F. Engels, «*La situación de la clase obrera en Inglaterra*»

\* \* \*

## **LAS MODISTAS Y LAS COSTURERAS**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Es una cosa singular que la confección de los artículos que sirven precisamente para la limpieza de las damas de la burguesía esté unida a las consecuencias más penosas para la salud de las personas que los trabajan. Ya hemos visto eso en la fabricación de encajes, y ahora tenemos en las tiendas de moda de Londres una nueva prueba en apoyo de esta afirmación. Estos establecimientos emplean a gran número de chicas jóvenes —hay, según se dice, un total de 15.000— que viven y comen en la casa, la mayor parte originarias del campo, y son así esclavas completas de la patronal. Durante la temporada alta, que dura en torno a cuatro meses al año, la duración del trabajo llega, incluso en las mejores casas, a quince horas y, si surgen asuntos urgentes, dieciocho; pero, en la mayor parte de las casas, se trabaja durante este período sin ninguna fijación de tiempo, aunque las chicas no tienen más de seis horas, a veces tres o cuatro, e incluso dos horas sobre veinticuatro para descansar y dormir, y trabajan de diecinueve a veinte horas por día, cuando no son forzadas —cosa que ocurre con bastante frecuencia— a pasar ¡toda la noche trabajando! El único límite de su trabajo es la incapacidad física absoluta de seguir con la aguja un minuto más. Hemos visto casos en los que estas pobres criaturas se quedaban nueve días seguidos sin desnudarse y sin poder descansar nada más que algunos instantes aquí o allá, encima de un colchón en el que se les servía su comida cortada ya en trozos pequeños, para permitirle tragarlos en el menor tiempo posible; en resumen, estas desgraciadas chicas, como esclavas, bajo la amenaza moral de un látigo que es el miedo a ser despedidas, están mantenidas en un trabajo tan intenso y tan incesante que un hombre robusto, con más razón chicas delicadas de catorce a veinte años, no podría soportarlo. Dicho de otra forma, el agobiante ambiente de los



talleres, y también de los barracones, la postura curvada, la habitualmente mala alimentación difícil de digerir — todo eso, pero, ante todo, el trabajo prolongado y la privación de aire, producen los resultados más penosos para la salud de las chicas. El cansancio y el agotamiento, la debilidad, la pérdida de apetito, los dolores de hombros, espalda y cadera, pero sobre todo los dolores de cabeza, pronto hacen aparición; seguidamente son la desviación de columna vertebral, la elevación y deformación de hombros, el adelgazamiento, los ojos hinchados, llorosos, que provocan dolor y se vuelven miopes pronto, la tos, el asma, la mala respiración, así como todas las enfermedades del desarrollo femenino. Los ojos sufren en muchos casos tanto que se produce una ceguera incurable, una desorganización completa de la vista, y si la visión se mantiene bastante bien como para permitir la continuidad del trabajo, es la tisis la que, normalmente, pone fin a la breve y triste vida de las modistas. Incluso en el caso de aquéllas que dejan el trabajo bien pronto, la salud queda descompuesta para siempre, el vigor de la constitución quebrado; están perpetuamente en particular en el matrimonio, enfermas y débiles, y sólo traen al mundo niños enfermos. Todos los médicos preguntados en torno a este tema por el miembro de la Comisión sobre el trabajo infantil, han sido unánimes en declarar que no se podría imaginar un modo de vida tendente, más que éste, a arruinar la salud y a provocar una muerte prematura.

Por otra parte, con la misma crueldad, de forma solamente un poco más indirecta, es como están explotadas las costureras de Londres. Las chicas que se ocupan de la confección de los corsés tienen un trabajo duro, penoso, extenuante para los ojos; ¿y cuál es el salario que reciben?... El salario de estas costureras asciende, según eso y según diversas declaraciones de obreros y empresarios, por un trabajo sostenido, continuado con intensidad en la noche, al total de ¡2<sup>1/2</sup> a 3 shillings por semana! Y lo que viene a rematar esta vergonzosa barbarie es que las costureras deben dejar una parte del valor de las materias primas que les son confiadas, y ellas, evidentemente, no pueden hacerlo —y los propietarios bien lo saben— más que de una manera: empeñándose, o bien devolviéndolas con pérdidas, o entonces, si *no pueden* devolverlas, están obligadas a ir al juez de paz, como le ocurrió a una costurera en noviembre de 1834. Una chica pobre, que se encontraba en este caso y que no sabía qué hacer, se ahogó en un canal en agosto de 1844. Estas costureras viven normalmente en la mayor de las miserias, en pequeñas buhardillas, en las que se apiñan en una sola habitación, en tanto como el espacio se lo permita, y en las que, en invierno, el calor animal de las personas presentes es, la mayoría del tiempo, la única fuente de calor. Allí, sentadas y curvadas con su trabajo, cosen desde las cuatro o cinco de la mañana hasta medianoche, arruinan su salud en pocos años y mueren prematuramente, sin poder satisfacer sus necesidades más elementales<sup>[62]</sup>, mientras que por debajo, a sus pies,

---

<sup>62</sup> Thomas Hood, el mejor de todos los humoristas ingleses contemporáneos y, como todos los humoristas, lleno de sentimientos humanos, pero sin ninguna energía intelectual, publicó, a comienzos de 1844, en el momento en el que la miseria de las costureras rellenaba todos los periódicos, una bonita poesía: «*The song of the shirt*» (La canción de la camisa), que provoca lágrimas compasivas en los ojos de las chicas de la burguesía, pero sin utilidad. Me falta espacio para reproducirla aquí; apareció primero en el «*Punch*» y luego lo hizo en toda la prensa. Habiendo sido tratada la situación de las costureras en todos los periódicos, serían superfluas las citas especiales (Nota de Engels).

corren las brillantes carrozas de la alta burguesía, y mientras puede ser que a diez pasos de allí, un miserable dandy pierde en una noche, jugando al faraón, más dinero de lo que ellas puedan ganar en todo un año.

F. Engels, «*La situación de la clase obrera en Inglaterra*»

\* \* \*

## **LAS MADRES ARREBATADAS A SUS HIJOS**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

El «*Manchester Guardian*», en cada uno de sus números, habla de uno o varios casos de quemaduras. Que la mortandad general de los niños de baja edad aumente es algo que se puede deducir y verificar a consecuencia del trabajo de las madres. Las mujeres vuelven a la fábrica normalmente el tercer o cuarto día posterior al parto, y abandonan a sus lactantes; en las horas de libertad, deben correr aprisa hasta su casa para alimentar al niño y, accesoriamente, tomar ellas también alguna cosa –podemos imaginar lo que puede ser la lactancia en estas condiciones– Lord Ashley ofrece las declaraciones de algunas obreras : M. H., veinte años, tiene dos hijos, el último todavía en lactancia, y que está bajo la custodia del otro, un poco más mayor. La madre vuelve poco después de las cinco de la mañana a la fábrica y regresa a las ocho de la tarde; durante todo el día ella sufre pérdidas de leche que manchan sus ropas. H.W. tiene tres hijos; sale de su casa el lunes a las cinco de la mañana y no regresa hasta el sábado a las siete de la tarde, y entonces, sus hijos le dan tanto trabajo que no puede acostarse antes de las tres de la mañana. Muchas veces, empapada por la lluvia hasta los huesos, está obligada a trabajar en este estado. «Mis senos me han hecho sufrir terriblemente, he estado rebotante de leche». El uso de narcóticos para mantener tranquilos a los niños, está favorecido por este infame sistema, y está extremadamente expandido en los distritos industriales; el Dr. Johns, inspector superior del distrito de Manchester, estima que esta costumbre es la causa principal de los frecuentes casos de muerte por convulsión. El trabajo de la mujer en la fábrica disuelve completamente la familia para ella, es fatal, y esta disolución tiene, en la sociedad actual que se basa en la familia, las consecuencias más desmoralizadoras, tanto para los esposos como para los hijos. Una madre que no tiene tiempo para ocuparse de su hijo, para darle durante los primeros años los cuidados más elementales; una madre que apenas puede ver a su hijo, no puede ser una madre para él: fatalmente, se vuelve indiferente, lo trata sin amor, sin cuidados, como un niño totalmente extraño. Los niños que han crecido en semejantes condiciones están más tarde completamente perdidos para la familia; no podrán sentirse nunca a gusto en la familia que funden ellos mismos, puesto que no han conocido más que el aislamiento en su vida, y es por eso que contribuyen necesariamente a la destrucción, general, de la familia en el caso de los obreros.

F. Engels, «*La situación de la clase obrera en Inglaterra*»

\* \* \*

## **LA DISOLUCIÓN DE LA FAMILIA**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Una disolución análoga de la familia está provocada por el trabajo infantil. Cuando llegan a cobrar más de lo que les cuesta a sus padres alimentarlos, empiezan a dar a sus padres cierta suma para el mantenimiento y la vivienda y a gastar el resto para ellos mismos. Es lo que ocurre frecuentemente cuando llegan a los catorce o quince años. (Power: Rept. On Leeds; Tufnell: Rept. On Manchester, etc., en el informe sobre la fábrica.) En una palabra, los hijos se emancipan y consideran la casa familiar como un albergue que cambian por otro con bastante frecuencia cuando les deja de gustar.

En bastantes casos, la vida familiar no es destruida completamente sino desordenada por el hecho de que la mujer trabaje. Es la mujer la que alimenta a la familia, el hombre se queda en casa, cuida de los hijos, barre las habitaciones y cocina. El caso es frecuente, muy frecuente: sólo en Manchester, se registrarían varios cientos de hombres condenados de esta forma a trabajos domésticos. Puede imaginarse la revuelta legítima que esta castración causa entre los obreros, y qué alteración de todas las relaciones familiares se deriva, mientras que el resto de relaciones sociales continúan siendo las mismas.

(...)

Si es disuelta la familia de la sociedad actual, incluso en esta disolución podrá verse que en el fondo no era el amor familiar sino el interés privado, fatalmente conservado en esta falsa comunidad de bienes, el lazo que mantenía la familia.

F. Engels, «*La situación de la clase obrera en Inglaterra*»

\* \* \*

## **LA OBRERA BAJO EL YUGO DEL PATRÓN**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Pero todo eso solo es lo de menos. Las consecuencias morales del trabajo de las mujeres en las fábricas son mucho más graves. La reunión de los dos sexos y de todas las edades en un único taller, la inevitable promiscuidad que de ello resulta, la aglomeración en un espacio estrecho de seres a los que no se ha dispensado educación intelectual ni moral alguna, no son precisamente hechos que puedan ejercer una buena influencia sobre el desarrollo del carácter femenino. El fabricante no puede, incluso si se fija, intervenir más que en caso de escándalo evidente; no tiene ocasión de conocer, ni, en consecuencia, de impedir, la influencia duradera, menos chocante, de los caracteres libertinos sobre los que son más morales, y principalmente sobre la juventud. Ahora bien, es precisamente esta influencia la que es más perniciosa. El lenguaje corriente en las

fábricas ha sido calificado en varios lugares por los comisarios de fábricas en 1833 como «indecente», «malo», «sucio», etc. (Cowell, p. 35, 37 y en muchos otros sitios). La situación es, en pequeño, la misma que hemos visto en grande en las grandes ciudades. La centralización de la población tiene los mismos efectos sobre las mismas personas, sean éstos ejercidos en una gran ciudad o en una fábrica más pequeña. Si la fábrica es más pequeña, la promiscuidad es mayor, y las relaciones más forzadas. Tampoco faltan las consecuencias. Un testigo de Leicester dice que le gustaría más ver a sus hijas mendigando que yendo a la fábrica; las fábricas son verdaderos agujeros de infierno, la mayoría de las chicas de vida alegre de la ciudad deben a las fábricas haberse convertido en lo que son (Power, p.8); otro de Manchester «no duda en afirmar que los tres cuartos de las jóvenes obreras de 14 a 20 años han perdido la virginidad» (Cowell, p. 57). Por otra parte, el comisario Cowell expresa la opinión de que la moralidad de las obreras de fábrica es bastante inferior a la media de a de la clase obrera (P.82) y el Dr. Hawkins dice que (p. 4):

No se puede reducir fácilmente a cifras la estimación a realizar de la moralidad sexual, pero, si creo en mis propias observaciones y en la opinión general de aquéllos con los que he hablado, así como en todos los testimonios que me han sido ofrecidos, la idea que se puede hacer de la influencia que ejerce la vida de fábrica sobre la moralidad de la juventud femenina es extremadamente desalentadora.

Por otra parte, se entiende que el trabajo en la fábrica, como cualquier otro, y más cualquier otro, atribuye al patrón el «*jus primae noctis*». El fabricante es, en este aspecto también, el amo del cuerpo y de los encantos de sus obreras. El despido es un castigo bastante fuerte como para triunfar, en nueve casos sobre diez, sino en noventa y nueve casos sobre cien, sobre los escrúpulos de chicas que ni los tienen o que no tienen gran disposición a la castidad. Si el patrón es pequeño— y el informe de la comisión cita numerosos casos— su fábrica es al mismo tiempo su harén; que todos los fabricantes no hagan uso de su derecho no cambia en nada la situación de las jóvenes. Al comienzo de la industria manufacturera, en la que los fabricantes eran casi todos nuevos ricos sin educación ni incumbencia por la hipocresía social, no se dejaron parar por nada en el ejercicio de un derecho que habían adquirido «como se debía».

F. Engels, «*La situación de la clase obrera en Inglaterra*»

\* \* \*

## **EL CAPITALISMO HACE IMPOSIBLE LA VIDA EN FAMILIA AL TRABAJADOR**

**POR**

**FRIEDRICH ENGELS**

Junto a los excesos del hábito de beber, los excesos sexuales constituyen uno de los principales vicios de muchos de los obreros ingleses. Es además una consecuencia fatal, una necesidad ineluctable de la situación de una clase abandonada a sí misma, que carece de los medios para hacer un uso conveniente de esta libertad. La burguesía sólo le ha dejado estos dos goces, mientras que los ha colmado de todo tipo de desgracias y dolores: la consecuencia es que los obreros, para disfrutar aunque sea un poco de la

vida; concentran toda su pasión en torno a estos dos placeres y se entregan a ellos con exceso y de la forma más desordenada. Cuando se pone a la persona en una situación que sólo puede convenir a una bestia, no le queda más que rebelarse o sucumbir a la bestialidad. Y si, por añadidura, la misma burguesía contribuye encima directamente por su parte al progreso de la prostitución —cuántas de las 40.000 chicas que llenan cada noche las calles de Londres, viven a cuenta de la virtuosa burguesía?— ¿cuántas deben a la seducción de un burgués el hecho de estar obligadas hoy a ofrecer su cuerpo a todo aquél que pase para poder vivir?— la burguesía tiene verdaderamente menos que nadie el derecho de reprochar a la clase obrera su brutalidad sexual.

Todos los errores de los obreros ocurren debido al desorden existente en la búsqueda del disfrute, a la falta de previsión y de sumisión al orden social, en suma, a la incapacidad de sacrificar el placer del momento por una ventaja más lejana. ¿Pero cómo habría que sorprenderse? Una clase que, por un trabajo duro, no puede procurarse más que unas pocas cosas y solamente los disfrutes más materiales, ¿no debe lanzarse loca y ciegame, sobre estos placeres? Una clase que nadie se preocupa de cultivar, sumisa a todos los azares posibles, que ignora toda seguridad de la existencia, ¿qué razones, qué interés tiene en ser preveedora, en llevar una vida «seria» y, en lugar de aprovechar la oportunidad del momento, en pensar en un disfrute lejano y muy problemático, para ella y para su situación que cambia, que se vuelca de forma perpetua? Clase obligada a soportar todos los inconvenientes del orden social sin beneficiarse de sus ventajas, clase a la que este orden social sólo aparece hostil, ¿es a esta clase a la que se le pide encima que respete este orden social? Ciertamente, es demasiado. Pero la clase obrera, durante todo el tiempo que subsista este orden social no puede escapar; si el trabajador aislado se dirige contra él, es él mismo el que padece el mayor daño. Así es como el orden social vuelve casi imposible la vida en familia al trabajador; un alojamiento sucio e inhabitable, apenas lo bastante bueno como para servir de abrigo nocturno, mal amueblado, normalmente mal protegido contra la lluvia y destemplado, una atmósfera viciada en una sala superpoblada que no permite la vida de hogar; el hombre trabaja toda la jornada, puede que también la mujer y los hijos más mayores, todos en sitios distintos, viéndose sólo a la mañana y a la noche; —añadan la continua tentación de beber aguardiente— ¿cómo se pretende que exista la vida en familia? Sin embargo, el obrero no puede escapar a la familia, debe vivir en familia; es lo que se deduce continuamente de las discordias familiares y discusiones domésticas, que ejercen tanto sobre los padres como sobre los hijos una influencia desmoralizadora del más alto grado. La negligencia de todos los deberes domésticos, la negligencia sobre todo en cuanto a los hijos no son más que muy frecuentes entre los obreros ingleses y no están provocadas más que por las instituciones sociales existentes. Los hijos criados así como salvajes, en el entorno más desmoralizador que exista, al que, con bastante frecuencia, pertenecen los mismos padres, ¿cómo podrían tener posteriormente alguna delicadeza moral? Las exigencias del burgués contento de sí mismo en torno al obrero son verdaderamente demasiado ingenuas.

F. Engels, «*La situación de la clase obrera en Inglaterra*»

\* \* \*

## **LOS NIÑOS Y LAS MUJERES EN LAS MINAS**

**POR**

**KARL MARX**

Lo que sorprende, pues, en esta legislación inglesa de 1867 es, por una parte, la necesidad, impuesta al parlamento de las clases dominantes, de adoptar en principio medidas tan extraordinarias y amplias contra los excesos de la explotación capitalista; por otra parte, las medias tintas, la repugnancia y mala fe con que dicho parlamento lleva efectivamente a la práctica esas medidas.

La comisión investigadora de 1862 propuso, asimismo, una nueva reglamentación para la industria minera, una industria que se distingue de todas las demás por el hecho de que en ella coinciden ampliamente los intereses de los terratenientes («*landlord*») y los de los capitalistas industriales. La antítesis entre los intereses de unos y otros favorece a la legislación fabril; la ausencia de esa antítesis basta para explicar el retardo y las triquiñuelas que caracterizan a la legislación minera.

La comisión investigadora de 1840 había hecho revelaciones tan terribles, tan «*shocking*», y desencadenado tal escándalo ante los ojos de Europa entera, que el parlamento se vio obligado a tranquilizar su conciencia con la «*Mining Act*» (ley minera) de 1842, en la cual se limitó a prohibir que trabajaran bajo tierra las mujeres, así como los niños de menos de 10 años.

Vino luego, en 1860, la «*Mines' Inspection Act*» (ley sobre la inspección de minas), según la cual debían inspeccionar las minas funcionarios públicos designados especialmente a tales efectos y no se podría ocupar a chicos de 10 a 12 años de edad, salvo si tenían un certificado escolar o asistían cierta cantidad de horas a la escuela. Esta ley quedó en letra muerta, por entero, debido al número ridículamente exiguo de los inspectores designados, a la insignificancia de sus atribuciones y otras causas que veremos en detalle más abajo.

El último libro azul sobre las minas, el «*Report from the Select Committee on Mines Together with... Evidence, 23th July 1866*», es un grueso volumen en folio pero sólo contiene el interrogatorio a los testigos. El informe de la comisión, designada de su propio seno por la Cámara de los Comunes, consta ni más ni menos que de 5 (cinco) líneas, en las que se afirma que la comisión no tiene nada que decir y que debería interrogar a más (!) testigos. En la industria minera, advirtámoslo, los intereses de los terratenientes y los de los capitalistas industriales coinciden ampliamente.

La manera de interrogar a los testigos recuerda las *cross examinations* (interrogatorios contradictorios) ante los tribunales ingleses, en las que el abogado, por medio de preguntas desvergonzadas, equívocas, imprevistas y embrolladas procura intimidar y desconcertar al testigo e interpretar capciosamente las palabras que éste ha pronunciado. Los abogados son aquí los propios interrogadores parlamentarios, entre los que figuran propietarios de minas y explotadores; los testigos son obreros mineros, en su mayor parte de las minas de carbón. La farsa entera caracteriza demasiado bien el espíritu del capital como para que no ofrezcamos aquí algunos extractos. Para que este sumario sea más comprensible, agrupo en diversos rubros los resultados de la

investigación, etc. Recordemos que en los «*Blue Books*» (libros azules) ingleses tanto las preguntas como las respuestas, que son obligatorias, están numeradas.

### ***I. Ocupación de los muchachos de 10 y más años en las minas***

El trabajo, sumándole el tiempo consumido forzosamente en ir a las minas y volver de ellas, dura de 14 a 15 horas, excepcionalmente más. Comienza a las 3, 4 o 5 de la mañana y finaliza a las 4 o 5 de la tarde (n. 6, 452, 83). Los obreros adultos trabajan en dos turnos, o sea 8 horas, pero para economizar en los costos el relevo no comprende a los jóvenes (n. 80, 203, 204). A los niños de menos edad se los emplea principalmente en abrir y cerrar las puertas de ventilación en los diversos compartimientos de la mina; a los de más edad, en trabajos más pesados, transporte de carbón, etcétera (n. 122, 739, 740). El horario prolongado de trabajo bajo tierra dura hasta que los jóvenes cumplen 18 o 22 años, edad a la que pasan a efectuar el trabajo de mineros propiamente dichos (n. 161). Hoy en día a los niños y adolescentes se los hace trabajar más ruda y excesivamente que en cualquier período anterior. (Notas 1663-1667.) Los mineros exigen, casi por unanimidad, que una ley del parlamento prohíba el trabajo en las minas a los menores de 14 años. Y es ahora cuando Vivian Hussey (él mismo un explotador de minas) pregunta:

"¿Esa exigencia no depende de la mayor o menor pobreza de los padres?" Y Mr. Bruce: "¿No sería excesivamente riguroso, cuando el padre ha muerto, o es un lisiado, etc. privar a la familia de este recurso? Y sin embargo, debe imperar una norma general. ¿Ustedes quieren que en todos los casos se prohíba a los niños menores de 14 años que trabajen *bajo tierra*?" Respuesta: "*En todos los casos*". (N. 107— 110.) Hussey: "Si se prohibiera el trabajo en las minas antes de los 14 años, ¿los padres no enviarían a los chicos a la fábrica, etc.? —Por regla general, no". (N. 174.) Un obrero: "Abrir y cerrar las puertas parece fácil. Pero es un trabajo muy penoso. Aun prescindiendo de la corriente permanente de aire, el muchacho está prisionero, exactamente lo mismo que si estuviera en un calabozo oscuro". El burgués Hussey: "¿El muchacho no puede leer mientras vigila la puerta, si tiene una luz? —En primer lugar, tendría que comprarse las velas. Pero además no se lo permitirían. Él está allí para atender a su trabajo, tiene un deber que cumplir. Nunca he visto a un muchacho leyendo en la mina." (N. 139, 141-160.)

### ***II. Educación***

Los mineros exigen una ley que establezca la educación infantil obligatoria, como en las fábricas. Declaran que la cláusula de la ley de 1860, que exige un certificado educacional para emplear a muchachos de 10 a 12 años, es puramente ilusoria. El "escrupuloso" procedimiento que siguen en sus interrogatorios los jueces capitalistas de instrucción se vuelve aquí verdaderamente cómico. (N. 115.) "¿La ley es más necesaria contra los patrones o contra los padres? —Contra ambos." (N. 116.) "¿Más contra unos que contra otros? —¿Cómo podría contestar eso?" (N. 137.) "¿Los patrones han mostrado alguna intención de adaptar los horarios de trabajo a la enseñanza escolar? —Nunca. (N. 211.) "¿Los mineros mejoran, posteriormente, su educación? —En general empeoran; adquieren malas costumbres, se dedican a la bebida y al juego y cosas por el estilo y se echan a perder totalmente." (N. 454.) "¿Por qué no envían a los chicos a escuelas nocturnas? —En la mayor parte de los distritos carboneros las mismas no existen. Pero lo principal es que están tan extenuados, debido al exceso de trabajo, que se les cierran

los ojos de cansancio". "Pero entonces", concluye el burgués, "¿Ustedes están contra la educación? —De ningún modo, pero, etc." (N. 443.) "¿Los propietarios de minas, etc., cuando emplean niños de 10 y 12 años, no están obligados por la ley de 1860 a exigir certificados escolares? —Según la ley, sí, pero los patrones no los exigen." (N. 444.) "En su opinión, ¿esa cláusula de la ley no se aplica en general? —No se aplica en absoluto." (N. 717.) "¿Los obreros de las minas se interesan mucho por el problema de la educación? —En su gran mayoría." (N. 718.) "¿Desean ansiosamente que se aplique la ley? —En su gran mayoría." (N. 720.) "¿Por qué, entonces, no imponen que se aplique la misma? —Más de un obrero procura que se rechace a los muchachos sin certificado escolar, pero se convierte en un *hombre señalado* («*a marked man*»)." (N. 721.) "¿Señalado por quién? —Por su patrón." (N. 722.) "¿Pero usted no creerá que los patrones irían a perseguir a un hombre porque éste acata la ley? —Creo que lo harían." (N. 723.) "¿Por qué los obreros no se niegan a emplear a esos muchachos? —No es asunto que se deje a su elección." (N. 1634.) "¿Exigen ustedes la intervención del parlamento? —Si se ha de hacer algo efectivo por la educación de los hijos de los mineros, tendrá que ser hecho coactivamente, por una ley del parlamento." (N. 1636.) "¿Esto debería aplicarse a los hijos de todos los obreros de Gran Bretaña, o sólo a los de los mineros? —Estoy aquí para hablar en nombre de los mineros." (N. 1638.) "¿Por qué diferenciar de los demás a los niños mineros? —Porque son una excepción a la regla." (N. 1639.) "¿En qué aspecto? —En el físico." (N. 1640.) "¿Por qué la educación habría de ser más valiosa para ellos que para los muchachos de otras clases? —Yo no digo que sea más valiosa para ellos, sino que tienen menos posibilidades, a raíz de su trabajo excesivo en las minas, de recibir educación en escuelas diurnas y dominicales." (N. 1644.) "¿No es cierto que es imposible tratar de una manera absoluta los problemas de esta índole?" (N. 1646.) "¿Hay suficientes escuelas en los distritos? —No [...]" (N. 1647) "Si el estado exigiera que se enviase a la escuela a todos los niños, ¿de dónde habrían de salir entonces las escuelas para todos esos chicos? —Creo que, no bien las circunstancias lo impongan, las escuelas surgirán por sí mismas". "La gran mayoría, no sólo de los niños, sino también de los mineros adultos, no sabe leer ni escribir." (N. 705, 726.)

### **III. Trabajo femenino**

Desde 1842 ya no se utiliza *bajo tierra* a las obreras, pero sí *sobre la superficie*, para cargar carbón, etc., arrastrar las cubas hasta los canales o hasta los vagones del ferrocarril, clasificar el carbón, etc. Su número ha aumentado muy considerablemente en los últimos 3 o 4 años. (N. 1727.) En su mayor parte son esposas, hijas o viudas de mineros, y sus edades oscilan entre los 12 y los 50 o 60 años. (N. 647, 1779, 1781.)

(N. 648.) "¿Qué opinan los mineros acerca de la utilización de mujeres en las minas? — La condenan, en general." (N. 649.) "¿Por qué? —Porque consideran que esa actividad es degradante para ese sexo... Visten algo así como ropa de hombre. En muchos casos se deja a un lado todo pudor. No pocas mujeres fuman. [...] El trabajo es tan sucio como el que se efectúa dentro de la propia mina. Entre ellas hay muchas mujeres casadas, a las que les es imposible cumplir sus deberes domésticos." (N. 651 y ss., 701.) (N. 709.) "¿Las viudas podrían encontrar en otra parte una ocupación tan rentadora (de 8 a 10 chelines semanales)? —Nada puedo decir al respecto." (N. 710.) "¿Y sin embargo" (¡corazonces de piedra!), "ustedes están resueltos a despojarlas de ese modo de ganarse la vida? —Sin duda." (N. 1715.) "¿En qué se funda esa actitud? —Nosotros, los mineros, sentimos demasiado respeto por el bello sexo para verlo condenado a trabajar en la



mina... Este trabajo, en gran parte, es muy pesado. Muchas de esas muchachas levantan 10 toneladas por día." (N. 1732) "¿Cree usted que las obreras ocupadas en las minas son más inmorales que las que trabajan en las fábricas? —El porcentaje de las depravadas es mayor que entre las muchachas de las fábricas." (N. 1733.) "¿Pero usted, entonces, tampoco está conforme con el nivel de moralidad imperante en las fábricas? —No." (N. 1734.) "¿Quiere, pues, que también se prohíba en las fábricas el trabajo femenino? —No, no quiero eso." (N. 1735.) "¿Por qué no? —Porque es una ocupación más honorable y adecuada para el sexo femenino." (N. 1736.) "Sin embargo, ¿es nociva para la moral de las mujeres, según dice usted? —No, mucho menos que el trabajo en la mina. Además, yo no hablo sólo de razones morales, sino también de razones físicas y sociales. La degradación social de las muchachas es deplorable y extrema. Cuando estas muchachas se convierten en mujeres de los mineros, los hombres padecen muchísimo por esa degradación, y por eso se van de sus casas y se dedican a la bebida." (N. 1737.) "¿Pero no ocurrirá lo mismo con las mujeres que trabajan en los establecimientos siderúrgicos? —No estoy en condiciones de hablar de otros ramos industriales." (N. 1740.) "¿Pero qué diferencia existe entonces entre las mujeres que trabajan en los establecimientos siderúrgicos y las que lo hacen en las minas? —No me he ocupado de esa cuestión." (N. 1741.) "¿Podría descubrir alguna diferencia entre una clase y la otra? —No me he cerciorado de que exista, pero conozco, por mis visitas de casa en casa, el deplorable estado de cosas en nuestro distrito." (N. 1750.) "¿No le causaría un gran placer abolir el trabajo femenino en todos los lugares donde es degradante? —Sí... los mejores sentimientos de los niños se adquieren por la crianza materna." (N. 1751.) "¿Pero esto no se aplica igualmente a las ocupaciones agrícolas de las mujeres? —Esta ocupación sólo dura dos estaciones; entre nosotros las mujeres trabajan las cuatro estaciones enteras, y no pocas veces de día y de noche, caladas hasta los huesos, con su constitución debilitada y la salud deshecha." (Nota 1753.) "¿Usted no ha estudiado la cuestión» (esto es, la del trabajo de la mujer) "en términos generales? —He mirado a mí alrededor, y lo que puedo decir es que en ninguna parte he encontrado nada que se compare, en materia de ocupación femenina, a lo que ocurre en las minas de carbón. (N. 1793, 1794, 1808.) Es un trabajo para hombres y para hombres vigorosos. El mejor sector de los mineros, los que procuran elevarse y humanizarse, en vez de encontrar algún apoyo en sus mujeres, se ven empujados por ellas hacia abajo."

Después de que los burgueses siguieran lanzando preguntas a diestro y siniestro, finalmente sale a luz el misterio de su "compasión" por las viudas, las pobres familias, etc.:

"El propietario de la mina de carbón designa a ciertos gentlemen (caballeros) como capataces y la política de los mismos, para ganarse la aprobación del empresario, consiste en hacer la máxima economía posible. A las muchachas se les paga a razón de 1 chelín y 6 peniques por día, mientras que un hombre tendría que cobrar 2 chelines y 6 peniques." (N. 1816.)

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XIII

\* \* \*

## **LA MORTALIDAD INFANTIL**

**POR**

**KARL MARX**

Hemos aludido ya al deterioro físico tanto de los niños y adolescentes como de las mujeres a quienes la maquinaria somete a la explotación del capital, primero de manera directa en las fábricas que han crecido rápidamente sobre la base de las máquinas, y luego, de manera indirecta, en todos los demás ramos de la industria. Por eso, aquí nos detendremos únicamente en un punto, el referente a la enorme mortalidad de niños de obreros en sus primeros años de vida. Hay en Inglaterra 16 distritos del registro civil en los que el promedio anual de defunciones por cada 100.000 niños vivos de menos de un año es sólo de 9.000(en un distrito, sólo 7.047), en 24 distritos más de 10.000 pero menos de 11.000; en 39 distritos más de 11.000, pero sin llegar a 12.000, en 48 distritos entre 12.000 y 13.000; en 22 distritos más de 20.000; en 25, más de 21.000; en 17, más de 22.000; en 11, por encima de 23.000; en Hoo, Wolverhampton, Ashton-under-Lyne y Preston, más de 24.000, en Nottingham, Stockport y Bradford más de 25.000, en Wisbeach 26.000 y en Manchester 26.125.<sup>[63]</sup> Como lo demostró una investigación médica oficial en 1861, las altas tasas de mortalidad principalmente se deben, si se hace abstracción de circunstancias locales, a la ocupación extradomiciliaria de las madres, con el consiguiente descuido y maltrato a los niños, como por ejemplo alimentación inadecuada, carencia alimentaria, suministro de opiáceos, etc., a lo que debe agregarse el antinatural desapego que las madres experimentan por sus hijos, lo que tiene por consecuencia casos de privación alimentaria y envenenamiento intencionales<sup>[64]</sup>. En los distritos agrícolas "donde sólo trabaja un mínimo de mujeres, la tasa de mortalidad es, por el contrario, la más baja".

La comisión investigadora de 1861, sin embargo, llegó a la conclusión inesperada de que en algunos distritos exclusivamente agrícolas sobre las costas del Mar del Norte, la tasa de mortalidad de niños menores de un año casi alcanzaba la de los distritos fabriles de peor renombre. Se encomendó por ello al doctor Julián Hunter que investigara el fenómeno en el lugar de los hechos. Su informe quedó incluido dentro del "*Sixth Report on Public Health*". Hasta entonces se había conjeturado que eran la malaria y otras enfermedades endémicas en zonas bajas y pantanosas lo que diezmaba a los niños. La investigación arrojó precisamente el resultado contrario, o sea

---

<sup>63</sup> «*Sixth Report on Public Health*», Londres, 1864, p. 34.

En las ciudades obreras de Francia, la mortalidad de los hijos de los obreros de menos de un año es de entre 20 y 22% (cifra de Roubaix). En Mulhouse, llega hasta el 33% en 1863. Sigue pasando del 30%. En un trabajo presentado a la Academia de Medicina, el Sr. Devilliers establece que la mortalidad de los niños de las familias acomodadas era de un 10%, la de las obreras de los telares, como poco, del 35%. (Discurso de Boudet en la Academia de Medicina, sesión del 27 de noviembre de 1866). En su «*Bulletin*» n°28, la Sociedad industrial de Mulhouse constata la «espantosa degradación de la clase obrera».

<sup>64</sup> La investigación de 1861 "mostró, además, que así como bajo las circunstancias descritas los pequeños perecen debido al descuido y el maltrato derivados de las ocupaciones de sus madres éstas se vuelven atrocemente desnaturalizadas con respecto a su prole; es común que la muerte de sus vástagos las deje indiferentes, e incluso que a veces... adopten medidas directas para provocarla" (*Ibidem*).

"que la misma causa que erradicó la malaria, esto es, la transformación del suelo pantanoso durante el invierno y de áridos pastizales durante el verano en fértil tierra triguera, provocó la extraordinaria tasa de mortalidad entre los lactantes".

Los 70 médicos practicantes interrogados por el doctor Hunter en esos distritos estaban "asombrosamente de acuerdo" respecto a este punto. Con la revolución en la agricultura se había introducido, en efecto, el sistema industrial.

"Un hombre al que se denomina «jefe de banda» («*gangmaster*») y que alquila las cuadrillas en conjunto, pone a disposición del arrendatario, por una suma determinada, mujeres casadas que trabajan en cuadrillas junto a muchachas y jóvenes. Estas cuadrillas suelen apartarse muchas millas de sus aldeas, se las encuentra de mañana y al anochecer por los caminos; las mujeres de pollera corta y con los correspondientes abrigos y botas, y a veces de pantalones, muy vigorosas y sanas en apariencia, pero corrompidas por la depravación habitual e indiferentes ante las funestas consecuencias que su predilección por ese modo de vida activo e independiente depara a los vástagos, quienes languidecen en las casas».

Todos los fenómenos característicos de los distritos fabriles se reproducen aquí, y en grado aun mayor el infanticidio encubierto y la administración de opiáceos a las criaturas<sup>[65]</sup>.

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XIII

\* \* \*

## **EL SISTEMA DE CUADRILLAS**

**POR**

**KARL MARX**

El suelo exige muchas tareas livianas, como arrancar la maleza, pasar la azada, ciertas operaciones de abonado, eliminación de las piedras, etc. Estos trabajos los ejecutan las cuadrillas o bandas organizadas, residentes en las aldeas abiertas.

La cuadrilla se compone de 10 a 40 o 50 personas: mujeres, muchachos de uno u otro sexo (de 13 a 18 años), aunque a los muchachos varones generalmente se los excluye cuando llegan a los 13 años, y por último niños y niñas (de 6 a 13 años). A la cabeza está el «*gang-master*» (jefe de cuadrilla), que es siempre un obrero agrícola común y corriente y que suele ser lo que se llama un tipo de mala entraña, libertino, inconstante,

---

<sup>65</sup> Al igual que en los distritos fabriles ingleses, en los distritos rurales se extiende día a día el consumo del opio entre los obreros y obreras adultos. "*El principal objetivo de algunos mayoristas emprendedores es... promover la venta de opiáceos. Los farmacéuticos los consideran como el artículo más solicitado.*" (Ibídem, p. 460.) Los lactantes a los que se suministraban opiáceos, "*se contraían, convirtiéndose en canijos viejecitos, o quedaban arrugados como monitos.*" (Ibídem, p. 460.) Véase cómo la India y China se vengán de Inglaterra.

borrachín, pero dotado de cierto espíritu emprendedor y de «*savoir-faire*» (destreza). Recluta la cuadrilla, que trabaja a sus órdenes y no bajo el mando del arrendatario. Con éste establece un acuerdo basado, la mayoría de las veces, en el pago a destajo. La remuneración del «*gang-master*», no mucho mayor promedialmente que la de un obrero agrícola común. Unas 200 ha, depende casi por entero de la destreza con que sepa hacer que su cuadrilla, en el menor tiempo posible, movilice la mayor cantidad posible de trabajo. Los arrendatarios han descubierto que las mujeres sólo trabajan ordenadamente bajo la dictadura masculina, pero que ellas y los niños, una vez puestos en movimiento, gastan con verdadero desenfreno sus energías vitales como ya lo sabía Fourier, mientras que el obrero varón adulto es tan mañoso que las economiza lo más que puede. El jefe de cuadrilla se traslada de una finca a otra y ocupa así a su banda durante 6 u 8 meses por año. Ser sus clientes, por ende, es mucho más rentable y seguro para las familias obreras que serlo del arrendatario individual, el cual sólo ocasionalmente da ocupación a niños. Esta circunstancia consolida a tal punto su influencia en las aldeas abiertas, que por lo general sólo por su mediación es posible contratar niños. La explotación individual de los mismos, al margen de la explotación de la cuadrilla por el arrendatario, constituye el negocio accesorio de estos individuos.

Los "puntos flacos" del sistema son el trabajo excesivo de los niños y de los jóvenes, las marchas interminables que efectúan diariamente para ir y volver de fincas distantes 5, 6 y a veces 7 millas, y por último la desmoralización de las *gangs*. Aunque el jefe de cuadrilla, al que en algunas comarcas se lo denomina *the driver* (el arriero), está provisto de una buena vara, rara vez la emplea, y las quejas sobre malos tratos son la excepción. Es un emperador democrático o una especie de flautista de Hamelin. Necesita, pues, gozar de popularidad entre sus súbditos y los mantiene vinculados a su persona por medio de la bohemia que prospera bajo sus auspicios. Una cruda licencia, un placentero desenfreno y la más obscena desenvoltura dan alas a la cuadrilla. La mayoría de las veces el jefe de cuadrilla paga los salarios en la taberna y vuelve más tarde a casa tambaleándose, sostenido a derecha e izquierda por sendas y robustas mujeres, a la cabeza de un séquito de niños y muchachos que alborotan y entonan canciones socarreras y obscenas. En el camino de regreso está en la orden del día lo que Fourier llama la "fanerogamia". Es frecuente que muchachas de trece y catorce años queden embarazadas por compañeros de su misma edad. Las aldeas abiertas, que suministran el grueso de las cuadrillas, se convierten en Sodomas y Gomorras y registran dos veces más nacimientos ilegítimos que el resto del reino. Ya hemos indicado lo que aportan a la moralidad, en calidad de mujeres casadas, las muchachas criadas en esa escuela. Sus hijos, si el opio no les da el golpe de gracia, son reclutas natos de la cuadrilla.

La cuadrilla, en la forma clásica que acabamos de describir, se denomina cuadrilla pública, común o ambulante («*public*», «*common or tramping gang*»). Existen también, en efecto, cuadrillas privadas («*private gangs*»). Se integran como la cuadrilla pública pero son menos numerosas, y en vez de trabajar bajo el mando del jefe de cuadrilla, lo hacen a las órdenes de un peón viejo al que el arrendatario no sabe dar mejor destino. El espíritu de bohemia se desvanece aquí, pero todas las declaraciones testimoniales coinciden en que tanto el pago como el trato de los niños empeoran.

El sistema de cuadrillas, que en los últimos años se ha extendido de manera constante, no existe, evidentemente, para complacer al jefe de cuadrilla. Existe para enriquecer a los grandes arrendatarios, o en su caso a los terratenientes. Para el arrendatario no

existe un método más ingenioso, que le permita mantener a su personal obrero muy por debajo del nivel normal y, no obstante, tener siempre a la orden, para todo trabajo extraordinario, los brazos extras necesarios, así como extraer con la menor cantidad posible de dinero la mayor cantidad posible de trabajo y convertir en "supernumerarios" a los obreros varones adultos. Tras la exposición anterior, se comprende que por un lado se admita la mayor o menor desocupación del obrero rural, y que por otro se declare "necesario" el sistema de cuadrillas debido a la falta de trabajo obrero masculino y a su éxodo hacia las ciudades. Los campos libres de malezas y las malezas humanas de Lincolnshire, etcétera, son los polos opuestos de la producción capitalista.

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XXIII

\* \* \*

## **LOS CAMPESINOS OBLIGADOS A VENDER A SUS HIJOS**

**POR**

**KARL MARX**

El «*Public Health Report*», antes citado por mí, en el cual al analizarse la mortalidad infantil se alude de pasada al sistema de cuadrillas, permaneció ignorado por la prensa inglesa, y en consecuencia por el público inglés. El último informe de la «*Children's Employment Commission*», en cambio, brindó a la prensa un pasto sensacional y bienvenido. Mientras la prensa liberal preguntaba cómo era posible que los elegantes «*gentlemen*» y «*ladies*» y los prebendados de la iglesia oficial, personajes todos que pululan en Lincolnshire y envían a las antípodas sus propias "misiones para el perfeccionamiento moral de los indígenas del Mar del Sur", permitieran que prosperase tal sistema en sus fincas y bajo sus propios ojos, la prensa más refinada se limitó exclusivamente a reflexionar sobre la burda corrupción de los campesinos, capaces de vender a sus hijos para esa clase de esclavitud! Bajo las execrables condiciones en que "los más delicados" condenan a vivir al campesino, sería explicable que éste devorara a sus propios hijos. Lo realmente asombroso es la integridad de carácter que, en gran parte, ese campesino ha logrado conservar. Los informantes oficiales han comprobado que los padres, incluso en los distritos donde impera, detestan el sistema de cuadrillas. "En las declaraciones testimoniales recogidas por nosotros, se encuentran pruebas abundantes de que en muchos casos los padres agradecerían la promulgación de una ley obligatoria que les permitiera resistir las tentaciones y presiones a que suelen estar sometidos. A veces el funcionario parroquial, a veces el patrón, en este caso bajo la amenaza de despedirlos a ellos mismos los apremia para que envíen los chicos a ganar dinero en vez de mandarlos a la escuela. Todo el tiempo y las energías derrochadas, todo el sufrimiento que le ocasiona al campesino y a su familia la fatiga extraordinaria e inútil, todos los casos en que los padres han achacado la ruina moral del hijo al hacinamiento de las «*cottages*» o las influencias contaminantes del sistema de cuadrillas, provocan en el pecho de los pobres laboriosos sentimientos fácilmente comprensibles y que es innecesario detallar. Son conscientes de que muchos de sus tormentos físicos y mentales les han sido infligidos por circunstancias de las que en modo alguno son responsables, a las que nunca habrían dado su asentimiento si hubieran podido

rehusarlo y contra las que son impotentes para luchar." (Ibídem, p. XX, n. 82, y XXIII, n. 96.)

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XXIII

\* \* \*

## **EL DESENFRENO...**

**POR**

**KARL MARX**

"Las parejas de recién casados no constituyen un espectáculo edificante para hermanos y hermanas adultas, que comparten con ellos el mismo dormitorio, y aunque no sea aconsejable mencionar casos concretos, disponemos de datos suficientes que fundamentan la afirmación de que grandes sufrimientos, y a menudo la muerte, constituyen la suerte de las mujeres que toman parte en el delito de incesto." (Doctor Hunter, op. cit., p. 137.)

Un funcionario policial de origen campesino, que durante largos años actuó como detective en los peores barrios de Londres, dice de las muchachas de su aldea: "Durante toda mi vida de policía en las peores zonas londinenses nunca llegué a ver tan grosera inmoralidad a edad tan temprana, una insolencia e impudicia como las de aquéllas... Viven como cerdos, muchachos y muchachas ya crecidos, madres y padres; todos duermen revueltos en el mismo cuarto". ("*Children's... Sixth Report*", apéndice, p. 77, n. 155.)

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XXIII

\* \* \*

## **...Y LA MUERTE**

**POR**

**KARL MARX**

En el informe del 5 de setiembre de 1865 el doctor Bell, uno de los médicos de indigentes de Bradford, declaró que la terrible mortalidad que se producía entre los enfermos de fiebre de su distrito se debía a las condiciones de las viviendas en que vivían:

"En un sótano de 1.500 pies cúbicos habitan 10 personas... La calle Vincent, el Green Air Place y the Leys albergan 223 casas con 1.450 habitantes, 435 camas y 36 letrinas... Las camas, y por tales entiendo todo montón de trapos sucios o de virutas, albergan una media de 3,3 personas; en no pocos casos esa guarrería llega a 4 y a 6 personas. Muchos duermen sin cama, en el suelo desnudo, con su vestimenta habitual; hombres jóvenes y

mujeres, casados y solteros, todos promiscuamente mezclados. ¿Es necesario agregar que estas viviendas son en su mayor parte covachas hediondas y lóbregas, húmedas, sucias, absolutamente inadecuadas para alojar a un ser humano? Son estos los focos de los que brotan la enfermedad y la muerte, las cuales también cobran sus víctimas entre las personas acomodadas («*of good circumstances*») que permitieron que estos bubones pestíferos supuraran entre nosotros".

Bristol ocupa el tercer puesto después de Londres en cuanto a miseria de la situación de sus cuchitriles. "Aquí, en una de las ciudades más opulentas de Europa, la mayor de las abundancias [coexiste] con la pobreza más descarnada (blank poverty) y la miseria doméstica.

Hacia la misma época, el Dr. Harvey, del hospital San Jorge, a propósito de su visita a Wing durante la epidemia, me cita hechos semejantes: Una joven enferma de fiebre se acostaba a la noche en la misma habitación que su padre, su madre, su hijo ilegítimo, dos chicos jóvenes —sus hermanos— y sus dos hermanas (cada una con su bastardo). Algunas semanas antes, trece niños se acostaban en este mismo local.

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XXIII

\* \* \*

## **DOS HOGARES DE PARADOS**

**POR**

**KARL MARX**

Dejando el «*workhouse*» di una vuelta por las calles, en su mayor parte orilladas por casas de un piso, tan numerosas en Poplar. Mi guía era miembro de la comisión para los desocupados. La primera casa en la que entramos era la de un obrero siderúrgico, desocupado desde hacía 27 semanas. Encontré al hombre y a toda su familia en un cuarto interior, sentados. La pieza todavía no carecía totalmente de muebles y el hogar se hallaba encendido. Esto era necesario para preservar de la congelación los pies descalzos de los más pequeños, porque el día era gélido. En una bandeja, frente al fuego, había un montón de estopa que la mujer y los chicos deshilachaban a cambio del pan que les proporcionaba el «*workhouse*». El hombre trabajaba en uno de los patios que acabamos de describir por un bono de pan y 3 peniques diarios. Hacía unos instantes que había regresado a la casa para almorzar muy hambriento, según nos dijo con una sonrisa amarga y su comida consistía en unas pocas rebanadas de pan untadas con grasa, y una taza de té sin leche... La puerta siguiente en la que golpeamos fue abierta por una mujer de edad mediana, quien sin pronunciar una palabra, nos hizo pasar a un cuartito interior donde se sentaba toda su familia, en silencio, con los ojos clavados en un fuego mortecino, a punto de extinguirse. Era tal la desolación, la desesperanza que envolvía a esa gente y a su cuartito que no deseo otra cosa que no contemplar jamás una escena semejante. «No han ganado nada, señor», dijo la mujer señalando a los niños, «nada en 26 semanas, y todo nuestro dinero se ha ido, todo el dinero que el padre y yo ahorramos en tiempos mejores, con la ilusión de tener una reserva cuando los

negocios anduvieran mal. ¡Mire!», gritó casi fuera de sí, mostrándonos una libreta de ahorros con todas las anotaciones regulares de dinero colocado y retirado, de tal manera que pudimos comprobar cómo su pequeño caudal había comenzado con el primer depósito de 5 chelines, cómo había aumentado poco a poco hasta llegar a las 20 libras esterlinas y cómo se había desinflado de nuevo, pasando de libras a chelines, hasta que la última anotación hacía que la libreta tuviera el mismo valor que un pedazo de papel en blanco. Esta familia recibía diariamente una mísera comida del «*workhouse*»... Nuestra visita siguiente fue a la mujer de un irlandés. El marido había trabajado en los astilleros. La encontramos enferma por falta de alimentación, echada en un colchón, con sus vestidos puestos, apenas cubierta con un pedazo de alfombra, pues toda la ropa de cama había ido a parar a la casa de empeños. Sus macilentos hijos la cuidaban, aunque parecían necesitar ellos los cuidados maternos. Diecinueve semanas de inactividad forzada la habían reducido a ese estado, y mientras nos contaba la historia del amargo pasado, se lamentaba como si hubiera perdido toda esperanza en un futuro mejor... Cuando salíamos de la casa un hombre joven que corría hacia nosotros nos alcanzó, solicitándonos que fuéramos a su casa y viéramos si se podía hacer algo por él. Una mujer joven, dos hermosos chicos, un montón de boletas de empeño y una pieza totalmente vacía era todo lo que tenía para mostrar<sup>[66]</sup>.

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XXIII

\* \* \*

## **EL BAUTIZO EN LA INFAMIA**

**POR**

**KARL MARX**

En lo concerniente a las condiciones habitacionales urbanas, anticiparé una observación general del doctor Simón: "Aunque mi punto de vista oficial", dice, "sea exclusivamente médico, los sentimientos humanitarios más comunes impiden que ignoremos el otro lado de este mal. En su grado más alto, ese hacinamiento determina casi necesariamente tal negación de toda delicadeza, una confusión tan asqueante de cuerpos y funciones corporales, tal exposición de desnudez sexual, que más que humano es bestial. Estar sujeto a estas influencias significa una degradación que necesariamente se vuelve más profunda cuanto más continúa su obra. Para los niños nacidos bajo esta maldición, constituye un bautismo en la infamia («baptism into infamy»). Y carece absolutamente de toda base la esperanza de que personas colocadas en esas circunstancias se esfuercen por acceder a esa atmósfera de civilización que tiene su esencia en la pureza física y moral».

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XXIII

\* \* \*

---

<sup>66</sup> Marx ofrece un extracto de una investigación realizada por un corresponsal del «*Morning Star*» el cual visita, en enero de 1867, los centros obreros para darse cuenta de los efectos de la crisis.



## **LA DESGRACIA DE SER JOVEN**

**POR**

**KARL MARX**

Ya en el año de 1840 se había designado una comisión parlamentaria para que investigara el trabajo infantil. Su informe de 1842 desplegaba, según palabras de Nassau William Senior, "el cuadro más aterrador de avaricia, egoísmo y crueldad por el lado de los capitalistas y los padres, y de miseria, degradación y destrucción de niños y adolescentes, jamás presentado hasta hoy a los ojos del mundo... Tal vez suponga alguien que ese cuadro describe los horrores de una era pasada... Esos horrores persisten hoy, más intensos que nunca... Los abusos denunciados en 1842 florecen hoy" (octubre de 1863) "plenamente... El informe de 1842 fue adjuntado a las actas, sin que se le prestara más atención, y allí reposó veinte años enteros mientras se permitía a esos niños, aplastados física, intelectual y moralmente, convertirse en los padres de la generación actual".

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XIII

\* \* \*

## **LA EXPLOTACIÓN DE LAS MUJERES CASADAS**

**POR**

**KARL MARX**

1. «M. E..., fabricante, me ha hecho saber que él emplea exclusivamente a mujeres en sus puestos mecánicos; da preferencia a las mujeres casadas, sobre todo a aquéllas que tienen familia numerosa; son más atentas y más disciplinables que las mujeres solteras, y además están obligadas a trabajar hasta la extenuación para procurarse los medios de subsistencia necesarios. Es así como las virtudes que caracterizan mejor a la mujer se convierten en perjuicio. Lo que hay de cariñoso y de moral en su naturaleza se vuelve el instrumento de su esclavización y de su miseria» («*Ten Hour's Factory Bill, The Speech of Lord Ashley*». London, 1844).

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XIII

\* \* \*

## **EL CAPITALISMO Y LA FAMILIA**

**POR**

**KARL MARX**

En tanto la legislación fabril regula el trabajo en las fábricas, manufacturas, etc., ese hecho sólo aparece, ante todo, como intromisión en los derechos de explotación ejercidos por el capital. Por el contrario, toda regulación de la llamada industria domiciliaria, se presenta de inmediato como usurpación de la patria potestad esto es, interpretándola modernamente, de la autoridad paterna, un paso ante el cual el remilgado, tierno parlamento inglés fingió titubear durante largo tiempo. No obstante, la fuerza de los hechos forzó por último a reconocer que la gran industria había disuelto, junto al fundamento económico de la familia tradicional y al trabajo familiar correspondiente a ésta, incluso los antiguos vínculos familiares. Era necesario proclamar el derecho de los hijos.

«Desgraciadamente», se afirma en el informe final de la «*Children's Employment Commission*» fechado en 1866, "de la totalidad de las declaraciones testimoniales surge que contra quienes es más necesario proteger a los niños de uno u otro sexo es contra los padres".

El sistema de la explotación desenfrenada del trabajo infantil en general y de la industria domiciliaria en particular se mantiene porque

"los padres ejercen un poder arbitrario y funesto, sin trabas ni control, sobre sus jóvenes y tiernos vástagos... Los padres no deben detentar el poder absoluto de convertir a sus hijos en simples máquinas, con la mira de extraer de ellos tanto o cuanto salario semanal... Los niños y adolescentes tienen el derecho de que la legislación los proteja contra ese abuso de la autoridad paterna que destruye prematuramente su fuerza física y los degrada en la escala de los seres morales e intelectuales".

No es, sin embargo, el abuso de la autoridad paterna lo que creó la explotación de la infancia; es, al contrario, la explotación capitalista la que ha hecho degenerar esta autoridad en abuso. Por lo demás, ¿la legislación de la fábrica no es el testimonio oficial que la gran industria ha hecho de la explotación de mujeres y niños por el capital, de este disolvente radical de la familia obrera de antes, una necesidad económica, el testimonio de que ha convertido la autoridad paterna en aparato del mecanismo social destinado a abastecer directa o indirectamente al capitalista los hijos del proletario, el cual, bajo amenaza de pena de muerte, debe jugar su papel de intermediario y de mercader de esclavos? Todos los esfuerzos de esta legislación no pretenden más que reprimir los excesos de este sistema de esclavitud.

Ahora bien, por terrible y repugnante que parezca la disolución del viejo régimen familiar dentro del sistema capitalista, no deja de ser cierto que la gran industria, al asignar a las mujeres, los adolescentes y los niños de uno u otro sexo, fuera de la esfera doméstica, un papel decisivo en los procesos socialmente organizados de la producción, crea el nuevo fundamento económico en el que descansará una forma superior de la familia y de la relación entre ambos sexos. Es tan absurdo, por supuesto, tener por absoluta la forma cristiano-germánica de la familia como lo sería considerar como tal la forma que imperaba entre los antiguos romanos, o la de los antiguos griegos, o la oriental, todas las cuales, por lo demás, configuran una secuencia histórica de desarrollo. Es evidente, asimismo, que la composición del personal obrero, la combinación de individuos de uno u otro sexo y de las más diferentes edades, aunque en su forma espontáneamente brutal, capitalista en la que el obrero existe para el

proceso de producción, y no el proceso de producción para el obrero constituye una fuente pestífera de descomposición y esclavitud, bajo las condiciones adecuadas ha de trastrocarse, a la inversa, en fuente de desarrollo humano<sup>[67]</sup>.

Karl Marx, «*El Capital*», Libro I, capítulo XIII

\* \* \*

## **BAJO EL TALÓN DE HIERRO**

**POR**

**AUGUSTE BEBEL**

En las clases inferiores, por así decirlo, no suele haber matrimonios por cuestiones de dinero. Por regla general, el trabajador se casa por amor; sin embargo, no faltan motivos que obstaculicen la felicidad del matrimonio del obrero.

La incertidumbre es la característica de su existencia. Estos golpes de suerte amargan los caracteres, y es sobre la vida doméstica que influyen ante todo, cuando cada día, a cada hora, mujer y niños reclaman al padre lo estrictamente necesario, sin que él pueda darles satisfacción. Estallan las disputas y la discordia. Todo ello arruina el matrimonio y la vida en familia. O bien el hombre y la mujer van los dos al trabajo.

Entonces, los niños quedan abandonados a su suerte o a la vigilancia de hermanos y hermanas mayores, que a su vez tienen necesidad de cuidados y educación. Lo que se llama desayuno, la miserable comida del mediodía, es devorada a toda velocidad, en caso de que los padres tengan la oportunidad de regresar al hogar, cosa que en el mejor de los casos es imposible vista la distancia existente entre el taller y el domicilio y la corta duración del descanso.

A la tarde, los dos vuelven a casa, extenuados de cansancio. En lugar de un interior agradable y apacible, encuentran una vivienda pequeña, insalubre, a la que le falta aire, luz, y normalmente las comodidades más indispensables. La miserable manera de alojar a los obreros, con todos los inconvenientes que de ello se derivan, es uno de los aspectos más oscuros de nuestra sociedad y deriva en grandes males y bastantes crímenes. A pesar de todos los intentos que en torno a esto se han hecho en las ciudades y barrios obreros, la situación se vuelve peor cada año. Golpea a medios cada vez más extensos: pequeños industriales, empleados, profesores, pequeños comerciantes, etc. La mujer del obrero, que vuelve extenuada a la tarde, tiene entonces trabajo añadido; a toda prisa, debe hacer el trabajo más indispensable. Los niños, gritando y montando jaleo, son acostados; la mujer se sienta, cose y zurce hasta bien entrada la noche.

Las distracciones intelectuales, los consuelos más indispensables del espíritu brillan por su ausencia. El marido carece de instrucción, no sabe gran cosa, la mujer menos todavía; lo poco que hay para decirse no da mucho de sí. El hombre va al cabaret a buscar la conversación que le falta en casa; bebe, y a poco que gaste, ya es mucho para sus

---

<sup>67</sup> «*El trabajo de fábrica puede resultar bueno y bienhechor como lo era anteriormente el trabajo doméstico, e incluso en mayor grado*» («*Reports of Insp. of Fact.*», 31 de octubre de 1865).

medios. A veces se abandona también al juego, vicio que genera más particularmente víctimas entre las clases elevadas, y pierde diez veces más de lo que se gasta en beber. Durante este tiempo, la mujer atada a su trabajo, se deja llevar por el rencor hacia su marido: trabaja como un animal de carga, no hay para ella ni un instante de reposo ni un minuto de distracción. El hombre hace uso de la libertad que debe al azar de haber nacido hombre. La desinteligencia es completa.

Si la mujer es menos fiel a sus deberes, si, al regresar a la tarde cansada del trabajo busca las distracciones a las que tiene derecho, entonces el hogar marcha de pena, y la miseria se vuelve doblemente mayor. Sí, en realidad vivimos en el «mejor de los mundos».

Auguste Bebel, «*La Mujer y el Socialismo*»

\* \* \*

## **LAS MUJERES CONTRA LA GUERRA**

**POR**

**JULES GUESDE**

La Liga de mujeres por el desarme internacional lanza un nuevo llamamiento a las «Hermanas de todas las naciones». Denuncia los 8 mil millones absorbidos por año sólo en Europa para la producción y mantenimiento de los medios de destrucción sobre los que se basa la paz armada. E indignada ante semejante *presupuesto de la muerte* — mientras que los capítulos de la vida: instrucción, agricultura, etc. están tan irrisoriamente dotados— grita: «¡Abajo las armas!» a los hombres tan imbéciles y ciegos que llevan a la humanidad a su ruina.

Imposible no estar emocionado por esta generosa intervención de las sabinas modernas; pero imposible igualmente no recordarles la realidad mostrándoles el militarismo que las rebela, inseparable del mismo régimen capitalista.

Todas las protestas serán impotentes mientras que el triunfo del socialismo, suprimiendo la lucha por la vida entre los hombres no cree, basándose en la armonía de intereses, la gran paz social.

En consecuencia, es al partido socialista, único partido de la paz, al que debe venir no solamente nuestras Ligueras, sino todas las mujeres que no quieren seguir dando a luz para la guerra, esta última y peor forma de antropofagia.

Jules Guesde, «*La Paz*»  
«*El Socialista*», 31 de julio de 1898

\* \* \*

## **CÓMO LUCHA LA BURGUESÍA CONTRA LA PROSTITUCIÓN**

**POR**

**LENIN**

Hace poco, en Londres, se ha terminado el «quinto congreso internacional de la lucha contra la prostitución».

¡Fue éste un encuentro de duquesas, condesas, arzobispos, pastores, rabinos, funcionarios de policía y de filántropos burgueses de todo pelaje! ¡Y cuántos desayunos solemnes, cuántas fastuosas recepciones oficiales tuvieron lugar en esta ocasión! ¡Cuántos discursos enfáticos fueron pronunciados sobre la nocividad y la infamia de la prostitución!

¿Cuáles eran, por tanto, los medios de lucha reclamados por los delegados burgueses del congreso, estas delicadas gentes? Dos medios ante todo: la religión y la policía. Parece que eso es todo lo que hay de bueno y seguro contra la prostitución. Según el corresponsal londinense de la «Volkszeitung» de Leipzig, un delegado inglés se jactó de haber propuesto al Parlamento aplicar castigo corporal a los intermediarios. ¡Eso es un héroe «civilizado» de la lucha contra la prostitución tal y como se practica en nuestros días!

Una dama canadiense estaba encantada con la policía y la vigilancia ejercida por la policía femenina sobre las mujeres «caídas», pero a propósito de un aumento de los salarios ella decía que los obreros no merecían un pago mejor.

Un pastor alemán echa pestes contra el materialismo contemporáneo que se extiende cada vez más entre el pueblo y contribuye al progreso del amor libre.

Cuando el delegado austriaco, Hertner, intenta abordar las causas sociales de la prostitución, la miseria y la pobreza de las familias obreras, la explotación del trabajo de los niños, las insoportables condiciones de vivienda, etc., el congreso, con exclamaciones hostiles, ¡obliga al orador a callarse!

Por contra, se contaban entre grupos de delegados cosas edificantes y solemnes sobre las altas personalidades. Por ejemplo, cuando la emperatriz alemana visita una casa de partos en Berlín, se ponen alianzas en los dedos de las madres de hijos «ilegítimos» con el fin de no contrariar a la alta personalidad ¡con el aspecto de madres no casadas!

Eso permite juzgar qué asquerosa hipocresía burguesa reina en estos congresos aristocráticos y burgueses. Los acróbatas de la caridad y los policías para los que la miseria y la pobreza son objetos de escarnio se reúnen para «luchar contra la prostitución», que está precisamente sostenida por la aristocracia y la burguesía.

Lenin, «*El quinto congreso internacional de lucha contra la prostitución*»  
«*Rabotchaia Pravda*», 13/26 julio de 1913

\* \* \*

## **EL DERECHO AL DIVORCIO**

**POR**

**LENIN**

El ejemplo del divorcio muestra que es imposible ser un demócrata y un socialista sin pedir, desde hoy, la libertad completa de divorcio, puesto que la ausencia de una

libertad tal constituye una vejación suplementaria del sexo oprimido, de la mujer, ¡a pesar de que no sea muy difícil comprender que el reconocimiento de la *libertad* de separarse del marido no sea una *invitación* a todas las mujeres a divorciarse!

...Bajo el capitalismo, la existencia de circunstancias que no permiten a las clases oprimidas «realizar» sus derechos democráticos no es un caso aislado, sino un fenómeno típico. En la mayor parte de los casos, bajo el capitalismo, el derecho al divorcio no se ha realizado puesto que el sexo oprimido está económicamente destrozado, puesto que, en cualquier democracia, bajo el capitalismo, la mujer permanece como «el esclavo del hogar», una esclava aprisionada en el dormitorio, el cuarto de los niños, la cocina. Bajo el capitalismo, en la mayor parte de los casos, el derecho del pueblo de elegir sus «propios» jueces, funcionarios, institutores, jurados, etc. es igualmente irrealizable, precisamente, en razón de la opresión económica de los obreros y campesinos. Lo mismo vale para lo que concierne a la República democrática: nuestro programa «la proclama expresión de la soberanía del pueblo», y sin embargo todos los socialdemócratas saben muy bien que bajo el capitalismo la República más democrática no llega más que a la corrupción de los funcionarios por la burguesía, y a la alianza de la Bolsa y el gobierno.

Solas, personas completamente incapaces de pensar o desconocedoras del marxismo concluirán: ¡la República no tiene por lo tanto ningún tipo de utilidad, nada más que la libertad de divorcio, la democracia, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos! Los marxistas no ignoran que la democracia no suprime el yugo de clase, sino que sólo vuelve la lucha de clases más limpia, más extensa, más abierta, más aguda; y eso es lo que necesitamos. Cuanto más completa sea la libertad de divorcio, mejor verá la mujer que su «esclavitud doméstica» es debida al capitalismo, y no a la ausencia de derechos. Cuanto más democrática sea la estructura del Estado, mejor verán los obreros que es el capitalismo el causante de todo el mal y no la ausencia de derechos. Y así con lo demás.

...El derecho al divorcio, como todos los derechos democráticos sin excepción, es difícilmente realizable bajo el capitalismo, es condicional, restringido, formal y estricto, pero sin embargo ningún socialdemócrata honesto contará entre los socialistas ni tampoco entre los demócratas si niega este derecho. Y ahí está lo esencial. Toda la «democracia» consiste en la proclamación y la realización de «derechos» que, bajo el capitalismo, son realizados en una medida muy modesta y muy condicional, pero sin su proclamación, sin la lucha inmediata y directa por estos derechos, sin la educación de las masas en el espíritu de una lucha tal, el socialismo es imposible.

Lenin, «*Sobre una caricatura y sobre el economismo imperialista*».  
Octubre 1916, publicado en 1924

\* \* \*

## **LA GUERRA IMPERIALISTA Y LAS MUJERES**

**POR**

**LENIN**

Al que diga que nuestra teoría está apartada de la vida, nosotros le recordaremos dos hechos de la historia mundial: el papel de los trusts y el trabajo de las mujeres en la fábrica, por una parte, y la Comuna de 1871 y la insurrección de diciembre de 1905 en Rusia, por otra.

El cometido de la burguesía, es desarrollar los trusts, amontonar niños y mujeres en las fábricas, hacerles sufrir, depravarlos, condenarlos a la miseria extrema. Nosotros «no exigimos» un desarrollo tal, nosotros no los «apoyamos», nosotros luchamos contra él. ¿Pero cómo luchamos nosotros? Sabemos que los trusts y el trabajo de las mujeres en la fábrica son progresivos. No queremos volver atrás, al artesanado, al capitalismo anterior a los monopolios, al trabajo de las mujeres a domicilio. Adelante a través de los trusts, etc. ¡y más lejos que ellos, hacia el socialismo!

Este razonamiento, que toma en cuenta el *desarrollo objetivo*, puede ser aplicado, con las modificaciones que se impongan, a la militarización actual del pueblo.

Hoy día, la burguesía imperialista no militariza sólo al pueblo entero, sino también a la juventud. Mañana procederá igual a la militarización de las mujeres. En torno a esto, es necesario que digamos: ¡tanto mejor! ¡Que se apresuren! Cuanto más rápido se vaya, más rápido llegaremos a la insurrección armada contra el capitalismo. ¿Cómo puede haber socialdemócratas que se puedan sentir intimidados por la militarización de la juventud, etc. si se acuerdan del ejemplo de la Comuna? Ahí no hay una teoría «fuera de la vida», no son sueños, sino hechos. Y será verdaderamente muy lamentable que los socialdemócratas, a pesar de todos los hechos políticos y económicos, se pongan a dudar que la época imperialista y las guerras imperialistas deben inevitablemente conducir a la repetición de tales hechos.

Un observador burgués de la Comuna escribía en mayo de 1871 en un periódico inglés: «Si la nación francesa sólo se compondría de mujeres, ¡qué nación más terrible sería!». Durante la Comuna, las mujeres y los niños de trece años luchaban al lado de los hombres. No puede ocurrir de otra forma en las futuras batallas por el derrocamiento de la burguesía. Las mujeres de los proletarios no mirarán pasivamente cómo la burguesía bien armada dispara sobre los obreros mal armados o desarmados. Tomarán las armas como en 1871 y, de todas estas naciones aterrorizadas de hoy día, o más exactamente: del movimiento obrero actual, más desorganizado por los oportunistas que por los gobiernos, surgirá sin duda alguna, pronto o tarde, pero infaliblemente, una unión internacional de las «naciones terribles», es decir, del proletariado revolucionario.

Hoy día, la militarización penetra a toda la vida social. El imperialismo, es la lucha encarnizada de las grandes potencias por el reparto y el nuevo reparto del mundo, y es por lo que debe inevitablemente desembocar en una militarización de todos los países, también los neutros y pequeños. Contra esto, ¿qué harán entonces las mujeres de los proletarios? ¿Se limitarán a maldecir toda guerra y todo lo que tenga que ver con la guerra y a reclamar sólo el desarme? Las mujeres de la clase oprimida, que es realmente revolucionaria, no se contentarán con un papel tan vergonzoso. Dirán a sus hijos:

«Pronto serás grande. Se te dará un fusil. Tómalo y aprende bien el oficio de la guerra. Es una ciencia indispensable para los proletarios, no para disparar contra tus hermanos, los obreros de otros países, como se hace en la guerra actual y como te lo aconsejan los traidores del socialismo, sino para luchar contra la burguesía de tu propio país, a fin de

acabar con la explotación, la miseria y las guerras, no por medio de deseos inofensivos, sino venciendo sobre la burguesía y desarmándola».

Lenin, «*Bajo la consigna: desarme*»  
«*Sbornik Sotsial-demokrata*», diciembre de 1916

\* \* \*

## **LA HIPOCRESÍA DE LAS CLASES DIRIGENTES**

**POR**

**LENIN**

El conocimiento sumario de la legislación de los países burgueses concernientes al matrimonio, el divorcio y los hijos naturales, así como la situación que existe, mostrará a todo aquél que se interese en la cuestión que la democracia burguesa de nuestros días, al igual que las Repúblicas burguesas más democráticas, tiene bajo este punto de vista, una actitud verdaderamente feudal en cuanto a la mujer y los hijos naturales se refiere.

Claro que eso no impide a mencheviques, socialistas-revolucionarios y una parte de los anarquistas, así como a todos los partidos respectivos de Occidente, continuar invocando la democracia y clamar contra la violación a la que la someten los bolcheviques. En realidad, la revolución bolchevique es precisamente la única revolución democrática consecuente en las cuestiones del matrimonio, del divorcio y de la situación de los hijos naturales. Ahora bien, esta cuestión concierne de la forma más directa a más de la mitad de la población de cualquier país. Sólo la revolución bolchevique, a pesar de las múltiples revoluciones burguesas que la han precedido y que se han pretendido democráticas, ha llevado resueltamente la lucha en el sentido indicado, tanto contra la reacción y la servidumbre como contra la hipocresía costumbrista de las clases dirigentes y poseedoras.

Si noventa y dos divorcios de diez mil matrimonios le parecen al señor Sorokine una cifra fantástica, queda por suponer que el autor ha vivido y ha sido criado en algún monasterio separado de la vida hasta el punto que apenas se podría creer en la existencia de un monasterio tal, o bien que el autor deforma la verdad para servir a la reacción y la burguesía. Cualquiera que conozca por poco que sea las condiciones sociales en los países burgueses, sabe que el número real de divorcios de hecho (no sancionados, evidentemente, por la Iglesia y la ley) es en cualquier parte infinitamente superior. Con este informe, Rusia no se diferencia del resto de países más que por el hecho de que sus leyes, en lugar de sancionar la hipocresía y ausencia de derechos para la mujer y su hijo, declaran abiertamente y en nombre del Estado una guerra sistemática a toda hipocresía y ausencia de derechos.

Lenin, «*Sobre el significado del materialismo militante*»  
Publicado el 12 de marzo de 1922 en «*Bajo el estandarte del marxismo*»

\* \* \*



## **LA MUJER EN EL PUEBLO**

**POR**

**MAURICE THOREZ**

Cada vez que leo en las hojas bien pensantes o en las obras de escritores de moda que la vida en el campo está hecha de dulzura y atracción, y que en particular la existencia feliz de la campesina es en todo aspecto digna de ser envidiada, las escenas de mi juventud me vienen rápido a la memoria. Vuelvo a ver cerca de la chimenea, en la que ella se pasaba todo el día de cuclillas, una pobre mujer anciana que la vida abandonó. Era mi «patrona», la Marie, como se la llamaba en su pueblo de La Creuse, en los Forges de Clugnat. Había sobrevivido a su hijo y su marido. Con cincuenta años recién cumplidos, le iba llegando su turno, gastada por el trabajo y las privaciones, corroída por la tuberculosis, esta terrible enfermedad más extendida en nuestros campos de lo que pensábamos.

Yo me había «alquilado» en donde la Marie, que se había quedado sola para cultivar el pequeño bien de la familia: algunos prados grandes como pañuelos de bolsillo; un poco de tierra laborable, el «Fromental» y una parcela proveniente de compartir la «Comunal»; cuatro vacas y dos cabras; un viejo caballo; el corral. Mi patrona había añadido a esta modesta explotación el comercio de clavos para cascos de caballo. La tienda estaba en el pequeño taller en el que el hermano de la Marie había fabricado anteriormente los clavos él mismo, mientras el perro giraba la gran rueda que accionaba el fuelle de la forja.

Como todos los campesinos, yo me levantaba pronto y me acostaba tarde, sobre todo en verano. Pero la Marie ya estaba levantada antes que yo; se acostaba cuando yo ya estaba dormido. Muy pronto, tenía que ordeñar, luego «colar» la leche y limpiar con mucho agua las jarras y el resto de utensilios. Daba de comer a las gallinas. Preparaba la sopa matinal mientras que yo limpiaba los establos, hacía el lecho del caballo, o llevaba las vacas al campo.

Luego íbamos juntos a las huertas. Mi patrona cavaba la tierra, sembraba o recogía las patatas, removía la hierba recién cortada, recogía los granos de trigo o de centeno, cortaba con la hoz el trigo negro o sarraceno, que se batía con el mayal. La Marie empuñaba como yo el pico, el mayal o la horquilla. Cargaba con el pesado estiércol en la carretilla, lanzaba su haz bien alto al carro, que arrastraban las vacas. Porque «atábamos» a las vacas para regresar con el heno y para tirar del carro, y la patrona marcaba con el aguijón el lento arreo.

Media hora antes de la comida del mediodía o de la noche, la Marie dejaba extenuada el campo. De camino, recogía algunos dientes de león que pelaba mientras andaba o entraba a la huerta a recoger una lechuga. Cuando llegaba yo, la mesa estaba puesta. Un fuego de retamas y ramitas había hecho la tortilla o las patatas de nuestra comida. Apenas tragado el último bocado, la patrona estaba ya de pie para fregar la vajilla o ir al establo a dar de beber al ternero.

En verano, tras la cena, la Marie batía la mantequilla o se ponía a «raspar» los quesos que se secaban en el techo. «Mojaba» ligeramente y envolvía con una pizca de paja

húmeda los mejores quesos que depositaba al fresco en el sótano. Mi patrona no dormía más que unas horas.

Los días de mercado o de feria, invierno o verano, hiciera el tiempo que hiciera, se iba a vender los clavos a Boussac. Es esta existencia de bestia de carga la que desgastó y mató a la Marie. Una mañana no pudo levantarse; sufría dolorosas contracturas; estaba con fiebre, empapada en sudor. No pudo reponerse.

¡Ah! ¡Estamos lejos del cuadro idílico de la campesina robusta, sana y bella gracias a su trabajo al aire libre! La verdad es que la campesina obligada a entregarse a trabajos así de penosos y habitualmente engorrosos, es ya vieja antes de que le llegue la edad. La preocupación de la limpieza, los cuidados de los niños, las múltiples ocupaciones de la casa y los campos, no le dejan reposo. Es lo que explica el rostro triste, el aspecto resignado de las campesinas que no conocen ninguna distracción de orden intelectual. Ni siquiera pueden pensar en embellecer su existencia, cuidar de su cocina, ponerse guapas ellas mismas. Todo ello exigiría tiempo y un poco más de confort en el pueblo; locales de habitación más grandes y mejor equipados, agua a voluntad, electricidad. ¿Cómo sorprenderse de que las chicas jóvenes vuelvan su mirada hacia la ciudad en la que la existencia les parece más agradable?

De 7.276.845 personas ocupadas en la tierra, la estadística oficial cuenta 3.896.457 mujeres. Es decir, el lugar de la mujer en la agricultura, su rol social en la nación. Mientras no hayamos remediado efectivamente la desgraciada suerte de la campesina, la agricultura se degradará, los pueblos se despoblarán, el país será amenazado en sustancia y en futuro.

Maurice Thorez, «*La Mujer en el pueblo*»  
«*L'Humanité*», 3 de julio de 1939

\* \* \*

## ***LAS CONDICIONES DE EXPLOTACIÓN DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA***

**POR**

**JEANNETTE VERMEERSCH**

La introducción de mujeres en la producción y en los diferentes dominios de la vida económica y social del país es un fenómeno histórico de progreso. El trabajo de las mujeres es el aporte de nuevos brazos, nuevos intelectos. El trabajo es para las mujeres la perspectiva de la independencia económica, la posibilidad de ganar su pan en igualdad con el hombre, el derecho a escoger un esposo, el derecho a una vida honesta y digna.

El trabajo hace de la mujer un ser inteligente, más comprensivo, capaz de elevarse por encima de sus únicas preocupaciones para interesarse por la suerte de sus semejantes, la suerte de su país. La introducción de un número cada vez mayor de mujeres en el trabajo social crea las condiciones para una unión sólida del pueblo, más numeroso, más fuerte en la lucha que mantiene contra sus enemigos.

Para muchas mujeres reventadas de preocupaciones la fórmula puede parecer tentadora. Sin embargo, imaginemos que mañana los cientos de miles de costureras se quedan en casa. ¿En qué nos convertiríamos sin vestidos? Y no olvidemos que nuestras costureras participan del buen nombre de Francia, que nuestras costureras generan divisas. Es imposible olvidarse del trabajo de nuestras costureras.

Que nuestras enfermeras, asistentes, auxiliares deciden de repente quedarse en casa... ¿qué haríamos en los hospitales, maternidades y centros de salud?

Imaginemos que los dos tercios de los efectivos de la enseñanza abandonan el trabajo. ¿Qué haríamos con nuestros pequeños escolares?

¡En las industrias del textil, de los cueros y pieles, de la ropa, de los productos farmacéuticos, sería el paro total del trabajo! Y en la agricultura, sin el trabajo de las mujeres, no hay abastecimiento posible.

Faltaría aún que estos millones de mujeres pudieran vivir sin trabajar.

Los reaccionarios querrían mantener a la mujer en la oscuridad, llevar la familia al estado tribal. Su concepción de la familia no está basada en la mujer que trabaja, en el respeto y estima mutua de los esposos, en el respeto y la estima recíproca de padres e hijos, en la igualdad entre esposos, en la afectividad. Quieren inculcar al pueblo la concepción de la familia, basada en el temor a Dios, el temor al padre, el temor al diablo, la resignación ante Dios, ante el padre y sobre todo ante los amos capitalistas.

...Hay que constatar que el sistema capitalista significa una doble explotación para las mujeres. Explotación capitalista en la fábrica, en la oficina, en la tienda, y explotación doméstica, puesto que la mujer es todavía a día de hoy, considerada como la que se tiene que ocupar de lo penoso, lo ingrato, el embrutecedor trabajo de la limpieza.

Las mujeres han sido llamadas a las fábricas por los amos capitalistas, cuando estos tenían necesidad de mano de obra en los períodos de prosperidad.

En período de crisis, de paro, son utilizadas como mano de obra competente contra los trabajadores, por los salarios inferiores que les son otorgados. En los períodos de guerra, las mujeres son llamadas en gran número para suplir la falta de brazos provocada por la movilización general. El capitalismo nunca se ha preocupado en estos momentos de saber si eso agradaba o no a la mujer, si esto destruía o no la familia. Se trataba para él de procurarse de la mano de obra que aumenta sus beneficios. El beneficio, eso es lo que ha guiado al capitalismo a llamar a las mujeres y niños a la producción.

Lo que mejor ilustra la explotación de mujeres para beneficio único de la reacción, es el ejemplo de 1939-1944. En efecto, en 1939, al día siguiente de la movilización, las mujeres son llamadas a la producción. Una parte de los hombres había sido movilizada y la otra, en particular los obreros de la región parisina, fueron arrojados a las prisiones y campos de concentración por el Gobierno de Daladier, en los que los alemanes no tuvieron más que echarles mano para deportarlos o asesinarlos.

En ese momento, toda la prensa reaccionaria y «bien pensante» alababa a las mujeres. Eran astutas, hábiles, inteligentes, su capacidad era superior a la del hombre para ciertos trabajos, rendían inmensos favores al país, etc.... Después, el enterrador de la patria, Paul Reynaud, llama a Petain al poder. Petain firma el vergonzoso armisticio. No se necesitan más mujeres. Comienza entonces otro refrán. «La mujer es el ángel guardián

del hogar». «Su sitio está en el hogar», y, sin preocuparse de si el padre estaba ausente, deportado o preso, sin preocuparse de si el niño tendría pan, se echa a la mujer de la fábrica, se expulsa a la mujer casada de los servicios públicos, de la administración. Las maestras y mujeres funcionarias son prejubiladas.

Así, con muchos loores, con muchos discursos pomposos, se rechazaba a aquellas cuyos méritos tanto se habían ensalzado un año antes.

En 1942, la guerra da un giro inquietante para Hitler y sus cómplices, los petainistas y colaboradores. Hitler necesita mano de obra. Petain organiza el «relevo». Luego, el S.T.O. decreta que las mujeres de dieciocho a treinta y cinco años serán movilizadas. Es el trabajo obligatorio para las mujeres, cuya presencia en el hogar no era, al parecer, necesaria ya. Es el ángel del hogar transformado en carne de trabajo para el Fürher.

Todo eso sin preocuparse en ningún momento por el ser de carne y hueso, de la mujer, de la madre.

Cuando pensamos que Monseñor Suhard es el inspirador y director espiritual de los movimientos católicos femeninos que reclaman la «vuelta de la mujer al hogar», que este mismo Monseñor colaboraba con Petain, nos quedamos confusas con tanto jesuitismo, tanta hipocresía.

Así, tan lejos como remontamos en la historia del movimiento obrero, constatamos una explotación sinvergüenza del trabajo femenino e infantil.

Jeannette Vermeersch, «*Las Mujeres en la Nación*»  
Discurso pronunciado al Congreso de Estrasburgo, 27 de junio de 1947

## CUARTA PARTE. LA MUJER EN EL PAÍS DE LOS SOVIETS

### LA MUJER Y LA VIDA PÚBLICA

POR

LENIN

— I —

Mientras que las mujeres no sean sólo llamadas a participar libremente en la vida política en general, sino también a cumplir un servicio cívico permanente y universal, no puede haber socialismo, ni siquiera una democracia integral y duradera. Las funciones de «policía», tales como la asistencia a los enfermos y niños abandonados, el control de la alimentación etc., no pueden, en general, estar aseguradas de forma satisfactoria mientras que las mujeres no hayan obtenido la igualdad no ya nominal, sino efectiva.

Lenin, «*Las tareas del proletariado en nuestra Revolución*»

Escrito el 10/23 de abril de 1917, publicado como folleto en septiembre de 1917

— II —

Nosotros no somos utopistas. Sabemos que el primer peón o la primera cocinera que vengan no estarán en condiciones de participar inmediatamente en la administración del Estado. En eso estamos de acuerdo con los kadetes, con Brechkovskaia, con Tsereteli. Pero nos diferenciamos de estos ciudadanos en que nosotros exigimos la ruptura inmediata con el prejuicio según el que, solos, los funcionarios ricos o de familia rica serían capaces de dirigir el Estado, de cumplir el trabajo administrativo corriente, cotidiano.

Lenin, «*¿Conservarán los bolcheviques el Poder?*»

Octubre de 1917

\* \* \*

### **¡IGUALDAD COMPLETA PARA LAS MUJERES!**

POR

LENIN

— I —

Camaradas, las elecciones al Soviet de Moscú dan testimonio de la consolidación del Partido comunista en el seno de la clase obrera.

Las obreras deben tomar mayor parte en las elecciones. Único en el mundo, el poder de los Soviets ha sido el primero en abolir completamente todas las viejas leyes burguesas, las leyes infames que consagraban la inferioridad legal de la mujer y los privilegios del hombre, notablemente en el matrimonio y las relaciones con los niños. El poder de los Soviets ha abolido el primero y único en el mundo, en tanto que poder de los

trabajadores, todos los privilegios que, ligados a la propiedad, son mantenidos en beneficio del hombre, en el derecho familiar, por las Repúblicas burguesas más democráticas.

Allí donde haya propietarios terratenientes, capitalistas y comerciantes, no puede haber igualdad entre el hombre y la mujer, tampoco ante la ley.

Allí donde no hay propietarios terratenientes, capitalistas ni comerciantes, allí donde el poder de los trabajadores construya sin estos explotadores una vida nueva, hay igualdad entre el hombre y la mujer ante la ley.

Pero es insuficiente.

La igualdad ante la ley no es todavía la igualdad en la vida.

Entendemos que la obrera conquiste no sólo ante la ley, sino también en la vida, la igualdad con el obrero. Para eso hace falta que las obreras tomen parte cada vez mayor en la gestión de las empresas públicas y en la administración del Estado.

Administrando, las mujeres realizarán pronto su aprendizaje y alcanzarán a los hombres.

¡Elegid por tanto más obreras comunistas o sin partido al Soviet! Poco importa que una obrera honesta, sensata y concienciada en su trabajo no pertenezca al Partido: ¡elegidla para el Soviet de Moscú!

¡Que haya más obreras en el Soviet de Moscú! ¡Que el proletariado moscovita demuestre que está dispuesto a hacer lo que sea necesario y que hace todo para luchar hasta la victoria contra la vieja desigualdad, contra el viejo envilecimiento de la mujer!

El proletariado no conseguirá emanciparse completamente si no conquista una libertad completa para las mujeres.

Lenin, «*A las obreras*»  
«*Pravda*», 22 de febrero de 1920

— II —

El capitalismo une una igualdad puramente formal a la desigualdad económica y, en consecuencia, social. Es una de sus características fundamentales, mentirosamente disimulada por los partidarios de la burguesía, por los liberales e incomprensidos de los demócratas pequeño burgueses. De esta característica del capitalismo deriva, entre otras cosas, la necesidad, en la lucha resuelta por la igualdad económica, de reconocer abiertamente la desigualdad capitalista, y también, en ciertas condiciones, de poner este reconocimiento altamente formulado de la desigualdad en la base del Estado proletario (Constitución soviética).

Por otra parte, mismo en la igualdad puramente formal (la igualdad jurídica, «igualdad» del bien alimentado y del hambriento, del poseedor y del no-poseedor), el capitalismo no puede ser consecuente. Y una de las manifestaciones más flagrantes de esta inconsecuencia es la desigualdad entre la mujer y el hombre. Ningún Estado burgués, aunque sea progresista, aunque sea republicano o democrático, no ha reconocido la entera igualdad de los derechos de la mujer y el hombre.

La República de los Soviets de Rusia, por contra, ha barrido de un solo golpe, sin excepción, todos los restos jurídicos de la inferioridad de la mujer y asegurado de golpe la igualdad más completa por ley para la mujer.

Se ha dicho que el nivel de cultura de un pueblo estaba mejor definido por la situación jurídica de la mujer. En esta fórmula hay algo de profunda verdad. Desde este punto de vista, solo la Dictadura del proletariado, sólo el Estado socialista podría alcanzar el grado más alto de cultura.

Es por lo que el nuevo impulso de una potencia sin precedentes, dada al movimiento obrero femenino es inseparable de la fundación (y de la liberación) de la primera República de los Soviets, y, paralelamente, en conexión con este último hecho, de la Internacional comunista.

Tratándose de aquellos que el capitalismo oprime directa o indirectamente, entera o parcialmente, el régimen de los Soviets, y sólo este régimen, les asegura la democracia. La condición de la clase obrera y los campesinos más pobres lo demuestra claramente. La condición de la mujer lo demuestra también claramente.

Pero el régimen de los Soviets es el último combate decisivo por la abolición de las clases, por la igualdad económica y social. La democracia, aunque ofertada a los más oprimidos por el capitalismo, no nos basta.

El movimiento obrero femenino, no contento con una igualdad puramente formal, se propone como tarea principal la lucha por la igualdad económica y social de la mujer. Hacer participar a la mujer en el trabajo productivo social, arrancarla de la esclavitud doméstica, liberarla del yugo embrutecedor y humillante, eterno y exclusivo, de la cocina y la habitación de los niños, he ahí la tarea principal.

Esta lucha será larga. Exige una transformación radical de la técnica social y de las costumbres. Pero acabará finalizando con la victoria completa del comunismo.

Lenin, «*Para el Día Internacional de las mujeres*»  
«*Pravda*», 7 de marzo de 1920

— III —

El hecho esencial, fundamental, en el bolchevismo y la Revolución rusa de Octubre, es que han arrastrado a la política precisamente a aquellos que, bajo el capitalismo, eran los más oprimidos. Estas capas habían sido aplastadas, engañadas, esquiladas por los capitalistas, y bajo el régimen monárquico y en las Repúblicas democráticas burguesas. Este yugo, este engaño, este pillaje al pueblo trabajador por los capitalistas era inevitable, mientras existía la propiedad privada sobre la tierra, las fábricas, los talleres.

Lo esencial del bolchevismo y del poder soviético es que, desenmascarando la mentira y la hipocresía de democratismo burgués, aboliendo la propiedad privada de las tierras, de las fábricas, de los talleres, concentran todo el poder del Estado en manos de las masas trabajadoras y explotadas. Son estas mismas, estas masas, las que toman en sus manos la política, es decir, la obra de construcción de la nueva sociedad. Tarea difícil, puesto que las masas han sido rechazadas y aplastadas por el capitalismo, pero para salir del esclavismo asalariado, del esclavismo de los capitalistas, no hay otra salida y no puede haberla.

Ahora bien, es imposible arrastrar las masas a la política sin arrastrar a las mujeres a la política. Efectivamente, bajo el capitalismo, la mitad femenina del género humano sufre una doble opresión. La obrera y la campesina están oprimidas por el Capital, y, por encima del mercado, mismo en las Repúblicas burguesas más democráticas, y para empezar, ellas no disponen de los mismos derechos que el hombre, puesto que la ley no les concede la igualdad con él; después —y es lo esencial— viven en el «esclavismo del hogar», se convierten en las «esclavas domésticas» que sufren el yugo del trabajo más mezquino, más oscuro, más pesado, el más embrutecedor, el trabajo de la cocina y, en general, de la limpieza individual y familiar.

La revolución bolchevique, soviética, arranca las raíces de la opresión y de la desigualdad de las mujeres de forma más profunda que ningún partido ni ninguna revolución en el mundo. Aquí, en Rusia soviética, no ha quedado rastro alguno de la desigualdad jurídica entre el hombre y la mujer. El poder soviético ha abolido completamente la desigualdad particularmente innoble, abyecta e hipócrita en el derecho del matrimonio y la familia, la desigualdad concerniente a los niños.

Todo ello no es más que un paso en la emancipación de la mujer. Sin embargo, ninguna de las Repúblicas burguesas, incluso la más democrática, se ha atrevido a dar este primer paso. No se han atrevido por miedo de la «santa propiedad privada».

El segundo paso más importante fue la abolición de la propiedad privada de la tierra, de las fábricas y talleres; eso, y solo eso, abre la vía a la emancipación completa y real de la mujer, a su liberación del «esclavismo doméstico» por el paso del pequeño hogar individual al gran hogar socializado.

Este paso es difícil puesto que se trata de la transformación de un «orden» de los más enraizados, habitual, firme, empedernido (a decir verdad, no es un «orden» sino infamias y barbarie). Pero este paso ha empezado a darse, la obra ha comenzado, nos hemos comprometido con la nueva vía.

Con ocasión del Día internacional de las mujeres, las obreras de todos los países del mundo reunidas en innumerables mítines, enviarán sus saludos a la Rusia soviética que ha comenzado una obra extremadamente difícil y pesada, pero grande, de una grandeza mundial, y verdaderamente liberadora. Se oirán valientes exhortaciones para no dejarse intimidar por la reacción burguesa, feroz y a veces bestial. En la medida que un país burgués es «libre» o «democrático», más estragos causa y ejerce una represión salvaje contra la revolución obrera la banda de los capitalistas: no tenemos más que tomar el ejemplo de la República democrática de los Estados Unidos. Pero las masas obreras ya han despertado. La guerra imperialista ha despertado de su letargo definitivamente a las masas adormecidas, somnolientas, inertes, en América, en Europa y en la Asia atrasada.

El hielo se ha roto en todas partes del mundo.

La liberación de los pueblos del yugo del imperialismo, la liberación de los obreros y obreras del yugo del Capital realiza progresos irresistibles. Esta obra ha sido empezada por docenas y centenas de millones de obreros y obreras, campesinos y campesinas. Es por lo que esta obra, que libera al trabajo del yugo del Capital, vencerá en el mundo entero.



Lenin, «*El Día Internacional de las mujeres*»  
«*Pravda*», 8 de marzo de 1921

\* \* \*

## **EL ÉXITO DE UNA REVOLUCIÓN DEPENDE DEL GRADO DE PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES**

**POR**

**LENIN**

Camaradas, el congreso de la parte femenina del ejército proletario, desde cierto punto de vista, tiene una importancia particularmente grande por el hecho de que en todos los países las mujeres se han puesto a en movimiento con bastante dificultad. Una revolución socialista no es posible sin una larga representación de una fracción de las mujeres trabajadoras.

En todos los países civilizados, incluso en los más avanzados, la condición de las mujeres es tal que se les llama, no sin razón, las esclavas domésticas. En ningún Estado capitalista, aunque fuera la más democrática de las Repúblicas, las mujeres no gozan de plena igualdad de derechos.

La República de los Soviets tiene para empezar como tarea abolir todas las restricciones de los derechos de la mujer. El poder de los Soviets ha abolido totalmente esta fuente de ignominia burguesa, de envilecimiento y humillaciones, el procedimiento del divorcio.

Pronto hará un año que existe una legislación completamente libre sobre el divorcio. Hemos promulgado un decreto que abole la diferencia de la situación entre el hijo legítimo y el hijo natural, y suprime toda una serie de vejaciones políticas: en ninguna parte del mundo la igualdad y la libertad de las mujeres trabajadoras han encontrado una realización tan completa.

Sabemos que todo el peso de las anticuadas prescripciones pesa sobre la mujer de la clase obrera.

Por primera vez en la historia, nuestra ley ha borrado todo lo que hace de la mujer un ser sin derechos. Pero no se trata de la ley. Aquí, esta ley sobre la libertad completa de matrimonio es fácilmente aceptada en las ciudades y aglomeraciones industriales, pero en el campo, se queda normalmente en letra muerta. Allí, hasta ahora, el matrimonio religioso predomina. Eso es debido a la influencia de los curas, y este mal es más difícil de combatir que la antigua legislación.

Es con extrema prudencia como hay que luchar contra los prejuicios religiosos: los que en el curso de esta lucha hieren los sentimientos religiosos hacen mucho daño. Hay que luchar por medio de la propaganda y la aclaración. Degradando esta lucha podemos irritar a las masas: una lucha tal profundiza la división de las masas sobre el terreno religioso y nuestra fuerza reside en la unión. La fuente más profunda de prejuicios religiosos es la miseria y el oscurantismo: esos son los males que debemos combatir.

Hasta aquí, la condición de la mujer se ha quedado como se calificaba de esclavismo; la mujer está sometida a su hogar y no puede salvarse de esta situación más que por el socialismo, solo en el momento en que de la pequeña explotación iremos a la explotación común y hacia la cultura comunal de la tierra.

Entonces, solo entonces, la liberación y la emancipación de la mujer serán totales. Es una tarea difícil: pero ya se han creado los comités de campesinos pobres y se acerca el momento en el que la revolución será consolidada.

Ahora, solamente, la parte más pobre de la población de la aldea se organiza, y en estas organizaciones de los pobres el socialismo obtiene un fundamento estable.

En el pasado, conocimos muy habitualmente situaciones en las que la ciudad se volvía revolucionaria y la aldea no se movía más que tras ella.

La revolución actual se apoya en la aldea, y es allí donde reside su importancia y su fuerza. La experiencia de todos los movimientos liberadores demuestra que el éxito de una revolución depende del grado de participación de las mujeres. El poder soviético hace todo para que la mujer pueda cumplir, en total independencia, su tarea proletaria y socialista.

Lenin, «*Discurso al primer congreso panruso de obreras*»  
Pronunciado el 19 de noviembre de 1918  
«*Pravda*», 10 de marzo 1925

\* \* \*

## **LA MUJER Y LA REVOLUCIÓN**

**POR**

**LENIN**

Tomad la situación de la mujer. Ningún partido democrático en el mundo, en ninguna de las Repúblicas burguesas más avanzadas ha cumplido durante docenas de años en torno a esta cuestión la centésima parte de lo que hemos hecho nosotros durante el primer año de gobierno. Verdaderamente no hemos dejado subsistir nada de estas leyes infames concernientes a la desigualdad de derechos de la mujer, los impedimentos al divorcio, las formalidades abyectas que lo acompañan, el no reconocimiento de los hijos nacidos fuera del matrimonio, la búsqueda de paternidad, etc. —leyes que se encuentran masivamente en todos los países civilizados, para la vergüenza de la burguesía y del capitalismo. Tenemos mil veces razón de estar orgullosos de lo que hemos hecho en este dominio. Pero cuanto más hemos despejado el terreno de este viejo amasijo de leyes e instituciones burguesas, mejor vemos que se trata tan sólo de un despeje para la construcción, pero que no es todavía la construcción misma.

La mujer continúa siendo el *esclavo doméstico* a pesar de todas las leyes liberadoras puesto que la pequeña economía *doméstica* la oprime, la ahoga, la embrutece, la humilla, atándola a la cocina, a la habitación de los niños, obligándola a gastar sus fuerzas en tareas terriblemente improductivas, mezquinas, irritantes, alerantes, deprimentes. La verdadera *liberación de la mujer*, el verdadero comunismo comenzarán

allí y cuando comience la lucha de masas (dirigida por el proletariado que posee el poder) contra esta pequeña economía doméstica o, más exactamente, durante su *transformación masiva* en gran economía socialista.

¿Prestamos la atención suficiente en la práctica a esta cuestión que, en teoría, no crea dudas a ningún comunista? Evidentemente no. ¿Cuidamos lo suficiente los *brotos* de comunismo que existen ahora ya en este dominio? Una vez más, no y no. Los restaurantes colectivos, las guardería infantiles, los jardines de infancia, he ahí unos ejemplos de estos brotes, he ahí los medios simples, cotidianos, que no suponen nada pomposo, de extraordinario ni majestuoso y que, *en los hechos*, son capaces de *liberar a la mujer*, en los hechos son capaces de disminuir y suprimir su desigualdad con el hombre, y responden a su papel en la producción social y la vida social. Estos medios no son nuevos, han sido creados (como todas las premisas materiales del socialismo en general) por el gran capitalismo, pero en este régimen eran, para empezar, una excepción, y luego —lo que es particularmente importante— una *empresa comercial* con todos sus peores aspectos de especulación, de lucro, de engaños, de falsificación, o una «acrobacia de la filantropía burguesa», que los mejores obreros odiaban y despreciaban de forma justa.

Está fuera de toda duda que ya nos disponemos a tener muchas más instituciones de este tipo y que *comienzan* a cambiar de carácter. Está fuera de toda duda que, entre las obreras y campesinas, existe, mucho más numerosamente de lo que conocemos, *talentos de organizadoras*, personas que saben hacer funcionar una empresa con el concurso de gran número de obreros y mayor número aún de consumidores, sin esta exhuberancia de frases, de alarma, de estrépito, de habladurías sobre los planes, los sistemas, etc., « enfermedad » de la que sufren constantemente los « intelectuales » tan hinchados de sí mismos, o los « comunistas » recién venidos. Pero *nosotros no cuidamos* como se debería estos brotes de futuro.

Mirad la burguesía. ¡Ella sí que sabe hacer propaganda de lo que *le* es necesario! ¡Cómo las empresas « modelo » a los ojos de los capitalistas son alabadas en millones de ejemplares de *sus* periódicos, cómo las instituciones burguesas « modelo » se convierten en objeto de orgullo nacional! Nuestra prensa no se ocupa, o casi no se ocupa, de describir los mejores restaurantes o las mejores guarderías; no se esfuerza con peticiones cotidianas, en transformar algunos de entre ellos en establecimientos modelo, no les hace publicidad, no dice como debería detalles, qué economía de trabajo humano, qué facilidades para los consumidores, qué ahorro del producto, qué liberación de la mujer del esclavismo doméstico, qué mejora de las condiciones sanitarias se obtienen por medio del *trabajo comunista modelo*, pueden ser obtenidas, pueden ser extendidas a toda la sociedad, a todos los trabajadores.

Lenin, « *Una gran iniciativa Moscú* », 1919

\* \* \*

## **LAS TAREAS DE LAS MUJERES EN LA REPÚBLICA DE LOS SOVIETS**

**POR**

**LENIN**

Quisiera decir algunas palabras sobre las tareas generales del movimiento obrero femenino en la República de los Soviets, tanto sobre las que están ligadas a la transición hacia el socialismo en general como sobre las que, actualmente, ocupan el primer plano de forma particularmente urgente. Camaradas, es desde el comienzo que la cuestión de la mujer ha sido planteada por el poder soviético. Me parece que la tarea de todo Estado obrero en paso al socialismo es de dos tipos. La primera parte de esta tarea es relativamente simple y fácil. Es la que trataba de las viejas leyes que mantenían a la mujer en un estado de inferioridad con respecto al hombre.

Desde hace mucho tiempo, no sólo durante décadas, sino durante siglos, los representantes de todos los movimientos liberadores de Europa occidental han exigido la derogación de estas leyes obsoletas y el establecimiento de la igualdad jurídica entre hombres y mujeres, pero ni uno de los Estados democráticos de Europa, ninguna de las Repúblicas más avanzadas ha conseguido realizar esta reivindicación, puesto que, allí donde exista el capitalismo, allá donde se conserve la propiedad privada de la tierra, las fábricas y talleres, allá donde se mantenga el poder del Capital, los privilegios de los hombres seguirán en vigor. En Rusia, se ha conseguido realizar esta reivindicación por la única razón de que desde el 25 de octubre de 1917 se estableció el poder de los obreros. El poder soviético se ha marcado por tarea desde el principio existir como poder de los trabajadores, enemigo de toda explotación. Se ha marcado por tarea extirpar las posibilidades de explotación de los trabajadores por propietarios terratenientes y capitalistas, destruir la dominación del Capital. El poder soviético se ha esforzado en obtener que los trabajadores construyan su vida sin la propiedad privada que, en todo el mundo, también en plena igualdad política, mismo en las Repúblicas más democráticas, ha reducido a los obreros la miseria y a la esclavitud asalariada, y a la mujer a una doble esclavitud.

Es por lo que el poder soviético, en tanto que poder de los trabajadores, ha realizado, en el curso de los primeros meses de su existencia, la transformación más decisiva sobre el plan de la legislación relativa a las mujeres. En la República soviética, no ha quedado piedra sobre piedra de las leyes que situaban a la mujer en estado de inferioridad. Hago alusión, notablemente, a las leyes que han explotado especialmente la condición inferior de la mujer, la han privado de derechos, y también la han humillado habitualmente, es decir, a las leyes sobre el divorcio, sobre los hijos naturales, sobre la búsqueda de la paternidad para asegurar la existencia del niño.

Es precisamente en este dominio que la legislación burguesa, también en los países más avanzados, hay que decirlo, explota la debilidad de la mujer disminuyendo sus derechos y humillándola; y es precisamente en este dominio que el poder soviético no ha dejado piedra sobre piedra, en el de las viejas leyes injustas, insostenibles para los representantes de las masas trabajadoras. Y hoy día, nosotros podemos decir, con legítimo orgullo y ninguna exageración, que fuera de la Rusia soviética, no hay país en el mundo en el que la mujer disfrute de entera igualdad de derechos y donde no sea

situada en una condición humillante, particularmente sensible en la vida cotidiana y familiar. Esa fue una de nuestras primeras y más importantes tareas.

Si resulta que entráis en contacto con los partidos hostiles a los bolcheviques, leéis periódicos editados en ruso en la regiones ocupadas por Koltchak y Dekinine, o habláis con gente que comparte el punto de vista de estos periódicos, los oiréis acusar habitualmente al poder soviético de violar la democracia.

A nosotros, representantes del poder soviético, bolcheviques-comunistas y partidarios del poder soviético, se nos reprocha constantemente haber violado la democracia y, en apoyo de esta acusación, se invoca el hecho de que el poder soviético ha desechado la Constituyente<sup>[68]</sup>. Nosotros respondemos habitualmente a estas acusaciones como sigue: nosotros no otorgamos valor a esta democracia y a esta Constituyente que han nacido en la época de la propiedad privada sobre la tierra, cuando los hombres no eran iguales entre ellos, cuando aquél que poseía su capital era el amo y los otros que trabajaban para él, eran sus esclavos asalariados. Una democracia así ha disimulado la esclavitud, también en los países más avanzados. Nosotros, socialistas, somos partidarios de la democracia solamente en la medida en que alivia la situación de los trabajadores y oprimidos. El socialismo se marca como tarea llevar la lucha en el mundo entero contra toda explotación del hombre por el hombre. Lo que nos importa verdaderamente, es una democracia al servicio de los explotados, al servicio de aquellos que se encuentran en una situación de desigualdad jurídica. Que aquél que no trabaje sea privado del derecho a voto, ésa es la verdadera igualdad entre los hombres. No tiene que haber hombres que no trabajen. En respuesta a estas acusaciones, nosotros decimos que hay que plantear la pregunta de saber cómo la democracia está realizada en uno u otro Estado. En todas las Repúblicas democráticas vemos que se proclama la igualdad, pero en las leyes civiles y en las leyes sobre la condición de la mujer, sobre su condición en la familia, sobre el divorcio, nos damos cuenta de la desigualdad y la degradación de la mujer, y nosotros decimos que es precisamente una violación de la democracia respecto a los oprimidos. No dejando subsistir en sus leyes la mínima alusión a la desigualdad de la mujer, el poder soviético ha realizado la democracia con mayor grado que el resto de países, los más avanzados. Lo repito, ni un Estado, ni una legislación democrática no han hecho para la mujer ni la mitad de lo que hace el poder soviético en el curso de los primeros meses de existencia.

Claro que las leyes no bastan, y nosotros no nos contentamos, de ninguna manera, con las realizaciones en el plano legislativo del que acabamos de hablar sino que hemos hecho todo lo necesario para dar igualdad a la mujer, y tenemos derecho a estar orgullosos. Hoy, la situación de la mujer en Rusia soviética es ideal en relación a los estados más avanzados. Pero decimos que eso, evidentemente, no es más que el comienzo.

La condición de la mujer, ocupada en los trabajos del hogar, sigue siendo penosa. Para que la mujer sea completamente liberada y realmente igual al hombre, hay que hacer que los trabajos del hogar sean una cuestión pública y que la mujer participe en la producción general. Entonces, la mujer ocupará la misma situación que el hombre.

---

<sup>68</sup> Para referirse a la Asamblea constituyente, Lenin emplea el diminutivo peyorativo «*Outchredilka*».

Claro que no se trata aquí de abolir para la mujer las diferencias en lo que concierne al rendimiento del trabajo, su extensión, su duración, las condiciones de trabajo, etc. sino que lo que hace falta es que la mujer no esté oprimida en razón de su situación económica diferente a la del hombre. Todas sabéis que también cuando se ha realizado la completa igualdad de derechos, sigue quedando esta opresión de la mujer, puesto que todos los trabajos del hogar le siguen correspondiendo. En la mayoría de casos es la mujer la que efectúa los trabajos menos productivos, más bárbaros y más pesados. Es una labor extremadamente mezquina y que no puede contribuir, de ninguna manera, al desarrollo de la mujer.

Persiguiendo el ideal socialista, nosotros queremos luchar por la realización completa del socialismo, y aquí se abre a las mujeres un enorme campo de trabajo. En el momento actual, nosotros nos preparamos seriamente para despejar el terreno para la construcción del socialismo, pero la edificación del socialismo no será posible hasta que, habiendo realizado ya la completa igualdad de la mujer, abordemos el nuevo trabajo en común con la mujer, liberada de su mezquina labor, embrutecedora, improductiva. Para este trabajo, nos harán falta muchos años. Este trabajo no puede dar resultados tan rápidos ni producir tan deslumbrantes efectos.

Nosotros creamos instituciones modelo, restaurantes, jardines de infancia, guarderías, para liberar a las mujeres de los trabajos del hogar. Y es, precisamente, ante todo a las mujeres que incumbirá la tarea de organizar todas estas instituciones. Hay que decir que en el momento actual hay en Rusia muy pocas instituciones susceptibles de ayudar a la mujer a salir del estado de esclavas domésticas. Su presencia es ínfima y las condiciones en las que la República de los soviets se encuentra en el momento actual, —situación militar, abastecimiento, de lo que los camaradas os han hablado aquí en detalle— nos impiden realizar esta obra. Sin embargo, hay que decir que estas instituciones, liberando a la mujer de su condición de esclava doméstica, surgen allí donde se les ofrece la mínima posibilidad. Nosotros decimos que la emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos, y, por lo mismo, la emancipación de las obreras debe ser realizada por las obreras mismas. Las mismas obreras deben ocuparse del desarrollo de semejantes instituciones, y esta actividad de las mujeres modificará completamente la situación que ocupaban en la sociedad capitalista.

Para ocuparse de política, en la vieja sociedad capitalista, se exigía una preparación especial, y es por lo que, mismo en los países capitalistas más avanzados y más libres, la participación de las mujeres en la política era insignificante. Nuestra tarea consiste en convertir la política accesible a cada mujer trabajadora. Desde el momento en el que la propiedad privada de la tierra y de las fábricas es abolida y que el poder de los propietarios terratenientes y capitalistas es derrocado, las tareas políticas de las masas trabajadoras y de las mujeres trabajadoras se vuelven simples, claras y completamente accesibles para todos. En la sociedad capitalista, la mujer está privada de derechos políticos, hasta el punto en que su participación en la política es casi nula en relación a la del hombre. Para cambiar esta situación, es necesario que se instaure el poder de los trabajadores, y entonces las tareas principales de la política englobarán todo lo que concierne directamente la suerte de los trabajadores mismos.

Aquí, la participación de las obreras es indispensable, no sólo el de aquellas que son miembros del Partido y conscientes, sino además la de las mujeres sin partido y menos

conscientes. Aquí, el poder soviético ha abierto un enorme campo de acción a las mujeres.

Hemos tenido graves dificultades en la lucha contra las fuerzas hostiles que atacan la Rusia soviética. En el plano militar, hemos tenido dificultades en combatir las fuerzas que atacan al poder de los trabajadores recurriendo a la guerra, y, en el plano del abastecimiento, nos ha resultado difícil luchar contra los especuladores puesto que no hemos tenido gente suficiente, trabajadores que hayan venido exclusivamente en nuestro socorro con su propio trabajo. Aquí, nada es máspreciado para el poder soviético que la ayuda de la gran masa de obreras sin partido. Que lo sepan ellas: en la antigua sociedad burguesa, la actividad política ha podido pedir una preparación política complicada que no estaba al alcance de la mujer. Pero el principal objetivo de la actividad política de la República soviética es la lucha contra los propietarios terratenientes, los capitalistas, la lucha por la aniquilación de la explotación, y es por eso que en la República soviética, las obreras pueden ejercer una actividad política ayudando a los hombres con sus capacidades de organización.

Lo que nos hace falta, no es sólo un trabajo de organización a muy grande escala. También nos hace falta un trabajo de organización a más pequeña escala, que permita igualmente participar a las mujeres. La mujer también puede trabajar en el plano militar, cuando de ayudar al ejército se trata, de hacer trabajo de agitación en su seno. La mujer debe tomar parte activa en todo eso, para que el Ejército Rojo vea que ella es objeto de nuestros pensamientos y de nuestras preocupaciones. La mujer puede trabajar también en el plano del abastecimiento, para la distribución de los productos y el mejoramiento de la alimentación de las masas, el desarrollo de los restaurantes que están ahora tan expandidos en Petrogrado.

Esos son los dominios en los que la actividad de la obrera adquiere una verdadera importancia en materia de organización. La participación de la mujer es igualmente indispensable para la instalación de grandes economías experimentales y su vigilancia, a fin de que estas tentativas no queden aisladas. Sin la participación de un gran número de mujeres trabajadoras, esta tarea no es realizable. Este trabajo puede ser perfectamente abordado por la obrera vigilando la distribución de los productos y velando por que puedan ser procurados fácilmente. Esta tarea es absolutamente proporcionada a las fuerzas de las obreras sin partido y su cumplimiento contribuirá, por otra parte, más que otra cosa, a la consolidación de la sociedad socialista.

Aboliendo la propiedad privada de la tierra y, casi completamente, la propiedad privada de las fábricas y talleres, el poder soviético se esfuerza en hacer participar en esta edificación de la economía a todos los trabajadores, no sólo a los miembros del Partido, sino también a los sin partido, y no sólo a los hombres, sino también a las mujeres. La obra comenzada por el poder de los soviets, no podrá progresar a menos que en toda Rusia, no ya cientos de mujeres, sino millones y millones de mujeres le aporten su contribución. Entonces, los trabajadores comprobarán que pueden vivir y pueden llevar sus asuntos sin propietarios terratenientes ni capitalistas. Entonces, la edificación socialista tendrá en Rusia un fundamento tan sólido que ningún enemigo en los otros países, ni en el interior de Rusia, será motivo de temor para la República soviética.

Lenin, *«Las tareas del movimiento obrero femenino en la República soviética»*  
Discurso pronunciado el 23 de septiembre de 1919

en la IV Conferencia de obreras sin partido de Moscú  
Publicado en «*Pravda*», el 25 de septiembre de 1919

\* \* \*

## **EL PODER SOVIÉTICO Y LA SITUACIÓN DE LA MUJER**

**P O R**

**LENIN**

El segundo aniversario del poder soviético nos dicta el deber de pasar revista a todo lo que ha sido realizado en el curso de este período y de reflexionar sobre el significado y objetivos de la transformación actual.

La burguesía y sus partidarios nos acusan de haber violado la democracia. Nosotros declaramos que la revolución soviética ha dado a la democracia un impulso sin precedentes tanto en extensión como en profundidad: este impulso, le ha dado precisamente a la democracia de las masas trabajadoras explotadas por el capitalismo, es decir, a la democracia para la inmensa mayoría del pueblo, a la democracia socialista (para los trabajadores) que hay que distinguir de la democracia burguesa (para los explotadores, capitalistas, ricos).

¿Quién tiene razón?

Reflexionar bien sobre esta cuestión y profundizar en ella quiere decir verificar la experiencia de estos dos años y prepararse mejor con miras a su desarrollo posterior.

La condición de la mujer hace particularmente evidente la diferencia entre la democracia burguesa y socialista y da una respuesta singularmente clara a la pregunta que acabamos de plantear.

En ninguna República burguesa (es decir, donde existe la propiedad privada de la tierra, fábricas, minas, acciones, etc.), por muy democrática que sea, en ninguna parte del mundo, mismo en los países más avanzados, la mujer goza de plena igualdad de derechos. Y eso a pesar de que ya ha transcurrido un siglo y cuarto desde la gran Revolución francesa (burguesa democrática).

En las palabras, la democracia burguesa promete igualdad y libertad. En los hechos, ninguna República burguesa, mismo la más avanzada, *ha dado* a la mitad femenina del género humano la plena igualdad jurídica con el hombre, ni la ha liberado de la tutela y de la opresión de este último.

La democracia burguesa es una democracia de frases pomposas, de promesas grandilocuentes, de consignas sonoras de *libertad e igualdad*, pero, en realidad, disimula la esclavitud y la desigualdad de la mujer, la esclavitud y desigualdad de los trabajadores y explotados.

La democracia soviética o socialista rechaza la verborrea pomposa y mentirosa, y declara una guerra sin cuartel a la hipocresía de los «demócratas», de los propietarios terratenientes, de los capitalistas o de los ya satisfechos campesinos que se enriquecen vendiendo a precios exorbitantes sus excedentes de trigo a los obreros hambrientos.



¡Abajo esta repugnante mentira! No puede haber, no hay ni habrá «igualdad» entre oprimidos y opresores, explotados y explotadores. No puede haber, no hay ni habrá «libertad» verdadera mientras la mujer no sea liberada de los privilegios que la ley dicta en favor del hombre, mientras el obrero no sea liberado del yugo del Capital, mientras el campesino trabajador no sea liberado del yugo del capitalista, del propietario terrateniente, del comerciante.

¡Los mentirosos e hipócritas, los imbéciles y ciegos, los burgueses y sus partidarios engañan al pueblo hablándole de la libertad, la igualdad, de la democracia en general!

Nosotros decimos a los obreros y campesinos: arrancad la careta a estos mentirosos, abrid los ojos a estos ciegos.

Preguntadles: —Igualdad; ¿de qué sexo con qué sexo?

- ¿De qué nación con qué nación?

- *¿De qué clase con qué clase?*

- Libre ¿de qué yugo o bien del yugo de qué clase?

- Libertad ¿de qué clase?

El que habla de política, de democracia, de libertad, de igualdad, de socialismo, sin plantear estas preguntas, sin situarlas en primer plano, sin luchar contra las tentativas de esconder, de disimular y amortiguar estas preguntas es el peor enemigo de los trabajadores, un lobo disfrazado de cordero, el peor adversario de los obreros y campesinos, un lacayo de los propietarios terratenientes, de los zares, de los capitalistas.

En espacio de dos años, el poder soviético ha hecho más por la liberación de la mujer, por su igualdad con el sexo «fuerte», en uno de los países más atrasados de Europa que todas las Repúblicas avanzadas, esclarecidas, «democráticas» del mundo entero a lo largo de 130 años.

Resplandor, cultura, civilización, libertad, en todas las Repúblicas capitalistas, burguesas del mundo, todas estas palabras pomposas van de la mano de leyes infinitamente abyectas, de una infamia asquerosa, de una grosería bestial, que consagran la desigualdad jurídica de la mujer en cuanto al matrimonio y al divorcio, que establecen la desigualdad entre hijos naturales y «legítimos», que crean privilegios para los hombres mientras que humillan y ultrajan a las mujeres.

El yugo del capital, la opresión de la sagrada «propiedad privada», el despotismo de la estupidez burguesa, el egoísmo del pequeño propietario, eso es lo que impide a las Repúblicas más democráticas de la burguesía tocar estas viles y abyectas leyes.

La República de los Soviets, la República de los obreros y campesinos ha barrido estas leyes de un golpe, no ha dejado piedra sobre piedra de las construcciones edificadas por la mentira burguesa y la hipocresía burguesa.

¡Abajo esta mentira! ¡Abajo los mentirosos que hablan de libertad e igualdad para todos mientras existe un sexo oprimido, existen clases de opresores, existe la propiedad privada del Capital y de las acciones, mientras que existen personas colmadas de excedentes de trigo, y que ponen bajo su yugo a los hambrientos! ¡No a la libertad para

todos, no a la igualdad para todos, sino lucha contra los opresores y explotadores, aniquilación de la posibilidad de oprimir y explotar! ¡Esa es nuestra consigna!

¡Libertad e igualdad completa para el sexo oprimido!

¡Libertad e igualdad para el obrero, para el campesino trabajador!

¡Lucha contra los opresores, lucha contra los capitalistas, lucha contra el especulador kulak!

¡Ese es nuestro grito de guerra, esa es nuestra verdad proletaria, verdad de la lucha contra el capital, verdad que hemos arrojado a la cara del mundo del Capital con sus frases melosas, hipócritas, pomposas, sobre la libertad y la igualdad en general, sobre la libertad y la igualdad para todos!

Y es precisamente porque nosotros hemos arrancado la careta de esta hipocresía, porque realizamos con energía revolucionaria la libertad y la igualdad para los oprimidos y para los trabajadores, contra los opresores, contra los capitalistas, contra los kulaks, es precisamente para eso que el poder de los Soviets se ha convertido en algo tan preciado para los obreros del mundo entero.

Es precisamente por eso que en este segundo aniversario del poder de los Soviets tenemos con nosotros la simpatía de las masas obreras, la simpatía de los oprimidos y explotados en todos los países del mundo.

Y es precisamente por eso que en este segundo aniversario del poder de los Soviets, a pesar del hambre y el frío, a pesar de todas nuestras desgracias que provienen de la invasión, por los imperialistas, de la República soviética rusa, estamos rellenos de una sólida fe en la justicia de nuestra causa, de una sólida fe en la inevitable victoria del poder soviético mundial.

Lenin, «*El poder soviético y la situación de la mujer*»  
«*Pravda*», 6 de noviembre de 1919

\* \* \*

## **LAS CONQUISTAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA**

**POR**

**LENIN**

Tomad la religión o la desigualdad de los derechos de la mujer o la opresión y la desigualdad de los derechos de las nacionalidades no-rusas. Todo eso, son problemas de la Revolución democrático-burguesa. Los benditos de la democracia pequeño-burguesa han charlado sobre esto durante ocho meses; no hay ni un solo país de los más avanzados del mundo en el que estos problemas sean resueltos completamente en un sentido *democrático-burgués*. En nuestro caso, están completamente resueltos por la legislación de la Revolución de Octubre. Nosotros hemos luchado y luchamos contra la religión por lo verdadero. Nosotros hemos dado a todas las nacionalidades no-rusas *sus propias* Repúblicas o regiones autónomas. En nuestro caso, en Rusia, no existe esta bajeza, esta infamia, esta dejadez que es la ausencia de derechos o desigualdad para la

mujer, esta indignante supervivencia de la servidumbre y la Edad Media, perpetuada por la burguesía egoísta y la pequeña burguesía estúpida y atemorizada en todos los países del globo, sin ninguna excepción.

Todo eso es el contenido de la revolución democrático-burguesa. Hace siglo y medio y hace doscientos cincuenta años, los jefes de esta revolución (de estas revoluciones, si hablamos de cada variedad nacional de tipo común) prometieron a los pueblos liberar la humanidad de privilegios feudales, de la desigualdad de la mujer, de las ventajas acordadas por el Estado a una u otra religión (o a la «*idea* de religión», la «religiosidad» en general), de la desigualdad de las nacionalidades. Han prometido y no han cumplido sus promesas. No podían cumplirlas puesto que estaban impedidos por el «respeto» otorgado a la «santa propiedad privada». Nuestra revolución proletaria no ha conocido este maldito «respeto» ante esta tres veces maldita Edad Media y ante esta «santa propiedad privada».

Pero para asegurar a los pueblos de Rusia las conquistas de la revolución democrático-burguesa, nosotros debemos ir más lejos, y hemos ido más lejos. Hemos resuelto los problemas de la revolución democrático-burguesa de camino, en tránsito, como un «subproducto» de nuestra tarea principal y verdadera, *proletaria*, revolucionaria, socialista. Las reformas, siempre lo hemos dicho, son el subproducto de la lucha de clase revolucionaria. Las transformaciones democrático-burguesas, dijimos y lo demostramos con nuestros actos—, son el subproducto de la revolución proletaria, es decir, socialista. Sea dicho a este propósito que todos los Kautsky, los Hilferding, los Martov, los Chernov, los Hillquit, los Longuet, los MacDonalds, los Turati, y otros héroes del marxismo «1/2» no han sabido comprender *semejante* relación entre las revoluciones democrático-burguesas y socialista-proletarias. La primera, creciéndose, se transforma en la segunda. La segunda, en tránsito, resuelve los problemas de la primera. La segunda consolida la obra de la primera. La lucha, y sólo la lucha, decide hasta qué punto conseguirá la segunda deshacerse de la primera y superarla.

Lenin, «*Por el cuarto aniversario de la Revolución de Octubre*»  
«*Pravda*», 18 de octubre de 1921

\* \* \*

## **LENIN Y LA CUESTIÓN SEXUAL**

**POR**

**CLARA ZETKIN**

El camarada Lenin me hablaba a menudo de la cuestión femenina. Le otorgaba una gran importancia, el movimiento femenino era para él parte constitutiva y, en ciertas condiciones, parte decisiva del movimiento de masas. No es necesario decir que consideraba la plena igualdad social de la mujer como un principio incontestable del comunismo. Nuestra primera conversación larga sobre éste tema tuvo lugar en otoño de 1920, en su gran despacho de trabajo del Kremlin. Lenin estaba sentado ante su mesa cubierta de libros y papeles que atestaban su género de ocupación y su trabajo, pero sin el «desorden habitual de los genios».

*-«Debemos, sin más dilación, crear un poderoso movimiento femenino internacional, fundado sobre una base teórica clara y precisa, comenzó tras haberme saludado. Está claro que no puede haber una buena práctica sin teoría marxista. Nosotros, comunistas, debemos observar en esta cuestión nuestros principios en toda su pureza. Debemos desmarcarnos claramente del resto de partidos. Desgraciadamente, nuestro II Congreso internacional, y aunque la cuestión femenina haya sido planteada, no ha tomado el tiempo de deliberar ni de tomar posición sobre este punto. La culpa es de la comisión, que da largas a las cosas. Debe elaborar una resolución con las tesis, una línea firme. Pero hasta ahora, esos trabajos no han avanzado mucho. Usted debe ayudarles.»*

Yo ya había oído hablar de esto que me decía ahora Lenin y le expresé mi sorpresa. Estaba entusiasmada con todo lo que las mujeres rusas habían realizado durante la revolución, de todo lo que realizaban todavía para defenderla y ayudarla a desarrollarse. En cuanto a la situación y a la actividad de las mujeres en el Partido Bolchevique, me parecía que, en lo que a esto se refería, el Partido se mostraba verdaderamente a la altura de su tarea. Sólo, el Partido Bolchevique da al movimiento femenino internacional cuadros probados, instruidos, y, al mismo tiempo, sirve de gran ejemplo histórico.

*«Es exacto, muy exacto», subrayó Lenin con una ligera sonrisa. «En Petrogrado, aquí en Moscú, en los pueblos y los centros industriales alejados, la actitud de las mujeres proletarias durante la revolución fue soberbia. Sin ellas, es muy probable que nosotros no hubiéramos vencido. Esa es mi opinión. ¡Menudo coraje han demostrado y qué coraje despliegan hoy todavía! Imagine todos los sufrimientos y privaciones que soportan... pero resisten, no se ablandan, porque defienden los Soviets, porque quieren la libertad y el comunismo.*

*«Sí, nuestras obreras son magníficas, son verdaderas combatientes de clase. Merecen nuestra admiración y nuestro amor.*

*«Sí, nosotros tenemos en nuestro Partido mujeres comunistas seguras, inteligentes y de una actividad infatigable. Podrían ocupar perfectamente puestos importantes en los soviets, comités ejecutivos, comisariados del pueblo, la administración. Muchas de entre ellas trabajan día y noche en el Partido, o entre las masas proletarias y campesinas, o bien en el Ejército Rojo. Es muy preciado para nosotros. Y eso es importante para las mujeres del mundo entero, puesto que ello es testimonio de las capacidades de las mujeres y del alto valor que tiene su trabajo para la sociedad.*

*«La primera dictadura del proletariado recorre verdaderamente el camino hacia la completa igualdad social de la mujer. Arranca de raíz más prejuicios que lo que harían montones de escritos sobre la igualdad femenina. Y, a pesar de todo eso, todavía no tenemos movimiento femenino internacional; ahora, hay que llegar a construirlo a todo precio. Debemos proceder sin más dilación a organizarlo. Sin este movimiento, el trabajo de nuestra Internacional y de sus secciones será incompleto y así quedará.*

*«Nuestro trabajo revolucionario debe ser llevado hasta el final. Dígame, ¿en qué situación está el trabajo comunista en el extranjero?»*

Yo le comuniqué todas las informaciones que había podido recoger, informaciones limitadas, debido al nexo débil e irregular que existía entonces entre los partidos adherentes a la Internacional comunista. Lenin, un poco inclinado hacia adelante, me escuchaba con atención, sin ningún signo de aburrimiento, de impaciencia o cansancio. Se interesaba vivamente también por los detalles de importancia secundaria.

No conocía a nadie que sabría escuchar mejor que él, clasificar tan rápido los hechos y coordinarlos. Eso se demostraba en las preguntas breves, pero siempre muy precisas, que me planteaba de vez en cuando mientras que hablaba, y en su manera de volver más tarde sobre algún detalle de nuestra entrevista. Lenin había tomado algunas breves notas.

Se sobreentiende que yo hablaba sobre todo de la situación de Alemania. Le decía que Rosa estimaba que lo que más importaba de todo era ganarse a las masas femeninas para la lucha revolucionaria. Cuando se formó el Partido comunista, Rosa insistía en que se publicara un periódico que estaría consagrado al movimiento feminista. Cuando Leo Joguiches, examinando conmigo el plan de trabajo del Partido en el curso de nuestra última entrevista, treinta y seis horas antes de que lo mataran, me confió unas tareas para cumplir, comprendiendo un plan de trabajo organizado entre las obreras. Esta cuestión fue tratada desde la primera conferencia ilegal del Partido. Las propagandistas y dirigentes instruidas y experimentadas que se habían destacado antes y durante la guerra se habían quedado casi todas en los Partidos socialdemócratas de las dos ramas, ejerciendo gran influencia sobre la masa agitada de obreros. Sin embargo, entre las mujeres igualmente, se formó un núcleo de camaradas enérgicas y llenas de abnegación que tomaron parte en todo el trabajo y lucha de nuestro Partido. Este último había, por su parte, comenzado una acción metódica en torno a las obreras. Eso no era más que el comienzo, pero un comienzo bien iniciado.

*-«No está mal, no está nada mal», dijo Lenin. «La energía, el espíritu de abnegación y el entusiasmo de las mujeres comunistas, su coraje y su inteligencia en período de ilegalidad o de semi-ilegalidad abren una bella perspectiva de desarrollo de este trabajo. Atraer a las masas y organizar su acción, esos son elementos preciados para el desarrollo del Partido y de su poder.*

*«Pero ¿en qué momento estáis en cuanto a la comprensión exacta de estas bases? ¿Cómo enseñáis a las camaradas? Resulta que esta cuestión tiene una importancia decisiva para el trabajo a efectuar entre las masas. La cuestión ejerce una gran influencia sobre lo que penetra en el seno de las masas, sobre lo que las atrae a nosotros y las enciende. No puedo acordarme en este momento de quién dijo esto: «No se puede hacer nada grande sin pasión». Ahora bien, nosotros y los trabajadores del mundo entero, tenemos todavía grandes cosas por cumplir.*

*«Así, ¿qué es lo que anima a vuestras camaradas, las mujeres proletarias de Alemania? ¿En qué estado está su conciencia de clase proletaria? ¿Sus intereses, su actividad apuntan a reivindicaciones políticas del momento actual? ¿Sobre qué están concentradas sus ideas?*

*«A este propósito, he oído a camaradas rusas y alemanas decir cosas extrañas. Os debo contar eso. Se me ha informado de que una comunista muy cultivada editaba en Hamburgo un periódico para las prostitutas y que ella trataba de organizarlas para la lucha revolucionaria. Rosa, en su cualidad de comunista, había actuado y*

*sentido humanamente escribiendo un artículo en la que tomaba la defensa de una prostituta, encarcelada por infracción a algún reglamento de policía en torno a su triste profesión. Doblemente víctimas de la sociedad burguesa, las prostitutas merecen ser compadecidas.*

*«Ellas son víctimas, ante todo, del maldito sistema de la propiedad, y después de la maldita hipocresía moral. Está claro. Sólo las bestias y los miopes pueden olvidarlo.*

*«¿Es que no hay en Alemania obreras industriales que deban ser organizadas? ¿Para las que se deba editar un periódico? ¿Que se deba arrastrar a la lucha? Eso es una desviación enfermiza. Eso me recuerda mucho a la moda literaria que hacía de toda prostituta la imagen de una dulce madona. Es cierto que ahí también la raíz era sana: la compasión social, la indignación contra la hipocresía de la honorable burguesía. Pero esta raíz sana, habiendo padecido la contaminación burguesa, ha degenerado. En un sentido general, la prostitución, en nuestro país igualmente, planteará ante nosotros difíciles problemas a resolver. Se trata de atraer a la prostituta al trabajo productivo, asignarle una plaza en la economía social, lo que, en el estado actual de nuestra economía y en las condiciones actuales, es una cosa complicada, difícilmente realizable. He ahí por lo tanto una trinchera de la cuestión femenina que, tras la conquista del poder por el proletariado, se plantea ante nosotros en toda su amplitud y exige que sea resuelta. En la Rusia soviética, este problema nos dará todavía mucha madeja que recoger. Pero volvamos a vuestro caso particular en Alemania. El Partido no podría, de ninguna manera, tolerar semejantes actos desordenados por parte de sus miembros. Eso empaña las cosas y disgrega nuestras fuerzas. ¿Y usted? ¿Qué ha comenzado a hacer para impedirlo?»*

Sin esperar mi respuesta, Lenin continuó:

*-«La lista de sus pecados, Clara, no se ha terminado todavía. Tengo entendido que en vuestras tardes de lectura y discusión con las obreras, ustedes se ocupan sobre todo de cuestiones de sexo y matrimonio. Este tema estaría en el centro de vuestras preocupaciones, de vuestra enseñanza política y vuestra acción educativa. Yo no podía creerme lo que oía.*

*«El primer Estado de la dictadura del proletariado combate a todos los contrarrevolucionarios del mundo. La situación de Alemania también exige la mayor cohesión de todas las fuerzas revolucionarias proletarias para rechazar los ataques cada vez más vigorosos de la contrarrevolución. Ahora bien, durante este tiempo, las comunistas activas trataban la cuestión de los sexos, de las formas de matrimonio en el pasado, el presente y el futuro. Estiman que su primer deber es instruir a las obreras en este orden de ideas. Se pretende que el folleto de unas comunistas de Viena sobre la cuestión sexual goce de amplia difusión. ¡Qué tontería es este folleto! Las pocas nociones exactas que encierra las conocen ya las obreras desde Bebel, y eso no en forma de esquema árido y fastidioso, como en este folleto, sino bajo la forma de una propaganda que arrastra, de una propaganda llena de ataques contra la sociedad burguesa. Las hipótesis de Freud mencionadas en el folleto en cuestión confieren a este libro un carácter, a esto que se pretende «científico», pero en el fondo no es más que un garabato primitivo. La teoría de Freud también no es hoy día más que un capricho a la moda. No tengo*

*ninguna confianza en este tipo de teorías sexuales expuestas en los artículos, informes, folletos, etc., resumiendo, en esta literatura específica que florece con exhuberancia bajo el mantillo de la sociedad burguesa. Yo desconfío de estos que están constante y obstinadamente absorbidos por las cuestiones del sexo, como el faquir hindú lo está con la contemplación de su propio ombligo. «Me parece que esta abundancia de teorías sexuales, que no son en su mayoría nada más que hipótesis arbitrarias, provienen de necesidades absolutamente personales, es decir, de la necesidad de justificar a los ojos de la moral burguesa su propia vida anormal o sus excesivos instintos sexuales y volverlos tolerables.*

*«Este respeto enmascarado para con la moral burguesa me repugna tanto como esta pasión por las cuestiones sexuales. Le gusta revestirse de formas subversivas y revolucionarias mientras que esta ocupación es, a fin de cuentas, puramente burguesa. Entregándose preferentemente a los intelectuales y otras capas de la sociedad que están próximas a ellos. No hay sitio para este género de ocupación en el Partido, entre el proletariado en lucha y consciente de su espíritu de clase.»*

Yo subrayé que las cuestiones sexuales y matrimoniales en régimen de propiedad privada suscitaban múltiples problemas que eran causa de conflictos y sufrimientos para las mujeres de todas las clases y capas sociales. La guerra y sus consecuencias, decía yo, han agravado extremadamente para la mujer los conflictos y sufrimientos que existían antes en las relaciones entre los sexos. Los problemas escondidos hasta aquí se han mostrado a los ojos de las mujeres, y eso está ocurriendo en el ambiente de una revolución que acaba de empezar. El mundo de los viejos sentimientos, de las viejas ideas se rompe por todas partes. Los lazos sociales de otrora se debilitan y revientan. Vemos aparecer los gérmenes de nuevas premisas ideológicas, que todavía no han tomado forma, para las relaciones entre los hombres. El interés que suscitan estas cuestiones se explica por la necesidad de una nueva orientación. Y ahí aparece igualmente la reacción que se produce contra las deformaciones y la mentira de la sociedad burguesa. El cambio de formas matrimoniales y familiares a lo largo de la historia, en su dependencia de lo económico, constituye un buen medio para desenraizar del espíritu de los obreros la creencia de la inmortalidad de la sociedad burguesa. La crítica histórica de esta sociedad debe desembocar en el desmembramiento del orden burgués, dejar al descubierto su esencia y sus consecuencias, y, entre otras cosas más, en la estigmatización de la falsa moral sexual. Todos los caminos conducen a Roma. Todo análisis marxista concerniente a una parte importante de la superestructura ideológica de la sociedad o un fenómeno notable debe conducir al análisis del orden burgués y de su base, la propiedad privada; y cada uno de estos análisis debe conducir a esta conclusión: «Hay que destruir Cartago».

Lenin sonreía asentando con la cabeza.

*-«Muy bien. Usted tiene el aire de un abogado que defiende a sus camaradas y su partido. Ciertamente, lo que usted acaba de decir es justo. Pero eso sólo puede servir para excusar el error cometido en Alemania, no para justificarlo. Un error cometido sigue siendo un error. ¿Puede usted garantizarme seriamente que las cuestiones sexuales y matrimoniales no se discuten en sus reuniones más que desde el punto de vista de un materialismo histórico vital, bien entendido? Eso supone tener enormes conocimientos, profundos, el conocimiento marxista, claro y profundo, de una enorme cantidad de materiales. ¿Disponen ustedes, en este*

*momento, de las fuerzas necesarias? Si es que sí, no habría sido posible que un folleto como este que acabamos de hablar, haya sido empleado como material de formación en sus tardes de lectura y discusión. Este folleto, se recomienda y se difunde en lugar de criticarlo. ¿A qué conduce, a fin de cuentas, este examen insuficiente y no marxista de la cuestión? A que las cuestiones sexuales y matrimoniales no sean comprendidas como parte de la principal cuestión social y que, por el contrario, la gran cuestión social misma aparezca como parte, como un apéndice del problema sexual. Lo más importante es relegado a un último plano, como algo secundario. Eso no sólo perjudica a la clarificación de la cuestión, sino que oscurece el pensamiento en general, la conciencia de clase de las obreras.*

*«Otra observación que no carece de utilidad. El sabio Salomón decía ya que «cada cosa a su momento». Dígame, se lo ruego, ¿es éste el momento de ocupar a las obreras durante meses enteros para hablarles de la forma en la cual se ama y se es amado, o cómo se engatusa y se deja engatusar en los distintos pueblos, evidentemente, en el pasado, en el presente y en el futuro? ¡Y es a eso a lo que se llama orgullosamente materialismo histórico! Ahora, todos los pensamientos de las obreras deben estar dirigidos hacia la revolución proletaria. Ella es la que creará una base para las nuevas condiciones del matrimonio y las nuevas relaciones entre los sexos. De momento, verdaderamente, deben pasar a primer plano otros problemas que estos que conciernen a las formas del matrimonio de los negros de Australia o los matrimonios contraídos entre los miembros de la familia en la Antigüedad.*

*«La historia hace figurar en el orden del día del proletariado alemán la cuestión de los Soviets, del tratado de Versalles y de su influencia sobre la vida de las masas femeninas, la cuestión del paro, de la bajada de salarios, de los impuestos y de muchas otras cosas. Resumiendo, que sigo siendo de la opinión de que este método de instrucción política y social de las obreras no es el que debería, por nada del mundo. ¿Cómo habéis podido callar? Usted debería haber hecho uso de su autoridad.»*

Explicué a mi ardiente amigo que nunca había perdido la ocasión de criticar, de replicar a los camaradas dirigentes, de hacer oír mi voz en sitios diferentes, pero que él debía de saber que nadie es profeta en su tierra ni entre sus próximos. Por mi crítica, yo había conseguido convertirme en sospechosa de permanecer fiel a las supervivencias de la socialdemocracia y del espíritu burgués de viejo cuño. Sin embargo, mi crítica había terminado por sembrar sus frutos. Las cuestiones del sexo y del matrimonio no se consideraban más como las principales en nuestros círculos y nuestras tardes de discusión.

Lenin continuó desarrollando su pensamiento.

*-«Lo sé, lo sé, decía, a mí también me suponen filisteo. Pero eso no me inquieta. Los listillos, apenas recién salidos del huevo de las concepciones burguesas se creen siempre terriblemente inteligentes. Y qué se le va a hacer. El movimiento juvenil también está contaminado por la tendencia moderna y el entusiasmo desmedido por los problemas sexuales.»*

Lenin pronuncia con ironía la palabra «moderna», con aire de desaprobación.



*-«Se me ha comunicado que los problemas sexuales son también el objeto favorito del estudio de vuestras organizaciones de jóvenes. Nunca faltan informadores sobre este tema. Eso es particularmente escandaloso, particularmente peligroso para el movimiento de jóvenes. Estos temas pueden fácilmente contribuir a excitar, a estimular la vida sexual de ciertos individuos, a destruir la salud y las fuerzas de la juventud. Debéis luchar también contra éste fenómeno. Resulta que el movimiento de jóvenes y el de las mujeres tienen numerosos puntos en común. Nuestras camaradas comunistas mujeres deben hacer allá por donde vayan, en unión con los jóvenes, un trabajo sistemático. Eso tendrá como efecto elevarlos, transportarlos del mundo de la maternidad individual al de la maternidad social. Es importante contribuir a todo despertar de la vida social y de la actividad en el caso de la mujer, para permitirle elevarse por encima de la mentalidad estricta, pequeño-burguesa, individualista de su vida doméstica y familiar.*

*«En nuestro caso también, una gran parte de la juventud trabaja asiduamente revisando la concepción burguesa de la «moral» en los problemas sexuales. Y es, debo decirlo, la élite de nuestra juventud, la que realmente promete mucho. Como usted acaba de señalar, en el ambiente consecutivo a la guerra y al comienzo de la revolución los viejos valores ideológicos se derrumban, perdiendo la fuerza que los mantenía. Los nuevos valores solo se cristalizan lentamente, por medio de la lucha.*

*«Las concepciones sobre las relaciones entre hombres y mujeres se trastornan, como también ocurre con los sentimientos y las ideas. Se delimita de nuevo los derechos del individuo y los de la colectividad, y, a partir de ahí, los deberes del individuo. Eso es un proceso lento y normalmente doloroso de decadencia y nacimiento. Lo mismo ocurre en los dominios de las relaciones sexuales, en el matrimonio y la familia. La decadencia, la putrefacción, el lodo del matrimonio burgués con sus dificultades de ruptura, con la libertad para el marido y la esclavitud para la mujer, la mentira infame de la moral sexual y de las relaciones sexuales rellenan a los mejores hombres de un sentimiento de repugnancia profundo.*

*«El yugo que las leyes del estado burgués hacen pesar sobre el matrimonio y la familia agrava aún más el dolor y vuelve más agudos los conflictos. Es el yugo de la inviolabilidad, de la propiedad privada, que sanciona la venalidad, la bajeza, la perrería, a lo que vienen a unirse la mentira de los convencionalismos de la sociedad burguesa, el «como se debe». La gente se rebela contra estas deformaciones de la naturaleza. Y en la época en la que se derrumban los Estados poderosos, en la que desaparecen las viejas formas de dominación, en las que perece todo un mundo social, los sentimientos del individuo aislado se modifican rápidamente.*

*«La sed ardiente de placeres variados adquiere fácilmente una fuerza irresistible. Las formas del matrimonio y las relaciones entre los sexos, en el sentido burgués, no satisfacen más. Una revolución se aproxima en este campo, la cual concuerda con la revolución proletaria. Se concibe que toda esta madeja, extraordinariamente embrollada de cuestiones, preocupe profundamente tanto a las mujeres como a los jóvenes. Los unos y los otros sufren particularmente esta confusión en torno a las relaciones sexuales. La juventud protesta contra este estado de cosas con la fogosidad propia de su edad. Eso es comprensible. No habría*

*nada más falso que predicar a la juventud el ascetismo monástico y la santidad de la sociedad burguesa. No es bueno, a mi entender, que los problemas sexuales, en estos años se conviertan en la preocupación principal de los jóvenes. Las consecuencias son a veces fatales.*

*«En su nueva actitud concerniente a las cuestiones de la vida sexual, la juventud no está prestando atención a la teoría. Muchos califican su posición de «revolucionaria» o de «comunista». Creen sinceramente que es así. Yo soy demasiado viejo para que me lo impongan. A pesar de que yo no soy nada más que un apagado asceta, esta nueva vida sexual de la juventud, y a veces también la de los adultos, me parece con frecuencia completamente burguesa, como uno de los múltiples aspectos de un mismo burdel burgués. Todo eso no tiene nada que ver con la «libertad del amor» tal y como nosotros, comunistas, la concebimos. Usted conoce sin duda la famosa teoría según la cual, en la sociedad comunista, satisfacer sus instintos sexuales y su necesidad de amor es tan simple y tan insignificante como tragarse un vaso de agua. Esta teoría del «vaso de agua» ha hecho que nuestra juventud esté rabiosa, literalmente rabiosa.*

*«Para muchos chicos y chicas jóvenes, esta teoría se ha vuelto fatal. Sus partidarios afirman que es una teoría marxista. Gracias por este marxismo por medio del que todos los fenómenos y todas las modificaciones que intervienen en la superestructura ideológica de la sociedad se deducen inmediatamente, en línea recta y sin reserva alguna, únicamente desde la base económica. La cosa no es tan simple como parece. Un tal Friedrich Engels, hace ya tiempo que estableció esta verdad del materialismo histórico.*

*«Considero la famosa teoría del «vaso de agua» como no marxista y antisocial para más colmo. En la vida sexual se manifiesta no sólo lo que nosotros tenemos por naturaleza, sino también aquello que nos aporta la cultura, se trate de cosas superiores o inferiores. «Engels, en su Origen de la familia, demuestra lo importante que es que el amor se desarrolle y se afine. Las relaciones entre los sexos no son simplemente la expresión del juego de la economía social y de la necesidad física, disociada en pensamiento por medio de un análisis psicológico.*

*«La tendencia de llevar directamente a la base económica de la sociedad la modificación de estas relaciones fuera de su relación con toda ideología no sería del marxismo, sino del racionalismo. Ciertamente es, la sed debe ser saciada. Pero un hombre normal, en condiciones normales igualmente, ¿se pondría boca abajo en la calle para beber en un charco de agua sucia? ¿O de un vaso cuyos bordes hayan sido manchados por decenas de labios distintos? Lo más importante es el aspecto social. En efecto, beber agua es un asunto personal. Pero en el amor, hay dos interesados y luego llega un tercero, un nuevo ser. Es aquí donde se esconde el interés social, que nace del deber hacia la colectividad. Siendo comunista, yo no siento ninguna simpatía por la teoría del «vaso de agua» por mucho que lleve la etiqueta del «amor liberado». Por lo demás, no es nueva, esta teoría comunista. Usted se acordará, supongo, que había sido «predicada» en literatura hacia la mitad del siglo pasado como la «emancipación del corazón». Para la práctica burguesa, se convirtió en la emancipación de la carne. Entonces se predicaba con más talento que hoy. En cuanto a la práctica, no puedo juzgar.*

*«Yo no pretendo con mi crítica predicar el ascetismo. Estoy muy lejos de ello. El comunismo debe traer no el ascetismo sino la felicidad de vivir y el bienestar, debidos a su vez a la plenitud del amor. En mi opinión, el exceso que se observa hoy día en la vida sexual no trae ni la felicidad de vivir ni el reconfort; muy al contrario, los disminuye. Ahora bien, durante la revolución, eso no sirve para nada.*

*«Lo que le falta precisamente a la juventud es la alegría de vivir y el bienestar.*

*«Deporte, gimnasia, natación, excursiones, todo tipo de ejercicios físicos, intereses morales varios, estudios, análisis, investigaciones, el todo aplicado simultáneamente, todo eso da a la juventud mucho más que las relaciones y las discusiones sin fin sobre las cuestiones sexuales y sobre la manera de «disfrutar de la vida» según la expresión corriente.*

*«Alma sana en cuerpo sano». Ni monje ni Don Juan, ni tampoco filistino alemán como término medio. Usted conoce bien a su joven camarada Huz. Es un joven perfecto, muy dotado, pero me temo que de él no saldrá nada bueno. Se excita y se echa de una aventura amorosa a otra. Eso no vale para nada en la lucha política, ni para la revolución. No pondría la mano en el fuego en cuanto a la seguridad y la firmeza en la lucha por las mujeres cuya novela personal se entrelaza con la política ni por los hombres que corren tras cada falda y se dejan engatusar por la primera mujer joven que viene. No, ¡eso no va con la revolución!»*

Lenin se levantó bruscamente, golpeó la mesa con la mano y dió algunos pasos en su habitación.

*-«La revolución exige concentración, la tensión de las fuerzas. Por parte de las masas y de los individuos aislados. No tolera estados orgiásticos del tipo de estos que son propios a las heroínas y héroes decadentes de d'Annunzio. Los excesos en la vida sexual son un signo de degeneración burguesa. El proletariado es una clase en ascenso. No necesita que se la embriague, ser amortiguada, excitada. No pide ser embriagada ni con excesos sexuales ni con alcohol. Ni se atreve ni quiere olvidar la bajeza, el lodo y la barbarie del capitalismo. Saca sus impulsos más fuertes para la lucha en la situación de su clase, en el ideal comunista. Lo que necesita es la claridad y una vez más la claridad. También, lo repito, no más debilidad, no más fuerzas malgastadas o destruidas. Saber dominarse y disciplinar sus actos no es esclavismo. Y eso es también necesario en el amor.*

*«Pero, perdóneme, Clara, me he desviado mucho del punto de partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me ha llamado al orden? La angustia me ha hecho decir más de lo que yo quería. El futuro de nuestra juventud me inquieta mucho. La juventud es una parte de nuestra revolución. Sin embargo, si las influencias malhechoras de la sociedad burguesa comienzan a ganar también al mundo de la revolución como las raíces largamente ramificadas de ciertas malas hierbas, es mejor reaccionar a tiempo. Y más en tanto que estas cuestiones forman parte también del problema femenino.»*

Lenin hablaba con mucha viveza y convicción. Sentía que cada una de sus palabras le provenía del fondo del corazón; la expresión de su cara lo atestiguaba. Un movimiento enérgico hecho con la mano subrayaba a veces su pensamiento. Lo que me chocaba era ver a Lenin, al lado de cuestiones políticas de la mayor importancia, prestando tan

grande atención a los fenómenos aislados y analizarlos con un cuidado tal, y no sólo para las cosas concernientes a la Rusia soviética, sino también a los países capitalistas. Como perfecto marxista, Lenin concebía un fenómeno aislado, bajo la forma y el lugar en que se manifestase, en relación a lo grande, al todo, apreciando el valor del primero para este último; su voluntad, su objetivo vital, inquebrantable como una fuerza invencible de la naturaleza, sólo perseguía una cosa: acelerar la revolución, en la que él veía la causa de las masas. Lenin apreciaba todo fenómeno desde el punto de vista de la influencia que pueda ejercer sobre las fuerzas de combate, nacionales e internacionales, de la revolución, puesto que él veía siempre ante él, teniendo en cuenta plenamente las particularidades históricas en los diferentes países y las diversas etapas de su desarrollo, una única e indivisible revolución proletaria mundial.

-«Cómo lamento, camarada Lenin», exclamaba yo, «que cientos, miles de personas no hayan oído sus palabras. A mí, bien lo sabe usted, no tiene necesidad de convencerme. Pero sería extremadamente importante que su opinión fuera conocida tanto por nuestros amigos como por nuestros enemigos.

Lenin sonreía con bonachonería.»

*-«Puede que algún día pronuncie un discurso o escriba sobre este tema. No ahora, más tarde; hoy, debemos concentrar todo nuestro tiempo y todas nuestras fuerzas sobre otro punto. Por el momento tenemos otras preocupaciones más graves y más pesadas. La lucha por el mantenimiento y la consolidación del poder soviético está todavía bien lejos de estar terminada. Debemos hacer todo lo posible para sacar consecuencias de la guerra con Polonia. Wrangel está todavía en el Sur. Tengo la firme convicción, es cierto, que lo lograremos, lo que dará qué pensar a los imperialistas ingleses y franceses y a sus pequeños vasallos. Pero lo más difícil es la reconstrucción.*

*«A través de este proceso adquirirán importancia también el problema de las relaciones entre los sexos, las cuestiones del matrimonio y de la familia. De mientras, usted debe luchar siempre y por dondequiera que vaya. Usted no debe permitir que estas cuestiones sean tratadas en otro sentido que no sea el marxista, que creen un terreno favorable a las desviaciones y deformaciones perniciosas. En fin, regreso a vuestro trabajo.»*

Lenin miró la hora.

*-«Ya ha transcurrido», dijo, «la mitad del tiempo del que disponía. He hablado demasiado. Tenemos que escribir tesis en las que se inspiren las mujeres para su trabajo comunista. Conozco sus principios y su experiencia práctica. Nuestra conversación sobre este punto será breve también. ¡A trabajar!...»*

Clara Zetkin, «Notas de mi cuaderno», «Lenin y tal como era»

\* \* \*

## **LAS MUJERES EN LOS KOLJÓS**

**POR**

**STALIN**

Unas palabras ahora *en torno a las mujeres, en torno a las koljosianas*. La cuestión de las mujeres en los koljós es una cuestión importante, camaradas. Yo sé que muchos de vosotros subestimáis el papel de las mujeres y también que os burláis un poco de ellas. Pero estáis equivocados, camaradas, estáis equivocados. No sólo por que las mujeres representen a la mitad de la población. Es sobre todo porque el movimiento koljosiano ha llevado a puestos de dirección a un buen número de mujeres remarcables, mujeres preparadas. Considerad este congreso, su composición, y veréis que las mujeres, del atraso en el que estaban, hace ya tiempo que se han unido a la vanguardia. Las mujeres en los koljós, constituyen una fuerza importante. Disimular esta fuerza es cometer un crimen. Nuestro deber es el de promover a las mujeres en los koljós, y hacer actuar a esta fuerza.

Es cierto que el poder de los Soviets ha tenido, en un pasado reciente, un pequeño malentendido con las koljosianas. Era en torno a sus vacas. Pero ahora, la cuestión de las vacas está arreglada y el malentendido se ha disipado. Hemos llegado a que la mayor parte de koljosianos posean ya una vaca por casa. Pasarán todavía un año, dos años, y no encontrareis ni un solo koljosiano más que no tenga su vaca. Estad seguros de que nosotros, bolcheviques, podremos hacer que cada koljosiano tenga su vaca.

En lo que respecta a los koljosianos, no deben olvidar el papel y la importancia de los koljós para la mujer. No deben olvidar que sólo en los koljós pueden ponerse ellas en pie de igualdad con el hombre. Fuera de los koljós, está la desigualdad; en los koljós, está la igualdad de derechos. Que las camaradas koljosianas se acuerden y protejan el régimen de los koljós como a la niña de sus ojos.

Stalin, «*Discurso pronunciado en el I Congreso de koljosianos-udarniks de la URSS*»  
19 de febrero de 1933

\* \* \*

## **INDIVIDUALISTA AYER, KOLJOSIANA HOY**

**POR**

**STALIN**

Cierto es, hay que comprender a las koljosianas y ponerse en su lugar. Todos estos años, han tenido que aguantar las ofensas y burlas por parte de los campesinos individuales. Pero las ofensas y burlas no deben tener aquí una importancia decisiva. Es un mal dirigente, el que no sabe olvidar las ofensas y hace pasar estos sentimientos antes que los intereses de la obra koljosiana. Si queréis ser dirigentes, debéis saber olvidar las ofensas que os hacen ciertos campesinos individuales. Hace dos años, recibí de la región del Volga una carta de una campesina viuda. Se quejaba de haber visto rechazada su admisión en el koljós, y requería mi ayuda. Yo pedí explicaciones al koljós. Se me

respondió que no la podían aceptar porque había ultrajado una reunión de koljosianos. ¿De qué se trataba? Durante una reunión de campesinos, en la que los koljosianos llamaban a los campesinos individuales a entrar en el koljós, esta viuda, respondiendo al llamamiento, había, al parecer, levantado su falda diciendo: «¡Tened, aquí tengo vuestro koljós!». Es evidente que ella actuó mal, que ultrajó la reunión. Pero ¿se le puede rechazar el acceso al koljós si un año después ella se arrepiente sinceramente y reconoce su error? Yo creo que no. Es lo que escribí al koljós. Se aceptó a la viuda. ¿Y bien? Ella trabaja hoy en el koljós, y no en las últimas filas, sino en las primeras.

Stalin, «*Discurso pronunciado en el I Congreso de koljosianos-udarniks de la URSS*»  
19 de febrero de 1933

\* \* \*

## **LA IMPORTANCIA DE LA ACTIVIDAD DE LAS MUJERES EN LA EDIFICACIÓN DEL SOCIALISMO**

**POR**

**STALIN**

Es remarcable como hecho reconfortante y signo de progreso en la aldea, la creciente actividad de las mujeres, miembros del koljós, en el trabajo de organización social. Sabemos, por ejemplo, que las mujeres que aseguran la presidencia de los koljós son actualmente cerca de 6.000; contamos entre los miembros de dirección de los koljós más de 60.000 mujeres; 28.000 jefas de equipo; 100.000 organizadoras de grupos de trabajo; 9.000 mujeres se encargan de dirigir la cría de ganado; 7.000 conductoras de tractores... No hace falta decir que estas informaciones son incompletas. Pero lo poco que encierran estos datos da fe con bastante evidencia del gran desarrollo cultural en la aldea. Este hecho, camaradas, tiene una enorme importancia. Y eso, porque las mujeres constituyen la mitad de la población de nuestro país; porque constituyen un inmenso ejército del trabajo; porque están llamadas a educar a nuestros hijos; nuestra generación creciente; es decir, nuestro futuro. ¡Por eso no podemos admitir que este inmenso ejército de trabajadoras vegete en las tinieblas de la ignorancia! Por eso debemos saludar la actividad social creciente de las mujeres trabajadoras y su ascenso a los puestos de dirección como un verdadero signo del progreso de nuestra cultura.

Stalin, «*Informe sobre la actividad del Comité Central presentado en el XVII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS*»  
26 de enero de 1934

\* \* \*

## **HEROÍNAS DEL TRABAJO SOCIALISTA**

**POR**

**STALIN**

Camaradas, lo que hemos visto hoy aquí, es un fragmento de la nueva vida, de la vida que llamamos nosotros vida koljosiana, vida socialista. Hemos oído palabras simples de personas simples, de trabajadores: nos han dicho cómo han luchado, cómo han superado las dificultades para obtener éxitos en el terreno de la emulación. Hemos oído a mujeres que no son mujeres normales sino, diría yo, heroínas del trabajo puesto que sólo las heroínas del trabajo podrían obtener el éxito que han obtenido ellas. Nunca ha habido antes mujeres semejantes. Yo ya tengo cincuenta y seis años, ya he visto bastantes cosas, he visto muchos hombres y mujeres que trabajan. Pero nunca he encontrado unas mujeres así. Son seres totalmente nuevos. Sólo el trabajo libre, sólo el trabajo koljosiano podía crear estas heroínas del trabajo en el campo.

No existían mujeres semejantes, no podían existir en los viejos tiempos.

Verdaderamente, ¡cuando se piensa en lo que eran las mujeres antaño! Siendo todavía una niña, ya era la última entre los trabajadores. Trabajaba para el padre, trabajaba sin tregua ni respiro. Sin embargo, el padre la insultaba y le reprochaba: tengo que alimentarte. Cuando se casaba, ella trabajaba para su esposo y trabajaba tanto como le exigía el hombre. Pero su esposo la insultaba y le reprochaba: tengo que alimentarte. En la aldea, la mujer era la última entre los trabajadores. Es concebible que con una existencia así no podía haber heroínas del trabajo entre las campesinas. El trabajo estaba considerado en aquel momento como una maldición para la mujer y ella lo evitaba siempre que podía.

Sólo la vida koljosiana podía hacer del trabajo una cuestión de honor, sólo ella podía crear verdaderas heroínas en la aldea. Sólo la vida koljosiana podía abolir la desigualdad y asegurar a la mujer el lugar que le correspondía. Vosotros mismos lo sabéis muy bien. El koljós ha introducido la jornada de trabajo. ¿Qué es la jornada de trabajo? Ante la jornada de trabajo, hombres y mujeres son iguales. El que más días ha trabajado más gana. Aquí, ni el padre ni el marido pueden reprochar a la mujer que es alimentada por él. Hoy, cuando trabaja y abastece las unidades de trabajo, la mujer es su propio amo. Recuerdo una conversación que tuve con muchas camaradas en el II Congreso de koljosianas. Una de ellas, que era de las regiones del Norte, me dijo:

«Hasta hace dos años, no se me presentó ni un sólo pretendiente. ¡Una mujer sin dote! Hoy, tengo 500 unidades de trabajo, y ¿qué pasa? Que no puedo deshacerme de los pretendientes. Todos quieren casarse conmigo. Yo observo detenidamente y elegiré solo a uno».

Por medio de la unidad de trabajo, el koljós ha liberado a la mujer y la ha vuelto independiente. Ya no trabaja para su padre, cuando es una jovencita, ni para su marido cuando se casa, ella trabaja ante todo para sí misma. Y eso es la liberación de la campesina, eso es el régimen del koljós, que hace de la trabajadora la igual del trabajador. Solo sobre esta base y en estas condiciones podían aparecer estas magníficas mujeres. Por eso no considero el encuentro de hoy simplemente como un encuentro ordinario entre personas avanzadas, y miembros del gobierno, sino como un

día solemne en el que han quedado a plena luz los éxitos y capacidades del trabajo femenino liberado. Pienso que el gobierno debe honrar a las heroínas del trabajo, que han venido aquí para exponer sus éxitos al gobierno.

Stalin, *«Discurso a las koljosianas de choque de los campos de remolachas durante su recepción por dirigentes del Partido y del gobierno»*

10 de noviembre de 1935

\* \* \*

## **LAS MUJERES EN EL MOVIMIENTO STAJANOVISTA**

**POR**

**STALIN**

Para que la técnica moderna pueda dar resultados, todavía tiene que haber hombres, cuadros obreros y obreras capaces de situarse a cabeza de la técnica y empujarla hacia adelante. La eclosión y crecimiento del movimiento stajanovista significa que estos cuadros ya han nacido aquí entre los obreros y las obreras. Hace unos dos años, el Partido decía que construyendo nuevas fábricas y talleres y dando a las nuestras empresas un utillaje moderno, sólo habíamos hecho la mitad de la tarea. El Partido proclamó entonces que el entusiasmo que pusimos en construir nuevas fábricas debía ser completado con el entusiasmo en asimilar el funcionamiento, que sólo así podríamos llevar las cosas a buen fin. Es evidente que, durante estos dos años, han proseguido la asimilación de esta nueva técnica y la formación de nuevos cuadros. Ahora está claro que estos cuadros ya existen entre nosotros. Se entiende que sin estos cuadros, sin estos hombres nuevos, no tendríamos movimiento stajanovista. De esta forma, las nuevas personas entre los obreros y obreras que se han convertido en amos de la técnica moderna, han sido esta fuerza que ha cristalizado y empuja hacia adelante al movimiento stajanovista.

...Unos dicen que no tenemos necesidad de normas técnicas. Eso es falso, camaradas. Es más, es absurdo. Sin las normas técnicas, la economía planificada es imposible. Las normas técnicas son necesarias además para llevar a las masas atrasadas al nivel de las masas avanzadas. Las normas técnicas son una gran fuerza reguladora que organiza en la producción a las grandes masas de obreros en torno a los elementos avanzados de la clase obrera. En consecuencia, las normas técnicas nos son necesarias, no las que existen hoy, sino las normas más elevadas.

Otros dicen que las normas técnicas nos son necesarias, pero que habría que elevarlas desde ahora al nivel de los resultados obtenidos por los Stajanov, los Boussyguine, los Vinogradova, y otros. Eso también es falso. Estas normas no serían reales para el período actual, porque los obreros y las obreras, menos puestos en la técnica que los Stajanov y los Boussyguine, no estarían en condiciones de ejecutar estas normas. Lo que necesitamos son normas técnicas que tiendan a ser un intermedio entre las actuales y las establecidas por los Stajanov y los Boussyguine. Tomemos, por ejemplo, a María Demtchenko, conocida por haber recolectado 500 quintales de remolacha y más por



hectárea. ¿Podemos hacer de esta realización una norma de rendimiento para todos los cultivos de remolacha, por ejemplo, de Ucrania? No, seguramente. Todavía es demasiado pronto para hablar. María Demtchenko ha obtenido 500 quintales y más por hectárea, mientras que la recolección media de remolachas en Ucrania, por ejemplo, se eleva este año a 130-132 quintales por hectárea. La diferencia, ya lo veis, no es poca. ¿Podemos dar una norma de rendimiento para la remolacha de 400 o 300 quintales? Todos los entendidos de la materia sostienen que de momento no se puede hacer. Aparentemente, habrá que establecer, para el año 1936, una norma de rendimiento por hectárea, para Ucrania, de 200 a 250 quintales. Y esta norma no es pequeña, puesto que si es realizada, nos podrá dar dos veces más azúcar que en 1935. Otro tanto cabe decir en lo que a la industria concierne. Stajanov ha sobrepasado la norma técnica existente en diez veces, o también más. Hacer de esta realización una nueva norma técnica para todos los que trabajan con el martillo picador no sería razonable. Al parecer, habría que establecer una norma media entre la norma técnica existente y la norma realizada por el camarada Stajanov.

En todo caso, una cosa está clara: las normas técnicas actuales no se corresponden a la realidad; se retardan, se han convertido en un freno para nuestra industria. Ahora bien, para no frenar nuestra industria, hay que reemplazarlas por nuevas técnicas modernas, más elevadas. Hombres nuevos, tiempos nuevos, nuevas normas técnicas.

Stalin, *«Discurso pronunciado en la primera conferencia de stajanovistas de la URSS»*  
17 de noviembre de 1935

\* \* \*

## **LA MUJER Y LA CONSTITUCIÓN DE LA URSS**

**POR**

**STALIN**

— I —

La quinta particularidad del proyecto de la nueva Constitución es un democratismo consecuente y sin defecto. Desde el punto de vista del democratismo, las constituciones burguesas se pueden dividir en dos grupos: un grupo de constituciones niega abiertamente o, en los hechos, reduce a nada la igualdad en derechos de los ciudadanos y las libertades democráticas. El otro grupo de constituciones fácilmente y también expone los principios democráticos pero al mismo tiempo hace semejantes reservas y restricciones que los derechos y libertades democráticas se encuentran completamente mutiladas. Estas constituciones hablan de derechos electorales iguales para todos los ciudadanos pero inmediatamente los restringen con las condiciones de residencia e instrucción, o de fortuna. Hablan de derechos iguales para los ciudadanos, pero inmediatamente hacen la reserva de que eso no concierne a las mujeres, o que no les concierne más que parcialmente, etc.

El proyecto de la nueva Constitución de la URSS tiene esto de particular: que está exento de reservas y restricciones semejantes. Para ella, no existen ciudadanos activos o

pasivos; para ella, todos los ciudadanos son activos. No admite ninguna diferencia de derechos entre hombres y mujeres, entre «domiciliados» y «no domiciliados», entre poseedores y no poseedores, entre personas instruidas y no instruidas. Para ella, todos los ciudadanos tienen derechos iguales. No es la situación de fortuna ni de origen nacional, o el sexo ni la función o el grado, sino las cualidades personales y el trabajo personal de cada ciudadano los que determinan su situación en la sociedad.

Stalin, *«Sobre el proyecto de Constitución de la URSS»*  
Informe presentado al VIII Congreso extraordinario  
de los Soviets de la URSS  
25 de noviembre de 1936

— II —

Artículo 122. Los mismos derechos que se otorgan al hombre se dan la mujer, en la URSS en todos los dominios de la vida económica, pública, cultural, social y política.

La posibilidad de realizar todos estos derechos de las mujeres está asegurada por la concesión a la mujer de los mismos derechos que el hombre en cuanto al trabajo, al salario, al reposo, a los seguros sociales y la instrucción, por la protección del Estado de los intereses de la madre y de niño, por la concesión a la mujer de bajas por embarazo con mantenimiento de salario, por una gran red de maternidades, guarderías y jardines de infancia.

*«Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas»*  
Adoptada el 5 de diciembre de 1936

\* \* \*

## **LAS MUJERES SOVIÉTICAS EN LA GUERRA DE LIBERACIÓN CONTRA EL INVASOR HITLERIANO**

**POR**

**STALIN**

— I —

Para conseguir estos objetivos, hay que destruir la potencia militar de los invasores alemanes, hay que exterminar hasta el último de todos los invasores alemanes que han entrado en nuestra Patria para esclavizarla.

Para eso es necesario que nuestro ejército y nuestra flota tengan el apoyo activo y eficaz de todo nuestro país; es necesario que nuestros obreros y empleados, hombres y mujeres, trabajen en las empresas sin respiro y abastezcan el frente con cada vez más carros, fusiles, piezas anticarro, aviones, cañones, morteros, ametralladoras, fusiles, munición; es necesario que nuestros koljosianos, hombres y mujeres, trabajen en sus campos sin respiro y abastezcan el frente y al país con cada vez más trigo, carne, materias primas para la industria; es necesario que todo nuestro país y todos los pueblos de la U.R.S.S. formen un único campo atrincherado, ganando terreno junto a nuestro

ejército y nuestra flota la gran guerra liberadora por el honor y la libertad de nuestra Patria, por la destrucción de los ejércitos alemanes.

Ésa es nuestra tarea de hoy.

Podemos y debemos cumplir esta tarea.

*Stalin, «Informe presentado para el XXIV aniversario de la gran Revolución socialista de Octubre en la sesión del Soviet de diputados de trabajadores de Moscú, ampliado a las organizaciones sociales y del Partido.»*

6 de noviembre de 1941

— II —

Las mujeres soviéticas han rendido servicios inapreciables a la defensa nacional. Trabajan con abnegación para el frente; soportan valientemente todas las dificultades de los tiempos de guerra; animan con brillantes acciones a los combatientes del Ejército Rojo, los liberadores de nuestra Patria.

La guerra nacional ha demostrado que el pueblo soviético es capaz de realizar prodigios y superar las pruebas más duras.

*Stalin, «Orden del día del comandante en jefe de las fuerzas armadas de la URSS»*

Primero de Mayo de 1944

## Anexo

### **DOS CARTAS SOBRE EL AMOR LIBRE**

**POR**

**LENIN**

*Una camarada del Partido bolchevique, Inés Armand, que pasaba una temporada en Suiza como Lenin durante la guerra imperialista, se disponía, a principios de 1915, a escribir un folleto para las obreras sobre las relaciones entre el hombre y la mujer. Sometió el plan de este folleto a Lenin. Éste, en dos cartas, le reprocha amigablemente, pero firmemente, el reivindicar para el proletariado el «amor libre», concepción burguesa a la que Lenin opone el «matrimonio proletario con amor».*

*Este texto, publicado por primera vez en Moscú en 1939, es inédito en francés.*

— I —

17 de enero de 1915

*Dear friend!*

Os ruego que me detalléis con antelación el plan de vuestro folleto. De lo contrario, demasiadas cosas permanecerán sin precisar.

Quiero expresaros desde ahora mi opinión sobre un punto:

Os aconsejo suprimir el párrafo 3: «reivindicación (por la mujer) del amor libre».

Es una exigencia que no es proletaria, sino burguesa.

¿Qué entiende usted por eso? ¿Qué se *puede* entender por eso?

1. ¿El hecho de que se libere así de los cálculos materiales (financieros) en el amor?
2. ¿De las preocupaciones materiales?
3. ¿De los prejuicios religiosos?
4. ¿De las prohibiciones paternas?
5. ¿De los prejuicios de «la sociedad»?
6. ¿Del medio mezquino (campesino, pequeño-burgués, intelectual burgués)?
7. ¿De los obstáculos de la ley, los tribunales, la policía?
8. ¿De las serias consecuencias del amor?
9. ¿Del nacimiento de niños?
10. ¿Que se permita el adulterio? etc.

He enumerado muchos puntos (no todos). Usted, es cierto, no se propone recoger los puntos del 8 al 10, sino los puntos del 1 al 7, o algo que se aproxime de los puntos del 1 al 7.

Pero para los puntos del 1 al 7, hay que elegir otra fórmula, puesto que el amor libre no responde exactamente a este orden de preocupaciones.

El público, los lectores del folleto entenderán *inevitablemente* por «amor libre» algo del género de los puntos del 8 al 10, mismo *si usted no lo pretende*.

Porque en la sociedad actual las clases más charlatanas, más escandalosas, más «en boga», entienden por amor libre los puntos del 8 al 10, y esta exigencia no es proletaria, sino burguesa.

Para el proletariado, los puntos más importantes son los puntos 1 y 2, luego los que van del 3 al 7, pero esto no es propiamente hablando «el amor libre».

No se trata de lo que «usted quiera entender» *subjetivamente* por eso. Se trata de la *lógica objetiva* de las relaciones de clase en el amor.

*Friendly shake hands!*

— II —

24 de enero de 1915

¡Querida amiga!

Perdone por el retraso que llevo en responderos: lo quería haber hecho ayer, me han retenido y no he tenido tiempo de escribiros.

En lo que concierne al plan del folleto, he encontrado que «la exigencia del amor libre» es imprecisa, y que, independientemente de su deseo y voluntad, (lo he subrayado diciendo: se trata de relaciones objetivas de clase y no de sus deseos subjetivos) aparecerá en las condiciones sociales actuales como una exigencia burguesa y no proletaria.

Usted no está de acuerdo.

Bien. Examinemos el asunto una vez más.

Para precisar, he enumerado diez interpretaciones posibles (e inevitables en las condiciones de la lucha de clases), y he hecho notar que las interpretaciones del 1 al 7 serán, en mi opinión, típicas o características para las obreras, y las interpretaciones del 8 al 10 para las burguesas.

Si se niega eso, hay que demostrar:

1. Que estas interpretaciones son falsas (entonces habrá que reemplazarlas por otras o rechazar las que son falsas).
2. O incompletas (entonces completarlas).
3. O que no se dividen en interpretaciones proletaria y burguesa.

Usted no hace nada de eso.

Usted no toca los puntos del 1 al 7. Por lo tanto, ¿reconoce usted (en general) su justeza? Lo que usted escribe acerca de la prostitución de las obreras y de su dependencia: «imposibilidad de decir no» entra absolutamente en los puntos del 1 al 7. Ahí no hay ningún desacuerdo entre nosotros.

Usted tampoco contesta lo que es una interpretación proletaria.

Quedan los puntos del 8 al 10.

Usted «no los comprende para nada» y usted «objeta»: «No entiendo cómo se puede (son sus palabras) identificar (¡!??) el amor libre» con el punto 10.

Se deduce que «yo identifico», y usted se apresura a reprenderme severamente y a aplastarme.

¿Qué quiere decir?

Los burgueses entienden por amor libre los puntos 8 al 10, ésa es mi tesis.

¿La negáis? ¿Decís lo que las damas burguesas entienden por amor libre?

No lo decís. ¿Es que la literatura y la vida no demuestran que las burguesas lo comprenden exactamente así? ¡Lo demuestran! Usted lo reconoce con su silencio.

Desde el momento en que eso es así, eso proviene de su situación de clase: «refutarlo» es imposible e inocente.

Hay que desmarcarse claramente, oponerle el punto de vista proletario. Hay que tomar en consideración este hecho objetivo de que sin eso ellas extraerán de su folleto estos pasajes, los interpretarán a su manera, actuarán como dicen sus ideas ante los obreros, sembrarán la confusión. En su folleto, lleva el agua a su molino, desnaturalizarán su espíritu (despertando en ellos el temor que usted les aporta con esas ideas que les son extrañas). Para eso ya tienen una masa de periódicos, etc. Y usted, abandonando completamente el punto de vista objetivo y de clase, pasa al «ataque» contra mí, acusándome de «identificar» el amor libre con los puntos del 8 al 10. Maravilloso, ciertamente maravilloso...

«También la pasión pasajera, la aventura pasajera» es «más poética y más pura» que los «besos sin amor» intercambiados habitualmente entre marido y mujer. Usted lo escribe. Y usted se dispone a escribirlo en su folleto. Muy bien.

¿Es lógica esta oposición? Los besos sin amor que el marido y la mujer intercambian por costumbre son impuros. De acuerdo. ¿A qué querría oponerlos usted? ¿A un beso pleno de amor, parece ser? No, usted los opone a la «pasión» (¿por qué no el amor?) «pasajera» (¿por qué pasajera?). Se deduce lógicamente que estos besos sin amor (ya digo que pasajero) se oponen a los besos sin amor intercambiados por el marido y la mujer... ¡Extraño! En un folleto popular, ¿no convendría más oponer el matrimonio sucio y bajo sin amor (ver los puntos 6 o 5 en mi caso) al matrimonio proletario con amor (añadiendo, si usted lo quiere, que la aventura-pasión pasajera sólo puede ser o sucia o pura)? Usted no opone tipos de clase, sino casos, que pueden, cierto es, producirse. ¿Pero se trata de casos? Si tomamos por tema el caso individual de besos impuros en el matrimonio y de los besos puros en la aventura pasajera, podemos desarrollar este tema en una novela (puesto que en una novela se trata de descripciones de individuos, análisis de caracteres, de psicología de tipos dados). ¿Pero en un folleto?

Usted ha entendido muy bien mi pensamiento en torno al tema de la cita de Key<sup>69</sup>, que no conviene, diciendo que es «estúpido» asumir el papel de «profesor en amor». Ciertamente es. ¿Y de asumir el papel de profesor en amor pasajero?

No quiero crear polémica. Me hubiera gustado no escribir esta carta y esperar a nuestra próxima entrevista. Pero deseo que el folleto sea bueno, que nadie pueda extraer frases desagradables para usted (una sola frase tiene a veces el efecto de una cucharada de

---

<sup>69</sup> Ellen Key, mujer de letras sueca (1849-1926) que defendía la causa de los obreros y la mujer.

alquitrán), que nadie pueda haceros decir lo que usted no ha querido decir. Estoy segura de que lo que usted ha escrito lo ha escrito «sin quererlo», y os envío esta carta sólo para que examine a fondo su plan según mis observaciones, lo que vale más que hacerlo a consecuencia de una entrevista. El plan es una cosa muy importante.

¿No conoce usted a una socialista francesa? Tradúzcale (como si estaría traducido del inglés) mis puntos del 1 al 10 y sus notas sobre el «amor pasajero», etc. Obsérvela, escúchela atentamente: es una pequeña experiencia para saber lo que dirán las personas de fuera, cuáles serán sus impresiones, lo que esperan del folleto.

Os estrecho la mano y os deseo menores sufrimientos de migrañas y una pronta recuperación.

Lenin, «*Dos cartas a Inés Armand*», 17 y 24 de enero de 1915  
«*Bolchevik*» n° 13, julio de 1939

París, 1951  
Éditions sociales